

**Elizabeth
Adler**

*Un pasado en sombras,
una vida amenazada,
y una pasión
transgresora
develarán...*

**EL
SECRETO
DE VILLA
MIMOSA**

Lectulandia

Un pasado en sombras, una vida amenazada y una pasión transgresora develarán... el secreto de Villa Mimosa.

Cuando **Jame Doe** ingresa en el hospital, víctima de una salvaje agresión y con múltiples heridas, la psiquiatra **Phyl Foster** siente un interés especial por ella y se propone ayudarla. Pero la joven ha perdido la memoria, con lo que la identificación del agresor se convierte en una tarea imposible.

Al ayudar a la vulnerable joven —a la que ahora llaman **Bea French**— a recuperar su identidad, Phyl debe enfrentarse a los demonios de su propio pasado. Entre ambas se establece una relación que se verá cruzada por diversos avatares y transformará la vida de ambas. En un intento por evitar que el agresor vuelva a atacar, ambas vivirán situaciones que las llevarán al límite de su resistencia y serán el punto de partida de un peligroso viaje signado por el frenesí y la pasión.

El detective **Franco Mahoney** entra en escena para descifrar una trama cuyos cabos sueltos están a punto de revelar un antiguo secreto, un viejo enigma que permitiría a Bea recuperar su pasado. ¿Pero logrará recordar? ¿Comprenderá la psiquiatra el peligro real que corre la joven?

Lectulandia

Elizabeth Adler

El secreto de Villa Mimosa

ePub r1.0

Titivillus 09.06.18

Título original: *The secret of the Villa Mimosa*
Elizabeth Adler, 1996
Traducción: Anibal Carlos Leal
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

El hombre era rubio y alto, realmente un individuo apuesto; tenía el cuerpo musculoso que le hacía parecer atractivo tanto vestido como, llegado el caso, sin sus ropas. Estacionó el automóvil alquilado —un Lincoln Town Car blanco, no un Ferrari ni siquiera el coche deportivo que podía ser el *jeep* Cherokee, y que uno hubiera podido esperar en un hombre que mostraba esa actitud fría, un tanto arrogante— en el estacionamiento del aeropuerto de San Francisco; después miró impaciente su reloj. El vuelo vespertino de Honolulu llegaba tarde, y parar más de unos minutos era arriesgado. Podía llamar la atención del agente de tránsito, que incluso quizá le podía poner una multa. Caminó de prisa hacia el edificio destinado a recibir a los pasajeros, y verificó la información contenida en la pantalla de llegadas y partidas. El avión había aterrizado cinco minutos antes.

De nuevo fuera, se inclinó sobre el automóvil, con las manos hundidas en los bolsillos, observando las puertas. Sonrió cuando al fin vio a la mujer. Sus cabellos cobrizos oscuros se habían agitado sobre los hombros femeninos mientras ella enfilaba hacia la línea de taxis. Ni siquiera prestó atención al hombre y no oyó el ruido de sus pasos cuando él se acercó por detrás. Él percibió la exclamación de la mujer cuando ella sintió el rápido pinchazo de la aguja en el brazo. Los ojos castaños aterrorizados lo identificaron, y él le sonrió. Casi sin hacer ruido ella se derrumbó en los brazos del hombre y fue introducida rápidamente en el asiento trasero del automóvil que esperaba.

Él se apresuró a cubrirla con una manta, se instaló en el asiento del conductor y se incorporó a la fila del tráfico, que avanzaba con lentitud hacia la ciudad. Se encogió de hombros y encendió un cigarrillo. Qué demonios, disponía de mucho tiempo. Podía matar el tiempo.

Cuarenta minutos después él estacionó el automóvil en Battery, bajó, abrió la puerta trasera y contempló a la muchacha. Controló su pulso y le levantó los párpados. Estaba completamente inconsciente. No habría dificultades por ese lado. La empujó hacia el suelo, la cubrió con la manta y cerró con llave el automóvil. Después encendió un cigarrillo y caminó con aire distraído doblando la esquina en dirección a Il Fornaio.

La cervecería estaba abarrotada. Se abrió paso hasta un asiento frente al mostrador, pidió un Carta Blanca y una pequeña *pizza con mozzarella*, anchoas, aceitunas y ajíes. Mientras esperaba, examinó los tantos de baloncesto en el Examiner. Bebió otra cerveza con la *pizza*. Después, porque nunca podía resistir su afición a los dulces, pidió un postre.

—Eso es lo más parecido que yo conozco al paraíso. —La joven que estaba sentada al lado sonrió—. Yo tampoco puedo resistir la tentación —reconoció.

La joven bebió un sorbo de su cóctel. Sus cabellos eran rojos y le llegaban a los hombros y tenía más o menos la misma edad que la muchacha a quien él acababa de dejar, drogada e inconsciente, en su automóvil. El hombre se encogió de hombros y pidió la cuenta.

—Una vez de tanto en tanto está bien —dijo.

Ella le había dado una oportunidad, y él percibió que la joven esperaba, pero el hombre se apartó. Mientras caminaba hacia la caja registradora, al lado de la puerta, sintió que ella lo miraba con curiosidad. Era bonita y no estaba acostumbrada a que la rechazaran. Sucedió únicamente que esa noche había apuntado al tipo equivocado.

Después de abrir el automóvil, levantó la manta que cubría a la muchacha y la observó de nuevo. Continuaba inconsciente, mientras él se instalaba frente al volante e incorporaba el automóvil al tránsito que se deslizaba a lo largo del embarcadero. Sabía con exactitud adónde iba, pero todavía era demasiado temprano... demasiado tránsito, mucha gente, muchas luces.

Se desplazó con lentitud a través de la ciudad, volviendo varias veces sobre sí mismo, y por fin enfilando hacia el Norte, a través de una serie de distritos; pasó al lado de un sector de propiedades elegantes, de una pista de golf, y hasta el lugar en que el camino bordeaba un barranco profundo y boscoso.

Detuvo el automóvil y levantó del suelo a la muchacha. La cabeza de la joven se bamboleó contra él, y el hombre maldijo el peso muerto mientras la transportaba casi a rastras entre los árboles, hasta que estuvo en un pequeño claro, al borde del barranco. La bruma había desaparecido y una luna en cuarto creciente iluminaba las rocas y los árboles retorcidos, y abajo, a gran profundidad, el arroyo sinuoso que serpenteaba en el fondo. El hombre vaciló y pensó con cierta añoranza en el revólver que llevaba en el bolsillo. Pero tenía que parecer un accidente. Era el único modo.

Incorporó a la muchacha. La sostuvo en brazos un segundo hasta que él recuperó el equilibrio. Después, con todo su peso, la arrojó por el borde al abismo.

Ella ni siquiera supo lo que había sucedido.

La luna se ocultó tras las nubes y la bruma retrocedió mientras él trataba de percibir el sonido de la caída. Con un suspiro complacido se volvió y desanduvo el camino entre los árboles, hasta el automóvil; después avanzó lentamente a través de la densa niebla, de regreso a su *suite*, en uno de los mejores hoteles de la ciudad.

Capítulo 1

El detective de homicidios Franco Mahoney, del Departamento de Policía de San Francisco, observó impasible mientras los hombres de los Servicios de Rescate del Departamento de Bomberos descendían por el Barranco de Mitchell, en dirección al cuerpo de la muchacha. No podía verse mucho de lo que había quedado; a lo sumo el pie con una sandalia roja y el brazo sobre un matorral que había atenuado la caída pero que no le había salvado la vida. Ahora ella sería un número más en la estadística de homicidios sin resolver. Él había visto antes todo eso, pero ahora tenía que cumplir una tarea. Debía hallar al asesino.

Consultó su reloj. Eran las 8 de la mañana. Su turno ya estaba terminando; pensó con añoranza en sus colegas más afortunados, que se encaminaban cansados a sus hogares o a desayunar en el local de Brannan, conversando sobre los problemas de la noche o quizá solo contando bromas obscenas y aliviando la tensión. Había sido una noche larga: el asesinato usual entre drogadictos en un callejón, una riña a cuchilladas en una miserable casa de vecinos donde la minúscula víctima china había perdido más sangre que lo que el propio Mahoney había visto jamás en una carnicería, y el cuerpo de un hombre arrojado a la autopista, donde varios automóviles le habían pasado por encima antes de que se descubriese que lo habían matado a balazos. La llamada acerca de la muchacha hallada en el Barranco de Mitchell había llegado a las 7.34. Gracias a la mala suerte que lo perseguía, había llegado al final de su turno. Algunas noches Mahoney se preguntaba si había sido realmente sagaz al elegir la carrera policíaca.

Suspiró mientras paseaba la mirada sobre el claro que comenzaba al borde del barranco. El lugar estaba abarrotado de tipos procedentes de los departamentos de Bomberos y Salud Pública, así como de los enfermeros, el médico forense, los técnicos de laboratorio y los equipos de noticias de la televisión, con todos sus elementos de trabajo: cables, escalas, camillas, tubos de oxígeno, goteros y cámaras. El claro cubierto de pasto húmedo ahora era un mar de lodo.

Antes de la llegada de los equipos de rescate habían tenido tiempo suficiente para examinar los alrededores y determinar que no había existido lucha; y a esta altura de la situación los indicios fundamentales habían desaparecido, hundidos en el lodo.

Varios policías uniformados, con los ojos clavados en el suelo, revisaban los matorrales; pero Mahoney sabía que no encontrarían nada. Hoy no habría botones arrancados, ni hilos enredados en una rama, ni casquillos de balas gastados; ninguna pista perfecta.

Como escena del crimen era lamentable. Mahoney sonrió, y pensó: *Agatha Christie habría contado por lo menos con una huella perfecta. A mí, solo me dejan un cadáver.*

Cuando llegaron los servicios de rescate, el cadáver tuvo prioridad absoluta. Todo debía esperar hasta que lo hubiesen recuperado, aunque eso implicase destruir la evidencia. La mujer caída por el barranco todavía tenía sus derechos como persona, aunque probablemente por última vez. Después se convertiría en otro ser anónimo depositado sobre la fría mesa de acero del depósito de cadáveres de la ciudad, hasta que el forense por fin terminase de examinarla en busca de pruebas físicas. O hasta que un afligido progenitor o un pariente angustiado —aunque quizá no existiera nada de eso— recordase que la tía Flo o la hermana Joleen o la prima Peggy Sue había desaparecido desde hacía cierto tiempo, de modo que ahora venía a preguntar.

Mahoney se volvió de mala gana para enfrentarse a las cámaras de la televisión y expresó con brevedad lo que sabía: que el cuerpo de una mujer había sido descubierto temprano esa mañana por un hombre que había salido a pasear a su perro. No, el hombre no era sospechoso. Y no, en este momento no tenía otro sospechoso. Gracias y adiós.

Franco Mahoney había sido policía durante catorce años, siete como detective en la Brigada de Homicidios. Decían que era uno de los mejores, un analista meticulado de la información y un hombre que completaba la investigación de sus casos. También se le conocía como un policía que nunca abandonaba un caso. Podían pasar años, pero Mahoney nunca olvidaba un asesinato sin resolver. Los hechos y la prueba se repetían constantemente en su cabeza, por la noche, mientras descansaba, y a veces surgía algo importante. Había obtenido condenas en una serie de homicidios desplazados al fondo del archivo, con el rótulo de «sin resolver», gracias a su insistencia, su trabajo esforzado y su intuición.

Tenía «olfato» para los asesinos.

—Es como si pudiera olerlos. Amigos, son como la carne podrida. Y eso es todo —solía decir a los periodistas, que le profesaban simpatía porque Mahoney siempre les suministraba información interesante. Y, además, se daba buena imagen en la televisión. El perfecto policía de estilo viril.

—Ya sube —gritó el jefe de la escuadrilla de rescate.

Franco observó mientras la camilla ascendía con cuidado. Había visto más víctimas de asesinato que todo lo que le interesaba recordar. Como cualquier otro policía, sabía que el único modo de mantener su salud mental era distanciarse de la víctima. Cuando esa víctima era un niño, le resultaba humanamente imposible y cuando era una mujer joven, como en este caso, le parecía muy difícil.

Tenía alrededor de veinticuatro años; la cara estaba hinchada hasta lo grotesco, una masa de cardenales morados con parches rojos y lívidos donde las piedras le habían arrancado la piel. Había sangre seca en la nariz y los oídos, lo cual sugería fractura del cráneo; los cabellos cobrizos estaban manchados de sangre oscura y congelada. Mahoney pensó con amargura que quizás esa muchacha había sido bonita. Divertida, alegre. Hasta la noche anterior, en que un canalla había decidido que no podía permitirle que continuase viviendo.

Retrocedió un paso para permitir que los enfermeros se hicieran cargo del cuerpo cuando apareció sobre el borde. Aclarándose la voz, comenzó a escribir: «Sexo femenino. Caucásica. Edad probable, 24 años. Peso estimado, alrededor de 50 kilogramos. Estatura 1,65 metros. Cabellos rojos...».

—Dios mío, tiene pulso. ¡Todavía está viva!

Los enfermeros estaban arrodillados sobre la camilla e insertaban frenéticamente una aguja en el brazo, le suministraban oxígeno a través de una máscara y acolchaban el cráneo fracturado con bolsas de arena. Con rapidez, le pusieron pantalones a presión sobre las piernas, inflándolos de modo que contuviesen el flujo de sangre y obligando a la presión sanguínea a volcarse hacia la parte superior del torso y la cabeza, para rodear a la mujer con una brillante envoltura de aluminio *antishocks*.

—Espere un momento. —Franco miró la doble fila de picaduras en el antebrazo derecho—. ¿Qué es eso?

El enfermero examinó atentamente los pinchazos.

—Maldito sea, Mahoney, son marcas de dientes. Yo diría que una mordedura de perro.

Mahoney los acompañó mientras se desplazaban a través del bosque para trasladar con rapidez a la mujer a la ambulancia que esperaba y la colocaban de prisa en el vehículo.

—¿Cree que sobrevivirá? —preguntó.

El enfermero se encogió de hombros.

—Ni siquiera sé si podemos estabilizarla para que llegue a la Unidad de Traumatología.

Mahoney suspiró mientras ordenaba a un policía uniformado que acompañase a la herida hasta la Unidad General de Traumatología de San Francisco.

—Me mantendré fuera de la sala de operaciones —ordenó—. Pero infórmeme si la mujer despierta.

El asunto ya no era de su competencia. Mahoney era un detective de homicidios. Necesitaba un cadáver antes de empezar a trabajar.

—Mahoney, todavía no nos necesitan —dijo el forense Pete Preston, mientras subía a su automóvil. Su trabajo también venía después de la muerte.

—Todavía no, Pete —dijo Mahoney—. Pero tengo la sensación de que esto es un intento de asesinato. —Suspiró y se encogió de hombros, como si rechazara todo el episodio—. ¿Qué le parece si bebemos una taza de café?

Capítulo 2

En el apartamento de Pacific Heights donde vivía sola, Phyl Foster despertó como de costumbre a las 7.30. No necesitaba que sonara el despertador, porque estaba acostumbrada a ese horario. Era parte de su entrenamiento médico. Había aprendido a dormir la siesta cuando disponía de algunos minutos libres y a despertar respondiendo a una rutina.

Mientras se dirigía al cuarto de baño, pensó: *Hoy cumpla treinta y siete años. Es sorprendente cómo pasa el tiempo, y me parece divertido que sienta que tengo solo treinta y seis.* Hizo una pausa y paseó la mirada por su elegante apartamento. Contempló las enormes ventanas con su panorama de la Bahía de San Francisco, los estantes de libros, los cuadros interesantes y las esculturas de jóvenes artistas norteamericanos. Admiró las antiguas alfombras de seda distribuidas sobre los suelos de madera clara, los cuartos de baño y la cocina con su equipo moderno, blanco, gris y negro.

Algunas personas creían que el hogar de Phyl, con su intencionada falta de color, era un lugar sin espíritu. Pero ella consideraba que las alfombras, las obras de arte y los libros eran las cosas que le conferían vida. El resto era nada más que una especie de trasfondo, los accesorios de la vida: estaban allí para cumplir una función y no para exhibirse. «Feo pero adecuado», como seguramente habría dicho con gesto aprobador la abuela de una amiga. Y todo comprado y pagado por ella misma.

Se vistió con prendas del mismo estilo sobrio y monocromático, resultado de la inventiva de los diseñadores japoneses. Con sus relucientes cabellos negros formando un moño, la piel clara, el lápiz labial rojo y los ojos azules profundos de expresión sorprendida, era una figura conocida en la televisión y en las sesiones de distribución de libros de todo el país. Además de tener un consultorio psiquiátrico de gran éxito, también escribía obras de psicología popular de las cuales se vendían millones de ejemplares. *La doctora Phyl habla del matrimonio. La doctora Phyl se refiere a la menopausia. La rivalidad entre hermanos. El divorcio. Las drogas. El alcohol. La violencia doméstica.* Todos los traumas que uno podía concebir estaban al alcance de las sencillas explicaciones de la doctora Phyl, que explicaban al lector cómo podía afrontar esas situaciones o superarlas.

Se duchó, pensando en la jornada que la esperaba: un consultorio matutino en el Hospital General de San Francisco, donde ella trabajaba de modo gratuito, la tarde en el Centro Médico de la Universidad de California, donde era consultora, y después los pacientes privados, entre las cuatro y media y las siete y media de la tarde; el esfuerzo para llegar a su casa a pesar del tránsito; la ducha y, por fin, un vaso de vino tinto.

Más tarde, ataviada con un albornoz blanco, los cabellos negros liberados del

moño tirante, la cara desprovista de maquillaje y artificio, cenaba. De nuevo sola.

Pero ahora estaba secándose los cabellos mientras miraba las noticias de primera hora de la mañana en la televisión. Escándalos políticos, el tránsito, el tiempo... más el añadido de algunas novedades. Otro homicidio. Un detective con apariencia de macho explicaba que la víctima era una joven descubierta en un barranco por un hombre que había salido a pasear a sus perros.

Phyl observó, fascinada, cómo las cámaras apuntaban a los servicios de salvamento que descendían al fondo del barranco, para recuperar el cuerpo de la mujer, que estaba semioculto entre el follaje de un gran matorral. La depositaron sobre una camilla y comenzaron a subirla. Phyl percibió un mechón de cabellos rojos cobrizos, un brazo pálido extendido, un pie con una sandalia de cuero rojo que todavía colgaba de la extremidad.

Se estremeció y apagó el televisor, horrorizada ante su propio vuayerismo. Sin duda había visto suficientes cadáveres durante los años en que había realizado las prácticas de interno y la residencia en el hospital, pero esto era obsceno. La joven parecía tan vulnerable, y sus últimos momentos estaban siendo aprovechados por las cámaras inquisitivas de la televisión. La noche de la víspera había estado viva, quizá se había reunido con los amigos, caminado y charlado, tal vez cenado y bailado.

Pobrecita. Phyl sabía que tenía que ser la «hija amada» por alguien. Y sin duda hoy esa madre recibiría la verdad horrible y definitiva.

—¡Maldición! —dijo Phyl con aspereza. Encendió el secador de pelo y se miró irritada en el espejo del cuarto de baño. La vida podía ser realmente absurda. Como sin duda debían atestiguarlo la mayoría de sus pacientes; pero era mejor que lo que estaba sucediéndole a esa pobre joven.

Se secó los cabellos, los ajustó con tanta fuerza que le dolió el cuero cabelludo y después formó un moño sobre la nuca. Se vistió de prisa. Usaba un mínimo de ropa interior de seda. Era delgada y sus curvas no necesitaban armazones de alambre ni tejidos especiales; además, la seda era el lujo que ella se permitía, su secreto bajo la fachada de las prendas blancas y negras severas que presentaba a los ojos del mundo. A veces compartía ese secreto, pero últimamente no lo hacía con mucha frecuencia. Se encogió de hombros mientras se abotonaba la chaqueta de su pantalón negro. Qué demonios, las necesidades del trabajo debían prevalecer. Además, el celibato estaba de moda.

Inclinándose hacia el espejo, aplicó con cuidado el lápiz labial rojo. Sin el color intenso del lápiz labial, su boca parecía blanda y vulnerable. Con un color rojo aterciopelado muy vivido, era una especie de reafirmación. Phyl era una mujer con la cual había que contar. Una mujer que estaba en la cumbre de su profesión. Una mujer que sabía lo que hacía en cada momento del día. Incluso si a veces, pensaba ella con un estremecimiento, sus noches parecían un tanto solitarias.

Se puso aros de oro y ónix en las orejas y no usó otras joyas, apenas un reloj de pulsera, que por su tamaño le permitía decir la hora sin levantar el brazo y también le

posibilitaba que sus pacientes no creyeran que tenía la vista clavada en el reloj.

Recogió el bolso de cuero negro, buscó las llaves y verificó por última vez su uniforme de trabajo.

Después de apoderarse del gran bolso negro que contenía las carpetas que necesitaba durante el día, bajó en el ascensor hasta su automóvil, un Lexus negro compacto, tan discreto como ella misma. Luego enfiló hacia el mundo real: el Hospital General de San Francisco en Potrero Hill.

Eran solo las 8.20 de la mañana, y su primera cita estaba concertada para las 9, de modo que fue a la cafetería y pidió la taza de café que no había podido beber antes, después de contemplar la imagen de la mujer muerta en la televisión. Cuando estaba avanzando por el pasillo, cambió de idea. El local italiano que atendía cerca de la esquina servía mejor café... y unas pastas fabulosas.

Fuera oyó el alarido de una ambulancia. Se volvió para observar. Los enfermeros descendieron de prisa y un segundo después habían depositado la camilla en un carrito y corrían con él mientras sostenían el frasco de suero conectado al brazo de la paciente, en dirección al grupo de médicos y enfermeras que esperaban. El cuerpo de la paciente estaba envuelto en relucientes láminas de aluminio. La cabeza estaba unida a la camilla y sostenida a cada lado por bolsas de arena. Phyl alcanzó a ver una parte de la cara lastimada y pálida, los ojos cerrados con fuerza, los cabellos cobrizos manchados de sangre. La mujer del barranco.

Pensó sorprendida: *Después de todo, aún no ha muerto*. Y al recordar el color pálido, agregó con expresión sombría: *Todavía no*.

Por la razón que fuese, las pastas danesas no parecieron tan atractivas como un rato antes. Se volvió sobre los talones y retornó al hospital con la cabeza inclinada, pensando en la joven y en los padres que serían convocados junto a su lecho de enferma; pensó también en sus posibilidades de supervivencia. Era evidente que había sufrido graves heridas en la cabeza, y Dios sabía si había otros daños, internos o externos.

Pensó con tristeza: *Pobrecita, pobrecita*.

Sacudió la cabeza para aclararse las ideas, retiró de la máquina una taza de café y caminó por los pasillos relucientes en dirección a su consultorio, para comenzar el día.

Hacia las doce y media había visto a ocho pacientes, y se desfallecía de apetito. Recogió sus anotaciones y las carpetas y depositó todo en el bolso negro, pensando con ansia en una ensalada de tomates y pollo. Cuando ya se acercaba a la puerta, vaciló y miró indecisa el teléfono. Aún no había podido apartar de su mente la imagen de la joven en el barranco. A lo largo de todas sus entrevistas, esa misma mañana, dicha imagen había estado superpuesta a todos sus pensamientos; también recordaba el pie con la sandalia roja que colgaba de una de las extremidades, la cara maltratada incolora como un bloque de tiza, la cabeza ensangrentada. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo, y Phyl caminó con rapidez a través del

vestíbulo en dirección a la Unidad de Traumatología.

Al reconocerla, la enfermera de guardia sonrió.

—Usted se refiere a la muchacha que trajeron esta mañana a las ocho y veintidós —dijo en respuesta a la pregunta de Phyl—. Creían que estaba muerta cuando la vieron allí abajo, en el barranco, pero al subirla percibieron que aún respiraba. Tiene las costillas rotas, posibles hemorragias internas y un par de orificios en el cráneo, en la región temporal izquierda. La llevaron de inmediato a la sala de operaciones y todavía no ha salido. —Apartó la mirada de sus notas—. Creo que están haciendo todo lo posible para salvarla —dijo con expresión alentadora. Y de pronto, súbitamente alerta—: Entonces, ¿usted la conoce?

Phyl meneó la cabeza.

—Vi el rescate en los informativos matinales. Quién sabe por qué, no pude olvidarlo.

—Me lo imagino —dijo la enfermera—. Es una lástima que no la conozca, porque carecemos de identificación. Los policías están buscando su bolso en el barranco, lo mismo que cualquier otra pista que aparezca. Pero, por lo que sé, continúa siendo una desconocida.

—Quizá reproduzcan su foto en los periódicos —sugirió Phyl, siempre pensando en la madre, que ignoraba que su hija estaba tan cerca de la muerte. Seguramente el toque materno, el sonido de su voz, solamente su presencia en la misma habitación podía ser útil. De pronto, le pareció muy importante encontrarla, traerla al hospital.

—No habrá fotos —dijo la enfermera—. Tal como está ahora, ni su propia madre podría identificarla.

Phyl suspiró pesarosa mientras daba las gracias a la enfermera y comenzaba a retirarse. Era absurdo comprometerse tanto; ni siquiera conocía a la joven. De todos modos, confiaba en que lograría salvarse. Ahora había olvidado su apetito anterior y condujo con lentitud a través del tránsito en dirección al Centro Médico de la Universidad de California en San Francisco.

Más tarde vio a los pacientes privados, y por una vez reconoció que no conseguía concentrarse. Se sintió aliviada cuando comprobó que el último paciente no aparecía a las siete y solo en el camino de regreso a su casa recordó que no había probado bocado en todo el día.

No me extraña que estuvieses perdiendo la batalla, pensó Phyl en una actitud de autocrítica, porque se sentía culpable en vista de que no había consagrado los mejores esfuerzos a sus pacientes. Entró con el automóvil por Sansome, giró otra vez en el Embarcadero y encontró estacionamiento frente a Il Fornaio.

Como de costumbre, el restaurante estaba atestado.

—Doctora, puedo acomodarla frente al mostrador —dijo la camarera. Phyl a menudo concurría al local después de sus horas de trabajo, cuando estaba tan cansada que no podía pensar en prepararse la cena en su casa; allí todos la conocían bien—. Hay un rincón tranquilo donde nadie la molestará.

La camarera la condujo a una butaca que estaba en el extremo más alejado del mostrador y le entregó el menú. Phyl pidió un vaso de vino tinto. Sobre el mostrador había un ejemplar del *Chronicle*. Publicaba una fotografía de la escena del rescate, en el Barranco de Mitchell. El titular decía: EL CUERPO DE UNA MUJER ENCONTRADO EN EL BARRANCO. Phyl lo leyó, sorprendida, pero después recordó que al principio todos habían creído que la mujer estaba muerta. Era probable que al día siguiente, a menos que algo más importante ocupase los titulares, el diario corregiría su información. Salvo que a esa altura de las circunstancias la muchacha hubiese muerto.

Jugueteó con la pasta, mientras pensaba en el retorno a su hogar, a su apartamento vacío; recordaba que ahora cumplía treinta y siete años. En respuesta a un impulso, pidió una copa de champaña; después casi se arrepintió. Un cumpleaños celebrado en soledad no era un auténtico cumpleaños.

Repasó el periódico y se detuvo en un artículo titulado «París». La palabra misma le pareció colmada de presagios: la primavera y los castaños en flor, las mesas de café bajo los árboles y los paseos a orillas del Sena. Un hombre apuesto en la cama, compartiendo tazas de café la mañana siguiente... Un buen material para soñar en una lluviosa noche de San Francisco.

Suspiró de nuevo con cierta añoranza. Recordó con vaguedad que más avanzado el año se celebraba una conferencia de psiquiatría en París. Quizás ella encontrase tiempo para asistir. Se sintió mejor, pidió su cuenta, se empolvó la nariz y agregó un toque de rojo a sus labios.

La mujer que estaba sentada al lado se volvió y sonrió cuando Phyl se levantaba para salir. Sus cabellos rojos le llegaban hasta los hombros, y Phyl pensó con una punzada de pesar en la joven que vacilaba entre la vida y la muerte en la sala de cuidados intensivos del Hospital General de San Francisco.

Llamó al hospital desde el automóvil. La intervención quirúrgica había tenido éxito, pero la mujer estaba en coma. Los médicos aún no estaban seguros de la magnitud del daño cerebral. Podía pasar un tiempo hasta que supieran a qué atenerse en un sentido o en otro.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas cuando se acercó lentamente a su casa. Estaba recordando cosas que no deseaba evocar, cosas que como buena psiquiatra había intentado ocultar: el temor, la culpa y el pesar... Y ahora, a causa de una joven pelirroja maltratada con brutalidad que yacía en un hospital, todo regresaba otra vez.

Tonta, se dijo con expresión severa. *Phyl Foster, eres una condenada tonta.*

Capítulo 3

La joven se deslizaba por un túnel oscuro, cada vez más rápido, en busca de un punto luminoso. Necesitaba esa luz, la necesitaba con urgencia, y sin embargo, por muy veloces que fuesen sus movimientos, siempre se mantenía a la misma distancia. Pero sabía que no debía ceder, tenía que alcanzar la luz; pertenecía a ese lugar. Más rápido, se dijo, más rápido, vuela hacia ese destino... y de pronto sintió que caía, Dios mío, se caía, planeaba con los brazos extendidos. Con el sonido del viento en los oídos, de pronto cayó en un abismo del cual ella sabía que jamás lograría regresar.

—¡No! —gritó—. ¡No, no, no...!

—Está bien, querida, está bien. No se preocupe por nada.

Trató de abrir los ojos, pero le pareció que los párpados soportaban pesas que los mantenían cerrados. Y no podía moverse ni sentir. Era inútil volar por el túnel en dirección al punto de luz. Después de todo, estaba muerta.

—¡No quiero estar muerta! —exclamó angustiada—, ¡no quiero estar muerta...!

—No está muerta, querida —dijo la enfermera con voz tranquilizadora—. Está aquí, en el hospital. Sufrió un accidente. Pero se sentirá bien. No se preocupe por nada.

La joven no confiaba en ella. Sabía que el abismo la esperaba.

—Y entonces, ¿por qué no puedo abrir los ojos? —murmuró con voz ronca.

—Ya lo hará, querida. Ya lo hará. Espere un poco. Ahora descanse. Ya viene el médico.

Permaneció inmóvil, escuchando los sonidos de su entorno, el zumbido grave de las máquinas y las señales electrónicas, el roce del algodón almidonado y el golpeteo de los zapatos con suela de goma en la habitación. También podía oler las cosas; olores propios del hospital, olor a desinfectante y jabón. Y algo dulzón, un suave aroma floral que era extrañamente conocido. Tan delicado, tan grato, tan... familiar. Pero no podía recordar con exactitud de qué se trataba.

Movió la cabeza en un gesto de frustración, sobre la almohada; después lanzó una exclamación cuando un dolor que parecía la herida de un cuchillo al rojo vivo partió de la base de su cráneo y estalló en algún punto de su cerebro.

—Quieta, querida. —La enfermera presionó la espalda de la muchacha contra las almohadas—. Ya viene el médico —agregó, y pareció aliviada.

Se oyó el sonido de pasos; después una mano fría sobre la mano de la paciente y los dedos suaves en su pulso.

—Bien, joven amiga, ciertamente nos alegramos de que haya regresado con nosotros. —La voz del médico era animada, intencionadamente alegre, alentadora.

—¿Por qué? —preguntó la joven con su voz nueva y extrañamente ronca—.

¿Ustedes creyeron que yo moriría?

El médico se echó a reír, con un sonido agradable y vibrante, y ella sintió que sus propios labios se distendían en una sonrisa.

—Hacemos todo lo posible para evitar que las pacientes bonitas nos abandonen —bromeó el médico.

—Machista —murmuró ella, y oyó que el médico volvía a reírse—. La verdad —rogó—. Por favor. Dígame la verdad.

Percibió que él vacilaba. Y después:

—Hubo un accidente. Usted salió herida. Las costillas rotas, el bazo lastimado... tuvimos que eliminarlo.

—Mi cabeza —insistió la muchacha—. ¿Qué sucedió con mi cabeza?

—Fracturas de cráneo en dos lugares. La operamos y reparamos el daño. Ahora está muy bien.

—Entonces, ¿por qué —preguntó quejándose— no puedo abrir los ojos?

El médico le abrió el párpado izquierdo y le apuntó con una luz. Rebotó en alguna parte del cerebro de la paciente, desencadenando recuerdos de luz diurna y sol. Quizá después de todo ella había emergido del túnel oscuro.

—¿Usted es real? —murmuró ella, todavía sin creerle.

Él tomó las manos de la paciente entre las suyas. Ella las sintió fuertes, gratamente humanas.

—Usted está en el Hospital General de San Francisco. Ha permanecido en coma casi tres semanas. Pero ahora está viva y bien. Ahora lo único que necesita es recuperarse. Y no se preocupe por sus ojos. En poco tiempo más podrá abrirlos y entonces podrá ver usted misma quiénes somos. Entretanto descanse un poco. Tal vez más tarde podamos volver a hablar. Y entonces usted podrá decirnos quién es.

—¿Quién soy?

—Después —dijo el médico—. Ahora no se preocupe por eso.

La paciente oyó que él se alejaba de la cama, que mantenía una conversación en murmullos con la enfermera y después cerraba la puerta. Gracias al silencio más profundo comprendió que estaba sola.

Un accidente, había dicho el médico. Tres semanas en coma. En San Francisco. Entonces. ¿San Francisco era su lugar de residencia? Pensó un minuto en eso. Imágenes imprecisas del Telegraph Hill, el edificio de Transamérica, el Puente Golden Gate atravesaron su mente. Se dijo con expresión triunfante: *Tú estás al tanto*. Pero no era así, no sabía dónde estaba ni por qué razón había llegado allí.

Un accidente. Reflexionó en la palabra e imaginó un choque de automóviles, el chirrido duro del metal contra el metal, el *crescendo* de los vidrios rotos, los frenos gastados y la goma quemada; pero era como una película sin personajes, una película que nada significaba para ella. No lo recordaba. Se estremeció. *Quizás era mejor que no supiese a qué atenerse*.

El médico había hablado de heridas en la cabeza, de una operación en el

cerebro... El sufrimiento zigzagueó de nuevo cuando ella volvió la cabeza con un gesto brusco, de modo que la obligó a gemir. Y después comprendió. No podía abrir los ojos porque tenía la cara aplastada. La mantenían sedada con el fin de que no viera el terrible desastre que era su rostro...

Trató de levantar la mano; quería sentirla, explorar el daño con los dedos, pero el brazo estaba sujeto a una serie de agujas, tubos, botellas de goteo y otros artefactos.

Las lágrimas de desesperación brotaron de sus párpados cerrados, formando un río caliente y salino en sus mejillas, en dirección a los oídos. Pensó que parecía una niña; acostada, llorando en la oscuridad, llamando a su madre, excepto que allí no había ninguna madre.

—¿Mamá? —dijo como para probar. Pero sabía que su madre no estaba allí. Trató de evocar su imagen, pero no consiguió nada. Pensó: *Es extraño. Puedo recordar el aspecto del edificio de Transam y el Puente Golden Gate, pero no atino a recordar la cara de mi madre. Ni siquiera puedo recordar su nombre.*

Mi nombre. Trabajó en la oscuridad que dominaba su cabeza en busca de una respuesta. No la encontró. Solo la nada y el túnel que amenazaba tragársela de nuevo, alejándola de la luz, alejándola del recuerdo. Y de la vida.

—Querida, ahora se pondrá bien. —La voz de la enfermera sugería una sonrisa—. Quizá mañana podamos quitarle alguno de esos tubos y esas máquinas. Y tal vez, si usted es buena, le demos un poco de crema helada en la cena.

—No me agrada la crema helada —replicó mecánicamente.

—Bien, entonces yogur helado. Eso le agrada, ¿verdad?

¿Le agradaba? No podía recordar y sin embargo acababa de recordar que no le agradaba la crema helada.

El pánico la obligó a mover los párpados. Se elevaron lentamente, como el telón de un teatro sobre un escenario oscuro, pero aun así el episodio la desconcertó. Poco a poco la habitación recobró su foco. Alguien se inclinaba sobre ella; la luz que estaba detrás de esa cabeza era como una aureola.

Era la cara de una *madonna*. La piel clara, los cabellos oscuros, los labios rojos separados en una sonrisa acogedora. Sintió una mano fresca en su frente cuando la *madonna* dijo:

—Aquí estamos. Me alegro de que por fin haya despertado. Soy Phyl Foster.

La joven se agarró a la mano apoyada sobre su frente como si fuera el cable de un salvavidas.

—Phyl —murmuró—, seguramente usted me conoce. *Dígame quién soy.*

Capítulo 4

Mahoney se recostó sobre el respaldo del sillón en la sala de la brigada, que se encontraba en el cuarto piso del edificio de la policía; concentraba su atención en lo que acababa de leer acerca de la joven hallada en el Barranco de Mitchell. A decir verdad, no era mucho. Múltiples heridas, sobre todo dos fracturas de cráneo, quizá provocadas por un instrumento romo. Por otra parte, podía haberlas sufrido al caer sobre las piedras.

Después estaban las mordeduras de un perro. Era evidente que había levantado el brazo derecho para protegerse de un ataque. Y tampoco había dudas en el sentido de que el perro era corpulento.

—Hablamos de un animal parecido al Doberman —afirmaron los expertos—. Pero no un bulldog. Estos tienen una mordedura distinta. Y un bulldog no la habría soltado.

¿Quizás un perro vagabundo la había atacado? ¿La había perseguido hasta el borde del barranco? Tal vez ella había retrocedido de modo irreflexivo, cayendo al abismo. Mahoney meneó la cabeza; no lo creía. Donde había un perro como ese, había un hombre. ¿Él le había arrojado encima al perro? ¿Había planeado violarla y matarla? Se encogió de hombros, con un gesto de cansancio. El mundo estaba poblado por locos. Cualquier cosa era posible.

Repasó de nuevo los detalles. Aún no contaba con una identificación. Habían apostado vigilancia permanente en el hospital y, como no había tenido noticias del agente durante el día, suponía que la joven continuaba en coma. Todavía era una situación en que todos pensaban: salvará la vida o morirá.

Pensó en el suicidio y llegó a la conclusión de que no era posible. Si uno quería arrojarse desde un lugar elevado en San Francisco, no elegía el Barranco de Mitchell.

No, eso era un intento de homicidio y, de no haber sido por el hecho de que los matorrales estaban muy crecidos y habían amortiguado la caída, de no haber sido por las maravillas que originaba la neurocirugía moderna, habría sido simplemente «homicidio», y no solo un «intento». Y Dios sabía que nada era más difícil de probar que un «intento» de asesinato; él sabía demasiado bien que era probable que el episodio mereciese la calificación de «agresión sin atenuantes». En cualquiera de los dos casos, la pobre joven perdía la batalla. Perdía la vida o perdía la satisfacción de encarcelar a su atacante durante varios años.

Empujó hacia atrás el sillón, se puso de pie y caminó hacia la máquina de café. Bebía su café negro, sin azúcar. Al probarlo, pensó que bien podía ser un poco más fuerte y llegó a la conclusión de que con la cantidad que bebía diariamente era probable que se convirtiese en víctima de la cafeína según las circunstancias.

Mahoney era un hombre corpulento, de treinta y nueve años, fanático del

ejercicio físico, que dedicaba todo su tiempo libre a practicar en la Asociación Cristiana o a correr por las colinas. Había participado en la Maratón de San Francisco y trazado planes para participar en una de las competencias neoyorquinas. Quizá lo hiciera el año siguiente, si disponía de tiempo suficiente para entrenarse y superar la adicción al café. De todos modos, la adicción a la cafeína era mejor que la adicción de los italianos que eran sus parientes por el lado materno de la familia y que bebían más «grappa» que todos los individuos que él conocía y a pesar de todo podían mantener el equilibrio. Y la mitad irlandesa, por el lado de su padre, que podían participar en un coro con los mejores y aun así cantar «Galway Bay» al final de una noche, sin tropezar con la letra.

Apoyó su cuerpo en la pared, mientras bebía el café y observaba el movimiento de las primeras horas de la noche del viernes: una docena de teléfonos llamando todos al mismo tiempo; un borracho detenido a hora temprana aullando obscenidades en el calabozo; un hombre con el ojo amoratado a quien estaban interrogando; una pareja de expresión desesperada que reclamaba ayuda para encontrar a su hijo adolescente; una sospecha de incendio intencional; un joven acusado de apuñalar a otra persona. Pensó que era necesaria la paciencia de un santo para ser policía y que eso era algo que a uno no le enseñaban en la escuela de agentes. Eso y nunca suponer nada. No podía determinar cuántas veces había comprobado la verdad de esa fórmula. Porque, «amigos míos», pensó Mahoney, mientras se acercaba a su escritorio para atender la llamada telefónica, «en el mundo real prácticamente nada es lo que parece».

—¿Sí? —preguntó y se recostó en el respaldo del asiento con los pies sobre el escritorio y el teléfono apretado entre el hombro y la oreja, mientras bebía su café—. ¿Psiquiatra? ¿Y ahora está aquí? Bien, dígame que enseguida me desocupo.

Verificó de nuevo sus notas. El neurocirujano había designado a cierta doctora Foster con el fin de que contribuyese a la rehabilitación de la desconocida. Mahoney no sabía que se trataba de una mujer. Suspiró y de pronto recordó quién era. Mujer y famosa. Magnífico. Precisamente lo que necesitaba una atareada noche de viernes, cuando tenía en las manos un intento de homicidio prácticamente sin pistas. Supuso que él era uno de los pocos que nunca la habían visto por televisión o leído alguna de sus obras. Y no entendía qué ayuda podía prestar ella ahora. Sabía que, si la joven salía del coma, la doctora Phyl Foster trataría de evitar que Mahoney la interrogase. Y también sabía que él tenía que cumplir una tarea. Querría interrogarla con la mayor prontitud posible, antes de que olvidase lo que podía recordar.

Decidió tener esperando a la doctora Foster. Practicar una pequeña prueba del carácter con la psiquiatra. Ver si podía mantener la calma o si prefería jugar el papel de la profesional elevada y famosa con el pobre policía tonto.

Phyl había ido directamente del hospital a la policía. El neurocirujano le había dicho que Mahoney estaba ansioso de entrevistar a la joven apenas ella emergiese del coma, y Phyl deseaba explicarle en persona que no debía hacerlo. Por lo menos no

debía hacerlo todavía. Se paseó por los pasillos, mientras espiaba, impaciente, a través de las puertas de vidrio, el caos organizado que reinaba en el interior. Pensó que todo eso se parecía a un hospital: un súbito fragmento de la vida real que se arrancaba de su propio ambiente, cuidadosamente planeado y controlado.

Consultó con impaciencia su reloj. Maldita sea, ¿dónde estaba ese hombre? Llevaba diez minutos esperando y se sentía agotada. Quizás era la reacción al ver que la mujer volvía a la vida, como un nadador que emerge ascendiendo desde la profundidad de las aguas. Dios mío, qué alivio. Y después la punzada de la aprensión, al comprender que la joven ni siquiera recordaba su nombre. De todos modos, agradecía a Dios que ella estuviera viva, que sus sentidos motores funcionaran bien, y que estuviese angustiada de un modo racional pero comprensible.

—¿Señorita Foster?

Se volvió y encontró la mirada de los ojos azules de Franco Mahoney. Advirtió que era una mirada que no expresaba la más mínima alegría. Extendió la mano.

—Espero no interrumpirlo, pero deseaba hablarle de la joven víctima, la mujer del barranco.

La expresión en los ojos de Mahoney se endureció.

—¿Ha despertado? Pedí que me informaran apenas recobrase el sentido.

—Señor Mahoney, he venido para decirle precisamente eso.

—Detective —la corrigió.

—Detective Mahoney. —Phyl suspiró. Adivinó que la situación iba a ser difícil. Estaba ante un hombre apuesto, si es que a una mujer le agradaban corpulentos e hirsutos, con barba de medio día. Un metro ochenta y cinco, poco más o menos, hombros anchos, caderas angostas, y con esa arma en la pistolera que expresaba su machismo. Tenía espesos cabellos negros ondeados, peinados hacia atrás, la nariz fuerte, el mentón firme, la boca ancha y expresiva y los ojos azules mostraban arrugas en las comisuras, como si ese hombre sonriese mucho. Aunque ahora no lo parecía. Se encontraban ante un enfrentamiento absoluto y hostil.

—Recuperó la conciencia hace poco más de una hora. Hablé con el neurocirujano; coincide en que es demasiado pronto para empezar a formularle preguntas. Esa mujer todavía está muy grave. Y la veo angustiada.

Mahoney emitió un suspiro exasperado.

—Señorita Foster...

—Doctora Foster.

Los ojos azules del policía la miraron con expresión burlona.

—Doctora Foster. Como usted comprenderá, tenemos aquí un intento de homicidio. Mi tarea consiste en atrapar al culpable del delito. El asesino.

—La mujer no está muerta.

—El posible asesino —corrigió Mahoney con un gesto de impaciencia.

—Y mi tarea es ayudarla a recuperar la salud. La salud mental, detective Mahoney. Aparte de las considerables lesiones físicas, ella sufrió un grave trauma

cerebral. Si, como usted sugiere, después de todo no fue un accidente y en efecto alguien intentó matarla, puede imaginar lo que está soportando. Tratando de recordar.

—¿Tratando de recordar?

—En este momento, detective, su víctima anónima ni siquiera puede recordar su propio nombre.

—¡Caramba!

Mahoney se acomodó mejor en su silla, desentendiéndose de la psiquiatra. Ella lo miró fijamente.

Inclinándose sobre el escritorio, Phyl le ofreció su sonrisa más femenina y seductora.

—Lo siento, detective Mahoney. Pero es por el bien de la mujer. Imagine que fuese su esposa o su hija. Usted no querría que la obligasen a afrontar la reconstrucción de los hechos antes de que estuviese en condiciones de afrontar el *shock*. —Se encogió de hombros con tristeza—. Esta joven está sufriendo una amnesia retrospectiva, una pérdida de la memoria relacionada con los hechos que precedieron al trauma. Es evidente que la causa son las heridas en el cráneo, pero también estoy segura de que actúa el trauma mental de la agresión. En estos casos, a menudo la memoria retorna involuntariamente. Quizá mañana recuerde algo; tal vez desee hablar del asunto y quiera llegar a la verdad. Si no ocurre nada de eso, intentaré ayudarla. Entretanto espere un poco, por favor.

Él suspiró.

—Está bien. Si usted lo dice.

Los tiempos pueden cambiar, pensó exasperada la psiquiatra, pero los hombres no. Por lo menos no del todo.

—Supongo que tiene razón —reconoció él de mala gana—. Pero comprenderé que estoy tan preocupado como ustedes. Alguien intentó matarla. Si muere, mi obligación es llevar al culpable ante la justicia, y para lograrlo necesito la ayuda de la víctima.

—Entonces, ¿qué sabe de ella? ¿Además de su edad probable y su aspecto?

—Puedo decírselo en dos palabras. No mucho. Cuando la encontraron vestía pantalones vaqueros y una camisa blanca abierta al cuello. Encontraron cerca un jersey de cachemira azul. Y sandalias.

Phyl recordó la sandalia roja colgando del pie de la mujer. Se estremeció.

—¿Ninguna joya? ¿Un reloj, una alianza?

—Solo unos pendientes de perlas.

—Perlas de buena calidad.

Mahoney asintió.

—Pequeñas pero de buena calidad, según me informan. De todos modos, pudo comprarlas en un lugar cualquiera. Lo mismo que los vaqueros y la blusa. El jersey de cachemira no tenía marca y las sandalias eran francesas. Caras, como los aros y el jersey, pero usted puede comprarlas en las buenas tiendas de cualquier región del

país. O incluso en Francia. No encontramos ningún bolso. Revisamos a fondo el barranco. No había nada más. Y tampoco tenemos desaparecidos que concuerden con la descripción de la mujer. Sus huellas digitales no están archivadas. Nadie se presentó para decir que la conocen.

—Entonces, Mahoney, ¿qué lo lleva a pensar que alguien quiso matarla?

Él le dirigió una mirada de exasperación; después dijo con voz pausada y clara, como si estuviese explicando algo a un niño:

—El barranco está bastante lejos, de modo que para ir hasta allí hace falta un vehículo. No encontramos un automóvil cerca de la escena. Ella no vivía en la zona, de modo que no estaba por allí paseando a sus perros. Seguramente la llevaron y después la tiraron al fondo del barranco. O, lo que es más probable, la empujaron por el borde.

—No la violaron. —Phyl conocía este detalle gracias a los informes médicos.

Mahoney se encogió de hombros.

—Quizás ella se resistió, y el tipo se enfureció. Suele suceder. Con más frecuencia de lo que uno cree —agregó con expresión sombría.

—Por lo tanto, ¿no hay indicios?

—Ninguno, fuera de la mordedura del perro. Y lo que ella misma pueda decirnos.

—Lo cual nos remite al motivo de mi visita.

Phyl le sonrió de nuevo y esbozó un femenino y pequeño encogimiento de hombros.

—Así es —dijo él con brusquedad, mientras se ponía de pie para despedirla—. Usted tiene cuarenta y ocho horas. Después habrá que volver a analizar la situación.

La acompañó hasta la puerta.

—Gracias por su cooperación —dijo ella con sarcasmo mientras él abría.

Mahoney la vio caminar por el pasillo y observó las piernas largas y esbeltas y el movimiento de las caderas bajo el vestido negro.

—Eh, Foster —llamó. Ella vaciló y después se volvió con lentitud.

—Doctora —dijo Phyl con voz helada.

—Sí, *doc*. Hay un hermoso restaurante italiano en la esquina del hospital. Tal vez después que yo haya entrevistado a la muchacha, podríamos ir a comer algo y comparar observaciones.

Ella se echó a reír ante la actitud machista del policía.

—Vaya, gracias por la invitación, detective Mahoney —replicó con expresión tierna—. Tendré que «volver a analizar la situación».

Phyl regresó al hospital con un ramo de flores a las nueve de la mañana siguiente. Había pasado toda la noche pensando qué podía haberle sucedido a la joven y cuál sería su identidad; la inquietaba el hecho de que nadie hubiese acudido a preguntar por ella. Ninguna madre se había acercado para reclamar a su hija; ni un amante, ni

un marido. Tampoco un compañero de trabajo o una amiga. Era como la mujer invisible... estaba allí, pero en realidad nadie atinaba a verla.

Pero allí la encontró, la mañana del sábado. En persona, sentada en la cama, comiendo. Se impresionó al ver la cabeza afeitada y las cicatrices que atravesaban el cuero cabelludo, la cara todavía magullada e inflamada, pero sin duda bonita.

—Bien, bien —dijo Phyl, sonriendo con auténtico placer—. Parece que hoy está más animada. —Se inclinó hacia adelante y la besó en la mejilla, mientras depositaba el gran ramo de flores sobre el regazo de la paciente—. Para usted.

Los ojos de la joven se agrandaron a causa del placer. Recogió las flores y hundió la nariz en ellas.

—Mimosas —murmuró—. Qué aroma maravilloso. Las olí la primera vez que desperté. Seguramente las trajo usted.

Phyl advirtió que la joven identificaba las flores, pero no hizo ningún comentario. Ocupó un asiento junto a la cama y aceptó la taza de té que le ofrecía la enfermera.

—¿Cómo está su paciente? —preguntó Phyl, sonriendo al mismo tiempo que le daba las gracias.

—Mejor que lo que imaginábamos anoche, doctora. Ya lo ve, está componiéndose.

—Anoche estaba en un túnel. —La joven miró con desesperación a Phyl—. Pensé que quizás estaba muerta. Era un ambiente oscuro, terrorífico. No podía escapar. Y después caía, caía constantemente, y al caer por el abismo sabía que jamás podría retornar...

—Bien, usted ha retornado, como puede verlo, y fue solo una lamentable pesadilla.

—La joven encontró la mirada de la psiquiatra. —¿Qué me sucedió?

—¿Phyl? —La joven encontró la mirada de la psiquiatra—. ¿Qué me sucedió?

Phyl vaciló, pero comprendió que tenía que decir la verdad.

—No fue solo un sueño. En efecto, cayó al abismo. Al fondo de un barranco rocoso. Por fortuna, los matorrales atenuaron el efecto de la caída. Había muchas plantas. Y eso la salvó.

La joven bajó los ojos, desconcertada.

—Quizás eso es lo que recuerdo, la caída... estuve pensando en muchas cosas y traté de recordar. Y puedo recordar... Es decir, puedo recordar detalles de San Francisco... edificios, el puente. Pero no recuerdo dónde vivo. Recuerdo el sabor del yogur helado y que no me agrada la crema helada. Recuerdo que me gusta el color rojo, pero no sé si tengo un vestido rojo. Recuerdo el perfume de las mimosas, pero no dónde lo olí antes. A usted la recuerdo de anoche y a las enfermeras y los médicos, pero no puedo evocar a una sola persona de mi pasado. —Clavó en la psiquiatra los enormes ojos castaños y dijo—: ¿Qué haré?

Phyl le palmeó la mano, en un gesto consolador.

—Está bien, escúcheme. Hace apenas unas horas que salió del coma y apenas

pasaron tres semanas que sufrió un trauma muy grave y fue sometida a una intervención quirúrgica. No es necesario que ahora recuerde todo el episodio, de modo que no se preocupe más por eso. En poco tiempo más recordará. Hasta que llegue ese momento, concéntrese en las cosas más pequeñas. Piense en los libros que pudo haber leído, en la música que le agrada, los cuadros favoritos, las clases de ropa que le agrada vestir.

—Me agrada lo que usted usa.

Phyl se echó a reír. Era sábado, y ella vestía sus ropas de calle: vaqueros negros, mocasines de cuero negro, camisa blanca y una chaqueta de cuero negro.

—Sobre todo el cinturón. ¿Lo compró en Tucson?

Phyl la miró. El cinturón había sido adquirido a norteamericanos nativos; era de cuero negro con una hebilla color plata y turquesa.

—En Santa Fe —dijo complacida—. La ha identificado.

—Supongo que sí. —La joven pareció sorprendida, y Phyl se echó a reír.

—Ya lo ve, está recuperando la memoria —dijo Phyl con expresión alentadora.

—Parece que estoy a un paso de recuperarla totalmente —dijo la joven—. Las cosas brotan, como la mimosa y el cinturón.

—Así suele suceder. Y, a propósito de eso, debo irme. No quiero fatigarla y echar a perder los progresos que está haciendo.

—¿Phyl?

La psiquiatra la miró con un gesto inquisitivo.

—¿Por qué vino a verme? Usted no me conoce.

Phyl vaciló. No deseaba decirle que la había visto en la televisión. Pero había otra razón y no le agradaba mencionarla a nadie. Dijo:

—Estaba en el hospital cuando la trajeron. Su caso me preocupó. Soy psiquiatra y trabajo aquí, tres días por semana.

La joven sonrió.

—Psiquiatra. Entonces supongo que estoy en buenas manos. Doctora, tiene ante sus ojos otro caso de locura, y tendrá que curarme. —Los ojos se agrandaron por el asombro—. La doctora Phyl Foster —dijo—. De modo que es usted. Es famosa.

—Bien, ¿qué le parece? Me recordó.

—En efecto, recordé —dijo la muchacha, satisfecha—. Y hay otra cosa que estoy segura que jamás olvidaré: la imagen de su hermosa cara, sonriéndome cuando salí de ese túnel de desesperación.

Phyl contuvo con dificultad su emoción.

—Me alegro de haber estado aquí —dijo con calma—. La veré después, joven amiga.

—¿Phyl? —La joven la llamó cuando la psiquiatra ya estaba acercándose a la puerta—. Una sola cosa más. ¿Tiene un espejo? Quiero ver qué aspecto tengo. Todavía no puedo abandonar la cama, y parece que en este hospital nadie tiene un espejo de mano.

Phyl vaciló; sabía que era una situación peligrosa. En primer lugar, porque solo hacía una hora que la joven había salido del coma. Segundo, porque estaba golpeada y amoratada y con la cara hinchada y la cabeza afeitada tenía un aspecto lamentable. Y tercero, porque de pronto podía recordar su propia personalidad y lo que había sucedido. Era demasiado pronto. Podía ser un *shock* muy fuerte.

—Quizá mañana —prometió, despidiéndose con un gesto de la mano—. Le traeré un espejo.

Capítulo 5

—Usted es joven —dijo el doctor Niedman a la muchacha, la mañana siguiente—. Fuerte como un caballo. Se necesita más que la cabeza rota para matarla.

—Pero *disparan* sobre los caballos para matarlos, ¿no es verdad? —gimió irracionalmente la muchacha—. Y a mí me empujaron al abismo.

Niedman suspiró. El detective Mahoney le había llamado e insistido en entrevistar a la joven esa misma mañana, todavía más temprano. Por eso ella estaba inquieta.

—No crea todo lo que oye decir a los policías —afirmó con una sonrisa alegre—. Quizá solo estaba paseando y se cayó. Después de todo, ¿quién querría hacer daño a una joven simpática como usted?

—No lo sé —dijo la muchacha con sencillez—. Pero, por otra parte, tampoco sé quién soy. Si supiera, tal vez sabría por qué alguien quiso matarme.

Llamaron a la puerta, y entró Phyl Foster. Sus ojos de expresión encolerizada se encontraron con los de Niedman.

—Oí que Mahoney estuvo aquí —dijo irritada—. ¿Le pidió permiso para entrevistar a la paciente?

—Por desgracia, lo hizo. Dijo que usted le había pedido veinticuatro horas y que cada hora que pasaba dificultaba más su tarea. Ahora que la paciente ha recobrado la conciencia, se sienta y puede hablar, sugirió que si nos oponíamos podrían acusarnos de obstruir el curso de la justicia. Tuve que aceptar su argumento, aunque no lo aprobara.

Phyl rezongó irritada. Depositó un bolso con prendas de vestir frente a la joven paciente y le dio un beso en la mejilla.

—Para usted —dijo—. Para que se sienta más presentable. —Se volvió hacia Niedman—. Hoy es el día en que ella se levantará para juzgar la habilidad que usted ha demostrado al operarla.

Niedman se echó a reír mientras se ponía de pie.

—Lamento el corte de cabello —dijo a su paciente—, pero la verdad es que soy buen cirujano. En pocos meses usted ni siquiera recordará que fue necesario remendarla.

—Oh, espero recordarlo —dijo la joven, que parecía alarmada, y todos se echaron a reír.

—Pero primero tenemos que quitarle ese camisón de hospital y ponerle algo más atractivo —dijo Phyl—. La enfermera la ayudará a cambiarse; yo regresaré en pocos minutos.

La joven la miró extrañada. Después abrió el bolso y desplegó los paquetes envueltos en papel de seda. Sonrió complacida cuando vio la seda rosa pálida y el

encaje.

—Muy bonito —dijo mientras pasaba la mano sobre la tela suave—. Realmente hermoso.

Phyl estaba en el teléfono público del vestíbulo para llamar a la policía y golpeaba impaciente el suelo con el pie mientras esperaba que Franco Mahoney atendiese la llamada.

—Se ha apresurado demasiado, Mahoney —dijo cuando por fin él atendió—. Siete horas, sin hablar del período de convalecencia que mencionamos.

—Lo hablé con el cirujano responsable —replicó el policía con frialdad—. Me concedió la autorización. Por supuesto, si no lo hubiera hecho, no habría hablado con la paciente.

Phyl rechinó los dientes. Era un sinvergüenza arrogante y entrometido, podría haber infligido grave daño a la paciente.

—Maldito sea, hombre, ¿qué le preguntó? ¿Por lo menos por qué no permitió que yo estuviese presente?

—Eh, caramba, no soy un ogro. Fui amable. No insistí. Le pregunté que sabía y dijo que nada. Le pedí el nombre y dijo que lo ignoraba. No pude saber si decía la verdad o ganaba tiempo. Usted es la experta, de modo que explíquemelo.

—¡Por supuesto que no está ganando tiempo! La mujer ha sufrido un grave trauma. No puede recordar porque su subconsciente no quiere hacerlo. Ha remitido todo a un repliegue de su mente y no desea volver a tocarlo. Y creo que no recordará por propia voluntad. Por lo menos hasta que suceda algo que avive su memoria.

—¿Y entonces qué?

—¿Entonces qué? —Phyl reflexionó un momento—. Bien, será mejor que alguien esté aquí para recoger los pedazos, y eso es todo. —Y mientras formulaba esta observación, Phyl sabía que ella era la persona indicada.

Cortó la comunicación y volvió con paso lento a la habitación de la paciente.

Estaba sentada, sonriente y usando el nuevo vestido rosa. Buscó la reacción en la cara de Phyl.

—Ahora tiene mejor aspecto —dijo Phyl con gesto aprobador—. Pensé que quizá sea la única vez en su vida en que pueda usar prendas de color rosa. —Phyl sonrió—. Cuando le crezcan los cabellos, podrá volver al azul.

—Es una prenda hermosa. Gracias. Pero no necesitaba... quiero decir, yo no significo nada para usted.

—Por supuesto que significa. Significa algo para todos los que trabajamos aquí. Llegó al hospital destrozada, y conseguimos reparar su cuerpo. Y hablando de eso, ¿está preparada para mirarse al espejo?

Los ojos aprensivos de la joven encontraron los de Phyl.

—¿Es tan grave? —murmuró, con un gesto súbito de temor.

—No es maravilloso —reconoció Phyl—. La verdad es que su cara está inflamada y muy golpeada, pero no hay daños graves. Todavía tiene la misma nariz

con la cual nació, los ojos están en el mismo sitio y no perdió dientes. En otras palabras, no hay nada que el tiempo y los nuevos cabellos no corrijan. Prepárese para ver las cicatrices que tiene en el cuero cabelludo. Y... que no tiene cabello.

Phyl le presentó el espejo. La joven miró largo tiempo su imagen. Las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Tranquilícese —dijo Phyl con amabilidad.

—Pero yo no la conozco —murmuró la joven, angustiada—. No conozco a esa mujer.

Phyl tomó una toalla de papel y enjugó las lágrimas de la muchacha.

—En algo más de tiempo la conocerá. Yo la ayudaré a reencontrarse con su propia personalidad. Se lo prometo. Y, de todos modos, su aspecto no es precisamente el que ahora muestra.

Pensó que era como hablar con un niño y de pronto ella sintió también deseos de llorar.

—¿Por qué es tan buena conmigo? —preguntó la muchacha, mientras presionaba la cabeza contra la mano fría de Phyl—. No soy nadie. Nada. Una persona que carece de significado y de nombre. No necesita ser bondadosa conmigo; es una mujer atareada, que tiene éxito y es famosa. ¿Por qué se molesta conmigo?

—Porque tengo el corazón de oro —dijo Phyl en tono de broma.

—No, no es eso. Es más que eso, ¿verdad?

Phyl asintió.

—¿No me lo dirá?

La joven ahora le sostenía la mano; se habían invertido los papeles. Phyl sentía la tensión en el pecho y los músculos de su nuca estaban rígidos.

Su voz tembló cuando dijo:

—Quizás un día se lo explique. Cuando usted se sienta mejor. —Trató de reaccionar y dijo con voz seca—: Estoy olvidando las normas. Usted es la paciente. Y yo la psicoanalista, y estoy aquí para ayudarla. No es a la inversa.

Se miraron. Phyl contuvo las lágrimas y buscó la toalla de papel.

—Si usted todavía está dispuesta a permitir que yo sea su doctora. Creo que, después de todo, usted está un poco tocada.

—Se le está corriendo el maquillaje —dijo la muchacha con voz amable.

—¿Y dicen que es a prueba de humedad!

Se rieron; entonces Phyl extendió la mano y apretó el brazo de su interlocutora.

—Sencillamente, pensé que usted necesitaba a alguien que la apoyara —dijo—. ¿Por qué no yo?

—No creo que haya nadie mejor que usted.

Los ojos de ambas volvieron a encontrarse.

—Excepto quizá mi madre —dijo la joven con aire de añoranza.

Capítulo 6

La joven pensó que le parecía extraño su propio anonimato, mientras observaba su cara en el espejo, una semana más tarde. Extraño pero en cierto modo pacífico. Después de todo, si nadie sabía quién era, nadie intentaría matarla. Y, en todo caso, ¿por qué alguien querría liquidarla? ¿Qué había hecho para provocar tanta cólera, tanta violencia en una persona?

Observó la hilera de cicatrices rojas en el brazo, donde según afirmaban los médicos un perro la había mordido. Sin duda, debía recordar eso. El detective Mahoney le había dicho que se trataba de un perro grande. Quizás un Doberman. El detective le había preguntado si conocía a alguien que fuese dueño de un perro así. Lo único que ella pudo hacer fue menear la cabeza; después contuvo una exclamación de dolor y levantó las manos.

—Lo siento —había dicho Mahoney, y ella percibió la simpatía en sus cálidos ojos azules—. Realmente no quiero lastimarla. Pero, entre nosotros, le diré que la doctora y yo necesitamos resolver el problema. Yo tengo que imaginar su pasado, y ella está trabajando en su futuro. Lo único que necesitamos es que usted nos aporte algunos datos.

—Trato de hacerlo —dijo la joven, explorando con desesperación dentro del vacío que era su propia mente, en un intento de rescatar recuerdos—. Lo único que puedo pensar es que usted de ningún modo parece lo que yo creí que un detective debía aparentar.

Los ojos de Mahoney mostraron arrugas en las esquinas, cuando sonrió a la joven.

—La chaqueta de cuero es nada más que un disfraz para engañar a los delincuentes, de modo que crean que soy uno de ellos.

—Pero nunca lo creerán. —La muchacha sonrió a su vez—. Parece demasiado bueno para ser un criminal.

—Le sorprendería ver qué amables pueden parecer muchos criminales. De ese modo pueden persuadir a las muchachas hermosas como usted, por ejemplo induciéndolas a acompañarlos a su hogar. O a salir en una cita.

La joven comprendió que él estaba atento a la posibilidad de una respuesta, pero ella solo podía desear que se concretara la oportunidad de ofrecerla.

—Tal vez yo no fuera el tipo de mujer a quien encuentran en un bar y permite que un hombre la lleve a su casa —dijo con expresión de duda—. ¿Usted cree que yo era en realidad tan tonta?

—No, no lo creo. Pero de veras es hermosa. Quién sabe, alguien pudo haberla seguido.

Mahoney no estaba obteniendo resultados, y ella oyó que suspiraba mientras

observaba el cuaderno de hojas amarillas, donde había garabateado apenas unas pocas observaciones muy breves.

—Lo siento —dijo ella—, realmente deseo ayudar. Quiero saber quién soy. Quizá no recuerdo porque me siento más segura. Si nadie sabe quién soy, nadie querrá matarme.

Mahoney se encogió de hombros y se puso de pie para salir.

—Consulte esa posibilidad con la doctora Phyl —dijo—. Corresponde más a su línea de trabajo que a la mía. Pero le diré una cosa más. Cuando la encontramos usted usaba ropas livianas —demasiado livianas para San Francisco a principios de marzo. Y el resto del país estaba cubierto por la nieve, fuera de un par de lugares cálidos. Quizás usted acababa de llegar de un clima más caliente. ¿México? ¿Tal vez Florida? ¿O Hawái? ¿El Lejano Oriente? He investigado en las aerolíneas, pero usted jamás creería cuántas mujeres viajan solas a esos lugares de descanso y cuántos vuelos hay todos los días. Estamos controlándolos individualmente a todos, pero, si esta noche usted sueña que está volando, infórmeme de inmediato de qué vuelo se trata. Nos ahorrará muchísimo tiempo.

El policía guiñó el ojo con cariño cuando salió por la puerta, y la muchacha se rio a pesar de que el gesto le provocó dolor de cabeza.

Pero la joven aún era incapaz de reconocer su cara en el espejo. Y no lograba recordar el momento en que había subido a un avión. Tampoco había reconocido sus prendas cuando él se las mostró.

Se había estremecido con horror a causa de la camiseta y el jersey manchados de sangre, pero tocó la sandalia de cuero rojo y leyó el rótulo interior que decía: «Stephane Kelian, París». Sintió los ojos de Mahoney clavados en ella mientras vacilaba y acariciaba el rótulo con los dedos.

—¿París? —dijo, mientras rebuscaba en su cerebro para explicar las emociones que estaba sintiendo. Pero no había nada, y la joven se echó a llorar.

Phyl había llegado en ese momento y prácticamente expulsó de la habitación a Mahoney.

—¡Bruto! —gritó histérica, mientras el policía se alejaba por el pasillo del hospital.

—Deje de molestarme, doctora —exclamó Mahoney mientras retrocedía, con los brazos extendidos en un gesto de ruego—. No soy más que un hombre que hace su trabajo.

—¡Oh! —Phyl estaba casi muda de enojo, y las lágrimas de la joven se convirtieron en risa al ver la expresión ofendida de la psiquiatra. Fue entonces cuando Phyl sugirió hipnotizarla.

—Lo hemos intentado todo, hemos realizado muchas pruebas —dijo Phyl—, y francamente no hemos conseguido nada. La amnesia retrospectiva como la que usted padece a menudo responde a la hipnosis. Pero ¿cree que está preparada para experimentarla?

—¿Quiere decir preparada para conocer la verdad? ¿Para bien o para mal?

Phyl asintió con simpatía.

—Para bien o para mal. En cualquier caso, deseo que usted sepa que puede contar con mi apoyo, no importa lo que suceda.

—Lo sé. —El vínculo entre ellas se había convertido en amistad pocas semanas después de conocerse. Una mujer tratando de olvidar su pasado, la otra buscándolo.

Phyl entró por la puerta, llevando un enorme ramo de mimosas. Hoy era el día del experimento.

—Es lo primero que realmente evocó un recuerdo —dijo, mientras depositaba las flores sobre la mesa—. Quizás esto sirva.

Corrió las cortinas y se sentó frente a la cama de la habitación en sombras.

—¿Está nerviosa? —preguntó, mientras le daba palmadas en la mano como un gesto reconfortante. La joven asintió—. No necesita inquietarse. Tranquilícese. Rechace todos sus pensamientos y escuche mi voz.

La joven hizo lo que se le pedía. Phyl hablaba en voz baja y tranquilizadora, con cierto ritmo. Los ojos de la paciente se cerraron ante una orden, y la joven retrocedió en el tiempo, un largo trecho, a una situación muy antigua.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Phyl con suavidad.

La joven contuvo la respiración.

—Oh, es un lugar hermoso, tan agradable. Es el lugar que más aprecio en el mundo.

Tenía la voz ligera, casi infantil.

—¿Y dónde es eso?

—A mucha distancia de aquí. Oh, sí, a muchísima distancia. Y todo está tan tranquilo...

—¿Sabe dónde es?

La voz de la joven vaciló.

—Dónde es, yo no... no estoy segura...

Phyl vio que la muchacha estaba desorientada y se apresuró a decir:

—Describame lo que ve en ese hermoso lugar.

—Un niño, sentado en los peldaños de una maravillosa villa de paredes rosas. Escucho el sonido de cien pájaros. Siento la frescura del mármol contra mis piernas y el calor del sol en mi cara. Y también... puedo oler las mimosas... Está el sonido de las aves y el rumor de los árboles altos movidos por la brisa. Y... otra cosa.

Phyl se inclinó más. La expresión de la paciente había pasado de la felicidad inocente a la parálisis del miedo.

—¿Qué sucede? —preguntó Phyl con apremio—. Puede decírmelo, puede confiarme su secreto.

—Ruido de pasos en la grava. Alguien se acerca por el sendero. Cada vez más cerca... Una gran nube oscura se cierne sobre mí, hablándome, apartándome de la hermosa villa de paredes rosas, y la luz... Se percibe solo el aroma de las mimosas...

Las lágrimas rodaron por las mejillas de la joven; Phyl la observó en silencio un momento.

—Pobre niña —murmuró—. ¿Usted sabe quién se acerca por el sendero?

La joven meneó la cabeza y lloró en silencio.

—¿Usted es la niña?

Ella negó de nuevo con la cabeza.

—No lo sé. En realidad, no sé quién es.

—¿Sabe qué edad tiene la niña?

—*Non, je ne connaît pas.* (No, no lo sé).

Phyl parpadeó, sorprendida.

—Me contestó en francés. ¿Habla de corrido ese idioma?

—*Oui. C'est le même pour moi, français ou anglais.* (Sí. Para mí es lo mismo el francés que el inglés).

—¿Y puede decirme dónde aprendió a hablar bien el francés?

—Yo... no lo sé.

Estaba de nuevo angustiada, y Phyl formuló la última pregunta:

—¿Tiene un nombre francés?

—¿Mi nombre? No tengo nombre... no lo sé...

—Está bien. No se inquiete. Pero deseo que recuerde todo lo que me dijo acerca de la villa de paredes rosas. Ahora ya puede despertar. Vamos, abra los ojos. Míreme.

La paciente abrió los ojos con brusquedad. Movi6 la mano para tocarse la humedad de las mejillas.

—¿Lágrimas? —dijo en tono de pregunta—. ¿Por qué estaba llorando?

—¿*Peut-être vos mémoires sont tristes?* (¿Quizá sus recuerdos son tristes?).

—¿*Tristes?* —Miró asombrada a Phyl. Después dijo—: Dios mío, le hablé en francés. Phyl, ¿qué significa eso? —La miró en actitud de ruego—. Por favor, dígamelo.

Phyl repasó lo que la muchacha había recordado acerca de la villa.

—¿Recuerda que le haya sucedido algo por el estilo?

La mujer meneó irritada la cabeza.

—Dios mío, ojalá recordase.

—No se inquiete. Estamos progresando. Yo diría que es un comienzo.

—¿De veras? ¿Habla en serio? —Parecía patéticamente complacida ante el pequeño rayo de esperanza ofrecido por Phyl—. ¿Le dije mi nombre?

Phyl se echó a reír.

—No, todavía no. Pero no podemos continuar tratándola como a un ser anónimo. ¿Por qué no damos un paso más y elegimos un nombre? El que usted quiera. Piense en todas las pelirrojas famosas que existieron en la historia.

—Beatriz —dijo reflexivamente la joven después de un momento—. Ya sabe, Dante y Beatriz. Es bastante famosa. Además, no me siento Rita Hayworth o la reina Isabel I.

—Hum, Beatriz... Bea. Tiene buen sonido. ¿Y qué le parece el apellido French [francés], puesto que es la primera cosa que recordó?

—Bea French. Suena muy bien —dijo la joven mientras reía complacida y de ese modo alejaba temporalmente el temor de ignorar su propia identidad—. Ahora quizá volveré a ser alguien otra vez, en lugar de un ser anónimo.

Capítulo 7

Eran las 7 de la tarde, dos semanas después, y Mahoney acababa de terminar su turno. Con tres horas de retraso, como de costumbre.

—Mira, lo haces solo para molestar al resto de tus compañeros —se quejó el detective Valentino Benedetti—. ¿Por qué no puedes terminar a tiempo como el resto de tus colegas?

Benedetti era un hombre alto de cara rojiza, vientre hinchado por el consumo excesivo de cerveza y los pies planos, que eran la maldición de su vida y el tema de todas las bromas que le hacían en el salón de la brigada. También era conocido porque trabajaba el mínimo posible de horas. Por alguna razón, conseguía salir bien librado. Por supuesto, a menos que se tratase de horas extras debidamente pagadas.

Estaban sentados frente al mostrador del local de Hanran, tratando de resolver los problemas cotidianos mientras bebían cerveza.

—Caramba, ¿bebes únicamente ese líquido ligero en lugar de auténtica cerveza? Mahoney, ¿qué clase de policía eres?

—Benedetti, un policía fatigado. Eso soy. Acabo de dedicar cuatro horas a merodear por el tribunal, tratando de conseguir que un delincuente analfabeto vaya a la cárcel por haber robado a su abuela... y después haberla atado a la cabecera de su cama con sus propias medias. Y, oh sorpresa, ella murió. El hombre se declaró inocente. Su única intención había sido maniatarla para hacerle una broma. El hecho de que las medias estuviesen ajustadas al cuello y la mujer se asfixiara frente a los propios ojos del asesino no significaba nada. Realizó la gran representación de su vida. Dijo que tiene solo diecinueve años, que amaba a la anciana, que fue como una madre para él. Fue una broma que salió mal debido a la prisa del momento. Y que siempre fue en realidad un buen muchacho. Y contó con muchos testigos para demostrarlo. Jamás he visto una pandilla de mentirosos tan desvergonzados. Recibí una condena de dos años en libertad condicional y cincuenta horas de trabajo comunitario. ¡Dios mío, Benedetti! ¿Nunca te preguntas por qué decidiste ser policía?

Bebieron en silencio sus cervezas, mientras meditaban acerca de las injusticias de la arbitrariedad del sistema judicial norteamericano. Benedetti pidió dos cervezas más, y el camarero las depositó sobre el mostrador, con algunos platitos de cacahuetes.

—¿Estás enterado de lo que le sucedió a la muchacha del Barranco de Mitchell? —preguntó Benedetti, mientras bebía un abundante trago de Budweiser—. Sé que no murió, y técnicamente no es tu problema. Me preguntaba si apareció el agresor. Mira, ¿no puede ser que él lo intente otra vez ante la posibilidad de que ella recuerde y hable con la policía?

Mahoney meneó la cabeza.

—Estuve muy atareado las dos últimas semanas. No conseguimos nada preguntando a las compañías aéreas, ni verificando la lista de desaparecidos; tampoco nos sirvieron de mucho las impresiones digitales. Nadie vino a preguntar por ella, que hasta donde yo sé todavía está en el hospital recuperándose de las heridas sufridas en la cabeza. Pero lo interesante del asunto es una mordedura de perro.

«Hay muchas residencias importantes en ese sector, y la mayoría tiene perros. Los examiné a todos, y de pronto todos son dulces animalitos. Además, la noche del ataque, todos estaban en sus casas cenando y recibiendo afecto. Al menos eso es lo que sus propietarios afirman, y no hay modo de demostrar lo contrario. Y son todos ciudadanos sólidos, familias acaudaladas y prestigiosas, pilares de la sociedad».

Sonrió con gesto burlón.

—Pero tú y yo sabemos todo lo que hay que saber acerca de los pilares de la sociedad, ¿verdad, Benedetti? Sabemos que nunca debemos confiar en un hombre por el corte de su ropa y la cantidad de dinero que tiene en su cuenta bancaria. Porque bajo la superficie no es nada más que un hombre.

—Exactamente como tú y yo —replicó Benedetti con gesto sombrío, mientras pedía más cerveza—. Solo que no tenemos una gran cuenta bancaria.

Mahoney levantó la mano.

—Para mí es suficiente, compañero. Llamaré al hospital para comprobar si puedo visitar a mi joven desmemoriada, antes de que cierren durante el resto de la noche. Gracias por la cerveza.

Caminó a lo largo del mostrador atestado de gente en dirección al teléfono público y marcó el número del hospital; se identificó y pidió que lo comunicasen con la enfermería del piso en que se encontraba la joven paciente.

—Detective Mahoney, la paciente está durmiendo —dijo la enfermera—. Pero el doctor Niedman acaba de finalizar su ronda. ¿Desea hablar con él?

—Por supuesto. Y gracias.

Niedman se acercó al teléfono, al parecer con bastante prisa.

—No lo entretendré mucho —se apresuró a decir Mahoney—. Solo deseo saber si puede indicarme cómo está la joven que rescatamos del Barranco de Mitchell.

—Ah, usted se refiere a Bea French —dijo Niedman con voz fatigada.

—¿Discúlpeme? ¿*Bea French*? —Mahoney casi gritó a Niedman. Nadie se había molestado en comunicarse con él e informarle que la joven ya recordaba quién era—. Entonces ¿ese es su nombre?

—No precisamente. Ella y Phyl Foster lo inventaron. Después de que la doctora Foster la hipnotizó y descubrió que la paciente hablaba francés de manera fluida, les pareció que podía ser apropiado.

Mahoney sintió que aumentaba la presión sanguínea en sus venas. Maldición, esa doctora Foster se había adelantado e hipnotizado a la muchacha sin decirle una palabra. Solo Dios sabía qué más había revelado además del hecho de que hablaba francés. El detective estallaba de cólera. Era el primer indicio real que se les ofrecía,

y él era el último en saberlo.

Mahoney agradeció a Niedman, cortó la comunicación y consultó su reloj. Eran casi las ocho y media.

Se dirigió al aparcamiento y de modo automático desvió la mirada hacia los adolescentes que holgazaneaban en la calle. Los jovencitos se dispersaron en la noche con rapidez. Conocía a dos de las caras, y supuso que no estaban en nada bueno, merodeando bajo la lluvia; pero no estaba de servicio y tenía prisa. Esa noche se le ofrecía una oportunidad.

Su Mustang convertible negro, modelo 69, arrancó al primer intento, y Mahoney necesitó un par de segundos para escuchar el motor bien afinado que arrancaba con un alarido de caucho y adrenalina.

Phyl Foster vivía en una calle muy elegante de un edificio muy elegante de Pacific Hights. Mahoney estacionó en el lateral de la calle y observó la entrada con dosel, el portero uniformado, la fachada inmaculada. Silbó por lo bajo. La doctora Foster tenía una buena posición.

Mientras hundía las manos en los bolsillos de sus vaqueros, se acercó a la entrada. El portero lo miró con suspicacia, hasta que Mahoney mostró su credencial, y después le permitió la entrada. Mahoney miró el vestíbulo con paredes recubiertas de mármol, el suelo protegido por una ancha alfombra oriental, los espejos con marco de oro que reflejaban los vasos de cristal llenos de flores frescas, las antiguas consolas y los sillones tapizados. Se preguntó cuánto pagaría la profesional solo por el mantenimiento del edificio.

Esperó mientras el portero telefoneaba para saber si la doctora Foster estaba dispuesta a recibirlo.

—Puede subir —dijo por fin de mala gana a Mahoney. No estaba acostumbrado a recibir la visita de la policía en ese edificio discreto y lujoso—. Apartamento 10B.

Mahoney caminó con cuidado sobre la alfombra oriental y entró en el ascensor con paredes de madera. Miró su imagen reflejada en el espejo mientras el ascensor se movía sin ruido. Se alisó los cabellos, se acomodó mejor la chaqueta de cuero y pensó en lo que deseaba decir a la profesional acerca de Bea French. Todavía estaba hirviendo de cólera.

La puerta de entrada al apartamento 10B permanecía abierta, y Mahoney entró. Phyl llevaba una bata blanca bastante holgada, no tenía maquillaje y los cabellos negros le colgaban sueltos sobre los hombros. Se había acomodado en un diván negro y parecía cansada y exhausta. Miró al policía, pero no se puso de pie.

—Mahoney, ¿a qué debo el honor? —preguntó con voz fatigada—. ¿No es un poco tarde para una visita policial?

Sin sonreír, hirviendo de furia, él la miró fijo.

—¿Por qué demonios no me dijo que se proponía hipnotizar a la mujer? ¿Por qué no me informó del resultado? ¿Por qué demonios soy la última persona que se entera de lo que sucede con Bea French?

Los ojos de zafiro de Phyl se ensombrecieron a causa del súbito sentimiento de cólera.

—¡Cómo se atreve a gritarme! —gritó a su vez—. ¿No me dijo que ella ya no era asunto suyo? Por supuesto, a menos que muriese. En ese caso, podría divertirse mucho. El policía astuto y machista, el preferido de los periódicos, que se dedica a resolver otro homicidio. Bien, lamento decepcionarlo, Mahoney, pero no murió. Está muy viva y ahora se encuentra a mi cargo. No al suyo.

Él permaneció de pie, con las manos hundidas en los bolsillos. Su mirada encontró la de Phyl y ahora dijo con calma:

—¿Y qué cree que hará nuestro asesino cuando descubra que Bea todavía vive? ¿Que después de todo no la mató? Usted es la persona inteligente, doctora. Dígamelo. Quienquiera que sea, deseaba matarla. ¿Qué afirma el viejo proverbio? «Si la primera vez no lo consigues, inténtalo de nuevo», ¿no es así? Se lo aseguro, doctora. Lo intentará otra vez.

Obligada a callar, ella miró al policía. A Mahoney le pareció que la mujer de pronto tenía un aire vulnerable con la cara abotagada y pálida.

Él desvió la mirada y contempló el apartamento suntuoso, sencillo e immaculado. Todo estaba reluciente, todo aparecía distribuido con cuidado, cada cosa en su lugar. Se quitó la chaqueta de cuero negro y la depositó en el sillón que por el aspecto sugería que nadie lo usaba jamás; atravesó el apartamento en dirección a la antigua cocina de acero y granito.

Abrió el refrigerador, verificó el contenido y comenzó a retirar cosas del interior.

—¿Qué demonios está haciendo? —preguntó ella, con voz que reflejaba al mismo tiempo indignación y fatiga.

—¿Qué le parece que estoy haciendo? Estoy preparando la cena, pues por lo que veo usted no tiene la energía necesaria para afrontar esa tarea.

—¡Está preparando la cena! No lo invité a cenar. ¡Ni siquiera lo invité a beber una copa!

Él la miró con expresión burlona.

—Foster, ¿sabe cuál es su problema? Que permanece sentada todo el día sobre su trasero. O quizás el asunto proviene de que le falta entrenamiento para hacerlo. Debería trabajar fuera, entrenarse, correr. Lograr que todas esas hormonas trabajen para usted. Aguzar sus neuronas.

—Supongo que como lo hace usted. —Ella se levantó de su sofá y se inclinó con gesto amenazante sobre el amplio mostrador de granito negro que la separaba de la cocina.

Mahoney observó y extrajo unos tomates.

—Usted cree que soy un ignorante muchacho de la calle, ¿no es verdad? ¿Un tipo que ha llegado a ser detective con mucho esfuerzo? Pues bien, ¿sabe una cosa? Tiene razón. Y fue difícil. —Se encogió de hombros en un gesto muy expresivo—. Una beca para ir a Berkeley, aceptando todos los empleos que podía conseguir para comer

bien. Me diplomé con honores en literatura inglesa. Mi tesis se basó en el efecto de los poetas románticos europeos sobre el enfoque norteamericano de las relaciones humanas. Estaba en segundo año de Stanford cuando decidí que deseaba ser policía y no profesor. —Los ojos de Mahoney se clavaron en los de Phyl con frialdad—. Para que sepa quién soy, doctora.

Ella lo miró en silencio. Mahoney tenía las mangas de la camisa enrolladas mientras cortaba rebanadas de tomates y silbaba por lo bajo un aria de La Traviata, un fragmento cuyo título ella no atinaba a recordar. Después Phyl se hundió en un sillón y se sostuvo la cabeza con las manos, avergonzada.

—Discúlpeme —dijo—. Sucede que estoy muy cansada. Ha sido un día muy largo, una semana muy larga y un mes y un año muy largos... Y, después de todo, está equivocado. Yo soy una persona que ascendió desde la calle.

Mahoney depositó las verduras en una sartén con un chorro de aceite de oliva y después cruzó los brazos, mientras se apoyaba en el mostrador y esperaba con gesto serio que ella relatase su historia. Pero la cara pálida de Phyl de pronto pareció estremecerse a causa del recuerdo de un dolor que ella no estaba dispuesta a revelar. Por lo menos, todavía no.

—Estoy tan atareada cuidando de otros, ocupándome de los problemas ajenos que no me queda tiempo —dijo al fin, mientras meneaba la cabeza con desconcierto—. No tengo tiempo para mí misma. Soy de las personas que llevan el trabajo a su casa.

Él paseó la mirada por la habitación fría, perfecta y hermosa.

—Sí. Ya lo veo. Casi diría que usted ha olvidado vivir aquí.

Se apoderó de una botella de vino tinto y estudió el rótulo.

—Buena marca —dijo con aprobación, mientras llenaba una copa—. Mi madre italiana solía decirme que una copa de vino tinto teñía de color las mejillas de una muchacha y le calentaba el corazón. Siempre tuve la esperanza de que eso fuese cierto.

Phyl sonrió, mientras bebía un sorbo y contemplaba su copa con expresión fatigada.

Mahoney cruzó la habitación y estudió la colección de discos compactos de Phyl. Pronto el sonido puro de la voz de la Callas entonando un aria de Norma atravesó las habitaciones silenciosas como una brisa refrescante.

Quince minutos después Phyl estaba sentada frente a Mahoney, alrededor de la mesa de cocina, con un fragante cuenco lleno de pasta y una salsa de tomates frescos frente a ella.

—Lo siento, no pude encontrar pan —dijo Mahoney, mientras servía vino en las copas—. Excepto una costra endurecida que seguramente ya tiene una semana de antigüedad. Creo que usted no es muy aficionada al consumo de pan. Siempre pensando en su peso, ¿verdad?

—No es así —replicó Phyl indignada—. Me gustan muchas clases de pan y no siempre pienso en mi figura. Gracias a Dios, todavía no lo necesito.

Él la miró sonriente mientras Phyl enroscaba los tallarines en su tenedor y los saboreaba. Comprendió demasiado tarde que él estaba provocándola.

—Sucede solo que no como en casa con mucha frecuencia —dijo Phyl, sintiendo la necesidad de explicarse—. Por lo general llego tarde y me limito a comer un bocadillo en el camino a casa.

—¿Por qué no hizo lo mismo esta noche?

—Estaba demasiado fatigada para preocuparme por la comida —dijo Phyl con sinceridad.

—O demasiado solitaria —dijo Mahoney, mientras bebía su vino y observaba a Phyl, que comía.

Ella lo miró un momento pero no dijo nada. Lo observó atravesar la habitación para cambiar el disco. Le pareció que caminaba sobre el suelo de puntillas, como un atleta, flexible como una pantera. Solo que esta pantera recorría la jungla de las calles de la ciudad. Después recordó lo que él había dicho del asesino y de pronto sintió miedo por Bea.

Él regresó y se sentó frente a Phyl con los codos sobre la mesa, bebiendo vino y mirándola comer.

Phyl terminó los fideos y suspiró satisfecha.

—Fue maravilloso. Además, creo que es la primera comida preparada en casa que he consumido desde hace casi un año.

Se recostó en el asiento, y los dos se miraron.

—Mahoney, ¿qué espera de la vida? —preguntó ella, de pronto, picada por la curiosidad.

Él sonrió ante la pregunta.

—Oh, ser comisario de policía alguna vez. O quizá presentar mi candidatura a alcalde. Lo mismo que piensan muchos otros policías. ¿Y?

—¿Y qué?

—¿Qué quiere usted de la vida, doctora?

Ella abrió los brazos, indicando el hermoso apartamento, las alfombras tan valiosas, las obras de arte.

—¿Qué más puede querer una mujer? —dijo en actitud defensiva—. Lo tengo todo.

—Sin duda, eso parece, doctora —dijo Mahoney, poniéndose bruscamente de pie mientras recogía su chaqueta.

Ella lo miró con expresión hostil. Él no lo decía, pero Phyl sabía lo que estaba pensando. Quizás ella necesitaba un hombre que la amase; hijos; un hogar feliz y atareado; tal vez un perro o dos...

Maldición, ¿por qué permitía que ese policía machista, de inclinaciones poéticas y amante de la ópera, ese fanático del ejercicio físico se entrometiese en su vida? Phyl lo tenía todo organizado. Todo estaba en su lugar. ¿No era así?

—Está fatigada —dijo Mahoney, extendiéndole la mano—. Gracias por la cena. Y

la compañía. Infórmeme de las novedades con Bea.

Le pareció extraño oír el nuevo nombre de la joven en labios de Mahoney, como si al pronunciarlo él le estuviera infundiendo nueva vida.

Una *resurrección*, pensó Phyl, mientras cerraba la puerta después de que Mahoney había salido.

La mañana siguiente el doctor Niedman estaba esperándola.

—Doctora Foster, nuestra paciente está progresando —dijo—. En realidad ha mejorado tanto que podemos darla de alta. —Apartó los ojos de sus anotaciones—. Por supuesto, el problema es donde la enviamos. Entiendo, gracias a las declaraciones del detective Mahoney, que sus investigaciones no lo han llevado a ninguna parte; y parece que también usted está en un callejón sin salida. No sé muy bien qué hacer con ella. No me parece conveniente enviarla a una sala psiquiátrica, pues no tiene problemas mentales, excepto la pérdida de memoria. Por otra parte, ¿cómo se las arreglará si nos limitamos a entregarla al sistema de bienestar?

Phyl pensó en Bea, con su cabeza afeitada y sus terribles cicatrices, una paciente que nada sabía de sí misma y ni siquiera comprendía lo que le había sucedido. Pensó en lo que podía sucederle si la dejaban sola, con sus propios recursos en la calle, y recordó lo que Mahoney había dicho la noche anterior. Que si el asesino sabía que había sobrevivido, podría intentarlo de nuevo. Quizá ya lo sabía por los periódicos. Tal vez solo estaba esperando que saliera del hospital.

—Bea puede quedarse conmigo —se apresuró a decir—. Después de todo, soy la responsable de su rehabilitación.

Niedman arqueó sorprendido las cejas espesas sobre sus gafas.

—Doctora Foster, ¿eso no es exagerar un poco su sentido del deber?

—Simpatizo con ella —dijo Phyl en actitud defensiva—. Hemos llegado a ser amigas, además de médica y paciente.

—Comprendo. Bien, es una joven simpática, y por una parte me alegro de su ofrecimiento. Ciertamente eso ayuda a resolver mi dilema. Pienso que el próximo fin de semana puede ser dada de alta. ¿Está de acuerdo conmigo?

Phyl fue a contar la buena noticia a Bea.

—Han pasado seis semanas —dijo—. Usted seguramente está harta de mirar estas cuatro paredes, de modo que para variar puede venir a ver las mías. Por lo menos el panorama es más grato, aunque nada puedo garantizar acerca de la comida.

Pensó en los deliciosos tallarines de Mahoney y sonrió.

Bea rio complacida.

—Créame, cualquier cosa es mejor que la comida del hospital. Pero, Phyl, ¿está segura? Quiero decir que es una imposición terrible recibir en su casa a una perfecta extraña...

—Eh, ¿qué quiere decir? ¿Una perfecta extraña? No olvidemos que en este

momento la conozco mejor que a cualquier otra persona. Además, simpatizo con usted. Y será agradable compartir el apartamento. No he tenido ese placer desde los años de la universidad. —Se rio, mirando el desnudo cuarto del hospital—. Por lo menos, no estaremos discutiendo por el espacio.

Esa noche, Mahoney apareció de nuevo, sorprendiendo con su visita a Phyl. Y esta vez llegó con un regalo: una encantadora gatita siamesa crema y chocolate. Parecía minúscula en las manos del detective y ronroneaba con confianza, segura de que sería apreciada.

—Me pareció que el apartamento era demasiado solitario —explicó—. Un gato la mantendrá ocupada, evitará que usted se enfrasque en sus propias cosas. Piénselo como un tipo de terapia. Y no se equivoque, esta clase de gatos cree que tiene todos los atributos del ser humano. Haga lo que ella dice. Si quiere jugar, juegue. Si quiere comer, sírvale su alimento. Y cuando desee caricias, prodígueselas. Bien, sea franca conmigo, doctora. Si no está dispuesta a hacer todo eso, se la llevaré de regreso a la persona que la crío.

—¿Quién es la persona que la crío?

Los grandes ojos azules de la minúscula gata se clavaron en los ojos de Phyl.

—Mi tía Sophia, de Sacramento.

—¿Usted se fue hasta Sacramento para traerme esta gata?

Él la miró indiferente.

—Me pareció que usted necesitaba cuidar a alguien. De ese modo no se ocupará tanto de su propia persona. Es bueno interesarse en algo que no sea uno mismo. Aunque se trate de un gatito.

Ella lo miró acusadora.

—Usted quiso «humanizarme».

Mahoney sonrió.

—Creo que podría decirse eso. De todos modos, se llama Coco. Me pareció que era un nombre bastante chic. Como usted misma.

—Mahoney, esto es un regalo muy personal —dijo cautelosamente Phyl. La gatita estaba trepándole por el hombro, hundiendo su hocico suave y húmedo en el cuello, enredándose las patas en los cabellos de Phyl. La psiquiatra se echó a reír—. Pero su tía Sophia ciertamente sabe lo que hace.

—Entonces, ¿quiere conservarla? —Mahoney sonrió ansioso—. Recuerde que necesita amor y afecto.

Ella lo miró escéptica.

—Creo que, a pesar de lo que usted piensa, tengo suficiente de todo eso. ¿Yo qué puedo darle a cambio?

—¿Alguna vez me invitará a cenar de nuevo?

Ella se rio, apretando la gatita contra su pecho.

—Detective Mahoney, usted es un negociador implacable. A propósito, tengo una compañera de apartamento.

—Ya lo sé. Hablé con Niedman. ¿Cuándo la recibirá?

—El fin de semana. Pensé que, si estuviese aquí conmigo, podría colaborar con ella. También recordé lo que usted dijo acerca del asesino y me pareció que eso aumentaría su seguridad. Es decir, hasta que recuerde quién es. Además, no tiene dinero, aunque a juzgar por lo que sé bien podría ser una heredera.

—Una posibilidad entre varios millones, pero hace mucho que aprendí a no desechar ninguna posibilidad. Esa gatita necesita un recipiente para hacer sus necesidades, si usted no se opone a que yo le hable con franqueza. Arréglole cuanto antes, porque de ese modo ella sabrá donde debe ir. Y después jamás tendrá problemas con ella.

—Habla como un experto.

—Sí, bien, tengo tres gatos. Eso, la ópera y cocinar evitan que yo adopte una actitud demasiado introspectiva. Bien, será mejor que me vaya. Debo llegar al tribunal en media hora. Hasta luego, doctora. —Se detuvo en la puerta—. A propósito, estoy investigando la conexión francesa con las autoridades de inmigración. Si Bea es francesa, pronto conoceremos su identidad.

Capítulo 8

Bea se sentía como una aficionada en el juego de la vida. Conocía el modo de hacer las cosas cotidianas, e incluso qué música le agradaba y cómo cocinar. Nada del otro mundo, pero se sentía bastante eficaz y recordaba bastantes recetas, muchas de las cuales eran francesas. Recordaba las caras conocidas de las personalidades de la televisión, los nombres de los autores cuyas obras le agradaban, las películas que prefería. Pero no sabía dónde había visto antes esas caras o dónde había leído esos libros o en qué cines habían entrado para ver las películas.

—No se preocupe por eso —le recomendó Phyl—. Recordará paulatinamente. Recuerde que está en proceso de descanso y recuperación. Solo deseo que le vuelvan las fuerzas y el goce de la vida.

Pero aunque Phyl hablaba en actitud confiada, Bea de ningún modo estaba segura de que su memoria retornaría, porque cada vez que trataba de explorar el pasado tropezaba con el mismo vacío. Era como si su mente estuviese cubierta por la misma nube oscura que envolvía a la niña que se encontraba de pie en los peldaños de la villa de paredes rosas, la imagen que había evocado en sus sueños. Porque estaba convencida de que todo eso no era nada más que un sueño. Si esa villa había existido, la recordaría. Y, si ella hubiera sido esa niña, habría sabido quién era ella.

No había explicado los detalles a Phyl. Esta todavía creía que había sido una importante novedad. Y, en efecto, el hecho de que la joven hablase francés con la misma fluidez que el inglés era un descubrimiento notable. Y se trataba de un excelente francés de París. Los expertos así lo habían deducido después de escuchar el acento, a pesar de que la joven no recordaba haber estado en la capital francesa. Era lo único que habían rescatado de su pasado. A menos que no se tratase de un verdadero recuerdo, sino de una reacción mecánica, algo conservado en el sector de su cerebro que mantenía su funcionamiento, como por ejemplo el conocimiento de las fórmulas de cocina.

Phyl había dicho que podía ser una cualidad que quizá fuese más útil después, aunque se negó a explicar la razón de su opinión. De todos modos, Bea no deseaba pensar en el futuro. No quería pensar más allá del momento inmediato.

Ya llevaba un mes en la casa de Phyl y rara vez había salido del apartamento. Pero esa noche Phyl dijo que se proponía salir con ella para hacer compras. Bea no sabía si esperaba con ansiedad el momento o prefería quedarse en casa. La idea de las tiendas atestadas de gente, de las personas mirando su cabeza afeitada, de la necesidad de elegir y caminar por la calle y comer en un restaurante la aterrorizaba. La vida real la aterrorizaba. Le agradaba estar allí, en el hermoso apartamento de Phyl. Era amplio, luminoso, con mucho espacio. *Seguro*.

Mahoney llamó desde la planta baja para anunciar su llegada. Había adoptado la

costumbre de visitar el apartamento de tanto en tanto.

Decía que era para verificar el estado de la gata.

—Querrá decir para visitar a Phyl —afirmó Bea, burlándose del policía. Se rio ante el azoramiento de Mahoney—. Vamos, detective Mahoney, reconózcalo. No lo critico, es una mujer espléndida. Maravillosa. Y generosa.

—Y, a veces muy difícil —sonrió Mahoney, mientras permitía que la gatita trepase por su pierna, clavando sus garras en los vaqueros. Se inclinó y la depositó sobre la palma de su mano grande, y la gatita miró arrogante alrededor, proclamando su victoria.

—Y, de todos modos, ¿cómo sabe que no vengo de modo subrepticio, fingiendo que me interesa Coco, cuando en realidad estoy investigándola a usted? ¿Para comprobar si usted no está callando la verdad y en realidad ya lo ha recordado todo?

—No me guardo nada —dijo Bea con seriedad—. En realidad, no puedo recordar absolutamente nada de mi pasado. Ni siquiera... —vaciló, y pareció que en su cara se dibujaba una expresión de miedo— ni siquiera quién trató de matarme.

Se cerró la puerta con un fuerte golpe y entró Phyl, que regresaba temprano para salir de compras con Bea. Desde que Bea se había mudado, la vida entera de Phyl había variado. Ahí estaba, la mujer solitaria que mantenía bien controlados sus sentimientos y apreciaba su intimidad y su independencia, compartiendo su hogar con la víctima de un intento de asesinato y una gata siamesa. Además, eso le agradaba. La complacía tener una persona a quien podía saludar cuando regresaba a su casa, y también le agradaba percibir los olores apetitosos de las comidas provenientes de la cocina, y a Coco que brincaba de un lado a otro para saludarla, con las garras clavándose en las tablas enceradas. Ni siquiera le importaban los pelos de gato que se pegaban a su chaqueta negra.

Durante esas semanas de convivencia en cierto modo se habían ayudado mutuamente. Phyl, la psiquiatra sagaz que disimulaba sus propios sentimientos y su pasado hundiéndose en el trabajo, y Bea, la joven que carecía de pasado y sobre cuya cabeza se cernía una amenaza.

Phyl saludó con un ¡hola! Al tiempo que depositaba su impermeable sobre el sofá en lugar de colgarlo pulcramente en el armario, como sin duda habría hecho unas semanas atrás. Hoy comenzaría la rehabilitación de Bea. Había trazado planes al respecto. Y durante una cena, después de la excursión haciendo compras, revelaría en qué consistían dichos planes.

Suspiró cuando vio a Mahoney con Bea.

—Otra vez usted, Mahoney —dijo mordazmente—. ¿Cómo se las arreglan en el departamento de policía sin usted? ¿O está tratando de resolver el crimen del siglo?

Mahoney suspiró con exageración y Bea sonrió, viendo cómo cruzaban las espadas. Abrió los brazos y recitó con voz melodramática:

O si tu amante tan hirviente cólera demuestra.

*Aprésale la suave mano y déjala renegar.
Y húndete profundamente en sus ojos sin igual...*

Después dijo con aire de solemnidad:

—Doctora, alguien debería decirle que la agresión no le conviene. Me parece que Swinburne tenía la respuesta justa.

—Yo no soy su amante, de modo que no me recite a poetas europeos Mahoney. Y, si viene aquí a cobrar esa cena que le debo, lamento decirle que ya tengo una cita.

Mahoney sonrió.

—Sí. Bea me lo dijo. Salir de compras y cenar. Lamento la imposibilidad de acompañarlas. Vine solo para asegurarme de que está tratando bien a Coco. Y para decirle que no hemos llegado a ninguna conclusión en relación con el pasaporte y las autoridades de inmigración. Todas las francesas del grupo de edad de Bea que ingresaron en el país antes que ella... es decir antes del incidente, han sido revisadas. Entretanto todavía estoy trabajando en los millares de nombres de las nóminas de las compañías aéreas, es decir las personas que llegaron a San Francisco la semana previa. Estamos controlando cada apellido y comparándolo con la persona de la vida real al cual pertenece. Incluso hemos investigado el movimiento de los aviones privados. Esa noche hubo muchos. Provenientes de México, Baja, Palm Desert y Hawái. Todos fueron pilotados por su propietario y en ninguno viajó una pasajera.

Bea pareció deprimida; había abrigado grandes esperanzas en el sentido de que su nombre aparecería en las listas de las compañías aéreas.

Mahoney dio una palmada al hombro de Bea y dijo:

—Tengo que marcharme, porque de lo contrario llegaré tarde para resolver ese crimen del siglo y perderé la oportunidad de que me designen alcalde.

Phyl estaba sosteniendo la gatita, y Mahoney se detuvo para rascarla detrás de las orejas.

—Tiene buen aspecto, doctora —dijo, con una sonrisa de aprobación.

—Oh, gracias, Mahoney —dijo Phyl, de nuevo con expresión sarcástica—. Pero no estoy segura de que necesite sus retorcidos elogios.

Él se echó a reír mientras se acercaba a la puerta. Phyl volvió la cabeza cuando sintió los ojos del policía sobre su cuerpo.

—Sin embargo, no sé cuál es la explicación —dijo Mahoney con aire reflexivo—. Quizá son las horas que pasa sentada. Eso ya se lo advertí... o tal vez la comida preparada en casa; pero me parece que su trasero ha crecido.

—Uf —gritó Phyl, mientras él cerraba con fuerza la puerta y se reía—. Bestia. Estúpido.

La puerta se abrió de nuevo y él asomó la cabeza con expresión apesadumbrada.

—Realmente doctora. Cómo usa las malas palabras... Usted debería preguntarse cuál es el significado profundo de esa actitud...

—Oh, usted... usted no es más que un policía —gritó Phyl, mientras él volvía a

desaparecer, siempre riendo.

Bea también se reía, y a pesar de ella misma Phyl los imitó.

—¿Porqué me agrada? —preguntó para sí misma. El hombre es un machista consumado.

Pero Mahoney había conseguido que Bea se riese, y eso agradó a Phyl. Su protegida estaba preparada para el primer paseo, y Phyl la inspeccionó. Se sintió complacida ante su aspecto.

Los suaves cabellos cobrizos de Bea ahora estaban creciendo, y al fin ocultaban las feas cicatrices. Ahora formaban un hermoso marco a su rostro y conseguían que ella pareciera una juvenil Audrey Hepburn. Los ojos aterciopelados de color cobrizo tenían un matiz más claro que sus cabellos y la piel ya no tenía el color de la piedra caliza sino el de la crema fresca. Por supuesto, todavía estaba muy delgada. Los huesos estaban demasiado cerca de la superficie y mostraba cada saliente de la columna vertebral, los tendones de su largo cuello y la prominencia de los huesos de la muñeca y el tobillo. Pero comparada con lo que había sido apenas un mes atrás se la veía maravillosa.

Vestía vaqueros y una camisa que Phyl le había comprado; la psiquiatra sabía que era muy fácil vestirla. Y tenía razón. Todo le sentaba bien al cuerpo esbelto y delgado de Bea.

Visitaron las secciones de modas de las tiendas y las *boutiques* para las jóvenes y, a pesar de las protestas de Bea, Phyl insistió en equiparla para todas las ocasiones posibles, desde los encuentros casuales hasta los cócteles.

—Pero ¿dónde usaré estas hermosas prendas? —preguntó Bea, mientras regresaban al automóvil con más paquetes.

—Eso es lo que le explicaré durante la cena —dijo Phyl—. Y si hubo alguna vez dos mujeres que merecieron una buena cena, somos nosotras. Hemos luchado heroicamente en las tiendas, sobre todo usted, y obtenido los trofeos de la victoria. Ahora vamos a celebrarlo.

Había reservado una mesa en Stars, y Bea se puso la nueva chaqueta de cuero marrón sobre la camiseta y los vaqueros. Decidió usar los aros color ámbar que Phyl había insistido en comprar y un toque del lápiz labial que la vendedora había recomendado.

—Bien, mírese —se maravilló Phyl cuando ocuparon sus asientos en el restaurante—. Está usted fantástica, Bea. Está atrayendo todas las miradas.

—Pensé que la miraban a usted. —Bea observó a su alrededor con cuidado—. Esto es maravilloso —dijo complacida—. Pero, Phyl, ojalá no hubiese gastado tanto dinero en mí. De todos modos, prometo que se lo reembolsaré. Cuando tenga trabajo.

—Hablando de trabajo, precisamente a eso deseaba referirme.

Bea miró asombrada a Phyl, mientras la psiquiatra pedía una botella de vino y estudiaba el menú.

—Brindo por usted, querida Bea —dijo Phyl, mientras elevaba la copa—. Por su

recuperación, su salud y nuestra amistad.

—Soy yo quien debe agradecer. Por todo. Por haberme dado un techo y por las hermosas prendas. —Miró agradecida a Phyl y agregó en voz baja—. Por mi salud.

—Es hora de que pasemos a la segunda fase de la recuperación —dijo Phyl—. Tal vez la idea le parezca un tanto temible, pero conseguiremos dos cosas. Y ambas son importantes para usted.

Bea la miró con ansiedad. No deseaba que nada cambiase; quería que la vida continuase como hasta ese momento.

Phyl dijo:

—Tengo una amiga que se llama Millie Fenwick. Es enormemente rica y está más loca que una cabra; es la persona más simpática que conozco. Vive en Nueva York y está buscando una secretaria social, alguien que ordene sus citas, atienda sus llamadas telefónicas y actúe como compañera de viaje. —Se echó a reír, recordando la personalidad de su amiga—. Si conozco bien a Millie, lo que quiere en realidad es una confidente. Parece una mujer muy áspera, pero todo eso es apariencia. De todos modos, se propone viajar a París. Y, como usted habla francés y Millie es incapaz de pronunciar una palabra aunque le vaya en ello la vida, ¿qué mejor candidata para el cargo que usted?

El estómago de Bea se cerró a causa del súbito sentimiento de temor. No deseaba ir a Nueva York; temía viajar a París.

—Conozco bien a Millie —dijo Phyl—. La ayudé en un par de traumas personales y traté de que superase su sentimiento de culpa porque posee mucho dinero y se da todos los gustos. Aunque le aseguro que ella dona tanto como gasta. No hay persona más generosa y caritativa que Millie Fenwick. Pero le advierto que es una mujer muy original. Ya no fabrican seres como ella.

«Quiero que viaje sola a Nueva York para conocerla. Que realice sola el viaje. Si desea retornar alguna vez al mundo, este es el momento de intentarlo».

Miró con ansiedad a Bea.

—Y bien, ¿qué dice?

A pesar de su miedo, Bea comprendió que Phyl tenía razón. Sonrió con cierta tristeza.

—Entonces, ¿las ropas nuevas eran para eso?

—Millie es un maniquí viviente y frecuenta solo los mejores lugares; los mejores restaurantes, los mejores hoteles y los mejores lugares de descanso. Y eso no puede hacerle daño, Bea, ¿verdad?

Se echaron a reír, y después Bea dijo:

—Usted dijo que había dos razones por las cuales mi trabajo para Millie sería una buena idea. ¿Cuál es la otra?

Los ojos de las dos mujeres se encontraron alrededor de la mesa.

—Quiero que salga de San Francisco. Y del peligro.

Los ojos de Bea se ensombrecieron a causa del temor.

—¿Usted cree que él puede regresar a buscarme? ¿Qué quizá lo intente otra vez? Era un pensamiento que había atravesado su mente muchas veces.

—Estará a salvo con Millie —la tranquilizó Phyl—. Nadie la conocerá ni sabrá lo que sucedió. Pronto estará en París. Y esa es otra cuestión. Pensé que quizás en Francia comenzaría a recordar.

—¿Y entonces qué? —murmuró Bea, aterrorizada—. ¿Qué sucederá si recuerdo quién soy? ¿Y quién trató de matarme?

—Lo único que tiene que hacer es llamarme y me encontrará aquí —la tranquilizó Phyl—. Puede contar conmigo. De todos modos, me invitaron a asistir a una conferencia médica que se celebrará en París el mes próximo. No tendrá que esperar mucho tiempo. Y así podré pensar en que me espera algo agradable: llegar a París y encontrarme con usted y con Millie.

Explicó a Bea que le había reservado un lugar en un vuelo a Nueva York, el jueves. Faltaban solo dos días.

—De modo que no hay tiempo de cambiar de idea —dijo con firmeza, porque sabía que Bea no deseaba viajar. Y también sabía que su apartamento parecería muy vacío sin ella. Detestaba perderla, aunque sabía que estaba haciendo lo que correspondía.

Tomó una fotografía de Bea antes de que la joven partiese; en ella aparecía alta y elegante con su nuevo conjunto verde, sosteniendo la gatita bajo el mentón con las dos manos, como una niña pequeña. Sonreía insegura y había una expresión inquieta en sus ojos, pero Phyl pensó que aparecía tan bonita que estaba deslumbrante. Compró un marco de plata y colocó la imagen sobre la mesa, al lado de la cama, como si se tratara de la foto de su propia hija.

—No crea todo lo que Millie le dice, porque en ese caso su empleo no durará un solo día —fueron sus últimas palabras cuando puso a Bea en el avión a Nueva York. Bea pronto descubrió la razón de dicha recomendación.

Capítulo 9

Manhattan había soportado un aguacero torrencial, agravado por vientos huracanados. Los autobuses y los automóviles se amontonaban en las bocacalles, frente a los semáforos, y los taxis se habían convertido en un lujo inalcanzable. Bea se vio obligada a caminar diez manzanas hasta el edificio de apartamentos de su futura jefa en la Quinta Avenida, frente a Central Park. De todos modos, empapada y sacudida por el viento, consiguió llegar exactamente a tiempo.

El apartamento de Fenwick ocupaba un piso entero, y cuando Bea descendió del ascensor la propia Millie abrió la puerta de modo brusco.

—¿Qué la retrasó? —preguntó, pasando impaciente del vestíbulo de adornos dorados a una sala adornada con brocado de oro. Con un gesto arrogante indicó a Bea que la siguiese—. Llega tarde. Abrigo la esperanza de que no haga lo mismo en cada momento. El maldito mayordomo acaba de retirarse y el ama de llaves huyó la semana pasada con algunas de mis mejores joyas. En la cocina hay una nueva empleada filipina que apenas entiende inglés. Le aseguro que estoy a punto de perder la cabeza.

Pequeña y regordeta, con rizos dorados muy juveniles, estaba ataviada con un vestido color cereza de complicados volantes y calzaba tacones altos. Tenía la boca ancha generosamente pintada con lápiz labial, el rímel había sido aplicado en abundancia y las manos artríticas relucían con glandes anillos adornados por gemas de todos los colores. Era una explosión de color; el estilo era absolutamente original.

Phyl había advertido a Bea que Millie Fenwick era una mujer rica y malcriada de edad incierta. Decía que lo único seguro en la historia de su vida era que tenía más años que los que confesaba. Los detalles de su pasado variaban para acomodarse a las circunstancias y al público unas veces era la heredera huérfana de una gran familia antigua, otras la empresaria astuta, o la jugadora afortunada, o la pobre niña rica.

Los ojos astutos de Millie se clavaron en la cara de Bea por espacio de un minuto.

—Bien —dijo con voz ronca—, si alguna vez existió una persona que necesitara empleo, es usted. Y además parece que le vendría bien una buena comida. —Sacó un Marlboro, de un paquete arrugado. Ignoró el encendedor de oro que estaba en la mesa de al lado, extrajo una cajita de cerillas y encendió el cigarrillo. Apagó el fósforo e inhaló el humo con el entusiasmo de un auténtico adicto a la nicotina.

Examinó a la joven empapada de cuyo vestido goteaba agua sobre la alfombra de seda china. Después de un acceso de tos, dijo con sarcasmo:

—¿Qué hace últimamente Phyl, además de la psiquiatría? ¿Se dedica al Servicio de Rescate de Animales?

Elevando el mentón en el aire, Bea se volvió y enfiló indignada hacia la puerta.

—Creo que es mejor que me vaya —dijo.

—¡Por Dios! —Millie depositó exasperada la ceniza de su cigarrillo en un gran cenicero de cristal, que ya desbordaba de colillas manchadas con lápiz de labios—. No puede vivir conmigo si se muestra quisquillosa. Quítese el impermeable y esos horribles zapatos mojados y siéntese. Aquí, al lado del fuego. Venga, hábleme de usted misma.

Dirigió a Bea una sonrisa tan cálida y encantadora, mitad disculpa, mitad gesto de picardía, que Bea descubrió que estaba haciendo lo que la mujer decía. Millicent Fenwick era ese tipo de persona que pronto iba a mostrar su verdadera naturaleza a la joven. En un instante uno la adoraba y al siguiente no podía soportarla. En un minuto era bondadosa y al siguiente se mostraba horrible, exactamente como la niña de los rizos en medio de la frente, en el poema infantil.

Bea se quitó obediente los zapatos empapados y el abrigo húmedo y los depositó sobre el suelo de mármol del vestíbulo, donde no podían estropear nada. Después regresó a la biblioteca y se sentó con prudencia en el borde de un sofá tapizado con brocado de oro.

Los ojos curiosos de Millicent, oscuros como pasas de uva, encontraron la mirada de Bea.

—Bien —dijo en actitud expectante—. Phyl me relató lo esencial de su caso, pero no todo.

—No hay mucho que decir. Sufrí un accidente. Aunque la policía cree que quizá no se trata de eso. Les parece que alguien intentó matarme. —Bea apartó de la frente los cabellos húmedos y mostró la cicatriz que tenía en el cuero cabelludo, mientras relataba su historia a Millie—. Ahora estoy bien —dijo con expresión tranquilizadora, ansiosa de obtener el empleo—. El único problema es... no recuerdo nada. Y no recuerdo quién soy.

—¿Y la policía no resolvió el problema?

—No se ha informado de la desaparición de una persona que responda a mi descripción. Nadie vino a buscarme. A nadie pareció importarle si yo vivía o moría. Excepto a Phyl. Y, por supuesto, al detective Mahoney.

Millie aspiró reflexiva el final de su cigarrillo y después aplastó la colilla entre muchas otras contenidas en el cenicero de cristal.

—Bien, bien, una mujer sin pasado. —Después miró a Bea, sonrió y dijo de manera enigmática—: La compañía perfecta para una mujer sin futuro.

»Puede comenzar de inmediato si trae a mi habitación otro paquete de cigarrillos. Y beberemos una taza de té. Pídale té Earl Grey para dos a la filipina que está en la cocina. Y dígame que esta vez no lo prepare demasiado fuerte, porque si lo hace la mataré. Y emparedados. Salmón ahumado y ensalada de huevos. Emparedados de miga, no de corteza de pan; sabe cómo me agradan. Después hable por teléfono y pida que me envíen otro mayordomo. No me agrada contestar el timbre de mi propia puerta.

Observó el enorme reloj con adornos de diamantes.

—Y después ya será casi hora de beber la primera copa de champaña. —Elevó los ojos al cielo y esbozó una mueca—. Dios mío, ¿por qué a mi edad pienso que una copa de burbujeante alcohol antes de la caída del sol es el primer paso en el camino que lleva a la decadencia? Cuando en realidad me importa un rábano la decadencia. Y, de todos modos, no es el alcohol lo que me matará; son los cigarrillos...

Bea penetró en el gran apartamento de catorce habitaciones que daba al Central Park. Su bonito cuarto azul y blanco estaba al lado de la *suite* principesca de Millie.

—Bastante cerca, como para llamarla a gritos si la necesito —dijo Millie con buen ánimo. Estaba sentada sobre la cama de Bea, mirando cómo la joven distribuía las cosas de su equipaje y formulando comentarios críticos acerca de cada prenda a medida que Bea colgaba en su armario.

—Caramba, el color no le interesa, ¿verdad, querida? —dijo con expresión ácida, al ver las diferentes prendas de tonos neutros—. ¿Cómo cree que puede llamar la atención si se viste de *beige*? Ya veo la influencia de Phyl. Sabe una cosa, nunca vi a esa mujer con ropa que no fuera negra y blanca. Le aseguro que esa costumbre me irrita mucho.

Sonrió, mientras apartaba el humo del cigarrillo y agregaba con expresión astuta:

—Siempre consideré que el mejor modo de atraer la atención de un hombre es usar un color intenso. Con preferencia el rosa. Y, por supuesto, unos diamantes de buena clase. Por otra parte, supongo que después de lo que usted ha soportado más vale que ahora no llame la atención. —Dio una palmada con simpatía en la mano de Bea—. No se preocupe, querida niña. Usted estará bien con Millie.

Bea sonrió agradecida. Podía darse cuenta de que la vida con Millie iba a consistir en una serie de altibajos, pero también sabía que, bajo su apariencia áspera, Millie en realidad era una persona bondadosa.

—Y, de todos modos, ¿quién necesita a los hombres? —preguntó Millie sosteniendo en alto un suéter de color cobrizo que casi hacía juego con los cabellos de Bea, meneando con desaprobación la cabeza—. Querida muchacha, estuve casada tres veces. Primero, con un jugador de polo; después, en mi fase de aficionada a las carreras, con un *jockey*. Y, finalmente con un *playboy* internacional. Y le diré que no hay nada menos divertido que un *playboy*. Después imaginé que tres veces era suficiente. El matrimonio no me conviene. Lo cual no significa que no haya tenido otras relaciones —los ojos oscuros guiñaron con picardía—, pero por lo menos no me casé con ellos.

Bea acompañó la risa de Millie, y esta dijo impaciente:

—Dese prisa y cámbiese, querida muchacha. Saldremos a almorzar a Le Cirque. Póngase el más elegante de esos espantosos vestidos *beige* y sonría de oreja a oreja; prepárese para gozar de la mejor comida de Nueva York. Y asegúrese de pedir los platos más nutritivos; le vendría bien un poco de carne en los huesos. Esta noche hay una cena benéfica en el Waldorf. Habla nuestro presidente. Me pareció que podía ser interesante, de modo que pagué una mesa; así podré presentarle a muchísima gente.

Bea sintió cierta depresión al escuchar estas palabras, y Millie percibió la mirada de aprensión. Dijo con expresión brusca:

—Por supuesto, usted sabrá arreglárselas. Les diré a todos que sufrió un accidente y que su memoria está un poco indecisa. —Lanzó una carcajada al agregar—: Fuera de eso, usted es una joven perfectamente normal.

Bea se zambulló en dos semanas frenéticas de almuerzos, cenas de beneficencia y bailes de caridad. Incluso se acostumbró a las quejas permanentes de Millie acerca de los gustos sencillos de la propia Bea en vestir, a su uso mínimo del maquillaje y a su resistencia a ingerir desayunos abundantes.

—Usted es tan pesada como mi madre —dijo cierto día Bea cuando rechazó el postre en otro almuerzo elegante.

—Ni siquiera su madre se habría negado a comer un postre de Lutèce. —Millie la miró con aspecto distraído mientras agregaba—: Y, a propósito, ¿cómo era su madre?

El pánico recorrió la columna vertebral de Bea. Miró con ojos inexpresivos a Millie.

—Acabo de decir eso, ¿verdad? Acerca de mi madre. Y sin embargo ahora, cuando intento visualizarla, cuando trato de pensar cómo era su voz mientras decía: «Toma tu desayuno, porque de lo contrario no crecerás alta y fuerte», lo único que consigo percibir es ese muro liso en mi mente. Un muro sobre el cual no hay nada escrito.

Su voz se había elevado, dominada por el pánico, y Millie le dio una palmada en la mano con expresión tranquilizadora. Phyl le había pedido que observase los posibles signos de recuperación de la memoria; pero Millie no sabía que Bea podía llegar a sentirse muy nerviosa.

—Pobre niña —dijo con voz tranquila, diferente a su parloteo habitual, estridente y agudo—. Seguramente se siente muy sola. Y le aseguro que conozco algunos aspectos de la soledad. Tendremos que animarnos una a la otra, ¿verdad? Después de todo, saldremos en dirección a París la semana próxima, y no hay nada como Francia para entonar el corazón de una muchacha.

Bea en efecto esperaba que Millie tuviese razón.

Capítulo 10

Mahoney telefoneó a Phyl pocos días después.

—Reclamo una compensación —dijo con voz confiada el detective—. ¿Lo recuerda? Usted me prometió una cena.

—A cambio de Coco. Lo recuerdo. Y como soy una mujer que siempre paga sus deudas usted puede indicar qué día y dónde.

Mahoney adivinó que ella estaba sonriendo.

—Mañana —dijo—. Y en cualquier lugar, siempre que no sea McDonald's.

Phyl se echó a reír.

—Mañana —convino—. Pase a buscarme a las siete y media.

—Las siete y media —dijo él, que se maravilló de su buena suerte porque en realidad no había creído que ella aceptaría.

—Y otra cosa, Mahoney... no será McDonald's, de modo que trate de venir con un aspecto decente esta vez, ¿quiere?

Él se rio en voz alta mientras cortaba la comunicación.

Mahoney pulsó el botón del timbre de Phyl a las siete y media de la noche siguiente. Ella abrió y esperó en silencio, mientras observaba el elegante traje oscuro, la camisa blanca y la corbata de seda de un rojo intenso. Los cabellos oscuros aún estaban mojados a causa de la ducha y mostraban los efectos del peine. Si lo hubiera deseado, Phyl podría haber visto su imagen reflejada en los zapatos de Mahoney. Tenía un ramo de flores en una mano y un pequeño saco de papel marrón en la otra.

—Usted parece un policía que finge ser un ciudadano sólido —dijo Phyl divertida.

—Sí, pero usted también está ablandándose un poco —replicó Mahoney, sonriendo al ver que ella se sonrojaba. Esa noche ella tenía los cabellos sueltos, en lugar del acostumbrado moño. Vestía prendas negras, como siempre, pero esta vez se trataba de un vestido escotado y transparente, con una falda elegante, y olía a lirios y a gardenias.

Los ojos de Mahoney la admiraron al entregarle el ramillete.

—Usted huele mejor que las rosas naturales —dijo.

—Es Bellodgia —replicó Phyl con frialdad—. Un poco anticuado, pero se adaptaba bien a mi humor esta noche. Y gracias por las hermosas rosas.

Eran flores rosas con un toque cremoso, y los pétalos aterciopelados estaban comenzando a abrirse.

—Se las denomina Oceana —dijo Mahoney—. Pensé que eran como las rosas de jardín, un tanto anticuadas. Lo mismo que su perfume. Creo que conseguí la flor más apropiada para esta noche.

Entregó a la gata el saco de papel; el animal ronroneaba arañándole las piernas.

—Y esto es para la pequeña Coco. Para mantenerla ocupada mientras la doctora está fuera de la casa.

Se rieron y la gatita empezó a jugar rápidamente con el ratón de fieltro.

Phyl ofreció a Mahoney una copa de champaña.

—Una elección maravillosa —dijo él, mientras saboreaba apreciando el vino—. Y no muy obvio. Laurent Perrier es una antigua y excelente bodega, y su variedad Grand Siècle está entre las mejores.

Phyl lo miró asombrada.

—Mahoney, usted siempre me sorprende —dijo—. Yo no habría reconocido el vino Grand Siècle si hubiese tenido que saborearlo a ciegas. ¿Cómo diablos lo conoció?

Él se encogió de hombros como indiferente.

—Es una de esas cosas que enseñan en la escuela de policía. —Sonrió en broma—. No, no quise decir que había pasado un año en Francia después de la universidad, y parte del tiempo en Epernay, cosechando uvas. Todos los bares y los cafés venden champaña como cosa rutinaria, de modo que yo pude saborear la producción de todos los pequeños viticultores. Me agradó tanto que traté de visitar las grandes bodegas. Poseo un paladar discreto, sabía lo que me agradaba, y sucedió que este era uno de los vinos preferidos. —Se encogió de nuevo de hombros—. De modo que ya ve que en todo eso no hay misterio. Solo la coincidencia de que usted eligiese mi vino favorito.

—Ojalá usted estuviese encargado de la cocina —dijo Phyl—. Sería difícil cocinar algo mejor que lo que usted prepara.

—Cuando usted quiera, doctora. Avíseme y vendré enseguida, para probar con usted mis especialidades italianas. El risotto con hongos silvestres de Marcella Hazan, la sopa Petites Niçoise de Roger Vergé, la antigua lasaña vegetariana de mi mamá. Y los mejores postres de este lado de Roma.

—Tiramisú —pidió ella en broma. Era uno de sus favoritos.

—Detesto ese plato, pero, si usted lo prefiere, doctora, lo tendrá.

—Esta noche no —dijo ella, mientras recogía su chaqueta—. Está haciéndose tarde.

Mahoney frunció el entrecejo cuando vio la larga limusina negra que esperaba junto al bordillo. Ella le dirigió una sonrisa burlona, mientras el conductor mantenía abierta la puerta.

—¿No habrá creído que yo le iba a permitir beber y conducir, verdad? Después de todo, no querría ser responsable de que usted no alcance el puesto de alcalde.

Él miró con aprensión por encima del hombro antes de instalarse al lado de la psiquiatra.

—Por lo menos es negro —dijo con nerviosismo—. Si alguno de los muchachos me ve, confío en que creerá que vengo de un funeral y no que en los ratos libres trabajo como un rufián. Doctora, las limusinas no estaban en el trato. Lo único que yo

pedí fue una sencilla cena.

—Y eso es lo que recibirá —replicó Phyl con serenidad—. La mejor cena sencilla que haya probado en mucho tiempo. Aunque quizá no —agregó, mientras recordaba los spaghetti de Mahoney—. ¿Y tendría inconveniente, solo por esta noche, en llamarme Phyl en lugar de doctora? En cierto modo, se adapta mejor a la ocasión.

Él asintió con expresión solemne mientras viajaban hacia el Norte y salían de la ciudad hacia el condado Marin.

—Ya tiene lo que desea, Phyl. —Meneó la cabeza—. Le presento a Franco. ¿Y sabe una cosa? Un tipo puede acostumbrarse a esta clase de vida. Hermosas mujeres, limusinas, magníficas comidas... Quizás estoy muerto y he llegado al paraíso.

—No se confíe demasiado, Franco —le advirtió ella.

Era una noche de mayo excesivamente calurosa, y las ventanas del restaurante Lark Creek estaban abiertas para dar paso al aire perfumado. Las velas que había sobre la mesa parpadearon impulsadas por la brisa suave mientras bebían un sabroso cóctel californiano.

—Peligroso pero bello —dijo Mahoney—. Como usted.

—Gracias, Franco. Dígame por qué siempre hay algo oculto en sus cumplidos.

Él suspiró con exageración.

—No lo sé, Phyl. Creo que usted tendrá que analizarme y descubrir qué está mal en mi psiquis.

—En su psiquis no hay nada malo —replicó ella—. El problema está en su cabeza. Está inflada a causa de toda la atención que le dispensan los medios. —Se inclinó un poco más, interesada—. Dígame, ¿cómo lo hace? ¿Cómo resuelve todos esos crímenes tan difíciles?

—Trabajo mucho. Tengo intuición. Realizo búsquedas laboriosas analizando los hechos. Buena vista... uno la necesita para inspeccionar la escena del delito. Y mala memoria para los horrores cotidianos que se repiten constantemente. —Esbozó una mueca—. No es muy atractivo ser un policía de la brigada de homicidios. Excepto el atractivo creado por los medios.

—Entonces ¿por qué eligió eso? ¿En lugar de la academia?

—Mi bisabuelo irlandés fue policía, y lo mismo mi abuelo italiano y mi padre. Parece que no puedo derrotar a los genes.

—O que quiso hacer algún bien —sugirió ella con voz suave—. Para ayudar a sus semejantes.

Mahoney se echó a reír.

—Seguro. Le acepto eso. San Franco. La idea será muy bien acogida en la sala de la brigada. Phyl, la verdad es que no soy nada más que un policía trabajador que, por alguna razón que aún no he descubierto, encuentra satisfactorio atrapar asesinos y locos que creen que pueden jugar a hacer el papel de Dios y matar a otras personas solo por divertirse. O por cinco dólares. O simplemente porque los miraron de mal modo. Y violadores que matan a balazos a sus víctimas para que no puedan

denunciarlos. Y adolescentes que estrangulan a sus abuelas, y las ven asfixiarse, para quitarles los escasos ahorros de toda la vida. Ciento cincuenta dólares ocultos bajo un antiguo colchón. ¿Y para qué quiere esa suma un muchacho? Para comprar una barata chaqueta de cuero, de modo que pueda impresionar a su novia, quizá comprarle una Coca y después tal vez acostarse con ella.

El rostro bien formado de Franco mostraba una expresión sombría; Phyl lo miró horrorizada.

—Lo siento —dijo él en voz baja—, pero usted preguntó.

—Comprendo.

Él la contempló con admiración. La brisa movió la llama de las velas, proyectando la luz hacia la cara de Phyl. Los hombros y la redondez de sus pechos parecían una ofrenda de crema fresca contrapuesta al suave chifón negro.

—Usted debería usar prendas de color rojo —dijo él con voz neutra, cambiando la conversación y la actitud—. Sería magnífico, en vista de su tipo de cutis.

Ella bajó los ojos, avergonzada: la conversación estaba cobrando un carácter personal.

—El rojo es para las mujeres de Las Vegas —dijo fríamente—. O para las ancianas que se adornan con exageración en las excursiones marítimas.

—¿De veras? —Los ojos de Mahoney se burlaron de ella—. Algunos de nosotros creen que es el color de las rosas y de los mensajes de amor. Y yo me pregunto: ¿qué sacará en limpio de todo eso una buena psiquiatra?

—Probablemente dirá que a su edad usted todavía es un romántico absurdo, Franco Mahoney.

Ambos rieron y él pensó que le agradaba mucho la independencia de esta mujer. Charlaron, arrancándose chispas el uno al otro mientras cenaban un sencillito pollo al horno que según él seguramente había sido criado por un conocedor del tema y cocido por una auténtica abuela que sabía moverse en la cocina.

—No podría haberlo hecho mejor yo mismo —dijo Mahoney, con un suspiro de satisfacción—. Doctora Phyl, fue una decisión muy sensata. Usted me conoce mejor de lo que yo creía.

—Es mi tarea —dijo ella con una sonrisa perversa—. Pero insisto en que pruebe el budín de pan. Es sencillamente lo mejor que existe.

—Señora, si usted lo dice. Como ve, soy arcilla en sus manos. —Se echó a reír, muy satisfecho—. Podría acostumbrarme a representar este papel: limusinas, vino, cenas, una hermosa compañera que está pagándolo todo. Aunque me parece un tanto extravagante a cambio de una gatita.

—No fue una mera gatita. —Ella le tomó la mano sobre la mesa, y él la miró sorprendido—. Por supuesto, esa noche usted acertó. Analizó con exactitud mi vida tonta, egoísta y dividida en compartimientos. Yo nunca me habría atrevido a ser tan sincera conmigo misma. Quizá jamás habría cesado de pensar en el pasado y no habría abordado el presente. Pero gracias a usted, a Coco y a Bea toda mi vida ha

cambiado.

Él la miró con expresión indagatoria.

—¿Desea hablarme del pasado?

Ella lo miró y con el dedo siguió el perfil del cuchillo. Su voz era tan baja que él tuvo que inclinarse más, mientras Phyl dijo vacilante:

—Estuve casada. Por supuesto, éramos demasiado jóvenes. Ambos éramos alumnos internos en el Hospital General de Chicago. Ese centro puede ser el hospital más atareado del país, sobre todo los fines de semana. Solían hablar de la «Noche Especial del Sábado», aunque el viernes era igualmente grave. La gente bebía, reñía, se acuchillaban unos a otros. Nos conocimos allí, en la sala de primeros auxilios, frente a un cuerpo con múltiples cuchilladas. Él venía de Stanford, y yo de Yale. Nos odiamos a primera vista, y por lo tanto nos enamoramos.

Phyl sonrió con tristeza, al recordar la dulzura de la juventud y el amor.

—Él pertenecía al tipo anticuado. Quería casarse. Y tener hijos. Y una esposa que permaneciera en casa para atender a la familia. La hija llegó casi inmediatamente. Una niña. Tan bonita y tan tierna. —Phyl miró a Mahoney y la cara de pronto se le iluminó de amor a su niña—. Oh, Franco, ¿usted ha visto que la mayoría de los niños parece que siempre están llorando? Bien, en este caso no fue así. Desde el primer día fue una niña perfecta.

»Mi marido tenía una familia acaudalada; estaban financiando la carrera de su hijo. En mi caso era diferente. A mí me abandonaron cuando era apenas una niña. A decir verdad, casi nunca conocí a mi propia madre y tampoco tuve noticias de mi padre. Cuando ella se marchó, me llevaron al tribunal y me convertí en una niña para dar en adopción. Tuve siete conjuntos distintos de padres adoptivos entre los tres y los diecisiete años. Y, caramba, como extrañé a mi madre durante todo ese período. Incluso ahora... es difícil adaptarse a la condición de niña indeseada.

«Por lo tanto, yo estaba decidida a que no sucediera lo mismo con mi hijita. Renuncié a mis ambiciones y acepté convertirme en una madre de tiempo completo en una linda casita de Dearborn. Mi esposo trabajaba jornadas de dieciocho horas; estaba agotado. Y yo lo comprendía. Yo misma había pasado por todo eso. De pronto dije que debíamos salir de vacaciones. Solo los dos».

Hubo una pausa interminable, mientras Phyl contemplaba silenciosa la mesa. Franco esperó, temiendo hablar.

Finalmente, con una voz cargada de emoción, ella murmuró:

—Dejamos a la niña con los abuelos en San Diego y nos despedimos con un beso. Ella nos saludó con sus bracitos regordetes y nos envió besos mientras nos alejábamos en dirección a México. Cielos azules, el mar, la paz perfecta, solo por una semana o dos.

Franco vio la herida en carne viva del alma de Phyl cuando ella lo miró con sus ojos azules. Apretó entre las suyas las manos de Phyl y sintió deseos de decirle que se calmase.

—Estábamos en México desde hacía dos días, cuando llegó la llamada telefónica. Estaba enferma. Sospechaban que era meningitis. No había vuelo hasta la mañana siguiente. Ni un avión charter disponible durante varias horas...

—No me lo diga —la interrumpió Franco, aferrándole la mano helada—. Es demasiado doloroso. Lo comprendo.

Phyl no pareció escucharlo. Tenía los ojos brillantes de lágrimas aún no derramadas.

—Murió antes de que llegáramos. Tenía apenas dos años. Y lo único que pude pensar fue que seguramente había estado llamándome, mamá, mamá... Y yo no acudí. *Su madre no estuvo allí.*

—Oh, Dios mío —dijo Franco, compartiendo la angustia de Phyl.

Mahoney advirtió que ella se esforzaba por recuperar el control de sus nervios.

—Necesité años para llegar a dominar la situación. A veces me pregunto si esa experiencia no mejoró mi trabajo. La experiencia de soportar el sufrimiento. No quise pensar en ello, pero en cierto modo, cuando vi a Bea en la televisión y dijeron que creían que había muerto, todo volvió a repetirse. Y pensé que su madre no estaba en el hospital, y que simplemente le dirían... que su hija había muerto...

Gracias por relatarme el hecho se limitó a decir Franco.

Phyl asintió.

—Fue también doloroso para mi marido. Consideró que debíamos tener otro niño de inmediato, pero yo no podía soportar la idea de tener otro hijo. Volví a la facultad de medicina y a la rutina del hospital... Nos divorciamos un par de años después. Ahora es un clínico de gran éxito en San Diego. Está casado y tiene cuatro hijos. Y yo soy la doctora Phyl, que concentra la atención en casi todas las cosas, excepto en sí misma.

—Y tal vez ahora eso es precisamente lo que debe hacer. Pensar más en sí misma y en Bea. La vida es para los vivos, Phyl, y usted es una mujer que puede dar mucho. Concédase un respiro, ámese un poco más.

—¿Y entonces quizás alguien pueda amarme? —Phyl consiguió esbozar una sonrisa—. ¿Recordarme? ¿Recordar a la solterona de hielo? No lo creo, Franco, ya he elegido el curso que seguirá mi vida.

Él la miró, y la vio muy bella con las lágrimas todavía reluciendo en sus largas pestañas negras y la boca blanda trémula con el dolor de su amor y la culpa a la cual no podía renunciar. Pensó que, bajo esa fachada inexorable, Phyl Foster era la mujer más vulnerable que él conocía. Y una de las más valientes y solitarias. Sabía que un día tendría que resquebrajarse.

Apretó con más fuerza las manos de Phyl y se inclinó para besarle los dedos. Por la razón que fuese, abrigaba la esperanza de estar cerca cuando sucediera tal cosa.

—Bien, ahora ya conoce mi verdadera naturaleza, y ya es suficiente como evocación del pasado —dijo Phyl, mientras parpadeaba para rechazar las lágrimas y mostraba a Mahoney una sonrisa brillante—. Hablemos de Bea.

Ella retiró su mano y se alisó los cabellos.

—Pidamos ese budín de pan —dijo con voz animada, y de nuevo él admiró su valentía y deploró su falta de reflexión.

Phyl explicó a Mahoney que Millie reclamaba todo el tiempo de Bea, y que eso le convenía a la joven, pues ella aún no sabía muy bien quién o qué era.

—Vea, en la vida de esta joven hay un enorme vacío —dijo Phyl—, y eso es lo que la aterroriza. El pasado de su existencia ha desaparecido. Todos los detalles que contribuyen a determinar una persona: los padres, las hermanas, los hermanos, los primos, las escuelas y el colegio, los grupos de amigos y los encuentros de fútbol. No sabe cómo era su vida. Dice que eso la está enloqueciendo, y por eso creo que sobre todo ahora se vuelca en el trabajo y vive para el momento inmediato. Mañana viajan a París.

—Me parece bien. Mejor que vagabundear por su apartamento, esperando que regrese la memoria. O que el asesino lo intente otra vez.

A Phyl se le agrandaron los ojos. Pareció asustada cuando dijo:

—¿No cree que realmente lo hará?

—¿Qué puedo decirle? —Mahoney levantó los brazos con las palmas abiertas, en un gesto de impotencia—. Excepto que hemos llegado a un punto muerto en todas nuestras indagaciones, y el caso ahora está oficialmente cerrado. Lo hemos guardado en el archivo de los misterios sin resolver. El consenso es que fue un asesino casual que actuó por su cuenta. Imaginan que cualquiera pudo haber sido la víctima. Y Bea fue la elegida.

¿Y eso es lo que usted cree?

Phyl parecía tan asustada que Mahoney quiso pasarle el brazo sobre los hombros, decirle que no se preocupase, que él encontraría al asesino; que aclararía todos los puntos y que ella no debía tener miedo. Pero no podía prometer ninguna de estas cosas.

Dijo:

—No, no estoy de acuerdo. Creo que fue un intento de asesinato perfectamente intencional y definido. El tipo conocía a Bea y por alguna razón deseaba eliminarla. Lo que debo descubrir es la razón de que así fuese. Y, a menos que Bea recobre su memoria, me temo que no hay muchas esperanzas.

—El trabajo de investigación es un cincuenta por ciento de esfuerzo y un cincuenta por ciento de intuición —agregó con amargura—. Usted llega a adivinar quiénes son los malvados, aunque estén protegidos por el disfraz de la normalidad. Aunque se presenten como personas rectas y decentes, exactamente iguales a usted y a mí. Pero la famosa doctora Foster debe saber mejor que nadie lo que sucede en la mente de las personas. En esos repliegues profundos y oscuros. Las cosas que están ocultas detrás de la buena apariencia, el encanto y las prendas caras. Los hombres que golpean a las esposas, los asesinos, los que abusan de los niños. Son todas personas exactamente iguales a usted y a mí.

—Hable por usted mismo —replicó Phyl—. Y dígame cuál es el joven apuesto y encantador que trató de matar a Bea. ¡Y por qué!

—No renuncio al intento —dijo Mahoney—. Eso sí puedo prometérselo.

La bruma extendía tentáculos fantasmales sobre el camino mientras volvían a casa. Phyl cerró los ojos, inclinándose fatigada sobre el respaldo del asiento.

—Mahoney, ¿todavía insiste en que la limusina no fue una buena idea? —murmuró Phyl.

—No fue una buena idea, doctora —dijo el policía, y ella gimió.

—Todavía estoy esperando —agregó Phyl.

—¿Qué?

Ella apoyó la cabeza en el hombro de Mahoney, y el policía sonrió con ternura, mirando al frente las torres iluminadas de la ciudad.

—Por supuesto, la cita de un trozo poético. Nunca vi que desaprovechase una oportunidad de recitar versos. O que le faltasen palabras.

—Tiene razón. —Pensó un momento y después dijo—: ¿Qué le parece esto?

Camina como una presencia hermosa, semejante a la noche.

De cielos límpidos y firmamentos estrellados.

Y todo lo que es mejor en la oscuridad y la luz

confluyen en su figura y sus ojos...

—Byron —agregó Franco.

—Ya lo sé. —Ella había abierto los ojos y estaba mirando al policía.

—Quizá tortuoso, pero adecuado. Tiene el sentido de un cumplido a mi anfitriona, que es tan hermosa como la noche.

Los ojos de Phyl le sonreían en la oscuridad.

—Gracias, Mahoney —murmuró.

—Franco, por favor. —El vio la respuesta en los ojos de Phyl y le dio una palmada cariñosa en la mano.

La limusina se detuvo frente al edificio de apartamentos de Phyl; Mahoney saltó a la calle y se apresuró a abrir la puerta antes de que el chófer tuviese una oportunidad de hacer algo. La miró, recostada sobre los almohadones. Había manchas violetas bajo los ojos y el lápiz de labios se había corrido. Le pareció que ella tenía el aspecto de una jovencita fatigada. Le tomó la mano y la acompañó hasta la puerta.

—Vaya a dormir un poco —dijo.

Él inclinó la cabeza y la besó con suavidad en la mejilla, aspirando al mismo tiempo el aroma de Phyl.

—Gracias, doctora, por una noche memorable. Fue muy grato.

Ella sonrió.

—Mahoney, usted consigue que yo me ría. Y eso me agrada.

Él sonrió.

—Señora, es una obligación de mi tarea. Aquí estamos para servir.

—Entonces usted puede servirme la cena. La próxima vez.

—Sí, señora. Estamos de acuerdo, doctora. Cuando usted quiera.

Ella lo miró caminar hasta el automóvil. Mahoney se volvió y la contempló; ella dijo con tranquilidad:

—Y gracias, Mahoney, por escucharme. Y por todo lo que hizo en favor de Bea. Sé que si alguien puede encontrar al asesino es usted.

Él esbozó un saludo burlón mientras citaba:

Y por consiguiente, como no puedo tener la actitud de un amante.

Para alegrar los días de su vida.

Estoy decidido a demostrar que soy un perverso.

Y a detestar los placeres ociosos de esas horas.

—Shakespeare, *Ricardo III*.

Ella elevó los ojos al cielo en actitud de burlona desesperación, mientras se despedía con un gesto; pero él vio que Phyl sonreía de nuevo en el momento de cerrar la puerta.

El chófer de la limusina se estremeció cuando Mahoney le dijo que lo dejase en la vieja cárcel municipal.

—Solamente deseaba saber si estaba despierto —dijo Mahoney, sonriendo—. Vaya al Departamento de Policía.

—El mismo edificio, ¿verdad?

—¡Es posible incluso que sea el mismo lugar!

Deseaba examinar una vez más el prontuario de Bea. Estaba seguro de que allí tenía que existir una clave para revelar el secreto.

Capítulo 11

Millie y Bea se alojaban en la *suite* Chanel del Ritz de París; habían pasado los días anteriores en las tiendas de las modistas de la Avenue Montaigne, encargando el guardarropa completo de Millie, y también en los negocios de antigüedades de la Margen Izquierda. Millie sencillamente compraba todo lo que se le antojaba por el impulso del momento y solía lamentarlo más tarde.

—La verdad, querida muchacha, es que mi padre fabricaba plomería en Pittsburgh, como lo había hecho antes su padre —decía. Estaban sentadas frente a una mesa del bar del Ritz, unas noches más tarde, bebiendo una copa antes de la cena, mientras Millie observaba a la clientela, para comprobar si descubría a alguien conocido.

—Es así como puedo permitirme estos lujos —confesó Millie—. Papá amasó una hermosa fortuna, antes de que el accidente en la fábrica lo matase. Todavía era un hombre joven, y mi madre se convirtió en una viuda todavía más joven, con una hija de cuatro años y mucho dinero. Mamá era una mujer tímida y no tenía muchos amigos, de modo que su hija tuvo que afrontar una vida solitaria. —Suspiró en actitud reflexiva, mientras bebía su Campari con soda—. Quizá sea mejor que usted no recuerde su niñez. Es posible que llegue a la conclusión de que fue tan decepcionante como la mía.

—No lo creo —dijo Bea—. Por lo demás, mi pasado no me evoca malos recuerdos.

Se había acostumbrado a las preguntas bastante agudas de Millie. Sabía que su patrona se limitaba a cumplir las instrucciones de Phyl y que trataba de ayudar; pero hasta ese momento no había tenido la más mínima suerte. Salvo el hecho de que Bea se sentía completamente cómoda en París. Dominaba el idioma, tanto como el inglés, y lo hablaba con tanta fluidez que los parisenses le ofrecían el mejor de todos los cumplidos, al sobreentender que era uno de ellos.

Millie saludó con un gesto a un conocido que había entrado en el bar. Parecía que conocía a personas en todos los lugares a los cuales concurría. Dijo:

—Quizás a causa de mi especial estilo victoriano de crianza siempre me agradaron el cambio y la excitación. Siempre me encantaron la gente, las fiestas, las ropas y las joyas. Usted sabe cómo me complacen el oropel y el esplendor. Pues bien, cuando era niña me complacía la seda roja en lugar de las telas color granate. Quería rubíes en lugar de ópalos, diamantes en lugar de perlas. Me agradaban los grandes hoteles donde mi madre me llevaba a veces durante las fiestas, con sus candelabros chispeantes y los vinos que burbujeaban en las grandes copas. Incluso cuando era muy joven, deseaba las orquídeas, no las rosas té; los brazaletes de oro reluciente en lugar de los aros de marfil.

»Todavía recuerdo a mi madre, que decía: "Millicent, tienes que comer tus patatas y tus verduras, antes de tomar el postre". Millie rezongó despectivamente. "¿Puede extrañar que me convirtiera en una mujer redonda, de escasa estatura? ¿Y sabe una cosa, Bea?", se inclinó un poco más y dijo en tono de confidencia: Nunca usé seda en mis vestidos hasta que tuve dieciocho años. Cuando mi madre ya había fallecido.

»No tuve familia, excepto una prima lejana en Ohio, que no se comunicó conmigo después de escribirme una nota para expresarme sus condolencias; de modo que no necesité considerar la opinión de nadie, excepto la mía propia. —Llamó al mozo para pedir la cuenta, y la firmó con un gesto ampuloso—. Pero no temí tomar las riendas de mi vida y conducir yo misma los caballos. No, Millie Fenwick nunca se aterrorizó.

»Vea, heredé mucho dinero —continuó diciendo en el automóvil con chofer que las llevó de regreso a Robuchon—. La gran mansión de Pittsburgh que yo odiaba, con todo su espantoso esplendor de alfombras turcas y candelabros de plata. Más los cincuenta millones de dólares que la acompañaban. Y le aseguro, Bea, que cincuenta millones de dólares era muchísimo dinero en la década del treinta. Sobre todo para una muchacha joven. Era una heredera. Una presa apetitosa.

Se rio de buena gana ante la idea.

—Me fui de la casa, abandoné Pittsburgh para ir a Manhattan. Alquilé una *suite* en el Plaza, contraté a una persona que sabía de estas cosas y que me llevó de compras; adquirí un guardarropa completamente nuevo. De la cabeza a los pies. —Suspiró con añoranza, mientras recordaba—. Y tenía que ser seda, aunque el satén también me agradaba. Y deseaba que todo tuviese colores vivos.

»Ordené que reformasen los viejos diamantes de mi madre en Buccelatti y me compré un juego completo de piedras nuevas con todos los colores: aros, collares, brazaletes, anillos, relojes. Después fui al peluquero y reaparecí cuatro horas más tarde convertida en una rubia platino, como Jean Harlow. Como usted sabe, eso estaba entonces muy de moda.

Dio una palmada afectuosa en la rodilla de Bea.

—Vea, durante años nunca se lo dije a nadie. Excepto a Phyl. Me dijo que era bueno que yo lo revelase, de modo que ahora se lo cuento a todos los que son tan tontos como para escuchar la verdad acerca de mi persona. —Inclinó la cabeza cubierta por los cabellos rubios en una actitud reflexiva—. Bien, en todo caso una versión muy parecida a la verdad —se corrigió—. Pero entonces, querida muchacha, comencé a buscar compañía. Y la encontré en los ambientes de los jugadores de polo de Palm Beach. Me compré un maravilloso castillo moro y me casé con un hombre apuesto que me doblaba en edad, el capitán del equipo argentino visitante. Por supuesto, no necesitaba esperar que Phyl viniese a decirme que estaba buscando a mi papá. En todo caso, eso no duró mucho. Querida muchacha, *él no era muy bueno en la cama* —dijo Millie en otro murmullo confidencial y al mismo tiempo estridente, que provocó la risa de Bea.

—No era que yo fuese muy buena, pues en ese momento apenas pasaba de la condición de novicia, pero el asunto tenía que ser más agradable de lo que yo estaba comprobando. Si no era así, ¿por qué le interesaba a tanta gente?

Habían llegado al restaurante, y Millie entró en el local con confianza, estrechando la mano del *maître* y saludando por su nombre a los camareros.

—No sabía que usted venía a París con tanta frecuencia —dijo Bea, sorprendida—. En todos los lugares que visita la conocen.

—No son solo mis lindos ojos, querida muchacha. Soy también una mujer que entrega propinas fenomenales —replicó Millie con expresión astuta—. Puedo permitírmelo, me facilita las cosas y complace a otras personas. Entonces ¿por qué no?

—El dinero nada significa para usted, ¿verdad? —preguntó asombrada Bea.

—No lo crea, querida muchacha. El dinero es todo para mí. Gracias al dinero pude obtener muchos placeres, y me agrada pensar que he podido compartir mi felicidad.

—Phyl dijo que usted era una campeona de las causas buenas.

—¿Dijo eso? Entonces no ha demostrado mucho sentido de la oportunidad. Todos saben que soy una vieja rica y frívola que malgasta su tiempo y su dinero en actividades egoístas. Y por eso estoy aquí esta noche —dijo, mientras pedía los platos para ambas, porque sabía qué era lo mejor.

Bea se rio mientras paseaba la mirada por el restaurante exclusivo. Millie le había dicho que era uno de los mejores de París, y a medida que fue saboreando los diferentes platos comprendió que la anciana tenía razón. Aunque era asombroso cómo Millie conseguía comer y hablar sin detenerse al mismo tiempo.

—Después de Palm Beach, pasé a Saratoga y al ambiente de las carreras de caballos. Era muy aficionada a las emociones de las carreras. Todavía lo soy. Y allí apareció mi segundo marido.

Masticó el pescado relleno, mientras recordaba.

—Por supuesto, era un hombre pequeño, porque eso era algo imperativo en su profesión. Aunque no era pequeño en el sector que importaba. Ciertamente me enseñó algunas cosas en la cama, se lo aseguro querida muchacha. Incluso a veces me trató como si yo hubiese sido una yegua. Tuve la sensación permanente de que deseaba correr una carrera conmigo —con la montura, las espuelas y el látigo— y después llevarme al establo y bañarme con la manguera: pasarme el peine y darme el forraje en un saco, ese tipo de cosas. Por supuesto, la relación no podía durar, pero por otra parte yo no esperaba nada por el estilo. No estaba destinada a mantener una relación permanente. Después de todo, yo tenía solo veintidós años y aún estaba aprendiendo a relacionarme con la vida y con los hombres.

«Después apareció el *playboy*. Tenía un título nobiliario. Un título que era casi falso, pero no del todo. Era el tercer hijo, y su hermano mayor era en realidad el conde. Pero era el hombre más apuesto que he conocido jamás. Un animal perfecto

para las fiestas; había estado en todos los acontecimientos importantes de los últimos veinte años. Pensé que era una pareja perfecta para mí, porque en ese momento estaba decidida a ser conocida como la joven más famosa de la década. Como comprenderá, muy en el estilo de Scott Fitzgerald. Y, hablando de Fitzgerald, por supuesto lo conocí allí en el Cap, con esa loca esposa, y con Chanel. Y Picasso, el hombre perverso, y Cocteau».

Suspiró, recordando los momentos alegres en la Costa Azul.

—Querida muchacha, eran todas pequeñas aldeas pesqueras, e interminables días de sol, y el Hotel du Cap era pequeño, pero de todos modos se trataba del lugar más selecto en la costa.

«De todos modos, sorpresa, el *playboy* que empezaba a cargar años perdió sus actitudes de *playboy* al casarse con la joven heredera. De pronto, ya no quiso asistir a más fiestas. Deseaba ser el caballero rural en un enorme castillo, con criados de librea. Incluso empezó a pensar en la posibilidad de actuar en política. Me escapé de él con la máxima velocidad posible».

Estalló en risas al recordar el episodio.

—Después volví a Estados Unidos y compré el apartamento en la Quinta Avenida. Conservé la casa de Palm Beach, aunque rara vez la usaba. Nunca podía permanecer en un lugar; el pasto siempre me parecía más verde en otro sitio, y a cada momento viajaba, cruzando los océanos en transatlánticos, cruceros y los cielos en hidroaviones y Clippers de la Panam. Qué tiempos aquellos —dijo recordando mientras llegaba el postre y el café—. Ahora viajo en los aburridos 747, en los Concorde y en *jets* privados. De modo que ya lo ve, Bea, por qué todos me conocen en los grandes hoteles del mundo.

»Me reciben con los brazos abiertos, y confío en que con sincero afecto, porque he conocido a algunos desde que todos éramos jóvenes, hace unos cuarenta años. Siempre soy generosa, y parece que me consideran divertida y soportan mis excentricidades y mis exigencias. Como usted, querida muchacha, agregó, mientras descargaba una afectuosa palmada sobre la mejilla de Bea.

Bea le dirigió una sonrisa complacida.

—Por supuesto, la aprecian —dijo con verdadera fidelidad—. Y le agradezco que me haya relatado la historia de su vida.

—En mi narración hay una trampa —le advirtió Millie, mientras encendía un cigarrillo—. Espero escuchar muy pronto la historia de su propia vida.

Bea prometió, sonriente, que haría todo lo posible para recordarla. Opinaba que Millie Fenwick era una mujer muy buena. Y comprendía que sus millones le habían aportado una felicidad fugaz y mucha soledad, con su recorrido por los grandes hoteles del mundo, la esperanza de ser bien acogida por los gerentes y el personal, que era consecuencia no solo de que gastase una fortuna y entregase generosas propinas, sino que se alegraban de verla con sinceridad.

—Probablemente todo es consecuencia del hecho de que mi padre muriese en un

accidente cuando yo no era más que una niña —dijo Millie, que de pronto se sintió conmovida—. Creo que lo he extrañado la vida entera.

«Y al recordar la Costa Azul he sentido nostalgia de ese lugar». Se enjugó las lágrimas y miró a Bea; sus ojos de repente se iluminaron porque tuvo una idea. «¿Por qué no vamos allí mañana?».

—Pero Phyl vendrá a París en un par de semanas —protestó Bea.

—Y sin duda estará ocupada todo el día y la mitad de la noche con esa conferencia médica. Puede venir en avión a reunirse con nosotras después de que termine la conferencia en el Hotel du Cap. Allí me conocen. Me atenderán como si yo fuese la hija pródiga.

Bea comprendió que era inútil discutir. Cuando Millie adoptaba una decisión, se mantenía en sus trece. Habría que ir al Hotel du Cap. Y al día siguiente.

Capítulo 12

Estaban a principios de junio, y la Costa Azul respondía a su denominación: los cielos completamente azules, el mar de aguas azules y serenas y el sol luminoso. Como Millie había pronosticado, el personal del Hotel du Cap la había recibido como una vieja amiga. La dama ocupaba satisfecha sus tardes jugando al *bridge* con una serie de nuevos conocidos, mientras Bea haraganeaba junto a la piscina desde la cual se dominaba el Mediterráneo y se tostaba suavemente la piel.

Al mirarse en el espejo una semana después, Bea pensó que su aspecto era distinto: *parecía una mujer diferente*. Meneó la cabeza para airear sus cabellos hasta que estos parecieron la corola de un crisantemo cobrizo. Ahora tenían longitud suficiente para cubrirle los ojos y formar una pequeña cola sobre la nuca; pero pensó que todavía no lo iba a recortar. Se echó a reír, mientras lo admiraba. Se alegraba tanto de tener cabellos que pensaba que jamás volvería a recortarlos.

Mientras Millie continuaba descansando en su lujosa *suite*, Bea dedicaba las primeras horas de la mañana a pasearse por los mercados callejeros de Antibes y Niza, en los que admiraba los puestos, perfumados con el aroma de las rosas y los lirios y que relucían con los melocotones frescos y los albaricoques, las berenjenas y las aceitunas. Se unía a las mujeres elegantes que examinaban las chaquetas de hilo de poco costo y las faldas con rótulos parisienses, así como las joyas no muy caras y las hileras de cuentas de vidrios de brillantes colores.

Después se sentaba en la terraza de un café, apartando sus inquietudes como si fuesen las motas de polvo iluminadas por la luz del sol, mientras contemplaba feliz el mundo que pasaba ante ella, bebía su *café crème* y masticaba su medialuna con mantequilla. El hospital, el cráneo roto y el hombre que deseaba asesinarla parecían estar a muchos kilómetros de distancia. Solo el sombrío terror de ignorar el pasado continuaba agobiándola; era la pesadilla de caer por un túnel oscuro de infinita profundidad, de caer constantemente hacia el fondo.

Saltaba, temblorosa, saliendo de la cama y corría hacia la ventana abierta, para contemplar el cielo azul de la medianoche y sentir el aire fresco en la piel febril, esperando que su corazón cesara de latir de manera alocada y recobrase la normalidad. O toda la normalidad que podía reclamarse de una joven que ignoraba quién era. Pero aún había muchas noches en que la belleza y la quietud no la tranquilizaban. Eran las noches en que la desesperación la dominaba, y Bea sollozaba hasta el alba, cuando agotada por fin se dormía. Nunca hablaba a Millie acerca de esas noches terribles. No deseaba descargar sus problemas sobre la mujer mayor. Si Millie advertía su palidez y los ojos hinchados, no formulaba comentarios.

Bea tampoco quería preocupar a Phyl. Había llegado a la conclusión de que sus nuevas amigas habían hecho bastante por ella. A la propia Bea le tocaba afrontar

ahora su vida.

Millie había alquilado un Mercedes, descapotable blanco, y con Bea al volante estaban explorando la costa y las colinas que se alzaban detrás. Millie tenía muchos recuerdos del modo en que solían ser las cosas «en los viejos tiempos», cuando ella no era nada más que una jovencita, que viajaba mucho, que cenaba y bailaba, coqueteaba y juraba.

—Aún no era una mujer malcriada, querida muchacha —dijo cierta vez, desbordante de nostalgia—. Bea, tendría que haberme conocido entonces, cuando la hilera de ciudades y elevaciones sobre la costa no eran nada más que minúsculas aldeas pesqueras. Imagino que el hecho de envejecer tiene ciertas compensaciones. Las cosas que uno vio e hizo, los recuerdos. Como usted sabe, eso jamás desaparece.

Millie se volcó a la intensa vida social de la Riviera, redescubriendo a los viejos conocidos y encontrando otros nuevos, mientras asistía a las inauguraciones, las galas, las cenas y los conciertos y gozaba cabalmente de todas las ocasiones. Y, como era una mujer que podía darse el lujo de complacer sus caprichos y fantasías, de pronto anunció que se proponía comprar una casa en el paraje de la costa que más le agradaba.

Bea hizo todo lo posible para disuadirla, diciéndole que era simplemente otro capricho del cual más tarde se arrepentiría; pero Millie se mostró inflexible. Había adoptado una decisión y deseaba pasar los veranos en la Riviera. «Exactamente como en los viejos tiempos».

Salían todas las mañanas a buscar casas en venta, y Millie se vestía para la ocasión. Parecía un pájaro tropical regordete con su vestido de color verde lima y rosa con los rizos rubios ocultos bajo el sombrero de paja rosa.

Esta vez dirigió una mirada crítica a Bea, que vestía *shorts* de seda azul y camiseta blanca.

—Bea, siempre debe llevar sombrero —le dijo con severidad—. Créame, si no lo hace, lo lamentará cuando tenga cuarenta años. Su piel parecerá un pedazo de cuero viejo. —Se rio cuando Bea, obediente, se puso un gorro de béisbol—. Querida muchacha, eso no es precisamente lo que yo sugerí. Pero a usted le queda bien.

Bea condujo el automóvil hasta la elegante oficina de bienes inmuebles de Cannes, y Millie dijo al agente que la atendió que deseaba «algo con cierto toque de categoría».

—No se moleste en mostrarme ninguno de esos cajones, de yeso blanco, revestidos con mármol y equipados con puerta de vidrio deslizables, en parcelas del tamaño de una postal —le advirtió—. Quiero terrazas, balaustradas, verdaderos ventanales franceses, arcos y columnas. Y una vista del Mediterráneo. *Categoría*, mi estimado señor. Eso es lo que quiero. —El agente frunció el entrecejo y le informó que la firma trabajaba solo con las mejores casas.

Pero pocos días y varias docenas de casas después, tanto Millie como el agente estaban agotados y comenzaban a perder la paciencia.

—Lo dejo en sus manos —dijo Millie a Bea, refugiándose en las comodidades del hotel y la mesa de *bridge*—. Querida muchacha, usted sabe con exactitud lo que yo deseo. Encuéntreme algo agradable.

Bea pasó los días siguientes recorriendo complacida la costa, inspeccionando propiedades, pero tampoco ahora encontró nada que se ajustase exactamente a lo que necesitaba. Estaba recorriendo las colinas cercanas a Vence cuando advirtió que las nubes se acumulaban amenazadoras sobre las montañas. La temperatura y la humedad estaban aumentando, de modo que decidió detenerse a beber una copa de café helado.

La pequeña plaza de la aldea estaba desierta, y el único cliente instalado en la terraza del café era un joven que estaba atareado escribiendo.

Bea bebió su copa, mientras lo observaba y se preguntaba qué estaba escribiendo que le interesaba tanto. Pensó que era *casi* apuesto. No muy alto, con los cabellos castaños despeinados, que parecía que los había estado acariciando demasiadas veces con las manos, una cara huesuda e interesante, y una boca de labios gruesos que en las novelas románticas habrían descrito como «finamente cincelada». Sospechó que estaba al principio de la treintena, pensó que debía ser un escritor y se preguntó si sería famoso y si ella podría conocerlo.

Se sobresaltó cuando el rayo de pronto estalló en el oscuro cielo, seguido por el ruido del trueno y el repiqueteo de las gotas de lluvia. El viento sopló desde el mar, dispersando los papeles del hombre, y ella corrió para ayudar a recogerlos antes de que se empaparan. Él se lo agradeció en francés, pero Bea adivinó por el acento que era inglés.

Hubo otro relámpago y la lluvia comenzó a caer en torrente, mientras los dos se refugiaban en el café.

—Es mejor presenciar la tormenta desde aquí —dijo el joven, sonriéndole—. La invito a beber una copa para recompensar su ayuda al salvar mi precioso manuscrito.

Se sentaron frente al pequeño mostrador de madera gastada, mientras bebían una copa de vino rosado; él le dijo que su nombre era Nick Lascelles. Después preguntó a Bea de dónde provenía.

Bea lo miró con expresión neutra. Era una pregunta casual, muy sencilla. Para el resto de la humanidad.

—Supongo que de San Francisco —dijo al fin.

Él la miró con expresión inquisitiva.

—No parece muy segura de la respuesta.

—Oh, sí —dijo Bea, ahora avergonzada—. Por supuesto, estoy segura.

—Imagino que está de vacaciones.

—Hasta cierto punto. Se supone que estoy trabajando, pero se parece más bien a un tiempo de ocio. —Le explicó su relación con Millie, que participaba en partidas interminables de *bridge* en el Hotel du Cap, y dijo que Millie deseaba comprar una villa y que ella debía salir a buscar algo que satisficiera los requerimientos de la

dama.

—¿Y usted qué hace aquí? —preguntó por fin Bea.

—Realizo investigaciones para mi libro. Acerca del crimen en la Riviera, desde principios del siglo hasta el momento actual. Los crímenes de pasión, de violencia, los grandes robos y los asesinatos. Resueltos y no resueltos. —Sonrió—. La sorprendería saber cuántos corresponden a esa categoría.

El trueno retumbó amenazador en las colinas, él consultó su reloj y después la miró, esperanzado.

—La tormenta se prolongará un rato. ¿Quiere almorzar conmigo?

Ahora había muchos clientes en el café, y los dos se acomodaron frente a una mesita junto a la ventana. Bea observó la lluvia que rebotaba en los adoquines de la plaza; de pronto advirtió que se sentía bien. Nick Lascelles era simpático, un hombre joven y atractivo, y habló constantemente mientras duró la copiosa comida de setenta y cinco francos que los dos pidieron.

Mientras tomaban la sopa, él le explicó que su madre era francesa y su padre inglés.

—De una de esas buenas familias con un nombre antiguo y no mucho dinero —dijo con una sonrisa—. Yo era el hijo más pobre en la escuela destinada a los «muchachos ricos» donde me enviaron en Suiza. No había helicópteros que viniesen a buscarme para pasar el fin de semana en el yate, como sucedía con la mayoría de los restantes alumnos, ni aviones privados enviados para llevarme a casa a pasar las fiestas.

Mientras comía su tortilla, explicó a Bea que todo lo que restaba de la fortuna antes considerable de la familia era la antigua residencia y unas pocas hectáreas en Gloucestershire, todo heredado por su hermano, y un antiguo y ruinoso viñedo cerca de Burdeos, con el castillejo más hermoso que le había tocado en suerte y que él intentaba modernizar para ponerlo a la altura del siglo xx.

—Pero, a decir verdad, yo soy escritor —dijo finalmente, mientras ingería la carne con patatas fritas—. Comencé en un periódico local y después de varios años de trabajo duro, reseñando las exposiciones florales de la aldea y las fiestas religiosas, pasé a uno de los diarios nacionales. Más tarde me separé y escribí mi primer libro acerca del vino; después una guía de Francia; varios artículos sobre la vida europea para las revistas norteamericanas. Esa clase de cosas.

Había tanto alimento que Bea no pudo consumir el queso ni la ensalada; observó asombrada mientras él devoraba su ración y explicaba que podría sobrevivir de manera más o menos decente si no necesitara volcar todos sus fondos en la Beneficencia —así denominaba a su viñedo—, que necesitaba techos nuevos y modernas cubas de acero para la fermentación del mosto y equipos nuevos.

—Entonces ¿por qué lo hace? —preguntó Bea con curiosidad—. ¿Por qué se molesta tratando de salvar un antiguo viñedo cuando desde el punto de vista financiero estaría mucho mejor si no tuviese que afrontar tantos gastos?

Los amables ojos grises del muchacho la miraron con gravedad.

—Siento que tengo una obligación —dijo—. Después de todo, está en la familia desde hace casi doscientos años. Tengo que organizarlo todo de manera que la próxima generación pueda heredar algo. —Se echó a reír y agregó—: Por supuesto, el techo está desplomándose, los suelos ya están podridos y según lo que sé los insectos han perforado también las vigas. Y las treinta hectáreas de viñas han sido descuidadas durante un par de décadas. Pero mi ambición es devolver su antigua gloria al establecimiento. Deseo producir un vino especial de calidad bien controlada y después pasar los años restantes de mi vida en un auténtico esplendor.

Se echó a reír, mientras agregaba:

—Supongo que este plan me arruinará durante los próximos veinte años, poco más o menos. Por eso lo denomino Château Charity, es decir Castillo de Caridad, porque le entrego todo mi dinero.

También Bea se echó a reír. El muchacho se mostraba tan animado y seguro en todo lo que deseaba que algo en ella envidiaba ese tipo de rigor.

Habían concluido el café y estaba haciéndose tarde, pero ella lo invitó a pasar esa noche por el hotel para beber una copa.

—Venga a conocer a Millie —dijo—. Creo que ustedes dos simpatizarán.

Ella estaba esperándolo a las siete y media en punto, ataviada con su vestido más bonito, una prenda de hilo color ámbar, cuyo color combinaba bien con el bronceado de su piel. Los suaves cabellos cobrizos formaban rizos y los ojos castaños de expresión ansiosa se iluminaron cuando lo vio caminando hacia ella con confianza.

Los cabellos rizados de Nick estaban peinados con pulcritud para la ocasión; el joven usaba una arrugada chaqueta de hilo color crema, una camisa blanca y vaqueros. Bea pensó que tenía un aspecto excelente, aunque advirtió que Millie lo examinaba con ojo crítico, mientras le ordenaba que le explicase quién era él.

—Millie, Nick no trajo su currículum —protestó Bea—. Vino solo a beber una copa. ¿Podemos hablar acerca del tiempo, o algo por el estilo?

—Jamás hablo acerca del tiempo —dijo Millie con impaciencia—. El tiempo es bueno o malo, y ahí termina la conversación. La *gente* es lo que me interesa. Querido muchacho, Bea me habló de su libro. Y tengo la terrible sensación de que quizás usted está escribiendo sobre alguno de mis viejos amigos. Como usted sabe, eran todos sinvergüenzas. ¡Hay algo tan fascinante en el delito! —agregó con un estremecimiento complacido—. Aunque la pobre y querida Bea no lo cree así.

Bea dirigió una mirada de advertencia a Millie; no deseaba que Nick Lascelles supiese lo que le había sucedido. Por lo menos, todavía no.

Pero al parecer Millie consideró que Nick era una persona tan entretenida que decidió invitarla a cenar.

—¡Es tan agradable que Bea tenga un amigo joven...! —dijo, consiguiendo que Bea elevase los ojos al cielo, un tanto avergonzada.

Pero Millie hablaba en serio. Los observaba con aprobación y se decía que esa

noche, Bea parecía una mujer animada y bonita, con su sencillo vestido color ámbar y su collar de cuentas verdes y plateadas alrededor de su largo cuello, compradas como ella bien sabía por pocos francos en el mercado de Antibes. Una muchacha como Bea no necesitaba vestidos ostentosos; confería a todo lo que usaba un toque distintivo de elegancia.

—Querida muchacha, invita de nuevo a Nick —dijo con voz fuerte más tarde, mientras se despedía del joven—. Me agrada tenerlo cerca.

Bea dirigió una mueca a Nick.

—Me temo que usted ha recibido sus órdenes —dijo con perversidad, mientras lo acompañaba hasta el automóvil.

—Me agrada —dijo él, complacido. Después, los dos se detuvieron, inseguros. Él se inclinó hacia adelante y la besó levemente en cada mejilla—. ¿Mañana por la noche a la misma hora?

Bea asintió y se despidió haciendo un gesto con la mano, mientras él subía a su pequeño descapotable Alfa de color rojo y se alejaba. Bea pensó que había sido un día agradable, el mejor después del accidente.

Al día siguiente el agente de bienes inmuebles le habló de otra villa, vieja y deteriorada, en la cual nadie había vivido durante varios años.

—Pero tiene todo lo que *madame* Fenwick desea —dijo él—. Tiene carácter, elegancia... y vista al mar. Ha sido propiedad de la misma familia desde que la construyeron, alrededor de 1920. Nadie vivió allí durante décadas, pero acaban de ponerla en venta. Es una joya y se levanta aislada sobre la ladera de una colina. Pero le advierto que habrá que realizar algunos trabajos. —Miró con gesto altivo a Bea y agregó—: Naturalmente el precio reflejará ese hecho. Puede decir a *madame* Fenwick que la villa es una ocasión.

Mostró a Bea en el mapa el modo de llegar a la casa y le dijo que en la propiedad había un *gardien* que le mostraría las instalaciones.

El aire matutino parecía fresco y agradable después de las tormentas de la víspera. Bea bajó la capota del Mercedes y condujo a lo largo del camino de la costa; después se adentró en las colinas, gozando del paseo y pensando más en Nick Lascelles que en la casa que se disponía a visitar. Sin duda, sería otra expedición inútil. Sencillamente no entendía por qué Millie insistía tanto en esa compra; casi deseaba que el lugar no fuese apropiado, para renunciar de una vez al proyecto. Era simplemente otro capricho, y Millie sin duda se arrepentiría después.

Avanzó con el automóvil por el camino polvoriento hasta llegar a la cima de la colina y dejó atrás una pared con la pintura sonrosada que estaba descascarillándose, adornada por rosas y buganvillas. Detuvo el automóvil frente a los grandes portones de hierro y repicó una vieja campana de bronce instalada en un nicho de piedra. La escuchó resonar y contempló el sendero que corría entre los árboles.

No apareció nadie, y Bea tocó de nuevo la campana, esperando en el silencio cargado de calor. Cerca no había nadie; no había ruidos humanos, de automóviles ni máquinas. Mientras esperaba, se apoyó en la pared de estuco rosa. Sintió el calor en la espalda y cerró los ojos, mientras escuchaba el canto de los grillos, el roce del viento en las copas de los altos y antiguos cedros y el ronroneo interminable de las abejas en las flores. El sol le calentaba los brazos desnudos y el aroma del romero silvestre penetraba en su nariz... Era un lugar tan agreste y tranquilo, tan secreto... Sintió que era la última persona en ese hermoso rincón...

—*Mademoiselle*, me dijeron que usted vendría.

Bea abrió bruscamente los ojos y miró fijo al *gardien*. Era un hombre anciano y frágil, vestido con un mono celeste. Tenía enrolladas las mangas de su camisa azul y mostraba los brazos musculosos y las manos retorcidas a causa de las décadas de trabajo físico. La cara exhibía profundas arrugas y los ojos azules que la contemplaban tenían la clara inocencia de otra, era más pacífica. Se quitó el maltratado sombrero de paja y se inclinó con cortesía.

—*Mademoiselle*, es un placer ver de nuevo a un visitante en este lugar —le dijo, mientras caminaban juntos por el sendero. Pareció complacido cuando ella le contestó en francés—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien estuvo aquí. Demasiado tiempo. —Suspiró profundamente—. Yo diría que una vida entera.

La grava crujió al soportar los pasos de los dos; un momento después abordaron la curva del sendero y la casa apareció ante ellos.

Bea se detuvo en seco. Sus piernas rehusaron moverse y sus ojos no podían creer lo que estaba viendo; el corazón de pronto golpeó en su pecho con tanta fuerza que le dolió. Contempló la hermosa villa de paredes rosas. Los altos ventanales con sus persianas verdes descoloridas, las grandes puertas dobles que al abrirse permitían entrever el oscuro vestíbulo interior y el pórtico de columnas con los anchos peldaños de mármol.

El día soleado retrocedió, y Bea sintió que temblaba.

El perfume fantasmal de la mimosa le acarició las fosas nasales, aunque no era la estación adecuada y no había plantas en flor. El sonido de las aves canoras hirió sus oídos, a pesar de que allí no había pájaros. ¿Se trataba simplemente del fenómeno llamado déja vu? ¿Una combinación de todas las villas que había visto durante las últimas semanas, su propia imaginación y sus anhelos? ¿O realmente estaba viendo la casa de sus sueños?

—*Et voilà*. La Villa Mimosa —le dijo el viejo con sencillez. La miró preocupado—. ¿Se siente mal, *mademoiselle*? Por favor, por favor, entre. El sol es más cálido de lo que usted cree. No es sensato pasearse con la cabeza descubierta... —Se apresuró a traerle un vaso de agua.

Estaba sola en el vestíbulo. Los cabellos de la nuca se le erizaron y se le puso piel de gallina en los brazos.

Conocía esta casa. Sabía exactamente cómo estaban distribuidas las habitaciones: el comedor a la izquierda, el gran salón a la derecha y al fondo de la casa la larga habitación con sus muchas ventanas que conducían a la terraza de arco desde la cual se veía el mar. Los pisos eran de un fresco mármol con vetas rosas y frente a ella se elevaba una elegante escalera curva que conducía a una ancha terraza.

—La escalera ha sido construida con una madera muy rara —dijo el *gardien*, mientras le entregaba un vaso de agua—. De un país tropical. La construyeron especialmente. —Deseaba con intensidad que a ella le agradase la casa—. Todo es de la mejor calidad, *mademoiselle*, como usted puede ver.

Bea recorrió la villa con lentitud y tuvo la sensación de que se había introducido en su propio sueño. Aunque el yeso estaba descascarillándose y los viejos empapelados estaban manchados y rotos, el lugar era exactamente tan hermoso como ella sabía que debía ser. Se estremeció y se preguntó por qué ella debía saber algo. ¿Qué ardid del destino la había llevado allí? ¿Podía tratarse del *futuro* que ella había visto en sus sueños?

—He trabajado aquí desde que era apenas un jovencito, el ayudante del jardinero —expresó el viejo *gardien*—. Para *madame* Leconte. Ella se casó poco después con el extranjero y se fueron a vivir al exterior. —Vaciló, mientras trataba recordar, pero era anciano y su memoria flaqueaba—. Cuando *madame* regresó —dijo al fin—, estaba embarazada. Deseaba que el hijo naciese aquí, en Francia, en esta casa a la que tanto amaba. Y esa fue su desgracia.

Suspiró profundamente, al recordar.

—El marido la adoraba. Nunca vi un hombre comportarse así. La trataba como si hubiera sido una preciosa pieza de porcelana de Limoges. Y todo por nada. Dos semanas después del parto, ella había muerto.

Un escalofrío de horror recorrió la espina dorsal de Bea.

—¿Muerto? ¿Cómo?

—*Mademoiselle*, cayó por esa maravillosa escalera que él había construido especialmente para complacerla. Su esposo, el extranjero, partió inmediatamente después del funeral. Jamás volvió a vivir aquí.

Bea se estremeció y contempló la escalera fatal. Imaginó a la mujer cayendo hasta llegar al piso de mármol de la planta baja.

A pesar de la trágica historia, no le pareció que la casa tuviese un ambiente temible. Era como una villa encantada en un cuento de hadas, protegida por sus altos muros y los cedros, los pinos, los arbustos de rosas espinosas y las mimosas que le daban su nombre. Pensó que era como un castillo dormido, que esperaba que lo descubriese el príncipe capaz de devolverlo a la vida.

Salió de la casa y se sentó sobre los peldaños de mármol; cerró los ojos, tratando de reconquistar sus sueños, mientras imaginaba que de nuevo era una niña...

Sentía la frescura de los peldaños de mármol contra sus piernas desnudas... El

cielo se ensombreció amenazador, y ella contuvo la respiración, esperando el sonido siniestro de los pasos sobre la grava.

Pero, cuando abrió los ojos, fue para ver que el sol se había escondido detrás de algunas nubes y que se aproximaba otra tormenta. Elevó la mirada, sobresaltada, cuando una bandada de gaviotas pasó a poca altura y entonces recordó el canto de muchas aves en su sueño. Se volvió ansiosa hacia el anciano guardián.

—*Monsieur*, ¿dónde están las aves canoras? —Él la miró, asombrado.

—Caramba, *mademoiselle*, ¿cómo sabe eso? Aquí no hubo aves canoras desde los años treinta, en que destruyeron la pajarera.

Los ojos castaños de Bea se ensombrecieron a causa del temor.

—Entonces, si no hay aves canoras —murmuró con ansiedad—, ¿cómo puedo recordarlas?

Capítulo 13

—Por supuesto, es una mera coincidencia —dijo Millie, observando con ansiedad a Bea. Estaban sentadas en los jardines del hotel, y Bea acababa de relatar la historia completa de su descubrimiento de la Villa Mimosa, la villa de su sueño.

—Querida niña, usted ha visto tantas casas que todas se confunden en una sola cuando lo recuerda. Yo misma a veces he tenido esa sensación de «*déjà vu*» y reconozco que es terrible sentir que uno conoce un lugar cuando antes nunca estuvo allí.

Bea la miró, asustada.

—Millie, quizás estuve allí anteriormente. ¿No es posible que haya vivido en ese lugar antes... antes de mi accidente?

—No sea ridícula, Bea. El agente le dijo que nadie había vivido allí durante varias décadas. Y usted lo comprobó en persona: el descuido, el papel que se cae a pedazos, las cañerías viejas... —Se estremeció, imaginando el panorama—. Pero, como usted dice, es un lugar encantador —agregó reflexivamente.

—Es la villa más hermosa que he visto jamás —dijo Bea con sinceridad—. Es como una residencia secreta que espera ser descubierta por alguien que la amará y le consagrará tiempo y atención.

—Y dinero —agregó Millie.

Bea asintió pesarosa.

—Me temo que mucho dinero.

Las dos mujeres guardaron silencio y contemplaron el Mediterráneo, con sus aguas que parecían plomo líquido bajo la nueva tormenta que se estaba formando.

—Quizá lo que usted estuvo viendo fue el futuro y no el pasado —dijo Millie, después de un momento—. Quizá fue eso, Bea. Y por eso lo reconoció. Mi astróloga... esa mujer famosa mencionada en los periódicos, la que aconseja a las estrellas cinematográficas y a los presidentes... me dijo que a veces puede suceder así. Y ella siempre tiene razón.

Bea miró expectante a Millie. Esta siempre se las arreglaba para lograr que todo pareciese lógico. Decidió llamar a Phyl y explicarle lo que había sucedido. Phyl viajaba a París el día siguiente y podía estar en Niza pocos días más tarde. Y entonces la llevaría a la villa y le hablaría de su extraña experiencia; le preguntaría si todo era fruto del deseo que ella alimentaba o *de algo más siniestro*.

Nick pasó a buscar a Bea esa noche, en el momento mismo en que estalló la tormenta. Estacionaron el automóvil detrás del viejo muelle de Cannes y corrieron riendo, enlazados por la mano, hasta llegar a un café desierto. Se sentaron en una mesa junto a una vidriera, observando cómo la lluvia rebotaba en el empedrado y los relámpagos iluminaban la escena. Él sonrió y dijo:

—Es un episodio de *déjà vu* Tengo la sensación de que ya hicimos esto.

Bea le dirigió una mirada de sorpresa.

—Hoy es la segunda vez que me sucede esto —dijo—. Solo que esta vez sé que es real.

Lo miró esperanzada, pensando que la vida de ese muchacho era muy diferente de la que ella afrontaba. Nick sabía quién era y adónde iba. Ignoraba que detrás de la apariencia desenvuelta de la persona llamada Bea French se escondía una incógnita; una joven que afrontaba los terrores nocturnos del túnel oscuro y de un asesino sin rostro.

Él parecía tan simpático, tan adaptado a la muchacha a quien conocía por el nombre de Bea que ella deseaba que la situación continuara durante toda la eternidad. Pero sabía que eso era imposible. En determinado momento el terror del pasado vendría a reclamarla; lo sabía bien, Y sentía que estaba engañándolo.

De pronto, comenzó a relatarle lo que le había sucedido en San Francisco; que la policía sospechaba que alguien había intentado matarla, que ella había perdido la memoria; le habló del sueño que había tenido cuando estaba hipnotizada y que ahora ese sueño había parecido realizarse al ver la Villa Mimosa.

—Millie cree que quizá vi el futuro —dijo Bea con voz trémula, temerosa de que él la tomase por loca—. Pero ¿cómo explicamos las aves canoras? ¿De qué modo hubiera podido saber de ellas si nunca las hubiera visto allí?

—¡Pobre Bea! —dijo Nick, tratando de consolarla—. Ha pasado momentos terribles. Pero no se preocupe. Estoy seguro de que todo se resolverá y pronto volverá a recordar su pasado.

Ella meneó la cabeza con expresión dolorida. No creía que ese fuese el desenlace del asunto.

—Esta noche llamaré a Phyl —dijo, y un toque de esperanza se manifestó en su voz, al pensar en la presencia tranquilizadora de Phyl—. Phyl sabrá lo que debo hacer.

Nick estaba intrigado por la historia que el *gardien* había relatado a Bea acerca del fatal accidente de *madame* Leconte.

—Es precisamente mi especialidad —dijo con expresión pensativa—. La muerte trágica en una lujosa villa de la Riviera. Seguramente apareció en los diarios cuando sucedió. Le diré una cosa, Bea. Mañana revisaré los archivos de los periódicos y veré lo que puedo descubrir. Si encuentro más información sobre la casa, quizás eso la ayude a recordar.

Nick encontró lo que buscaba la mañana siguiente en los archivos del *Matin* de Niza. El periódico, con fecha 5 de octubre de 1926, relataba en su primera página la historia de la fatal caída de *madame* Leconte. Decía que la señora provenía de una conocida familia marsellesa y había vivido varios años en la Villa Mimosa. Había dado a luz apenas dos semanas antes y se creía que un mareo había provocado su caída desde lo alto de la escalera hasta el piso de mármol del *hall* de la planta baja.

No se mencionaba ninguna investigación ni se hablaba del marido. Decía sencillamente que el funeral se había celebrado esa tarde.

A las dos y media Nick fue a reunirse con Millie y Bea en Antibes. Se proponía visitar la Villa Mimosa, pero entonces Millie dijo de pronto que se sentía «muy fatigada» para acompañarlos.

—Prefiero una tranquila partida de *bridge*, querida muchacha —dijo con expresión decaída a Bea—. Pero usted debe ir. Muéstrole a Nick la Villa Mimosa. Si a él también le agrada, la compraremos.

Impresionada, Bea meneó la cabeza.

—Millie, no puede hacer eso. Quizá descubra que detesta el lugar. Por lo menos debe echarle una ojeada antes de formalizar la compra.

—A estas alturas he aprendido a confiar en su gusto —dijo Millie con descuido—. Y, además, están esos magníficos muebles antiguos que compré en París, que esperan con urgencia que les suministre un hogar. Consiga un buen decorador que organice todo. Y dígame que deseo que se apresure. De lo contrario, lo despediré. ¿Entiende?

—Millie, de nuevo está actuando por mero impulso —le advirtió Bea—. Lo lamentará después, como sucede siempre.

Millie meneó la cabeza y al hacerlo agitó los rizos rubios.

—Oh, no, querida muchacha. Esta vez no me pesará —dijo con una sonrisita misteriosa, y los despidió haciendo un gesto con la mano mientras se encaminaba con tranquilidad hacia la mesa de *bridge*.

—Incluso tratándose de Millie, esto es absurdo —dijo Bea a Nick con un gesto nervioso, mientras esperaban que el *gardien* abriese el portón—. Sé que ella es realmente rica y puede darse el gusto de satisfacer todos sus caprichos, pero... —Se encogió de hombros—. ¡Ni siquiera aceptó echarle primero un vistazo!

—Es un capricho caro —se maravilló Nick, espiando a través de los barrotes del portón—. ¿Tiene idea de cuánta tierra hay aquí? ¿Y lo que cuesta la hectárea de tierra en esta región?

—No. Y ella tampoco. Se trata precisamente de eso. Millie no sabe nada del asunto. ¿Por qué quiere comprar la propiedad?

—Quizá porque usted está enamorada del lugar.

Bea meneó la cabeza.

—De ningún modo. La compra porque está enamorada del pasado. Es una dama anciana que intenta recapturar su juventud.

Al mirar a Bea, tan joven y bonita con sus cabellos cobrizos, Nick pensó que la joven se equivocaba. Pensó que la solitaria y anciana Millie Fenwick había encontrado en Bea a la nieta que nunca tuvo. Quizá precisamente a causa del episodio terrible que había sufrido la propia Bea. La pérdida de la memoria la había dejado tan

sola en el mundo y la había convertido en un ser tan vulnerable que Nick tenía la certeza de que Millie estaba tratando de complacer a Bea y de ayudarla a recuperar su memoria. Y si eso le costaba el precio de la villa, ¿qué importancia tenía?

Caminaron por el sendero detrás del anciano *gardien*, y cuando Nick por fin vio la Villa Mimosa emitió un tenue silbido de reconocimiento. Bea no había exagerado. Era una casa de paredes rosas con terrazas, columnatas y un pórtico con pilares, balcones con balaustradas de mármol. Pero el descuido era evidente por doquier. Las persianas verdes descoloridas colgaban ladeadas, muchas ventanas estaban rotas y había muchísimas grietas en las terrazas de mármol. Los jardines con la vegetación excesivamente crecida se extendían por las laderas de las colinas en dirección al mar y los antiguos rosales luchaban por su vida con las buganvillas y las madreselvas, los tamariscos y las mimosas.

Un arroyuelo fluía cristalino de una gruta por el lateral de la montaña, a cierta altura sobre la casa, y una fuente de piedra vacía adornada con náyades y delfines descascarados espiaba solitaria desde los altos pastos de lo que había sido antes un jardín bien cuidado. Un bosquecillo de antiguos olivos plateados crujía y suspiraba extrañamente movido por el viento, que a su vez impulsaba las olas del mar azul, a cierta distancia de la península.

Nick aferró la mano de Bea mientras contemplaban la casa, y la villa los envolvió en su encanto. Era una especie de amor a primera vista. Mentalmente Nick podía ver las paredes de estuco rosa resplandeciendo con suavidad bajo una nueva capa de pintura, las ventanas con vidrios nuevos que reflejaban la caída del sol y las viejas ventanas abiertas de par en par para recibir la brisa. Casi podía oler el aroma a heno recién cortado del pasto reciente y escuchar el tintineo del agua en las fuentes.

Caminaron tomados de la mano hacia el interior del vestíbulo y permanecieron de pie, mientras observaban la gran escalera curva. Nick meneó la cabeza y dijo, con una expresión un tanto desconcertada:

—Algo no está bien. Mira ese ancho descanso en mitad de la escalera. Y después el otro, cerca del final. ¿Cómo es posible que *madame* Leconte cayese del primer piso a la planta baja, según dijo el periódico? Se habría detenido gracias a la curva del descanso.

—Quizá cayó desde la mitad de la escalera, y los periódicos informaron mal. Tú ya sabes cómo son esas cosas.

—Tal vez —dijo pensativo Nick—. Tengo la sensación de que en el asunto hay algo más que lo que parece a primera vista. Veamos qué puede decirnos el *gardien*.

El anciano esperaba fuera. Había cortado una rosa para Bea. Era una flor grande, con los pétalos aterciopelados oscuros, y ella sonrió agradeciéndoselo, mientras aspiraba el antiguo aroma, la combinación de almizcle con incienso.

—Era la favorita de *madame* Leconte —dijo el hombre con una sonrisa—. Le encantaba el perfume.

Pero el hombre sabía poco del accidente.

—*Monsieur*, yo no lo vi —dijo—. Recuerde que era apenas un niño, que asistía a la escuela y vivía en la aldea con mi familia. Éramos pobres y yo trabajaba parte del tiempo como ayudante del jardinero, para ganar un poco más de dinero. —Pensó con intensidad. Después agregó—: Había un periodista que vino a la casa. Era muy joven, no mucho mayor que yo mismo. Escribió la historia para el *Matin* de Niza. Pero, si aún vive, solo *le bon Dieu* lo sabe...

La secretaria que los atendió en la oficina de redacción del *Matin* de Niza demostró mucho espíritu de colaboración. Dijo que por supuesto conocía al periodista. Todos sabían quién era *monsieur* Marquand. Había sido uno de los principales periodistas durante años, hasta que se retiró. Por supuesto, aún vivía y gozaba de buena salud. Y generalmente podían encontrarlo en el *Café du Marin Bleu*, en Antibes, donde pasaba todas las mañanas durante los últimos quince años.

Encontraron a Aristide Marquand sentado cómodamente frente a la mesa de costumbre en la terraza, bebiendo una copa de vino. Se puso de pie con agilidad cuando ellos se presentaron y dirigió una mirada francesa muy apreciativa hacia Bea. Tal vez era viejo, pero aún conservaba su apostura y su elegancia, con su sombrero panamá, sus pantalones blancos bien planchados y la chaqueta de hilo azul oscuro. Y un francés nunca era demasiado viejo para negarse a apreciar los encantos de una joven bonita.

—Es extraño que ustedes pregunten —le dijo a Nick, después de aceptar otra copa—. El otro día estuve pensando en la Villa Mimosa. Oí decir que por fin la pusieron en venta.

—Una amiga nuestra está pensando adquirirla —dijo Nick—, pero oímos decir que allí hubo una tragedia. —Señaló a *monsieur* Marquand que él también era periodista y que estaba realizando las investigaciones necesarias para escribir un libro acerca de los crímenes en la Riviera—. De modo que cualquier información que usted pueda ofrecerme será muy apreciada —dijo, mientras miraba con expresión esperanzada a su interlocutor.

—Lo que sucedió en la Villa Mimosa fue una historia extraña —dijo *monsieur* Marquand—. Más extraña que lo que cualquiera sabe. Pero ya transcurrió bastante tiempo, de modo que el asunto poco importa, y yo puedo revelar el caso.

Se inclinaron hacia adelante, esperando con impaciencia lo que el señor Marquand iba a decir, mientras el veterano periodista bebía con lentitud su copa y ordenaba sus pensamientos.

—En aquel momento la vida estaba cambiando en la Riviera —dijo al fin—. La gente acudía en gran número y se congregaba no solo a pasar las vacaciones de invierno en Niza y Cannes, como en los viejos tiempos, sino que además acudía a las playas estivales. Por supuesto, Chanel fue quien inició la moda, cuando bronceada por el sol como un marinero vino a este lugar en el yate del duque de Westminster, el

año 1922. Después llegaron los norteamericanos, Colé Porter, los Murphy y los Fitzgerald, y la gente de la alta sociedad de París.

»Fue una época completamente nueva; la gente tomaba sol, vestía ropa de playa, se cubría con sombreros ligeros y bebía licores fuertes. Estaba el minúsculo Hotel du Cap y las antiguas villas aquí en Antibes; de pronto todas las parejas jóvenes y elegantes comenzaron a traer a sus hijos y a sus niñeras. Construyeron villas extravagantes, diseñadas por profesionales parisienses, construcciones blancas, azules y verdes con pisos de mármol y muebles tapizados con satén negro. Usaban enormes sombrillas con telas de rayas y desde las nuevas piscinas turquesa podía verse el mar. Diseñaron hermosos jardines en las laderas rocosas; allí plantaron palmeras tropicales y árboles que daban mucha sombra. Ya comprenden, todo tenía que ser instantáneo; no había tiempo para esperar a que crecieran las plantas y los árboles. Querían que todo estuviese listo *ahora*.

»Ah, mis queridos jóvenes, dijo con añoranza el señor Marquand, ustedes no tienen idea de lo que era eso, del desorden y casi el paganismo de todo el ambiente. Parecía que el sol les encogía el cerebro y anulaba las prohibiciones. Fue un período de fiestas orgiásticas y salvajes en la playa, de bailes hasta el amanecer en los clubes que comenzaban a fundarse. De gente que ganaba y perdía grandes sumas en los casinos, bebía en jarras el vino rosado y se demoraba a la hora del almuerzo en la terraza del Hotel du Cap.

Los ojos azules de Aristide Marquand sugerían cierta añoranza mientras los miraba.

—Ah, *monsieur* —dijo en voz baja—, fue la época de los amantes. De la pasión descontrolada detrás de las ventanas protegidas por las persianas verdes, en esas largas tardes estivales.

«Pero esta mujer, *madame* Leconte, nunca participó en esos episodios. Siempre estaba al margen. Era una mujer regordeta de cierta edad, que cenaba sola en una mesa de la terraza y regresaba después, siempre sola, a su propia villa. Tal vez permanecía de pie bajo las estrellas en su balcón y contemplaba anhelosa la luna que brillaba en el cielo aterciopelado de la medianoche, ansiando que llegase el amor. Y aunque la llamaban *madame* Leconte, no era nada más que un título honorario, en consideración a su edad y a su *status* financiero. Pero todos la conocían sencillamente como *la célibataire*. La solterona».

Bea contuvo una exclamación.

—Dios mío, ¡qué crueldad! —murmuró.

El anciano asintió.

—En efecto. Pero se trataba de gente superficial que vivía una vida espléndida y frívola. Para justificar la pertenencia al círculo encantado, uno necesitaba poseer estilo o talento o un apellido aristocrático, ser escritor, artista o compositor, o ser el más reciente astro de la comedia musical, príncipe o duque. No era suficiente tener dinero.

Nick pidió otra copa de vino, y el anciano bebió mientras les explicaba que *madame* Leconte era hija de un hombre humilde de Marsella que gracias a su propio ingenio y su iniciativa había amasado una fortuna con la venta de armamentos. Se había casado en una etapa tardía de su vida y al nacer la hija la había bautizado Marie-Antoinette, porque era su propia princesita. La había retenido en el hogar acompañada por las gobernantas que la educaban y según se decía la adoraba tanto que siempre temía perderla en manos de otro hombre. La esposa de este señor había fallecido temprano. Y más tarde, cuando él murió, Marie-Antoinette ya tenía cerca de cuarenta años y estaba completamente sola.

—Vean, nunca fue bonita —dijo *monsieur* Marquand—. Era una mujer robusta de cejas negras y gruesas, tenía la cara larga y angosta, con algunas pecas incongruentes que seguramente habrían provocado la burla de los chicos de la calle. Por supuesto, al parecer ella no sabía que no era bonita. Como ustedes comprenderán, vivía una vida protegida; el padre siempre le había dicho que era muy hermosa, hasta el extremo de que seguramente ella veía una cara diferente en el espejo. Conoció la verdad solo más tarde, cuando su padre ya había muerto y ella estaba sola en la Villa Mimosa.

El padre le había construido la casa en 1922, porque su hija amaba el sol y el aire puro y no le agradaba vivir en el apartamento parisiense. Y ahora la hija lo había heredado todo. *La célibataire* se convirtió en heredera a los cuarenta años.

—Recuerdo la primera vez que la vi. Tenía la piel descolorida, el busto abundante, aspecto de matrona y usaba las modas de los años veinte que no le sentaban bien. —Miró a Nick y agregó, encogiendo los hombros de un modo muy expresivo—: Para decir la verdad, *monsieur*, si se hubiese puesto un vestido campesino negro y un chal, se habría parecido al resto de la población rural. Uno nunca habría adivinado que era una heredera.

»Y entonces el amor entró en su vida. El hombre era norteamericano, un individuo rubio y apuesto, mucho más joven que ella. Todos dijeron que se trataba de un "caza-fortunas"; pero, si se trataba de eso, no pertenecía a la clase común y corriente. O eso o el hecho de que se trataba de un joven muy inteligente. Cuando salía con ella, su mirada nunca se apartaba de la mujer. Ni una sola vez desviaba los ojos hacia las jóvenes bellezas que se pavoneaban ante él.

»Se los veía juntos por doquier, en los cafés y los clubes más elegantes. Ella adquirió una nueva embarcación y solían pasear por la bahía, deteniéndose para nadar o almorzar en los pequeños restaurantes de la playa. Él la acompañaba a los salones, para asesorarla con respecto a las prendas más convenientes; él fue quien ordenó reformar el antiguo juego de joyas de la mujer. La convenció de que comprase un automóvil, por supuesto un Bugatti descapotable —lo que todos querían en ese momento— rojo, con el interior tapizado de cuero gris; ella aprendió a conducirlo. Nadie lo vio jamás al volante; siempre era ella, de modo que nadie pudiera decir que había comprado el automóvil para él. Parecía que no se aprovechaba de nada. Que no se apoderaba de nada de lo que pertenecía a la mujer. Excepto el corazón.

»Regresó con ella a París, se casaron y después él la llevó al lugar de donde él venía. La memoria me falla en ese aspecto. De todos modos, un año después ella regresó, sola y sin duda embarazada. Recuerdo que era una mujer de más de cuarenta años, y se consideraba que su edad era demasiado avanzada para fundar una familia.

»Por supuesto, hubo murmuraciones. Recuerdo que los criados dijeron que a ella se la veía pálida y enfermiza y que algo en sus ojos recordaba a un animal aterrorizado, como los que ellos habían visto descargar de los carros y empujar hacia los mataderos de Marsella Decían: "Esos animales sabían que estaban destinados a morir".

»Yo mismo la vi una vez, cuando ella salía de la consulta de su médico en Cannes y me pareció entonces, en un momento en que yo era joven e impresionable, que ella sabía también a qué atenerse. La idea estaba allí en sus ojos grandes, oscuros y vacíos. *La muerte*.

»El apuesto marido regresó. Los criados dijeron que se comportaba como un santo, que le prodigaba atenciones y bondades, flores, regalos y amor. Y ella lo rehuía. Se paseaba sola por los jardines, tomaba sola sus comidas en su habitación. También dormía sola. Pero después de todo, era una mujer embarazada; por lo tanto, era normal que se sintiese fatigada, irritable, un poco desequilibrada... especialmente a su edad.

»Llegó el hijo. Un varón. Y pocas semanas después ella cayó por la escalera. Y se demostró que yo tenía razón. La muerte la había elegido.

Monsieur Marquand se encogió de hombros, ahora en un gesto de resignación.

—Una narración triste, dirán ustedes. Sí. Muy triste.

Guardó silencio y sorbió reflexivamente su copa.

Bea suspiró profundamente; sin duda estaba al borde de las lágrimas.

—Hay algo más, ¿verdad? —preguntó Nick—. Sucedió otra cosa.

Marquand asintió.

—Usted tiene instinto de periodista para una historia. Y todo eso sucedió hace tanto tiempo que de ningún modo puede hacer daño que les revele el resto.

»Yo era entonces muy joven, el periodista de menor edad. Era tarde y estaba solo en la oficina, mecanografiando mi texto... nacimientos, muertes, matrimonios, pequeños acontecimientos locales. Todavía no me ocupaba de los grandes acontecimientos y escándalos de la sociedad, sin hablar de las noticias. No era más que una persona a quien el periódico enviaba, cuando no había otro para encomendarle la tarea. Llegó una llamada originada por uno de los criados de la Villa Mimosa. Se trataba de un accidente. *La célibataire* había muerto.

»Era mi gran oportunidad. Monté en mi bicicleta y pedaleando con furia atravesé el pueblo dormido, a lo largo del camino de la costa, y subí la colina en dirección a la villa. Había luces en la ventana de la planta baja que iluminaban el jardín y las terrazas. Podía decirse que allí se celebraba una fiesta, porque el lugar parecía muy alegre. Toqué el timbre y esperé. No apareció nadie. Más tarde comprobé que el

marido había enviado a dormir a todos los criados. La puerta se abrió cuando accioné el picaporte. Entré en el vestíbulo y me encontré mirando fijo el cuerpo de *la célibataire*.

»Yacía boca abajo sobre el suelo de mármol. Estaba a cierta distancia del pie de la escalera; recuerdo que pensé que alguien la había movido después de caerse. Se me subió el corazón a la boca y observé la horrible herida en lo que había sido la nuca de la mujer. De pronto el marido apareció, venía de la biblioteca.

»Vestía una bata de seda, encendió un cigarro grande y permaneció allí, mirando el cadáver y fumando fríamente. Me maravilló su energía, porque uno nunca sabe cómo reaccionará un hombre frente al *shock* y al dolor. Era un hombre que dominaba sus sentimientos, y yo admiraba eso.

»Entonces me vio y los ojos se le encendieron de cólera. "¿Quién demonios es usted?", preguntó. "Salga de aquí. ¿Cómo se atreve a estar en este lugar? Aquí solo puede estar el jefe de policía". Avanzó amenazador hacia mí, y yo escapé, formulando disculpas. "No se atreva a regresar", me gritó. Pero yo era un pichón de periodista en busca de una noticia candente y no estaba dispuesto a renunciar tan pronto a lo que había visto.

»Me escondí entre los arbustos, junto a la ventana, y esperé. Llegó el jefe de policía. Conducía su propio automóvil, no el vehículo oficial, y era evidente que se había vestido de prisa. Entró en la casa y cerró la puerta. Miré a través de la ventana, esforzándome para escuchar lo que decían.

»El marido saludó con cordialidad al jefe, sonriéndole y estrechándole la mano. Le sirvió una ración generosa de *brandy* y le explicó lo que había sucedido. No había visto el accidente. No podía dormir; había estado leyendo en la biblioteca. Pero escuchó el grito de la mujer y después el ruido de su caída. Las heridas parecían bastante notables; tenía un orificio en la nuca, pero sin duda existía una explicación. "¿Por qué no entramos en la biblioteca, analizamos el asunto, y quizá bebamos una copa y fumemos un cigarro?", dijo el dueño de la casa.

Aristide Marquand hizo una pausa y su mirada conmovida encontró la de Nick, mientras decía:

—Y entonces, *monsieur*, hizo algo que me heló la sangre en las venas. He visto muchas víctimas y muchos asesinos en el curso de mi carrera periodística, pero nunca nada que fuese igual a ese gesto de crueldad.

»El cadáver de Marie-Antoinette estaba entre el jefe y él. Ella yacía en el piso, su sangre y sus sesos manchaban el mármol blanco. Su marido pasó sobre la cabeza destrozada, como si fuese nada más que una alfombra de piel de tigre. Créame, *monsieur*, si usted mira a alguien que está cerca de un cuerpo, normalmente esa persona mantiene la distancia, da un rodeo y se conserva a tres metros del cuerpo. Nunca, *nunca* pasa sobre el cadáver. *Y era su esposa*.

»Espí por la ventana y los vi mientras conversaban, fumaban cigarrillos y bebían el *brandy*. Los dos sonreían, como si se tratase de una visita social y después de todo la

esposa no estuviese muerta en el vestíbulo. De modo que me deslicé al interior de la casa, me acerqué de puntillas y la miré de nuevo. Entonces comprendí que no había caído. Tenía un orificio en la nuca. Un gran orificio manchado de rojo. Seguramente provocado por una bala.

»Bien. El jefe apareció una hora después. Se estrecharon la mano en la escalera. El cadáver fue llevado al depósito de cadáveres y sellado en su ataúd. No se realizó una investigación; solo se conoció la versión del jefe en el sentido de que se trataba de un accidente. La enterraron al día siguiente, y eso fue todo. Excepto que yo sabía que la habían asesinado. Y pensé que el hombre que había cometido el crimen era su marido.

Marquand se encogió de hombros y miró en los ojos a ambos jóvenes.

—Ustedes podrían decir que fue la imaginación desenfrenada de un joven. Pero tendrían que explicarme por qué el jefe, un personaje local que nunca había tenido más que un modesto apartamento, de pronto se retiró a edad temprana con el pretexto de mala salud. Se compró una grandiosa villa cerca de Marsella; puso un automóvil nuevo y elegante en su nuevo garaje y depositó en el banco lo suficiente para vivir con lujo el resto de su vida.

Nick tenía muchas preguntas que hacer. Deseaba saber quién era el marido, de dónde venía, qué le había sucedido. ¿Y el niño?

El anciano meneó la cabeza.

—En realidad, nunca supe qué hacer. Expliqué a mi jefe lo que había visto, y él dijo que yo estaba loco, recomendándome que nunca mencionara una palabra, porque si lo hacía me despediría. —Se encogió de hombros con resignación—. Eso fue todo. Yo era joven. Tenía una carrera por delante... Además, no podía hacer nada. No podía demostrar nada. Y ahora lo que digo no son más que los balbuceos de un anciano. Pero puedo asegurarles lo siguiente. El marido se marchó el día del funeral y dejó a su hijo, que tenía apenas unas semanas de edad, a cargo de una niñera inglesa. Todavía recuerdo el nombre de la mujer: la niñera Beale.

»Vivieron solos en esa villa espectral, con la mera compañía de los criados. Se los veía con frecuencia a lo largo de la costa, viajando en el gran Rolls plateado de *madame* Leconte, hasta la costa de Niza o Cannes. Recuerdo que la niñera siempre cuidaba mucho su atuendo. Usaba un abrigo de franela gris y zapatos negros en invierno y se cubría la cabeza con uno de esos cómicos sombreros ingleses de ala ancha. En verano se la veía siempre con un delantal blanco muy planchado sobre el vestido azul y usaba el mismo estilo de sombrero; solo que de paja. Calzaba zapatos cómodos, inmaculadamente blancos. Nunca sonreía; se limitaba a esbozar un altivo saludo de "Buenos días" aquí y allá. Era una pareja un poco misteriosa, aunque supongo que los criados seguramente murmuraban sobre ellos, como hacen siempre.

»Pero lo que puedo decirles es que Nanny Beale regresó aquí varios años después. Tenía una casa de campo, cerca de la villa y vivió allí sus últimos años, cuidando las rosas. Y supongo que sus recuerdos. De todos modos, *monsieur*, esa

casa todavía está allí. Ya nadie la visita. Por lo que sé, está exactamente como ella la dejó. Quizás allí pueda encontrar alguna de las respuestas que busca.

Capítulo 14

Mahoney corría con expresión fatigada por los senderos que recorrían las colinas del Condado de Marin. Se le veía ágil por tratarse de un hombre corpulento, pero ya llevaba tres horas manteniendo el mismo ritmo. La transpiración empapaba la camiseta y las rodillas se habían convertido en pedazos de plomo. Se dijo irritado que había perdido la forma; como había estado tan atareado no había podido entrenarse, y la Maratón de Nueva York no era más que una esperanza que se dibujaba en el futuro.

Suspiró cuando pasó a la carrera ligera y mantuvo así el paso más lento durante otros diez minutos, antes de convertirlo en una caminata. Se enjugó la frente con el gran pañuelo de lunares rojos y por fin decidió apoyarse en un peñasco del camino, mientras respiraba de modo lento y profundo. Los gigantescos pinos del Bosque Muir se delineaban a lo lejos; la ladera que se extendía bajo Mahoney estaba salpicada con bonitas casas. Más lejos se extendía Sausalito y la amplia extensión de la bahía con el resplandor anaranjado y lejano del Puente Golden Gate.

Un avión se elevaba en el horizonte, marcando en el cielo azul una débil huella blanca, y Mahoney pensó en Phyl Foster, que ya estaba viajando hacia París. Se dijo que San Francisco sería un lugar más solitario sin ella y después se preguntó qué diablos quería significar con ese pensamiento. Últimamente rara vez la veía.

El hecho de que ella lo hubiese llamado a la estación de policía la noche anterior para preguntarle si estaba libre y si podía ir a verla no significaba nada. Mahoney había prometido cuidarle a la gata, y ella deseaba entregársela. Eso era todo. Además, había querido conversar sobre Bea. Pero, aun así, maldito sea, la mujer le agradaba. Su presencia lo *complacía*. Determinaba que se destacase en él lo mejor y lo peor, con sus desafíos verbales y sus corrientes subterráneas de vulnerabilidad. La mujer creía que era tan dura y áspera, con su vida fría y bien ordenada. Mahoney suspiró exasperado, pensando en la noche anterior; estaba seguro de que ella caería en las redes de algún individuo realmente perverso.

Mahoney vivía en un distrito humilde cercano al puerto, pero su apartamento tenía techos altos y paredes de ladrillo, pisos de madera y bastante espacio. Estaba en el piso alto y, cuando Phyl oprimió el botón del timbre, él descendió de prisa para abrirle la puerta.

—Ante la posibilidad de que usted se asuste... —dijo Mahoney, con una sonrisa burlona que mostró sus dientes bien formados.

—Mahoney, soy perfectamente capaz de cuidarme sola —replicó Phyl con frialdad.

—Eso es lo que dicen todas —replicó Mahoney, recibiendo de ella la cesta con la gata y ambos subieron la escalera.

—Si usted formula comentarios acerca de las proporciones de mi trasero,

Mahoney —dijo ella por encima del hombro—, exigiré que lo arresten por acoso sexual.

—Caramba, doctora, ¿por qué tendría que hacer comentarios acerca de su trasero? —preguntó él con tono de queja—. A mí me parece que es grandioso.

—¡Mahoney! —Los ojos de Phyl chispearon al volverse bruscamente, y entonces los dos se echaron a reír.

—Usted es un tonto —dijo ella, mientras entraba en el apartamento.

—Sí —convino él—. Quizá tiene razón.

Sirvió una copa de vino —vino tinto italiano—, mientras ella se paseaba interesada por el apartamento. Las ventanas estaban abiertas de par en par para dar paso a los últimos rayos del sol poniente y a la brisa que venía del océano. Una ópera de Wagner sonaba a través de los altavoces, y tres gatos —dos siameses delgados y un animal más regordete que parecía un almohadón muy redondo con ojos amarillos — se habían reunido sobre el mostrador de la cocina y miraban hostiles al gato recién llegado que continuaba en su cesto.

El apartamento estaba formado esencialmente por un ambiente, diestramente dividido por biombos japoneses e incrementados con una serie de adornos obtenidos en distintos lugares. Había algunas alfombras orientales de segunda mano y algunas piezas antiguas interesantes; en dos de las paredes había estantes de libros.

Phyl advirtió que eran obras especializadas acerca de la psicología de la mente criminal, así como las partituras encuadernadas de muchas óperas. Había un enorme caudal de poesía, docenas de libros de cocina y viejos ejemplares de *Gourmet*, un par de estantes acerca de la vida de los gatos y una colección de varios años de una revista especializada sobre estos felinos. También había varios centenares de revistas policiales.

—Todo lo que necesita la personalidad integral —dijo Phyl, riendo, mientras inspeccionaba el enorme rincón destinado al juego de los gatos, que ocupaba un sector de la habitación. Admiró el estereo de Mahoney y dijo al detective que los cuadros, muchos de los cuales estaban simplemente apoyados contra las paredes, eran sugestivos.

—Sí, todos pertenecen a artistas jóvenes fracasados. Algunos viven cerca, y estas obras son todo lo que puedo permitirme. Lo cual no significa que no sean buenas —agregó—. De todos modos, me agradan. Elegí con cuidado cada una por el placer que me aportan.

Phyl pasó la mano sobre la superficie de una escultura. Era una talla en madera y estaba formada por curvas sutiles con una suavidad táctil que era irresistible.

—Ah, las esculturas en madera —dijo Mahoney—. Confieso que yo mismo he creado algunas.

—Mahoney, por lo que veo, sus talentos son infinitos —dijo Phyl, mientras se sentaba en un taburete de la cocina.

—En efecto —dijo Mahoney con verdadera inmodestia—. Y para demostrarlo, la

cocina que usted está examinando con ojo tan crítico fue diseñada y construida por mí mismo.

Ella miró el gran artefacto de acero, el mostrador para trinchar, la vajilla de cobre que colgaba de un riel y la batería de espátulas y cuchillos de aspecto letal y mazas.

—Mahoney, ¿por qué demonios es policía? —preguntó finalmente Phyl. Pudo haber sido un gran *chef*. O un criador de gatos. Un escultor. O poeta. O un profesor. O un cantante de ópera.

Él la miró y se echó a reír.

—Cualquiera de esas cosas, menos cantante de ópera. ¡Qué diría si me escuchase cantar! Pero es posible que hubiera sido *chef*. Aquí tiene una receta de Roger Vergé —*fricasee* de pollo con verduras— y créame, ese hombre sabe lo que prepara. Le aseguro que si pudiera mañana mismo canjearía mi lugar por el suyo.

Echó de la mesa a los gatos y distribuyó los platos.

—El restaurante de Vergé está en la misma ciudad a la cual usted se dirige. En el sur de Francia. Debería visitarlo. Para decirme qué le parece mi versión del plato.

—Quizá lo haga. —Phyl vaciló y durante un minuto sintió deseos de que él la acompañase—. Mahoney, Bea me llamó esta tarde. Dijo que había encontrado la villa del sueño. La villa de la cual me habló cuando yo la hipnoticé.

Mahoney escuchó con expresión grave mientras Phyl le hablaba de la villa y de la mujer que había muerto allí. Le dijo que había permanecido inhabitada durante varias décadas, y que Bea recordaba pájaros canoros que ya no existían.

—Mahoney, ¿cómo explica eso? —preguntó.

—Hay dos modos lógicos que justificarían por qué ella conoce el lugar. O estuvo antes o alguien le habló de la casa.

—Tendría que haber sido un narrador brillante para conseguir que ella recordase todos los detalles, el olor de la mimosa, el canto de los pájaros. —Miró a Mahoney—. No tengo respuestas para ello —dijo con sinceridad—. Y la pobre Bea confía en que yo podré ayudarla.

Mahoney se encogió de hombros en actitud de simpatía.

—Usted puede hacer solo lo que está a su alcance.

—Oh, maldito sea, los lugares comunes no le devolverán la memoria —dijo Phyl irritada. Después miró a Mahoney con aire de disculpa—. Lo siento. Pero pensé que, si usted puede encontrar al agresor tal vez lograríamos identificar a la muchacha.

—La gallina o el huevo —dijo Mahoney en voz baja.

Se puso de pie, cambió el disco y sirvió más vino. Dijo:

—El Centro Nacional de Análisis de Delitos Violentos, la unidad de análisis de la conducta del FBI, preparó un perfil psicológico del asesino de Bea. Es decir, de la persona que quiso asesinarla. No disponían de muchos elementos para actuar, solo del método de la agresión. El hecho de que no usaran un arma indicó que fue una persona que deseaba mantener las manos limpias, por así decirlo. Tenía que parecer un accidente, no por ella sino por él. Lo cual nos indica que se trata de una persona a

quien le preocupa lo que la sociedad piensa de ella, de un hombre que tiene cierta imagen pública. Quizás incluso es famoso. De todos modos, es un asesino de cuello blanco. Dicen que es probable que esté al final de la treintena o al principio de la cuarentena, y que es un individuo de éxito, carismático y atractivo. Y que las personas que lo conocen probablemente piensan que es un tipo agradable y normal.

—Pero ¿por qué quiso matarla?

Mahoney se encogió de hombros.

—Por mi parte, creo que ella es una amenaza para ese individuo. No puede permitirle que continúe viviendo.

—¿Bea una amenaza?

—Sabe de él algo que la persona en cuestión no puede permitir que se difunda. Algo que amenaza su existencia.

—¿Entonces usted no cree que fue un asesinato casual, un intento que podría atribuirse a cualquier otra persona y que por coincidencia convirtió en víctima a Bea?

—No, no creo tal cosa. Creo que nuestro hombre sabía con exactitud lo que estaba haciendo. ¿Pensó en esas marcas de dientes en el antebrazo derecho? ¿Qué le parece el siguiente panorama? Bea se encuentra con nuestro hombre. El perro está entrenado para atacar. El imparte la orden. El perro busca la garganta de Bea y la mata. El mata al perro y afirma que se descontroló. Y se muestra muy apesadumbrado por el accidente.

Los ojos azules de Mahoney de pronto mostraron una expresión implacable, al encontrarse con los de Phyl.

—Homicidio utilizando un perro. Sería la primera vez, ¿verdad, doctora? Ni armas ni suciedad. Y un delito que no es posible demostrar.

Phyl lo miró fijo.

—La persona que usted está describiendo es un psicópata. Capaz de racionalizar sus actos. No sentiría remordimientos. Todo le parecería lógico y sencillo. Algo que era necesario hacer. ¿Por qué?

—Doctora, eso es lo que todavía no sabemos. Eso... y la verdadera identidad de Bea.

Más tarde Mahoney llevó a su casa a Phyl, y la psiquiatra permaneció sentada en silencio al lado del detective, sin dirigirle una sola broma acerca del Mustang impecable. Mahoney adivinó que ella estaba reflexionando acerca de lo que le había dicho, y cuando llegaron al edificio de apartamentos en que ella vivía, el policía la miró con compasión. Después se inclinó hacia adelante, puso la mano bajo el mentón de Phyl y la obligó a levantar la cara de expresión perturbada.

—Vamos, vamos —la reprendió—. Usted no parece una mujer que se dirige a París, la capital del encanto europeo y la capital culinaria del mundo. Vea, olvide lo que le dije. Trate de divertirse. Y transmita mi afecto a Bea. Dígame que estoy investigando para resolver su situación. No renuncio al intento.

Phyl se inclinó hacia adelante y lo besó levemente en los labios.

—Gracias, Mahoney —dijo, mientras abría la puerta y bajaba del automóvil. Pensaré en usted cuando llegue a París.

—Hágalo, doctora —dijo él sonriente—. Y no olvide. Vergé. El Moulin de Mougins. Piense en mí cuando esté comiendo ese pollo.

—Lo intentaré —dijo ella, con una sonrisa burlona.

Eso había ocurrido la noche anterior, y Mahoney había pasado despierto el resto de la velada, paseándose por su apartamento hasta que fue el momento de iniciar el turno de la medianoche; se preguntaba qué demonios haría ahora en el caso de Bea French. Porque estaba absolutamente seguro de que carecía de pruebas. Incluso las ropas de la muchacha habían pasado por los análisis de la policía, y el FBI había respondido con un informe de carácter negativo. Y no habían encontrado fibras sueltas ni cabellos ni restos de materiales que pudieran identificarse y que sirvieran como pista.

Mahoney pensó que el presunto asesino de Bea French hasta allí había salido bien librado. Y la única posibilidad de atraparlo sería que repitiese el intento.

Capítulo 15

Phyl casi nunca llegaba tarde. Estaba sentada en el asiento posterior de la limusina que la llevaba al Aeropuerto Internacional de San Francisco, mientras consultaba nerviosa su reloj, inquietándose por el tránsito excesivamente denso que avanzaba a través de Candlestick Park. El mar de luces traseras rojas se extendía ante ella, y Phyl emitió un gemido. Hubiera debido salir antes, pero acababa de atender al último paciente, un individuo dominado por la desesperación, y ella no podía dejarlo una semana entera sin suministrarle algunos consejos. El paciente la necesitaba.

Pensó que allí estaba el problema: todos la necesitaban. Era una de las razones por las cuales había decidido seguir la carrera de psiquiatra. Ansiaba de forma desesperada que volvieran a necesitarla. Nunca podría reemplazar la necesidad del hijo que sentía la madre, pero en todo caso la profesión satisfacía cierta faceta sombría de su propia alma. Después de haber afrontado el sufrimiento personal y la tortura mental, empatizaba con sus pacientes. Raras eran las ocasiones en que ella permitía que ese estado de ánimo la dominase; solo cuando estaba especialmente cansada, como sucedía ahora.

La noche anterior, mientras terminaba de preparar su equipaje, se había sentado con expresión fatigada en la cama, mirando las maletas cerradas con llave. De no haber sido por el recuerdo de Bea, con su bonita cara y sus ojos castaños de expresión ansiosa esperándola en Niza, fácilmente habría descolgado el teléfono para anular el pasaje. Lo único que en realidad deseaba era acostarse en la cama y permanecer allí descansando una semana entera.

Pero, por supuesto, no lo había hecho; tampoco habría cedido a la tentación incluso si Bea no hubiera sido la amiga tan apreciada que era ahora, porque la joven aún era su paciente y su deber era cuidarla.

Frunció el entrecejo, y miró irritada el tránsito.

—¿Cómo vamos? —preguntó al chófer, pensando inquieta en la hora de su vuelo.

—Iremos bien después de pasar el estadio —dijo el hombre—. No se preocupe, doctora. Llegaremos a tiempo.

Ella se recostó en el asiento cerrando los ojos y pensó cuántas veces había dicho a la gente que carecía de objeto preocuparse ante lo inevitable. La única solución era afrontarlo. Pero eso no se aplicaba a su persona y a los vuelos que partían sin ella; ahora sintió la tensión en la columna vertebral. Dios mío, detestaba llegar tarde, detestaba los retrasos; en el curso de su vida jamás había perdido un vuelo.

El conductor tenía razón; a la salida de Candlestick Park el tránsito se dividió en una serie de filas con luces rojas y la limusina avanzó veloz hacia el aeropuerto. El conductor llamó a un portamaletas y de prisa descargó las dos maletas mientras ella corría hacia el control.

—Llego tarde —dijo con expresión culpable, mientras entregaba su billete.

—Doctora Foster, ya han subido al avión —dijo el hombre—. Llamaré por teléfono y les diré que usted va para allí. No cerrarán la puerta hasta que usted haya pasado. —Le devolvió el billete con una sonrisa—. Pero será mejor que se dé prisa.

—Gracias. —Phyl tomó con fuerza el equipaje de mano, se volvió con rapidez y casi cayó en los brazos de un hombre alto y rubio que estaba detrás.

—Oh —exclamó, apoyando la mano en el cuerpo del otro para evitar la caída. Cuando levantó los ojos la mujer que había en ella advirtió muy pronto que se trataba de un hombre muy atractivo y eso sucedió incluso mientras ella se disculpaba—. ¡Llevo retraso! —dijo por encima del hombro, mientras corría en dirección a la salida—. Perderé mi vuelo.

Phyl oyó la risa del hombre mientras corría y pensó irritada que él muy bien podía mostrarse tan tranquilo; era probable que su vuelo aún tardase una hora. Un agente de la línea aérea esperaba en la puerta para acompañarla hasta el avión, y ella paseó la mirada por el camarote vacío de primera clase, mientras se sentaba agradecida en su lugar. *Bien*, pensó, tengo todo el camarote para mí sola. Cerraré los ojos y me dormiré. Después quizá pueda prestar atención a esa conferencia. Meneó la cabeza, suspirando impaciente ante sus propios pensamientos; una conferencia de expertos internacionales en su especialidad era algo que ella hubiera debido desear expectante, en lugar de tratarla como si fuese algo rutinario.

Consultó su reloj, sorprendida porque las puertas del compartimiento aún no estaban cerradas. El avión ya llevaba un retraso de diez minutos. Preguntó al auxiliar de vuelo a qué respondía la demora.

—Estamos esperando a un pasajero más —le dijo el hombre—. Entretanto ¿puedo ofrecerle una copa de champaña?

Phyl meneó la cabeza, pensando irritada que no necesitaba haberse molestado en protagonizar esa carrera desenfrenada para llegar allí. Oyó que los auxiliares saludaban al pasajero que llevaba un retraso y al capitán ordenando que se cerrasen las puertas del compartimiento. Miró colérica al hombre que pasó al lado. Era el individuo rubio y apuesto en cuyos brazos había caído unos momentos antes.

El hombre casi guiñó los ojos cuando vio la expresión hostil en la mirada de Phyl.

—Lo siento —dijo con una expresión de disculpa—. Deseaba decirle que no era necesario correr, pero usted fue demasiado rápida para mí. Se alejó...

—Como alma que lleva el diablo —terminó la frase Phyl, meneó la cabeza y rio ante la situación—. Detesto llegar tarde.

—Sé que eso es una virtud —dijo el hombre mientras entregaba su chaqueta al ayudante y depositaba su equipaje de mano en el armario—. De todos modos, yo soy la persona que debería disculparse por retrasar su vuelo. Sobre todo ahora que sé cuánto detesta los retrasos. De todos modos, no es necesario que se preocupe. Esta noche el viento de cola conseguirá que lleguemos a tiempo.

Ahora él le sonreía, y Phyl pensó con cierto interés que en realidad era un hombre

atractivo: alto, delgado, con un rostro anguloso y ojos azules detrás de las gafas con marco dorado. Tenía un cuerpo ágil, flexible, cabellos rubios abundantes y lacios; parecía ser un hombre que se sentía muy cómodo consigo mismo. Phyl se preguntó cuál sería la profesión del desconocido.

—¿Cómo sabe eso? ¿Me refiero a los vientos de cola? —preguntó Phyl.

—En general me agrada realizar estos viajes en mi propio avión —dijo encogiéndose de hombros—. Por desgracia, esta noche en el último momento tuvimos algunas dificultades con el sistema eléctrico. Y necesito estar en París mañana por la mañana. Por eso decidí usar este vuelo, y esa es la razón por la cual a usted la hicieron retrasarse. —Se echó a reír con una risa profunda y atractiva—. De nuevo me disculpo —dijo, y se adelantó para ocupar su asiento cuando el avión comenzó a moverse por la pista.

La fatiga anuló la curiosidad que Phyl sentía por ese hombre. Rechazó la comida, apagó la luz y cerró los ojos, con la esperanza de dormir; pero solo consiguió dormitar inquieta. El vuelo fue un poco accidentado y los anuncios luminosos permanecieron encendidos. Bebió tazas de té caliente, ingirió analgésicos para calmar el dolor de cabeza y verificó de nuevo la hora. Ya llevaban cinco horas de largo vuelo y frente a ella le aguardaba una eternidad de turbulencias atmosféricas.

Se puso de pie para recuperar su maletín negro del armario alto, y vio que la luz de su compañero de viaje estaba encendida. Al observar con más atención, vio que el individuo escribía muy atareado en un cuaderno de hojas amarillas. Pensó con expresión burlona que ese hombre era un auténtico manojito de energía, que aprovechaba cada momento. Exactamente como ella misma siempre se había dicho que debía hacer.

Phyl extrajo el material que había preparado para la conferencia y comenzó a repararlo otra vez. Empezaba a romper el alba cuando de nuevo miró y ya estaban sirviendo un vaso de zumo de naranja y el desayuno. Gracias a Dios, pensó mientras apartaba los papeles, ya casi estaban por llegar.

París era un lugar oscuro bajo una masa de nubes grisáceas cuando al fin el avión comenzó a descender. Phyl hizo un gesto de despedida a su apuesto compañero de viaje mientras avanzaba hacia el lateral. El hombre aún estaba recogiendo sus papeles, y Phyl pensó que en realidad él era un buen cliente. Se comportaba como si el mundo entero estuviese dispuesto a esperarlo.

Y quizá lo hiciera, pensó Phyl, al contemplar el caos habitual en el aeropuerto Charles de Gaulle. Tuvo que esperar muchísimo tiempo para que le entregaran sus maletas; al llegar ese momento todos los taxis habían desaparecido, y ella estaba sola frente a la salida, mirando la lluvia que salpicaba el pavimento.

Las rodillas le temblaban a causa de la tensión y el agotamiento mientras miraba hostil un Bentley azul oscuro con su correspondiente conductor.

—Parece que no es su día de suerte —dijo una voz divertida; ella se volvió y miró los ojos regocijados de su apuesto vecino.

—La culpa es mía. Hubiera debido reservar un automóvil. —Se encogió de hombros—. Supongo que conseguiré un taxi antes de que pase mucho tiempo.

—¿En París? ¿Y bajo la lluvia? —sonrió—. No lo creo. Pero de buena gana la llevaré a destino.

Ella lo miró y después desvió los ojos hacia el enorme Bentley.

—¿Es suyo? —preguntó, asintiendo en dirección al vehículo.

—Es un automóvil de la compañía. Mis gustos personales prefieren los vehículos más elegantes.

Ella se echó a reír.

—En este momento me parece maravilloso. Pero no quiero apartarlo de su ruta. Me alojo en el Raphaël.

—Adams —dijo al conductor inglés—. En primer lugar al Raphaël. Después a casa.

Phyl se hundió en el asiento y se acomodó agradecida sobre los lujosos almohadones de cuero. Miró al hombre, sonriente. Parecía haber una hectárea de espacio entre ellos, pero Phyl tenía plena conciencia de su presencia masculina, como si él estuviese tocándola. Pensó divertida que quizá se trataba de la influencia de París.

—Parece fatigada —dijo él con simpatía, y ella gimió.

—Usted quiere decir que parezco un desastre. Y es como me siento. Lo único que quiero en este momento es un baño caliente, una bebida fría y una cama blanda. — Los ojos de ambos se encontraron mientras el vehículo se deslizaba con suavidad a través del tránsito—. Quizá debamos presentarnos —dijo ella, extendiendo la mano sobre el ancho tramo que los separaba—. Soy Phyl Foster.

—Brad Kane.

La mano de Kane era dura e inesperadamente fresca.

—Vine a París para asistir a una conferencia —dijo ella—. Psiquiatría.

—Por supuesto, doctora Phyl. Perdóneme. Habría debido reconocerla.

—No necesariamente. Además, según me siento ahora estoy segura de que no me parezco en nada a las fotos de las solapas de los libros. —Se echó a reír, aunque la fatiga estaba dominándola. Simpatizaba con su apuesto y buen samaritano.

Sacó el teléfono y ella cerró los ojos, mientras él atendía e iniciaba una breve conversación en francés.

—Por favor, discúlpeme —dijo a Phyl—, pero debo realizar algunas llamadas importantes.

Phyl se recostó en el asiento, medio dormitando y escuchando el murmullo calmante de la voz de fondo, mientras se preguntaba de modo impreciso quién era y qué hacía y si hablaba a una mujer con esa voz francesa tan suave y *sexy*. De todos modos, al pensar con añoranza en la cama que la esperaba, se alegró cuando al fin llegaron al hotel.

Él la tomó del brazo mientras Phyl descendía del automóvil y se disculpó de

nuevo por haberse visto obligado a atender el teléfono.

—No sé qué habría hecho si usted no se hubiese encontrado allí para salvarme de la lluvia —dijo Phyl, sonriendo con expresión fatigada.

Él la miró detenidamente. Después extrajo del bolsillo una tarjeta con su dirección y el número telefónico y se la entregó.

—Llámeme, señora atareada —dijo como de pasada—, si usted dispone de un momento en París. —Le tomó la mano y se la llevó a los labios; después, con un gesto rápido y una sonrisa, subió al automóvil y se fue.

Como un hombre entrevistado en un sueño, pensó Phyl un rato después mientras se bañaba. El Raphaël era uno de esos hoteles pequeños que se enorgullecen del lujo, el servicio y la discreción. Tenía agua caliente, el jabón olía muy bien, la bebida que le sirvieron estaba helada y la cama tenía almohadas blandas, sábanas almidonadas y mantas de abrigo. En pocos minutos se quedó dormida.

Despertó seis horas después sin poder determinar con exactitud ni la hora ni el lugar, mirando desconcertada la habitación en sombras: estaba en París.

El reloj que estaba al lado de la cama decía que eran las 18.30. Se acercó a la ventana y corrió las cortinas. Los edificios grises de la calle parecían más grises todavía y el pavimento relucía. Suspiró, mientras miraba el flujo del tránsito. Era su primera noche en París. Estaba sola, y llovía.

Se dio una rápida ducha, se maquilló un poco y eligió un vestido negro. Después agregó un toque de su perfume favorito y fue a la planta baja.

En el bar pidió una copa de vino tinto y mordisqueó distraída una tartaleta con aceitunas verdes, pensando en la larga velada que la esperaba. Una rápida ojeada demostró que casi todos estaban en parejas; los que aún se encontraban solos sin duda esperaban la llegada de otra persona. La soledad la abrumó, era tan gris y sombría como las nubes en el cielo de París. Se sintió perdida sin su rutina conocida, pero no había tiempo para la autocompasión y el sentimiento de soledad. Por primera vez en varios años su propia compañía no la complacía.

Cruzó sus largas piernas, tratando de adoptar un aire indiferente, como si ella también estuviese esperando a un amigo. Estaba en la ciudad más hermosa del mundo, en la fortaleza de la mejor gastronomía, en la ciudadela de la cultura y el refugio de los amantes. Y estaba sola.

El camarero le trajo el vino, que llegó a la temperatura exacta, y Phyl bebió, pensando en la tarjeta guardada de modo tentador en el bolso con el número y la dirección de Brad Kane. Se dijo que, por supuesto, no lo llamaría. Sin duda él estaría atareado. Un hombre como él seguramente tenía una docena de amigas, o probablemente una que era muy especial. De todos modos, estaba segura de que no se encontraba sentado en su apartamento, contemplando una cena solitaria, como era el caso de la propia Phyl.

Observó ansiosa, mientras el bar se colmaba de gente poco a poco y los clientes se saludaban unos a otros con sonoros besos en ambas mejillas. Se sentía cada vez

más sola al escuchar ese animoso parloteo multilingüe. Movida por la desesperación, extrajo del bolso la tarjeta y la examinó.

Por supuesto, no podía llamarlo. Depositó la tarjeta sobre la mesita, frente a ella, y la miró fijamente. Después se puso rápidamente de pie, se alisó la falda y antes de que pudiese cambiar de idea se apresuró a buscar un teléfono.

Escuchó la llamada peculiar de los teléfonos franceses, mordiéndose el labio, nerviosa como una escolar que prepara su primera cita. Tamborileó impaciente con los dedos sobre la tarjeta. Después de diez tonos, medio exasperada y medio aliviada, se disponía a cortar la comunicación cuando de pronto él atendió.

—¿Señor Kane? —preguntó Phyl. *Estúpida*, gimió, ruborizándose, *por supuesto, es él*.

—¿Quién es?

La voz de Brad Kane tenía un acento frío y distante, como si estuviera pensando en otra cosa. O como si hubiese otra persona en la habitación.

—Habla Phyl Foster. —Hubo una larga pausa, mientras se mordía el labio en actitud nerviosa—. Nos conocimos en el avión. —Ella sabía que era estúpido empezar de ese modo, pero ahora tenía que afrontarlo.

La pausa pareció interminable. Por fin, él dijo con el atisbo de una sonrisa en su voz:

—Es muy amable de su parte llamarme. No creí que lo haría.

—¿No lo creyó? —dijo ella con acento dubitativo. Y con un impulso de irritación contra ella misma—: Entonces ¿por qué se tomó el trabajo de darme su tarjeta y de pedirme que le telefonease?

—Digamos que soy un optimista —replicó Kane mientras se reía—. Además, simpaticé con usted. Me pareció una mujer bella e inteligente, y deseaba volver a verla. Digamos que necesitaba verla. Si me disculpo, ¿contemplará la posibilidad de cenar conmigo esta noche? Por supuesto, a menos que usted deba atender otras tareas —agregó como de pasada, de modo que ella pudiese rechazar si así lo deseaba.

Phyl sonrió, de pronto regocijada.

—Bien —dijo, jugando el mismo juego—. En realidad, debo encontrarme con un colega... pero es mi primera noche en París y está lloviendo. Sí. Me agradaría cenar con usted.

—Magnífico. ¿Quiere ir a un lugar de moda? ¿O a un auténtico «bistro» francés? Usted elige.

—Oh, me encantaría un «bistro» francés auténtico.

—Hay un local a poca distancia de donde estoy. Es mi favorito, y creo que a usted le agradará. Puedo pasar a buscarla... digamos, a las ocho y media.

Phyl consultó su reloj.

—El tránsito es infernal. ¿Por qué no toma un taxi y nos encontramos allí?

—En ese caso, ¿por qué no viene primero a mi casa para beber una copa? ¿Usted tiene la dirección?

Ella asintió, sonriendo aliviada.

—Sí —dijo.

—Entonces, a las ocho y media, doctora Phyl Foster. —Se echó a reír—. Y recuérdeme que debo preguntarle si lo de Phyl es por Phyllis. O por Philomena. O Philodendron. O filosofía...

Qué tonto, pensó ella sonriente, mientras cortaba la comunicación.

Capítulo 16

El tránsito en los Campos Elíseos estaba atascado, y cada uno luchaba contra el resto. El taxista maldecía fluidamente al tiempo, a los restantes conductores, a sus conciudadanos y a las leyes de tránsito francesas, mientras que con un par de ruedas se subía a la acera y después pasaba al lado de una docena de otros conductores atrapados también como él, que tocaban con frenesí sus bocinas. Se desvió con rapidez por una calle lateral y realizó una serie de violentos zigzags, emergiendo en la Avenida McMahan, igualmente bloqueada. Observó la escena y se encogió de hombros, resignado.

—Necesitaremos por lo menos veinte minutos. Es mejor que vaya caminando.

Phyl contempló sus elegantes zapatos de cuero negro y el pavimento bañado por la lluvia. El aguacero se había convertido en una fina llovizna, parecida a la bruma en el viento. Suspiró resignada. Qué demonios, no eran más que zapatos, aunque en realidad le habían costado una pequeña fortuna.

El taxista le había explicado cómo llegar; Phyl se ajustó el cinturón del impermeable negro, desplegó el paraguas y caminó hacia la esquina de McMahan, rogando al cielo que hubiese entendido bien las instrucciones del hombre.

La Avenida Foch era una hermosa calle, ancha y bordeada de árboles, con casas y apartamentos elegantes en los laterales. Pero era más larga que lo que ella había creído. Fue una caminata que duró diez largos minutos; llegó al elegante edificio de apartamentos casi sin aliento, mojada y retrasada. Un portero uniformado escuchó su nombre, verificó su lista y la acompañó hasta el ascensor. La jaula de bronce se elevó con mucho ruido, y al fin ella emergió a un enorme dúplex en el último piso.

Brad Kane la esperaba. Parecía incluso más apuesto de lo que ella recordaba: alto, delgado y rubio. Vestía una chaqueta de cachemira azul oscuro, una prenda muy elegante. Tenía una camisa azul abierta al cuello, vaqueros azules bien planchados y unas caras botas del Oeste. Phyl pensó con una sonrisa que él tenía el aspecto de una figura presentada en un anuncio de Ralph Lauren.

Los ojos celestes estaban medio ocultos detrás de sus gafas con marco de oro, mientras se acercaba a ella con las manos extendidas.

—*Ma pauvre petite* —exclamó, percibiendo de una ojeada la apariencia de Phyl, que ya estaba completamente empapada—. París intentó ahogarla. Venga, debemos atenderla.

Phyl pensó asombrada: *Seguramente es muy rico*. El apartamento tenía una amplitud palaciega. Parecía que incluía hectáreas enteras de pisos de *parquet* lustrado, enormes alfombras de Aubusson, piezas macizas de muebles dorados, hermosos espejos venecianos y candelabros chispeantes. Mientras ella lo seguía por el vestíbulo, Phyl alcanzó a ver un enorme Rembrandt que colgaba de una pared;

seguramente también había allí un Renoir. Y eso que estaba al lado, ¿no era un Corot?

—Venga conmigo —dijo bruscamente Kane, tomándola de la mano mientras atravesaban una sala, entraban por otro pasillo y llegaban a un dormitorio.

Phyl se detuvo como paralizada en la puerta.

—De prisa, quítese los zapatos —dijo—. Y las medias.

Ella lo miró sin hacer comentarios. Él se acercó a la mesa de noche y apretó un timbre. Después se volvió para mirarla y rio.

—Está bien. No me propongo seducirla. Solo pediré a mi ayuda de cámara que ayude a secar sus prendas. Después de todo, usted no puede permanecer toda la noche con los pies mojados.

Phyl comprendió que estaba sonrojándose y percibió que él se reía. Se dijo irritada que no se había sentido tan tonta desde los diecisiete años.

Él señaló el cuarto de baño.

—Allí encontrará un par de zapatillas y una toalla.

Phyl se acercó al cuarto de baño y cerró la puerta. Se quitó las medias, se alisó los cabellos y acercó una toalla fría a sus mejillas ardientes. Las zapatillas de tela áspera eran demasiado grandes para ella, y Phyl sonrió con sequedad al ver su ridícula imagen reflejada en el espejo, con el *sexy* vestido negro y las zapatillas de tela de toalla. Respiró hondo, trató de reaccionar y volvió a la habitación para enfrentarse con Kane.

—Hola —dijo ella, sonriendo vacilante desde la puerta—. Lamento haber llegado tarde, pero el tránsito... y la lluvia...

—No importa, ahora está aquí. —Las miradas de ambos se encontraron—. Y es tan hermosa como yo la recordaba.

Un joven asiático con chaqueta blanca se movía detrás de Kane en la puerta y tenía en las manos los zapatos mojados de Phyl.

—Entregue las otras cosas a François —dijo Brad—. Él se encargará de secarlas para usted.

Phyl obedeció y François desapareció. Brad la llevó a una silla y le dijo que se sentara. Ella comprobó desalentada que obedecía todas las órdenes de ese hombre. La asombraba su propia sumisión. Siempre era la persona que ejercía el control. La sorprendía la facilidad con que aceptaba este papel tan sumiso. Y qué agradable era en el fondo. Miró en silencio mientras Brad se apoderaba de una toalla y se arrodillaba frente a ella. Le quitó las zapatillas y después le tomó el pie derecho y comenzó a secarlo suavemente.

Él la miró y sonrió.

—Como usted sabe, no son muchas las mujeres que tienen pies bonitos. Pasan muchos años con tacones altos y zapatos estrechos. Pero los suyos son realmente hermosos. Esbeltos, suaves, con huesos bien formados. Delicados como los de un caballo de carrera.

El espectáculo de ese hombre, arrodillado frente a ella, sosteniéndole el pie, originó en Phyl una sensación tan súbita y erótica que empezó a temblar. *Tonta*, se dijo con severidad, mientras rápidamente volvía a ponerse las zapatillas y caminaba con él de regreso al enorme salón. *Llevas aquí apenas cinco minutos y ya son dos veces que pensaste que se prepara para seducirte.*

—Siéntese aquí, querida doctora Phyl —dijo él, y la llevó a un suntuoso sofá de brocado, frente a un fuego ardiente—. Caliente esos hermosos dedos, mientras yo intento revertir el daño provocado por la lluvia sirviéndole una copa.

El champaña esperaba en un cubo de plata depositado sobre una mesa lateral.

—Brindo por una feliz coincidencia —dijo Brad, mientras alzaba la copa y miraba a los ojos a Phyl—. Brindo agradecido de que usted y yo estuviésemos juntos en el vuelo a París. Y que pudiera volver a verla.

—Parece que usted pasa mucho tiempo en los aviones —dijo Phyl, recordando la conversación anterior.

—Mis negocios me obligan a viajar mucho.

Ella cruzó las piernas con cuidado y bebió un sorbo de champaña.

—¿Y cuáles son sus negocios con exactitud?

—Se sorprenderá cuando se lo diga. —Él le dirigió una sonrisa seductora—. Poseo uno de los principales criaderos de ganado vacuno de Estados Unidos.

Phyl emitió una risa sorprendida.

—No se parece en absoluto a la idea que tengo de un auténtico vaquero.

—Quizás ahora no. Pero fui un vaquero. Todavía lo soy, cuando es necesario. Cuando era niño, me encantaba esa vida: recorrer la pradera, reunir el ganado. Ahora son todos números, porcentajes, impuestos y extensiones, subsidios oficiales y grupos de presión, y en medio de todo eso alrededor de un millón de problemas. Pero creo que todavía me encantan. O, por lo menos, me encanta el paisaje. Y la tradición. El Rancho Kanoi fue fundado por mi abuelo. Cuando falleció, mi padre lo heredó y ahora es mío. Es posible que pertenecer a la tercera generación de propietarios no lo convierta en el rancho más antiguo de Estados Unidos, pero es uno de los pocos que todavía continúan en manos de la misma familia.

—Es maravilloso. Amar lo que uno hace. Lo que uno es.

—Y en efecto lo amo. Apasionadamente. Podría decir que es mi razón de ser.

La mirada de Brad se endureció al contemplar a Phyl.

—Nunca me separaría de Kanoi, aunque Dios sabe que he tenido muchas ofertas. Algunas son enormes. Sobre todo de los japoneses. Pero nunca permitiré que Kanoi salga del control de mi familia. Antes prefiero morir.

—Y, cuando usted muera, ¿quién lo heredará?

Él la miró con expresión enigmática.

—Caramba, por supuesto, mi hijo.

Phyl pensó pesarosa que la situación no era lo que ella podía esperar: ese hombre estaba casado.

—¿Y qué edad tiene su hijo? —preguntó Phyl con la mayor indiferencia posible, al mismo tiempo que sorbía un poco de champaña.

Brad echó hacia atrás la cabeza y se rio.

—Todavía no tiene edad. Cero. Es un fenómeno del futuro, que aún no ha nacido. Y yo todavía tengo que encontrar esposa. *La esposa perfecta*. Le chispearon los ojos, mientras volvía a llenar la copa de Phyl. El cambio de actitud del gesto intenso, serio a la broma y el coqueteo fue tan súbito que la sorprendió.

—Hábleme de usted misma —ordenó Brad.

Ella rio incómoda.

—Por lo general soy yo quien formula esa pregunta. Y ahora no estoy segura de que me agrade.

—Pero sin duda usted no tiene nada que ocultar. ¿No es verdad?

—He comprobado que la mayoría de la gente tiene algo que ocultar —dijo ella con expresión seria—. Quizás incluso usted y yo.

Ella comenzó a hablarle de su propio trabajo y su vida atareada.

—Siempre estoy corriendo —reconoció, con un suspiro de fatiga—, del estudio de la televisión al hospital, a los pacientes y a la redacción de un libro. Y confieso que el viaje a París es una excusa para escapar de todo eso durante una semana. —Se echó a reír—. Me siento como un niño que está haciendo una travesura.

François reapareció con los zapatos de Phyl, milagrosamente secos y ahora lustrados como un par nuevo. Phyl se los puso, y los dos salieron a la calle y fueron a Chez Georges.

Brad le pasó el brazo sobre los hombros mientras caminaban y la sostuvo cerca de su cuerpo, compartiendo el paraguas. Mientras acompañaba su andar a las largas piernas del hombre, Phyl tuvo conciencia del calor de su cuerpo, su proximidad, el contacto de la mano. La presión suave e íntima del brazo masculino sobre sus hombros determinó que Phyl experimentase una sacudida de excitación; y ahora se apartó un poco, temerosa de que él adivinase lo que sentía. Se dijo con severidad que estaba reaccionando como una adolescente del colegio secundario en su primera visita a París, pero después sonrió, y de pronto no le importó. Estaba gozando de la situación, de un modo que no había vivido durante mucho tiempo; gozaba del hecho de ser una mujer joven y despreocupada.

El «bistro» estaba abarrotado. Las lámparas proyectaban círculos de luz dorada sobre las mesas cubiertas por manteles blancos, había un aroma de buena comida y un suave murmullo de las conversaciones en un francés que ella no podía entender. El ambiente acentuaba su sensación de aislamiento, de separación, a solas con Brad Kane en la pequeña mesa del rincón.

Phyl estaba aturdida a causa del viaje y el vino y era una persona diferente de la doctora Foster, la mujer serena, controlada y activa. Era como si esa noche hubiese dejado atrás su mundo real y sus preocupaciones. Se sentía femenina y sensual, atenta a todos los matices. Y, lo advertía con nerviosismo, era una mujer menos segura de sí

misma. Pero Brad Kane era un hombre atento y encantador, apuesto y *sexy*. Y ella actuaba con soltura y libertad en París. Esa noche, la vida era muy agradable en Chez Georges.

Brad ordenó el menú al camarero y después comenzó a hablarle de su niñez idílica en Hawái. Y a propósito de sus padres: el padre apuesto y la madre maravillosamente hermosa. Acerca de la vida desordenada en el refugio privado de la isla. Y acerca de la gran residencia en Diamond Head y los miles de hectáreas de tierra en la Gran Isla.

Phyl estaba encantada con el mundo real que él describía; era tan diferente de las amenazadoras anécdotas de la vida familiar que ella acostumbraba a escuchar; por eso mismo pensó que él era un hombre en realidad afortunado.

—Mi padre fue quien me enseñó a amar profundamente Kanoi —dijo Brad, mientras ella pensaba absorta que la voz de Brad era profunda y suave como el vino tinto que ella estaba bebiendo—. Me enseñó la historia de Hawái, me contó de qué modo la familia Kane había trabajado duro casi un siglo para crear la fortuna que ahora heredábamos. Me habló del esfuerzo y la angustia que habían contribuido a convertir el Rancho Kanoi en lo que es ahora.

«Absorbí como una esponja la sabiduría de mi padre. Él me inculcó sus valores. Me dijo que el apellido Kane, el Rancho Kanoi y su fortuna eran el valor supremo de nuestras vidas. Solo eso importaba».

Miró con franqueza los ojos color zafiro de Phyl.

—Y por eso viajo tanto. Divido mi tiempo entre Europa, donde atiendo los intereses del negocio, y el rancho en Hawái.

—Hábleme de su padre —dijo Phyl, que sentía curiosidad por todos los aspectos de la vida de Brad—. Parece que fue un personaje dinámico.

Brad se echó a reír.

—En efecto, fue eso. Jack Kane era un hombre duro. Y bebía mucho. A decir verdad, nunca tuvo amigos, porque no podía confiar en nadie. Pero a las mujeres les parecía sugestivo. Era alto, apuesto y atlético. Podía montar un caballo mejor que cualquier vaquero. Yo solía verlo cuando era niño y recuerdo haber pensado que era la imagen misma de la elegancia, flotando con el animal como si los dos hubiesen sido un solo ser. Y, además, vivía consagrado a Kanoi.

—¿Y su madre? —preguntó Phyl.

A Brad se le endureció la mirada.

—Mi madre era una mujer caprichosa y temperamental. Pero es imposible concebir una mujer más hermosa. Tenía el tipo de belleza que afecta como un dardo envenenado el corazón de los hombres. Mi padre detestaba que otros hombres la mirasen. Pero él mismo nunca le fue fiel.

—¿Ella lo sabía?

—Supongo que sí —dijo Brad, mirando pensativo su copa. Bebió el vino de un solo trago. Después, como si advirtiese que había revelado demasiado, agregó a la

ligera—: No debo olvidar que estoy con una psiquiatra. —Le dirigió una sonrisa rápida y luminosa en otro súbito cambio de humor que la dejó desconcertada—. Cuando menos quiera recordarlo, usted me obligará a ocupar su diván, y descubriré que estoy plagado de complejos y fobias que nunca había creído tener.

La fatiga recorrió sutilmente la columna vertebral de Phyl y de pronto sintió que le pesaban los miembros y que se le caían los párpados, como si los cerrasen gracias a un juego de pesas. Bostezó, después se disculpó, y él dijo enseguida que era su culpa y que ambos estaban afectados por el largo viaje.

Regresaron al apartamento de Brad, y él se instaló frente a su automóvil, un Ferrari negro. Phyl pensó: *¿Acaso un hombre como él podía tener otro automóvil?*, y se inclinó somnolienta sobre el asiento de cuero suave, mientras él la llevaba a su hotel.

En el hotel, él detuvo el automóvil y se volvió para mirarla.

—No recuerdo la última vez que pasé una velada tan agradable —dijo él en voz baja—. Gracias, doctora Phyl. —Jadeante ante la expectativa de los labios de ese hombre sobre los suyos, ella lo miró a los ojos—. Deberíamos repetir esto —dijo Brad, mientras se apoderaba de la mano de Phyl y la besaba—. ¿Puedo llamarla?

Phyl dijo pesarosa:

—Estoy muy atareada con la conferencia. Y el martes viajo a la Riviera.

—Lo recordaré —dijo Brad. Ella saludó con la mano mientras Brad incorporaba su automóvil al tránsito.

La noche siguiente, cuando regresó al hotel desde la conferencia, encontró grandes ramos de tulipanes blancos y fresas y una nota de Brad: «¿Cenamos esta noche? Por favor, acepte».

Phyl no lo pensó dos veces; canceló la recepción con la gente de la conferencia y llamó a Brad.

—La llevaré a uno de los restaurantes mejores, de los más antiguos de París —prometió él.

Phyl vaciló bastante con respecto al vestido que usaría; por fin decidió usar una prenda corta de encaje negro. Sonrió al recordar el comentario de Mahoney acerca del color rojo, insertando una rosa roja en su cabello, y agregó rubíes y diamantes a sus orejas. Cuando se miró en el espejo, vio a una mujer distinta, una mujer más suave, en la cual se manifestaba cierta vida trémula. *Una mujer sexy*, reconoció con un largo suspiro, que nada tenía que ver con la fatiga y la desesperación. Y era una mujer que ella había mantenido oculta durante mucho tiempo.

En el bar de la planta baja Brad la contempló con admiración.

—El norteamericano que hay en mí diría que tiene el aspecto de un millón de dólares —dijo él, besando galante la mano de Phyl—. Pero esta noche el francés que hay en mí debe confesarle que usted parece *ravissante*.

La llevó a *Le Grand Véfour*, y Phyl pensó que el comedor rococó con sus espejos dorados y sus enormes despliegues florales era maravilloso; opinó que la comida era

deliciosa y los vinos en realidad sublimes. Brad Kane la cuidó como si ella hubiese sido una preciosa flor de invernadero. Phyl sonrió mientras se sentía florecer ante el calor de los sutiles cumplidos; recordaba que había dicho a Mahoney que ella misma era una doncella de hielo. Mahoney no le había creído, y Phyl pensó ahora que había estado en lo cierto. Casi podía sentir que estaba derritiéndose bajo la mirada cálida de Brad.

Él demostró que era un anfitrión perfecto y un acompañante atento. Recomendó los platos que le pareció que podían agrandar a Phyl, ordenó vino tinto porque ese era el favorito de la psiquiatra y le mostró todas las celebridades que cenaban allí. Relató la historia de ese antiguo y grandioso restaurante y le contó anécdotas de la vida de París, así como muchas murmuraciones. Se dedicó a entretener y divertir a Phyl y lo consiguió con tanta eficacia que ella se sintió encantada.

Cuando llegó el café, Brad sonrió y dijo con tranquilidad:

—Parece que he hablado yo solo. ¿Y qué me dice de usted? Hábleme de su vida, Phyl Foster. De su trabajo fascinante.

Ella volvió con resistencia a la realidad.

—En efecto —reconoció—, es fascinante descubrir cómo funciona la mente de los individuos. Le sorprendería saber que algunas personas al parecer comunes y corrientes viven fantasías extraordinarias. Y que hay personas brillantes y excitantes que me dicen que su vida está marcada por la desesperación y la duda. Trato a personas que son maníacos depresivos y que no ven motivos para vivir, y a psicópata que cometen delitos terribles y no muestran signos de remordimiento. Veo a niños de quienes se ha abusado, adolescentes perturbados, a madres recientes y angustiadas que anhelan matar a sus hijos. —Meneó la cabeza y contempló con tristeza la copa de vino—. A veces vuelvo a casa de noche y me pregunto si en este mundo hay personas cuerdas. Incluida yo misma.

—Pero usted asumió la carga de los problemas de esos individuos —dijo Brad—. ¿Eso está mal?

—Por supuesto, está mal. Y evito continuar en esa actitud. De noche intento aflojarme y olvidarlo todo. Bebo una copa de vino. Escucho música, leo un libro. Hay un solo caso en que me he permitido aceptar un compromiso personal y eso responde tanto a mis propias necesidades como a las necesidades de la paciente. Es un caso de pérdida de la memoria.

—¿Puedo suponer que es fácil devolver la memoria a alguien? Preguntó Brad. —¿Los parientes no vienen a buscar a los enfermos? ¿Un hermano, un esposo, una madre?

—No en este caso. La joven perdió la memoria como resultado de un accidente, y hasta ahora nadie vino a buscarla. —Sonrió—. Tal como explico las cosas, parece que se tratara de un objeto perdido.

—Y así es.

—Supongo que eso es cierto. De todos modos, todavía no he podido restaurar su

memoria. Ahora estoy tratando de rehabilitarla de modo que pueda continuar viviendo. Le encontré trabajo con una de mis amigas. Por eso voy a Antibes la semana próxima. A verla.

—¿A verificar los progresos de su experimento? —preguntó Brad, y a Phyl le pareció que lo hacía con cierto cinismo.

—No es una condición tan clínica —replicó Phyl, con un poco de su antigua firmeza—. Mi paciente es una mujer joven. Poder ayudarla significa mucho para mí.

—*Touché*, doctora. —Brad sonrió en actitud de disculpa—. Creo que no dispongo de tiempo para enfermedades de la cabeza. Puedo entender una pierna rota —se encogió de hombros en actitud muy expresiva—. ¿Pero la locura? Nunca.

—Mis pacientes no están locos —protestó Phyl—. Están perturbados.

Él rio y le tomó la mano. La invirtió y la besó con suavidad. Dijo, mirándola a los ojos:

—Doctora Phyl Foster, creo que usted es una dama muy bondadosa, además de muy bella.

El deseo se manifestó en la mirada de los ojos azules. En un instante ella olvidó todo lo que se relacionaba con el trabajo, los asesinatos y Bea. Lo único que podía ver eran sus ojos, lo único que podía sentir era el contacto. De pronto se le cortó la respiración a causa del deseo.

Salió del restaurante enlazada por el brazo de Brad, apenas consciente de la cortés despedida del personal. Volvieron en silencio al apartamento de Brad, sin tocarse, pero cada uno consciente de la presencia del otro. Estacionaron en el garaje de la planta baja y caminaron tomados de la mano hasta el ascensor.

Él le rodeó los hombros con el brazo mientras esperaban. Empezó a besarla. Besos pequeños que le cubrían la cara, los ojos, la garganta. El ascensor llegó en ese momento, y una pareja de personas mayores, muy elegantes, descendió. Los miraron, divertidos, cada uno rodeado por los brazos del otro, pero Phyl ni siquiera prestó atención.

En el ascensor Brad deslizó las manos bajo la chaqueta de Phyl. La acercó, sosteniéndola con firmeza, mientras su boca cubría los labios femeninos. Escalofríos de placer recorrieron el cuerpo de Phyl; no deseaba que el beso terminase. Cuando el ascensor se detuvo en el último piso, Brad la alzó en brazos y la llevó al apartamento, sin separar sus labios de los labios de Phyl.

Se sentaron juntos en las profundidades del gran sofá de brocado, aún absortos cada uno en el otro. Por fin, él dejó de besarla. Le apartó los cabellos desordenados y la miró a los ojos. Leyó en ellos el mensaje que era la expresión del deseo de Phyl. Le movió el mentón, de nuevo acomodó su boca para que recibiese el beso y bebió este como si hubiese sido vino. Una descarga eléctrica pasó de los labios de Phyl a sus senos, de las profundidades de su vientre a sus pies, y ella gimió feliz.

La tomó de la mano y la llevó sin resistencia al dormitorio. Las lámparas con las luces amortiguadas por las pantallas enviaban fragmentos de luz a los distintos

rincones de la habitación, mientras un fuego ardía en el hogar de piedra caliza. Las alfombras de suave seda, todas de color rosa, cubrían el piso de *parquet* oscuro y las largas persianas los separaban de la noche. Estaban en su propio mundo, un lugar que Phyl no había visitado durante mucho tiempo. Quizá nunca.

La obligó a volverse y abrió el vestido de encaje negro. Ella bajo los brazos y permitió que el vestido cayese al suelo. Un minuto después los dos estaban desnudos.

Permanecieron mirándose. Después él le sostuvo la mano. Phyl se la entregó en actitud de confianza. Brad la acercó a él y permanecieron con sus cuerpos desnudos y temblorosos apretados en el abrazo. Phyl echó la cabeza hacia atrás, y él comenzó a besarla, primero la garganta y después los pechos, hasta que ambos se hundieron en la cama. Brad deslizó los brazos bajo el cuerpo de Phyl y la alzó para acercarla a su boca, bebiéndola como un licor, hasta que ella temblando y gimiendo pidió compasión. Y solo entonces la penetró.

Él era un enamorado exigente, que reclamaba de ella más de lo que la propia Phyl sabía que podía ofrecer, y a su vez Phyl cerró las piernas sobre el cuerpo de Brad, llegando a una cumbre casi inconcebible de deseo. Y eso se repitió varias veces.

Largo rato después, finalmente quedaron tendidos en silencio y fatigados, y los temblores continuaron sacudiendo sus cuerpos.

Él permaneció tendido sobre las almohadas, con las manos tras la cabeza. La miró y dijo con suavidad:

—No sentí nada parecido desde que tenía catorce años.

Phyl le sonrió, todavía sumida en una especie de fulgor tierno y cálido. Esperó aturdida que él le hablase de su primer amor, de alguna fresca y joven condiscípula del colegio secundario y del primer beso que sacudió su existencia juvenil.

Pero la voz de Brad de pronto cobró matices duros cuando dijo:

—Yo tenía catorce años y estaba abrumado por la curiosidad sexual, aunque carecía en absoluto de conocimiento práctico. Una tarde estaba montando mi bicicleta y se me pinchó una goma. Me encontraba precisamente frente a la casa de un amigo de mi padre, de modo que llevé la bicicleta hasta el sendero, con la esperanza de conseguir que me ayudara.

»La puerta estaba abierta y no había nadie cerca. Me asomé al vestíbulo, pero estaba vacío. Rodeé la casa, con la esperanza de encontrarlo en la pista de tenis o en la piscina. La ventana de lo que él denominaba su sala de recibir permanecía abierta, y de pronto oí un sonido que provenía de allí. Me detuve a escuchar. Era una clase diferente de sonido.

Misterioso. Algo me indujo a adoptar precauciones, de modo que avancé de puntillas y espí por la ventana.

«Vi a una mujer acostada desnuda sobre la enorme alfombra de piel. Era la que emitía esos ruidos extraños. Tenía las piernas alrededor del cuello del hombre. Las manos del individuo le sostenían las nalgas, y mantenían el cuerpo en alto. Y *él estaba devorándola*. Ella gemía y gritaba. Tenía los ojos cerrados, pero su cara estaba

deformada por la pasión».

Brad miró en silencio el lecho, y Phyl esperó, preguntándose qué vendría después. Un momento más tarde, él dijo:

—Fue mi primera relación con el sexo, y los resultados fueron inmediatos. Me alejé avergonzado. Pero nunca olvidé esa escena. Está indeleblemente grabada en mi memoria, y juro que jamás hice el amor en mi vida sin recordarla.

—Me lo imagino —dijo Phyl en actitud comprensiva—. Fue tu primera experiencia pornográfica.

—Más que eso. —Brad se puso de pie y se acercó desnudo a la ventana. Levantó un paquete de cigarrillos depositado sobre la mesa, extrajo uno y lo encendió. Inhaló profundamente y después exhaló el humo, mirando sin ver por la ventana hacia el jardín iluminado por la luz de los faroles. Por fin dijo, con voz fría—: El hombre era un amigo a quien conocía de toda la vida. Y la mujer a quien devoraba tan ávidamente era mi madre.

Los ojos de Brad tenían un vacío terrible. Phyl comprendió que ella estaba asomada a las profundidades del alma de Brad y ahora no podría hallar palabras para consolarlo. No había nada que pudiera decir a su amante. En su condición de profesional, con la distancia adecuada entre paciente y doctor, habría podido encontrar la fórmula, las respuestas acertadas que lo apartasen de sus crueles recuerdos. Pero esto era diferente. Mientras yacía desnuda en la cama, con la impronta del amor de Brad todavía sobre ella, lo único que pudo decir fue:

—Lo siento.

Brad se encogió de hombros malhumorado.

—Así era Rebecca. Nunca sabré por qué mi padre la toleró tantos años. Ni cómo lo hizo. Mi padre era un hombre apuesto... rico y con éxito. Pero mi madre era una aristócrata, una mujer que se movía en los grandes círculos sociales. Y él no era más que el hijo de un ranchero. —Se encogió de hombros—. Creo que armonizaban el uno con el otro. Nunca hablé del asunto con mi padre. Y nunca dije a nadie lo que vi. —Se acercó y besó levemente la mejilla de Phyl—. Tampoco debí decírtelo. Perdóname.

Por supuesto, ella lo perdonó, pero continuaba impresionada. Los cambios de humor de Kane de la tristeza a la alegría eran inquietantes.

Y ahora de nuevo él se encogió de hombros, desechó su ánimo sombrío y la llevó a desayunar en el Café Flore. Más tarde, fueron a hacer compras en la Rue du Cherche Midi y recorrieron los puestos de libros a orillas del Sena. Phyl olvidó todo lo relativo a la conferencia que había determinado su visita a París. Brad era apuesto, un hombre encantador, y además divertido, Y ahora ella se sentía sexualmente tan atraída por Brad y él por la psiquiatra que pensó que la gente sin duda podía percibir el calor que emanaba de los cuerpos de ambos, mientras se detenían para besarse sin vergüenza en los portales de las casas o para mirarse profundamente cada uno a los ojos del otro. Percibían el calor fulminante de la atracción sexual que determinaba

que cada uno solo deseara tener al otro. Phyl no pensaba en Bea o en Millie. O en Franco Mahoney. Solo pensaba en Brad.

Pasaron tardes largas y sensuales en el dormitorio penumbroso de Phyl, veladas románticas en los bistros mal iluminados, y noches maravillosas en el apartamento de Brad. Se desnudaban cuando atravesaban la puerta, tocándose, besándose, devorándose uno al otro. Una noche Brad ni siquiera alcanzó a esperar para desvestirse y la poseyó contra la pared, alzándola en el aire, penetrándola salvajemente. Ella gritó de dolor, pero él no se detuvo hasta que rodaron juntos por el suelo, medio sollozando, medio riendo. Hacían el amor por doquier, en la cama de Brad, en la valiosa alfombra Aubusson frente al fuego en el gran salón y en la ducha, empapándose de jabón y de sus propios jugos.

El lunes por la noche por fin Phyl recobró el sentido y recordó que debía viajar a Niza la mañana siguiente. Estaban en el apartamento de Brad y acababan de hacer el amor. Él se mantenía de pie junto a la ventana del dormitorio, mientras fumaba un cigarrillo con pereza, cuando ella se lo dijo.

Él la miró en silencio; después se volvió y observó los techos de las casas.

—Cancela tu compromiso —dijo con frialdad.

—No puedo hacer eso. Lo prometí.

—¿Y tu promesa significa más que yo?

—Oh, por favor, Brad, no seas infantil. Y tú sabes que eso no es cierto. Prefiero mucho más permanecer aquí contigo.

—En ese caso, ¿por qué no anulas el viaje? ¿Por qué no lo arreglas para ir en otra ocasión?

Phyl meneó la cabeza, sonriendo ante la tontería de Brad y en secreto complacida porque él la deseaba tanto. Se sentó en la cama, elevó la sábana hasta el mentón y se alisó los largos cabellos negros, consciente de que su cuerpo todavía estaba húmedo con el calor y la transpiración del amor.

—Brad, por favor —dijo seductora—. Estamos hablando de mi paciente. La que perdió la memoria. Es una cosa grave, y sencillamente no puedo romper la promesa que le hice.

—Como desees —dijo él con brusquedad. Ella lo observó, atónita a causa de la impresión, mientras él entraba en el cuarto de baño y cerraba la puerta.

Ella escuchó el ruido de la ducha y se preguntó por qué él no podía aceptar el hecho de que había algo importante que ella debía hacer. Sin duda sabía que prefería estar allí con él. Suspiró cuando se dijo que también ella se había comportado de un modo irresponsable. Seguramente Brad se resignaría a su ausencia cuando le dijese que se alejaría apenas unos días.

Pero él no habló cuando ocuparon el ascensor para descender al garaje.

—Regresaré el viernes —dijo Phyl, cuando él la dejó en el hotel.

Los ojos azules de Brad tenían una expresión distante. Ella permaneció de pie en la acera, sonriéndole en actitud apaciguadora, pero Brad se alejó sin decir palabra.

Las lágrimas asomaron a sus ojos cuando caminó desolada hasta el hotel.

El teléfono de su habitación estaba llamando. Sintió un vuelco en el corazón cuando corrió a atenderlo. Pensó que era Brad y atendió con voz alegre:

—¿Sí?

—Estoy vigilando su situación, doctora —dijo alegremente Franco Mahoney—. Asegurándome de que sabe frenar a esos astutos franceses. Y quiero decirle también que Coco se arregla perfectamente aquí, con sus semejantes. Le aseguro, doctora, que no querrá mantenerse lejos demasiado tiempo, porque después no sentirá deseos de regresar a casa.

La voz de Franco Mahoney sonaba fuerte y franca. A mucha distancia de París y de las actitudes turbulentas de Brad Kane.

—Franco, gracias por preguntar —replicó ella con amabilidad.

—No es problema, doctora. —Hubo un largo silencio, y él dijo con gentileza—: Dígame, ¿está bien? No me dirá que los franceses están deprimiéndola.

—Los franceses no me deprimen en absoluto —lo corrigió mecánicamente Phyl—. No, no, estoy bien. Solo un poco cansada. Creo que es el efecto del viaje.

—Imaginé que mañana vería a Bea. Solo deseaba enviar a esa joven mis mejores saludos y decirle que continúo trabajando en su caso. Y abrigo la esperanza de que ella también esté esforzándose. Quizá, si ella piensa en algo, tomaré un avión e iré a verla en persona —agregó, medio en broma.

—La llamaré y le informaré, Mahoney —dijo ella con voz fatigada—. Ahora es tarde. Tengo que dormir un poco.

—Sí, esa es otra cosa que deseaba preguntarle. ¿Qué demonios está haciendo hasta las cuatro de la madrugada? ¿La están obligando a trabajar mucho en esa conferencia? ¿O hay otra cosa?

Había estado llamando hora tras hora y se notaba que estaba preocupado.

—Está bien, Mahoney —replicó ella—. Buenas noches. Bese en mi nombre a Coco.

—Así lo haré —replicó Mahoney, lacónico.

Capítulo 17

El decorador de interiores traído por Millie de Cannes estaba recorriendo la Villa Mimosa, mientras evaluaba el trabajo que sería necesario para convertir la casa en un lugar habitable. Bea esperaba en la escalera de la puerta principal, la mirada perdida en el espacio, sumida en sus propios pensamientos.

Reconoció el pequeño descapotable rojo de Nick cuando este avanzó por el sendero hacia ella.

—Millie me dijo que estabas aquí —dijo el joven alegremente—. Sube. Iremos a ver la casa de campo de la niñera Beale.

A Bea se le agrandaron los ojos.

—¿De veras? ¿Pero cómo sabes dónde está?

—Pude avivar la memoria de *monsieur* Marquand con otra ronda de copas de vino, en el Café du Marin Bleu. Recordó que no estaba lejos de la villa. Dijo que había que avanzar por el camino. Hay un pequeño recodo cerca del final, y allí veremos algunas casas. Afirmó que la reconoceríamos porque parece inglesa.

Avanzaron por un camino estrecho y sinuoso hasta que vieron el grupo de casas escondidas en un pliegue de la ladera. La casa de campo era minúscula, con una empalizada de estacas de un jardín poblado de rosas y margaritas.

—Sí, ese es un jardín inglés —dijo Nick riendo.

Aunque el *cottage* estaba desocupado, no parecía que lo hubiesen descuidado. El jardín no tenía malezas, la pintura se mantenía en buen estado y las rosas habían sido bien podadas. Espiaron a través de las ventanas limpias y pulcras y por el esplendor del interior supieron que alguien cuidaba el lugar.

Nick fue a preguntar a un vecino, mientras Bea lo esperaba. Se sentó en un resquebrajado banco de madera, a la sombra de varias enredaderas, e imaginó a la anciana dama inglesa cuidando su bonito jardín, quizá sentada allí por las tardes, mientras observaba la luz que cambiaba sobre el mar a medida que el sol descendía. Quizá pensaba en el pasado y en el niño que habían dejado a su cuidado para que lo criase.

Nick regresó con la información de que alguien venía todas las semanas para ocuparse del jardín y limpiar la casa. El vecino le había suministrado el nombre de la agencia en cuestión, y si se apresuraban podían encontrar a alguien antes de que cerrase para el almuerzo francés, que duraba dos horas.

Se dirigieron con rapidez hacia la aldea próxima, y Bea esperó a Nick en el automóvil. Desapareció bastante rato, y ella continuó consultando impaciente su reloj. Cuando por fin regresó Nick, mostró triunfante una llave.

—Usé todo mi encanto —dijo él sonriente—. Pero prácticamente tuve que dejar en garantía mi cuenta bancaria, e incluso mi vida, antes de que el monstruo de agente

me entregase esta llave. También conseguí que ella me informase quién paga el trabajo del jardinero. Alguien llamado Trust Flora Beale, administrado por un banco londinense. Paga por trimestre y sin retraso, y la dama no demostró demasiado interés en que alguien molestase su arreglo. Cuando le dije que era escritor y que podía incluirla en mi libro acerca de la vida en la Riviera, se convirtió en arcilla en mis manos. Me entregó en el acto las llaves... y con una sonrisa. —Él se echó a reír y los dos comenzaron a alejarse—. Ah, lo que es el fulgor de la fama.

De todos modos, se sintieron como intrusos cuando al fin abrieron la puerta de la casa de campo y permanecieron mirando alrededor. En cierto modo, pareció que la niñera Beale aún vivía allí.

Podía haber sido el decorado de una vieja película inglesa. Una antigua mecedora Windsor estaba frente al hogar, al lado de un diván tapizado con cretona floreada y adornado con almohadones. Había una alegre alfombra roja y docenas de fotografías en sus marcos de plata; correspondían a niños pequeños y estaban distribuidas sobre el escritorio de roble. Las gafas redondas de la niñera Beale descansaban sobre las páginas abiertas de un ejemplar de *David Copperfield*, de Dickens, exactamente como, sin duda, ella lo había dejado. Su chaqueta de franela gris colgaba de un armario, al lado de algunos vestidos sencillos. Sus zapatos muy cómodos —negros para el invierno, blancos para el verano— estaban alineados precisamente debajo. Sobre el estante pudieron ver los sombreros de ala redonda, el azul y el de paja, los mismos que *monsieur* Marquand había descrito.

Bea emitió un suspiro satisfecho al mirar alrededor. La casa era un lugar sencillo, pero ciertamente cómodo. La cama estrecha de madera de cerezo, con su pesado edredón blanco; los platos simples de la cocina y los vasos de cristal vacíos eran de buena calidad, pero se trataba sin duda de las preferencias de una mujer que, a causa de su empleo, siempre había vivido la vida ordenada por otra gente y había tenido poco tiempo para formar su propio gusto. La casa de la niñera Beale transmitía el mensaje de que esta era una mujer que tenía lo que necesitaba, pero nada más. Y eso era suficiente para ella.

Bea se sentó insegura en el sillón de la niñera.

—Niñera Beale, niñera Beale —murmuró esperanzada, balanceándose con suavidad hacia adelante y hacia atrás. Pasó ligeramente la mano sobre las páginas del libro, tocó las gafas como si al tocarlos pudiese atraer mejor a la mujer—. Estoy segura de que te conozco.

Miró con atención las caras reproducidas en las fotografías que estaban sobre el escritorio, con la esperanza de evocar un recuerdo, pero las habían tomado muchos años antes y en ellas aparecían niños de apariencia muy inglesa, con sus vestidos blancos almidonados y los pequeños trajes de marinero, sentados en carritos arrastrados por ponis, frente a impresionantes mansiones inglesas, o faldas complementadas con blusas; todos miraban con el ceño fruncido la luz del sol en instantáneas tomadas a orillas del mar, que conservaban las imágenes para la

posteridad y chapoteaban en las aguas agitadas por el viento, en lugares llamados Frinton y Margate.

Bea se resistía a curiosear todavía más en la vida privada de Flora Beale, pero Nick le dijo que no fuese tan absurda.

—Si alguien estaba al tanto de *la célibataire* y el marido, era esta mujer —dijo, mientras revisaba las alacenas y los cajones repletos de sencillos pañuelos de hilo blanco y collares de encaje, de delantales blancos almidonados y antiguas sábanas de algodón. Nanny Beale había mantenido todo en el lugar adecuado. Nick sonrió al imaginarla mandando a sus jóvenes pupilos, inculcándoles las virtudes de la pulcritud y la limpieza, exhortándolos a cepillarse los dientes y a llevar siempre pañuelos limpios en los bolsillos.

Bea miró esperanzada mientras Nick buscaba, pero él solo encontró unos pocos recibos viejos por la compra de artículos alimenticios y la ropa del lavadero. No había nada importante, y Nick buscó por doquier, e incluso en el viejo baúl de hojalata depositado en el desván.

Nick se inclinó sobre la puerta del dormitorio con los brazos cruzados, mientras pensaba.

—Bien, ¿dónde con exactitud una anciana dama como esta guarda sus secretos? —preguntó. Entonces su mirada encontró la de Bea y Nick sonrió. Entró en el dormitorio y levantó el colchón. Deslizó la mano bajo este y palpó. Sus dedos se cerraron sobre algo, y Nick retiró la mano.

—Lo tengo —dijo con expresión triunfante a Bea.

Era un ancho sobre de papel madera, repleto de papeles. Los extrajo y se sentó frente a la mesa de la cocina, para examinar los documentos, las cartas y una pequeña llave de plata. Varias cartas tenían direcciones inglesas, correspondientes a residencias y mansiones; en definitiva se trataba de elogiosas referencias al excelente temperamento, a la sobriedad de la señorita Flora Beale y a su absoluta consagración a los niños y sus obligaciones. Había también dos cartas escritas con una firme caligrafía francesa. Bea y Nick se miraron excitados. Habían sido escritas por Marie-Antoinette Leconte y en ellas se comentaba la incorporación de la señorita Flora Beale a la familia, como niñera del pequeño que aún no había nacido.

Flora Beale había escrito a *madame* Leconte solicitando el cargo de niñera para el niño que aún no había nacido.

«Me agradecería trabajar en un país distinto», escribió, en la cuidadosa caligrafía redonda de una mujer cuya educación, como ella decía a *madame*, «se limitaba a la escuela parroquial, y había concluido a los trece años, cuando entré a servir en la mansión local de Oxfordshire».

«Pero mi experiencia con niños abarca muchos años, *madame* Leconte», escribía al final de la carta, «y estoy segura de que usted coincidirá en que para cuidar a los niños no hay mejor educación que la experiencia».

Madame Leconte había contestado inmediatamente en inglés, ofreciéndole el

empleo. Le dijo que el hijo que estaba esperando lo significaba todo para ella... «Más que mi propia vida», según decía en la carta.

Bea apartó los ojos de esas tristes palabras.

—*Monsieur* Marquand tenía razón —dijo con un estremecimiento—. Marie Leconte sabía que estaba señalada por la muerte.

—Quisiera saber —dijo Nick— si incluso entonces creía que su marido era capaz de asesinarla. Y, en caso afirmativo, por qué no hizo algo al respecto.

—Apuesto a que fue orgullo femenino. Recuerda que ella era *la célibataire*, la heredera, la mujer fea que siempre estaba al borde de la multitud, siempre sola, a pesar de su dinero. Era el tema de todas las bromas durante aquellos años. Incluso los niños de la calle se burlaban. Y aquí estaba ese apuesto joven, representando el papel de amante esposo, y todos podían verlo. Tal vez solo esperaba que, después de todo, estuviese equivocada al juzgarlo.

—Aquí hay otra cosa —dijo Nick. Levantó un documento asegurado con cinta rosa—. Mira, la niñera Beale incluso se tomó el trabajo de conseguir que lo autentificaran.

Unieron las cabezas, mientras recorrían con los ojos las palabras de Flora Beale.

«Es necesario que ponga esto por escrito», decía la niñera Beale, «de modo que llegue el día en que quienes lo necesiten puedan saber la verdad». Y continuaba:

Es sencillo. Lo supe apenas vi al marido. Se había casado con la pobre Marie-Antoinette Leconte por su dinero. ¿Acaso había otro motivo que justificase que un hombre apuesto pero implacable como ese pretendiese a una mujer como mi ama?

Madame Leconte me pidió que viniese a trabajar para ella tres meses antes del nacimiento del niño *de modo que me aclimatase a mi nuevo país y a sus costumbres*. Pero en el corazón sospecho que me lo pidió para tener compañía. Sin duda era la mujer más solitaria que vi jamás.

Conocí a *madame* apenas poco tiempo antes de que falleciera, pero comprobé que era bondadosa, gentil e inteligente, aunque no era una mujer de buena cuna y no poseía el «buen gusto» de mis patrones anteriores. Pero no me cabía la más mínima duda de que el hijo era todo para ella. Y tampoco dudaba de que *madame* no confiaba en su esposo.

Madame me entregó una carta que había escrito y que estaba destinada a su hijo que aún no había nacido. Me pidió que la guardase en lugar seguro. Debía entregarla al hijo «si sucede algo y yo muero antes que él», según me explicó, con esa expresión sombría en sus ojos oscuros, en realidad como si ya supiera lo que habría de sucederle apenas pocas semanas más tarde.

Madame Leconte depositó en mí su confianza, pero también me entregó su posesión más preciada, el hijo que para ella valía más que todo su dinero. Me pidió que le prometiese que, si a ella le sucedía algo, cuidaría de su hijo. Por supuesto, empecé mi palabra. ¿Qué mujer no habría hecho lo mismo?

A su vez, ella se mostró generosa. Me dijo que jamás necesitaría dinero. Incluso compró para mí la casa de campo y estableció un fondo que me suministraba una renta anual vitalicia.

Yo estaba en el cuarto del niño del primer piso cuando sucedió el accidente. Escuché el sonido de las voces estridentes y después un estampido como un pistoletazo. Me asusté, pero el niño había despertado a causa del ruido. Empecé a gritar, y pasaron algunos minutos hasta que corrí hacia la galería superior con el pequeño en brazos.

Miré estupefacta la terrible escena abajo, en el vestíbulo. *Madame* Leconte yacía boca abajo sobre el suelo de mármol, y ante mis ojos horrorizados parecía que había sangre por doquier.

El marido llegó desde la biblioteca. «Dios mío, hubo un accidente», exclamó con cierta exageración teatral. Todos los criados estaban reuniéndose y mirando la figura inmóvil de *madame*. «*Váyanse. Váyanse*», nos gritó, y la mirada de irritación en sus ojos nos indujo a huir.

Finalmente había sucedido esa «cosa terrible» temida por *madame* Leconte. Y, aunque él dijo que era un accidente, en el fondo del corazón yo sabía que él la había asesinado.

Sepultaron al día siguiente a la pobre *madame*, y de inmediato su marido partió para París, para conversar con sus abogados. No regresó. De modo que quedé al cuidado del joven señorito Jean Leconte, a quien siempre llamé con afecto Johnny.

Había prometido a *madame* que protegería a su hijo. Durante cinco años mantuve la promesa, y vivimos en paz en la Villa Mimosa. Pero, cuando sobrevino por fin el acontecimiento que yo temía, no fui rival para el enemigo.

Antes incluso de leerlo, Bea supo lo que la niñera Beale había redactado después. Podía verlo en los oscuros recesos de su mente; podía sentirlo, del mismo modo como había sucedido en su sueño...

Eran las siete y media de una mañana de junio. Los pájaros ya habían saludado al nuevo día y se mantenían tranquilos, y no había ni un soplo de brisa que agitase la superficie de las piscinas ornamentales. Nadie turbaba el silencio cuando el mayordomo abrió la puerta e inclinó la cabeza en actitud respetuosa ante el niño menudo, de cabellos oscuros, que pasó a su lado y corrió hacia el pórtico, oliendo el aire con el entusiasmo de un cachorro a quien acaban de liberar.

Era un niño pequeño, moreno, de cuerpo menudo, de cinco años y físico delgado, con las piernas muy delgadas y los ojos castaños inteligentes. No se parecía en nada a su padre apuesto, rubio y de ojos azules, y tampoco poseía su robustez. La niñera Beale, atenta a las obligaciones contraídas con la madre fallecida, lo mantenía envuelto en algodones, lejos de otros niños, no fuese que estos le contagiasen sus gérmenes. Y, atenta a su riqueza y a su futura posición en la vida, lo vestía de seda de la cabeza a los pies, como un pequeño lord Fountleroy.

La niñera era su amiga, y el mayordomo, el chófer, las doncellas y los jardineros eran sus compañeros. Las alacenas del cuarto del niño estaban ocupadas por todos los juguetes y todos los juegos imaginables, a pesar de que no tenía amigos pequeños con quienes compartirlos. Su más preciada posesión, su más fiel amigo, era un perro de juguete lanudo llamado Fido, porque la niñera Beale decía que un perro auténtico y vivo era demasiado sucio, tenía muchas pulgas y transmitía esos «gérmenes» temibles.

Habían vivido de este modo desde que él tenía memoria, y era un niño feliz, satisfecho con su vida porque no conocía otra cosa. Era el centro de ese pequeño universo, ese ámbito específico.

Se sentó sobre los peldaños de mármol, sintiendo el frío a través de sus pantaloncitos azules de seda, paseando feliz la mirada sobre su dominio. El aire matutino parecía tan vital como la esperanza en su corazón de que ese día pudiera ser más interesante que el anterior, porque los días del pequeño eran todos iguales. Paseó la mirada por el jardín, dejó atrás los grandes cedros y buscó el mar azul que se extendía debajo. Alcanzaba a oír los pavos que chillaban cerca del rosal y a oler los diferentes perfumes de las flores cuyos nombres conocía gracias al jardinero, que le había enseñado. Su favorita era la mimosa, la flor que daba su nombre a la villa, pero la dulzura de esta flor se manifestaba solo en primavera.

El gorjeo de los canarios amarillos y azules y el grito de los alegres y pequeños loros provenía de la pajarera plateada que, según le había dicho la niñera, el abuelo había construido como un regalo de cumpleaños para su madre hacía mucho tiempo; y el agua caía alegremente en la trabajada fuente del patio, mezclándose con el rumor del impetuoso arroyuelo que partía de la gruta, situada en la colina, a cierta altura.

Ese era su reino, su mundo entero.

Se oyó un nuevo sonido: era la campanilla de bronce del portón. El niño levantó la cabeza interesado, protegiéndose los ojos del sol.

Se oyeron pasos sobre la grava. Un hombre caminaba hacia él. Un hombre alto y apuesto. El sol se reflejaba en los cabellos rubios. El hombre se detuvo al pie de la escalera y miró al niño. Este oyó a la niñera Beale, que estaba en el vestíbulo, detrás, y se acercaba corriendo. Pensó que eso era extraño y sonrió al forastero; la niñera jamás corre: le parece una actitud poco digna.

Le habían dicho cómo debía hablar a los extraños, de modo que ahora se dirigió al desconocido: «Soy Johnny Leconte», dijo con una sonrisa confiada. «¿Quién es usted, monsieur?».

El hombre lo miró con frialdad, prestando atención a la tez pálida, al cuerpo frágil, a sus prendas de seda. En un tono de total indiferencia, dijo al fin: «Soy tu padre». Y después, dirigiéndose a la niñera Beale: «Prepárelo. Me lo llevo conmigo». Exactamente como si hubiese sido un paquete.

El niño se volvió para encontrarse con la exclamación de horror de la niñera.

«Niñera, ¿adónde vamos? ¿Adónde?».

Los ojos temerosos del pequeño percibieron la mirada ansiosa de la niñera. «A la tierra de los ateos», gimió ella. «Al fin del mundo».

Un temor inenarrable se apoderó del muchacho, y una nube oscura se cernió sobre él y ocultó la bella mañana, el canto de las aves, el aire puro, la luz del sol. Y lo separó de su propio mundo.

Amé a ese niño [continuaba escribiendo la niñera]. Y me propuse cumplir mi promesa con *madame*, como ella había cumplido conmigo. Mi corazón se estremecía ante la situación, pero era imposible que mi niño viajase solo con ese individuo perverso. El deber es el deber. De todos modos, yo me preguntaba *por qué* él reclamaba a su hijo después de tantos años.

Siguió el más horrible viaje de mi vida. En un buque italiano salimos de Marsella, en viaje a Estados Unidos. Johnny y yo nos alojamos en un camarote pequeño y mezquino, en la clase más barata. Su padre se instaló en primera clase y jamás reconoció siquiera la presencia de su hijo. Y cuando el transatlántico afrontó una tormenta en medio del océano, enfermé de tal modo que debí confinarme a mi camastro, y el pobre Johnny tuvo que arreglarse solo. Después llegamos a Nueva York y comenzó el interminable viaje en tren a través de ese país enorme y extraño. Tuvimos que dormir en nuestros propios asientos, aunque sabía que el padre del niño descansaba en un camarote lujoso del tren.

Llegamos a San Francisco y nos trasladamos a un gran hotel. *Monsieur* Leconte descendió del vehículo con rapidez, pero cuando quise seguirlo me golpeó con la puerta en la cara y dijo que para nosotros se habían dispuesto otros arreglos. Debíamos tomar el siguiente buque a Honolulu. Solos.

Los muelles estaban poblados por hombres rudos, de expresión perversa, pero yo no podía demostrar mi temor a Johnny, que gracias al cielo estaba tan interesado en lo que le rodeaba que no podía tener miedo. Nuestra embarcación era vieja y destartada, con una tripulación de chinos paganos que no hablaban una sola palabra de inglés; el viaje pareció interminable y hubo muchos días tormentosos, durante los cuales tuve la certeza de que las grandes olas verdes nos tragarían. Y la comida que nos suministraban estaba formada por alimentos extraños e imposibles. Johnny y yo nos vimos obligados a sobrevivir con una dieta de simple arroz hervido.

Así, cuando por fin llegamos a Honolulu, nos pusieron inmediatamente en una embarcación más pequeña, que nos llevaría a la isla personal del padre de Johnny, a su propio reino.

El documento de Flora Beale terminaba bruscamente con esas palabras. Bea y Nick se miraron, pues ambos ansiaban saber lo que había sucedido. Él examinó con cuidado los restantes papeles, pero no encontró nada más.

De pronto, Bea comenzó a llorar, con grandes y desesperados sollozos. Nick le pasó el brazo sobre los hombros tratando de reconfortarla.

—Pobre Bea. Pero hemos progresado. Por lo menos ahora sabes lo que significa tu sueño. —Le apartó los cabellos de la frente y dijo—: Aunque no comprendo cómo llegaste a saberlo.

—No entiendo —sollozó Bea—. Nick, no se trata de que yo lea las palabras de la niñera Beale. Esas expresiones están en mi propio corazón; el miedo del muchacho lo guardo aquí adentro... siento como si lo que él pasó estuviera sucediéndome. Y no puedo soportarlo, Nick. Tengo miedo.

Capítulo 18

Acababa de peinar los rizos amarillos de Millie. Se había puesto un vestido amarillo de seda floreada que hacía juego y había complementado todo con una diadema de diamantes que le adornaba el pecho. Sus labios exhibían una capa de lápiz de labios rosa intenso. Estaba sentada frente a una mesa, en la terraza del Hotel du Cap, mientras esperaba que Bea y Phyl llegasen del aeropuerto. Pero no estaba pensando en sus amigas. Pensaba en la llamada telefónica que había recibido en las primeras horas de la mañana y que provenía de un abogado de Ohio.

—¿Quién demonios me llama de Ohio a las dos y media de la madrugada? —había preguntado aturdida, mientras extendía las manos hacia sus gafas y se las ponía, como si estas pudiesen ayudarle a entender mejor lo que el abogado decía.

El abogado explicó que la llamaba para informarle de la muerte de un Fenwick, primo tercero de quien hacía mucho tiempo que ella nada sabía. En un trágico accidente de automóvil el primo y su esposa habían muerto. Los dos hijos pequeños del matrimonio ahora eran huérfanos. En su testamento, el primo decía que Millie era la única parienta y la designaba tutora.

Entretanto, decía el abogado, se habían adoptado disposiciones para asegurar la atención de los niños. Si Millie rehusaba hacerse cargo como tutora, se les enviaría a hogares adoptivos, y él esperaba que más tarde pudieran ser adoptados.

—¡Demonios, no! —dijo Millie, conmovida—. Los parientes son los parientes, aunque solo ahora me entero de la existencia de estos niños.

—Estos pobres niños necesitan un hogar —le dijo Millie al abogado—. Consígame todo lo que necesitan y envíeme la factura. Por mi parte, necesito solo un poco de tiempo para arreglar las cosas. Mientras tanto, díales que la tía Millie los ama y no ve el momento de prodigarles juguetes y afecto.

Cortó la comunicación, asombrada y complacida ante la idea de convertirse repentinamente en «madre» a su edad. En el fondo del corazón sabía que había hecho lo que correspondía.

—Por supuesto, todos pensarán que no es más que otro de mis caprichos —se dijo varias horas después, cuando finalmente comenzaba a adormecerse—. Pero, como siempre, en mi locura hay cierto razonamiento.

Aún estaba sentada en la terraza, contemplando soñadora el mar, cuando oyó que pronunciaban su nombre. Sonrió a su antigua amiga Phyl y a su nueva amiga Bea, que ahora se acercaban a ella.

—Al fin llegaste, querida Phyl —dijo, mientras abrazaba con fuerza a la visitante—. Estás maravillosa, como siempre, a pesar de que uses esos colores negros eternos. Como un traje de viuda, querida muchacha. Es hora de que cambies un poco.

—No eres la primera que dice tal cosa —rio Phyl recordando a Mahoney.

Millie la inspeccionó de nuevo con aire crítico.

—Hum —dijo—, de todos modos, creo que no apruebo esos círculos oscuros alrededor de tus ojos. O la conferencia de los médicos te ha obligado a permanecer levantada la noche entera, o lo hizo otra persona. Ojalá que haya sido otra persona. Eso te haría bien.

Se sonrieron. Las dos mujeres no tenían secretos. Phyl conocía todo lo que había que saber acerca de Millie, y a la inversa.

—Estoy segura de que Bea ya te relató los últimos hechos —dijo Millie mientras se acercaba a «su» mesa en la terraza e indicaba con un gesto arrogante que la acompañasen—. Parece que al fin estamos llegando a algún resultado. No sé *con exactitud* donde. Esa es tu sección Phyl —dijo mientras pedía té—. Mientras tanto, te reservo una pequeña sorpresa. —La miraron expectantes, y ella sonrió, gozando del momento de suspenso—. Jamás lo adivinarías —dijo.

—¿No me diga que usted salió a comprar un apartamento en Montecarlo, además de todo lo que ya hizo? —preguntó Bea con suspicacia.

—Por supuesto, no he hecho nada de todo eso. Ya soy la orgullosa propietaria de la Villa Mimosa. ¿Quién querría más?

—Vamos, Millie —imploró Phyl—. No nos mantengas en la espera.

—Estoy a punto de ser madre. —Se echó a reír al ver que ambas la miraban incrédulas. Después les habló de la llamada telefónica proveniente de Ohio.

—Son Scott y Julie Fenwick. De nueve y siete años. Y bien, ¿no les parece que son un par de nombres muy simpáticos? Ese astuto abogado preguntó cuándo estaría en mi casa, para mandarlos en el avión a Nueva York, y me habría encantado verle la cara cuando le dije que mi casa estaba aquí, en la Riviera. «Pueden viajar a esta ciudad y asistir a la escuela local», le dije al buen hombre. «Si es bastante buena para la princesa Carolina, debe serlo también para mí». Además —agregó, llevándose compasiva la mano al corazón—, pensé que un cambio de escenografía sería conveniente para esos pobrecitos, después de lo que ha sucedido. Pero le dije que tendrían que esperar una semana o dos, hasta que los trabajos en la villa hubieran terminado.

—¿Una semana o dos? —dijo Bea con voz débil, al recordar la villa, reducida a una cáscara sobre la cual trabajaban los albañiles, los carpinteros y los pintores. Solo había un enorme orificio donde debía encontrarse la nueva piscina, y los jardineros—decoradores todavía estaban atareados extirpando las plantas y colocando el césped nuevo.

—Bien, quizás un poco más —reconoció Millie—. Pero ya llamé a ese diseñador de interiores y le dije que se diese prisa. Tiene un nuevo plazo. Un mes, eso es todo. En definitiva —dijo, mirando con expresión de ruego a Phyl—, no puedo pedir que los pobres chicos lleguen y permanezcan en un hotel. Sobre todo después de un viaje tan largo y de todo lo que han soportado. Necesitan un hogar adecuado, y yo pienso suministrarlo.

«Imaginen que yo, Millie Fenwick, voy a ser madre después de tantos años». Volvió a reírse ante la idea misma. «Y eso no lo pudo conseguir ninguno de mis inútiles maridos. Siempre dije que ellos tenían la culpa».

El destino de Scott y Julie Fenwick fue el tema principal de conversación esa noche, a la hora de la cena, y solo más tarde, cuando estaban solas en su habitación, Bea pudo mostrar a Phyl el «documento» y las cartas de la niñera Beale.

Phyl le dijo que Mahoney creía que alguien sin duda le había hecho una descripción de la villa.

—Es la única respuesta lógica —dijo Phyl—. Y la misma persona seguramente relató la historia del padre que volvió a reunirse con el hijo. Por eso lo recuerdas.

—En ese caso, Phyl, ¿por qué aliento sentimientos tan intensos al respecto? ¿Por qué experimento ese terrible sentimiento de aprensión, como si yo fuese la persona que está sentada en ese umbral, esperando que termine mi mundo?

—¿Quizá se trataba de algo cercano a ti?

—¿Quieres decir de alguien a quien yo amaba? ¿Pero cómo pude olvidar a alguien a quien amaba tanto?

Phyl meneó la cabeza.

—Bea, te aconsejo que mires hacia adelante y no hacia atrás. Que el pasado cuide de sí mismo. Uno de estos días las cosas volverán a aclararse en tu mente, del mismo modo que sucedió con el perfume de la mimosa ese día en el hospital, y lo recordarás todo. Incluso tu propia identidad.

Los ojos castaños de Bea adquirieron una expresión desesperada cuando miraron a Phyl. Solo Phyl conocía la profundidad del terror que sentía porque ignoraba quién era y porque alguien había deseado matarla. Pero, aunque sabía que Phyl tenía razón, de todos modos Bea necesitaba saber qué le había sucedido a la niñera Beale y al pequeño Johnny Leconte, solo en la isla en compañía de su perverso padre.

Nick había observado que el marido de Marie-Antoinette siempre aparecía como *monsieur* Leconte en el artículo periodístico que se refería a la muerte de la dama, de modo que fue a buscar al periodista Marquand, en el Café de Marin Bleu, para preguntarle si sabía la razón de que utilizara el apellido de su esposa.

—El extranjero adoptó el nombre de Marie-Antoinette porque el padre de la mujer lo había determinado así en su testamento —contestó Marquand—. El padre de Marie-Antoinette dijo que, si ella llegaba a cambiar su nombre, perdería la herencia. Por supuesto, era el modo de intentar que se negara al matrimonio. Él detestaba la idea de perder a su hija, incluso después de morir, y estaba decidido de que por lo menos la mujer muriese ostentando siempre el mismo nombre. Como usted comprenderá, era un asunto relacionado estrechamente con la herencia —agregó *monsieur* Marquand—. Y estoy seguro de que el extranjero vino a reclamar a su hijo por la misma razón: la herencia.

»Debe entender, amigo mío, que el antiguo código de sucesión napoleónico aún se aplica en Francia. De acuerdo con sus normas, un hombre no hereda toda la

propiedad de su cónyuge. Los hijos gozan de preferencia. En el caso de los Leconte había un solo hijo, Johnny, y este heredaba la mitad de la propiedad de su madre. El extranjero heredaba la mitad restante y tenía que pagar los impuestos. Después estaba la propiedad de Leconte. La Villa Mimosa y el apartamento de París eran solo una pequeña parte de los bienes inmuebles, y los mismos representaban un caudal importante. De acuerdo con la ley, el marido no podía venderlo inmediatamente. Tenía que esperar hasta que su hijo cumpliera dieciocho años. En ese momento, podía vender las propiedades y dividir el dinero.

«De modo que sospecho que cuando el extranjero comprendió que no podía esquivar las leyes francesas de la herencia, volvió para reclamar la prenda financiera de su futuro: su hijo. Como usted sabe, ese hombre gastaba mucho», agregó reflexivamente Marquand. «Estoy seguro de que en el curso de cinco años había gastado la mayor parte de lo que le correspondía de la fortuna de Marie-Antoinette y que ahora disponía de mucho menos de lo que esperaba». Sin duda necesitaba mucho el dinero del niño.

Nick llamó al banco londinense y concertó una cita con los administradores del legado de Flora Beale para la mañana siguiente.

—Quizás ahora descubramos qué sucedió con el pequeño Johnny Leconte en esa isla lejana —dijo esperanzado a Bea, que lo despidió en el aeropuerto.

Capítulo 19

Pocos días después, cuando Phyl regresó a París, tuvo la sensación de que su habitación de hotel había sido invadida por un florista. Había ramos fragantes en todas las mesas, e incluso un tipo hawaiano de orquídeas blancas sobre la almohada. Y un mensaje: «Te extraño. Por favor, perdóname. Brad».

Se quitó las ropas, tomó una ducha fría, adornó su cuello con las orquídeas y lo llamó.

—Gracias por la extravagante bienvenida —dijo con voz en la que se notaba una sonrisa.

—Fueron también un ruego de disculpas. No me atreví a esperar que llamasen. No lo merezco. Creo que simplemente me sentía celoso.

Ella meneó la cabeza y dijo con un suspiro:

—Pero, Brad, sabías que no iba a reunirme con otro hombre.

—Me siento celoso de quien te aparta de mí.

Ella le preguntó, con un súbito chispazo de su antigua independencia:

—¿No te parece que eso es un poco irrazonable?

—En efecto. Pero me muestro irrazonable... en todo lo que se refiere a ti.

Phyl se rio, acarició las orquídeas que descansaban sobre su busto y oyó que él suspiraba aliviado cuando le pidió que viniese a verla.

Le abrió la puerta media hora después, desnuda salvo las orquídeas, los largos cabellos cubriéndole los hombros pálidos, y preguntándose si debía sentir algo distinto frente a ese hombre ahora que había estado lejos y había tenido tiempo de reafirmar su propia personalidad. Pero él le pareció tan atractivo, seductor y seguro de sí mismo como siempre. Él la examinó con lentitud, de arriba a abajo. Meneó la cabeza incrédulo al verla tan hermosa y le dijo que se sentía el hombre más feliz sobre la tierra. Después la alzó en brazos y la llevó a la cama.

Al día siguiente, Phyl canceló su vuelo de regreso a Estados Unidos y todas sus citas la semana siguiente en San Francisco. Dejó el hotel y fue a alojarse en el apartamento de Brad.

Apenas salieron del apartamento durante una semana entera. Cuando lo hacían, era solo para caminar hasta la esquina y entrar en el «bistro», o vagabundear por los bulevares, tomados de la mano, mientras se miraban de tanto en tanto a los ojos y se transmitían íntimos mensajes de deseo.

Phyl no pensaba en nadie más. Sabía que estaba comportándose irresponsablemente por primera vez en su vida, pero no podía evitarlo. Después de años de representar el papel de la «solterona de hielo», si había convertido en una mujer sensual, cuyo cuerpo reaccionaba frente a cada matiz de caricias de Brad.

Sin embargo, había ocasiones en que tenía conciencia de que, incluso si conocía

íntimamente cada milímetro del cuerpo de ese hombre, en realidad a él mismo no lo conocía bien. Brad Kane era un extraño a quien había conocido hacía solo algunos días.

Algunas veces tenía la sensación de que la relación amorosa no era suficiente para él, de que deseaba llegar más lejos e iniciar juegos peligrosos que a ella no le interesaban. La psiquiatra que había en ella cobró incómoda conciencia de que en la personalidad de Brad había profundidades ocultas y corrientes subterráneas. Sus celos irracionales en relación con el viaje a Marsella se lo habían demostrado. Pero estaba demasiado enamorada para preocuparse. Se decía que no quería analizar a su amante; solo deseaba gozar del momento.

Y una noche, después de hacer el amor, cuando por fin estaban agotados y yacían en la cama enlazados en un estrecho abrazo, Brad comenzó a hablar de su familia.

Brad le dijo que su abuelo, Archer Kane, había sido un aventurero yanqui. Había salido del hogar a los trece años y se había dirigido al Oeste.

—Mi abuelo lavó oro, excavó la mina en busca de carbón, recogió frutas, trabajó en un rancho. Era suficiente que alguien mencionara una actividad, y Archer tenía experiencia en ello —le dijo Brad, con una sonrisa orgullosa—. Terminó en San Francisco; de allí pasó a Hawái en un carguero, y transportó caballos y ganado hasta Big Island. Tenía solo diecinueve años cuando conoció a su futura esposa.

Phyl se volvió para mirar a Brad con la cabeza apoyada en la mano, escuchando fascinada mientras él hablaba de la esposa de Archer.

—Ella se llamaba Lahilahi. Lo cual en hawaiano significa «La Delicada», y era la amada hija de padres hawaianos nobles. Solo cuando la tierna jovencita de diecisiete años amenazó morir con el corazón destrozado, ellos aceptaron de mala gana permitirle que contrajese matrimonio con el extranjero de cabellos amarillos.

Brad dijo:

—Mi abuelo me contó que les ofrecieron una boda complicada, propia de una muchacha de la posición y la riqueza de Lahilahi. Se sucedieron cuatro días de festines y bailes, se procedió a asar docenas de cerdos, hubo muchos litros de bebida, salmón *lomilomi*, *hupia* y mucho más. La novia vestía un sarong azul intenso y muchísimas plumas imperiales, así como orquídeas y otras flores, con coronas de fragantes flores *pakalana* sobre sus cabellos negríssimos, que según relataba mi abuelo caían como una cascada hasta llegarle a las rodillas.

»Archer era un joven muy apuesto, que vestía una camisa floreada, también con muchos collares; como regalo de boda entregó a su hermosa novia una hilera de perlas... es cierto que pequeñas, pero de hermoso color.

Brad se echó a reír, rompiendo el encanto de la historia cuando agregó con cinismo:

—Nadie pudo adivinar dónde había conseguido Archer el dinero para comprar un regalo tan caro. Todos sabían que él no era un individuo rico. Pero se trataba de gente hawaiana muy sencilla; no conocían los bajos fondos por los cuales circulaba Archer,

donde los hombres podían ir a comprometer su futuro —e incluso su alma— para obtener prestados unos cuantos centenares de dólares.

»Archer era más astuto que ellos. A cambio del collar de perlas obtuvo una isla. Sin duda, era un lugar pequeño, pero estaba frente a la costa de Maui y había sido propiedad de la familia de la novia desde los tiempos del rey Kamehameha. Fue su regalo de bodas a la joven pareja. Abrigaban la esperanza de que Archer cultivara caña de azúcar y piña y de ese modo haría su fortuna.

»Terminados los cuatro días de festividades, los esposos partieron en canoa para su isla. Los acompañaron esa parte del camino centenares de canoas alegremente adornadas, tripuladas por los invitados a la boda que entonaban canciones tradicionales de despedida. El abuelo decía que había sido un espectáculo extraordinario. Verdaderamente se sentía un rey.

»Muy pronto el aroma de las flores quedó cubierto por el terso aire salino del Océano Pacífico. Y, cuando las restantes canoas regresaron a casa y la esposa les dirigió el saludo final, Archer vio que una lágrima se deslizaba sobre la mejilla de su mujer. Él se volvió impaciente para contemplar la isla y su futuro. Estaba harto de la boda hawaiana y ya estaba contando las ganancias con las cosechas en las cuales aún no había trabajado.

Brad sonrió con indulgencia.

—Así era mi abuelo Archer. Creo que tú dirías que era un hombre pragmático.

—Yo diría que era un hombre duro —dijo Phyl pensando en la romántica esposa, tan bella y tan triste al ver que quedaba atrás su afectuosa familia.

—Eso es cierto —coincidió Brad—. Se volvió para sonreír a Phyl. —¿Te aburro? Escuché muchas veces esta historia. Es parte de la tradición de la familia Kane, transmitida de generación en generación.

—No, no. Continúa hablando —dijo Phyl, acurrucándose complacida en el hueco del brazo de Brad, mientras hundía la cara en el cuello masculino y gozaba del olor del hombre y la sensación que le provocaba su piel, así como del sonido de su voz bien timbrada.

—Entonces te hablaré de nuestra isla. Es el corazón de nuestra familia, podríamos decir que nuestra alma. Suponiendo que la tengamos —agregó con una sonrisa brusca y cínica.

»¿Imaginas a Lahilahi contemplando con ansiedad la isla mientras su perfil rocoso surgía del océano? Veía que era pequeña, a lo sumo veinte kilómetros en su mayor anchura y quizás unos treinta kilómetros de longitud. El extremo noreste era rocoso y se levantaban sobre él olas impetuosas que se arrojaban sobre los riscos cortados en pico, y había corrientes peligrosas que podían hundir una canoa en las aguas del océano, eso en pocos segundos. Pero la tranquila costa del sureste se caracterizaba por las playas de arena blanquísima, adornada por palmeras, algas marinas y muchísimas plantas floridas.

»Una serie de pequeñas montañas de forma cónica, antes volcánicas, corría como

una columna vertebral por el centro de la isla, dividiendo el este del oeste, frenando las tormentas originadas en el Océano Pacífico y recogiendo el agua de lluvia del lado occidental. Las laderas más bajas se habían cubierto gradualmente de una densa espesura formada por diferentes plantas, y las flores rojas, amarillas y anaranjadas adornaban las montañas. Lahilahi decía que a su juicio eran como adornos florales colgados del cuello de Pele, la diosa de los volcanes, cuyo espíritu seguramente vivía allí, esperando surgir de nuevo.

»Más allá de estas montañas, el lado occidental de la isla era un lugar de barrancos profundos y resonantes cascadas. Con sus arcos iris frecuentes y sus densos helechos, mostraba bosques de árboles espesos, enredaderas y plantas trepadoras. En los espacios vacíos había anchas hectáreas de pastos salpicadas de lava oscura y reluciente que había fluido muchos años antes de los picos volcánicos y formaba un camino de piedra hasta llegar al océano.

»El lado oriental, más benigno, habría sido un sitio estéril de no haber sido por la costumbre de un antiguo viajero. Estaba explorando la isla y, mientras recorría las pendientes en su pequeño *pony*, arrojaba al suelo las semillas de los pinos de su tierra natal. Las semillas arraigaron y los árboles crecieron, evitando la erosión del suelo. Y así, los valles estaban protegidos de la fiereza del sol por altos árboles, y los pastos y las frutas crecían con facilidad gracias al agua que llegaba por las pendientes de las montañas.

»Cuando la joven Lahilahi descendió de la canoa para entrar en su isla, se agarró a la mano de su apuesto marido de cabellos rubios. Paseó la mirada sobre la playa sinuosa y blanca, las altas palmeras, las flores de colores vivos que adornaban la ladera de la montaña y los picos volcánicos cónicos y desnudos, como los pechos de la diosa Pele dominando su propia isla. Y ahora emitió un suspiro de felicidad.

«Ah, esposo», dijo con suavidad, «debemos llamarla Kalani... paraíso... pues seguramente es eso».

Lágrimas de compasión asomaron a los ojos de Phyl mientras miraba Brad. Él descansaba sobre la espalda con las manos unidas tras la cabeza, mirando al techo como si este fuese la isla de su relato.

—Es la historia más romántica que he escuchado nunca —murmuró Phyl.

Él le dirigió una mirada escéptica mientras se ponía de pie y se servía una copa de *brandy*. Alzó en el aire el botellón, ofreciéndole un poco de bebida, pero ella negó con la cabeza.

—No esperaba que una mujer de tu mente científica se sintiera conmovida por este argumento de comedia musical —dijo con tono burlón—. En realidad, el idilio ya había concluido. Archer Kane había conseguido lo que deseaba. Lo consumía el orgullo originado en la posesión de su tierra. Lo primero que hizo fue organizar a los isleños, una mezcla de descamisados hawaianos y chinos, con el fin de que lo ayudasen a construir una pequeña vivienda de madera y piedras, con techo de palmeras.

»Trabajó firme ese primer año, pero las cosechas fueron escasas; él estaba impaciente e irritado. Había pensado que su isla sería el trampolín para llegar a la fortuna y ahora todo le salía mal. De modo que se fue a Honolulu, a divertirse con las prostitutas del puerto, tratando de olvidar sus problemas. Y allí estaba, poco más de un año después, cuando le vinieron a comunicar la noticia acerca de su esposa.

»Los criados dijeron que Lahilahi se había vestido con el sarong del casamiento. Se había colgado del cuello varios collares de flores y entrelazado las flores fragantes con sus cabellos. Se había desatado una tormenta violenta con grandes vientos y enormes olas. Lahilahi zarpó en su canoa y avanzó hacia la noche tormentosa.

Los ojos celestes de Brad mostraron una expresión enigmática.

—Nunca volvieron a verla —dijo en voz baja.

—Dios mío —murmuró Phyl—. Pobre muchacha. ¿Se suicidó?

Brad se encogió de hombros como descuidadamente.

—Mi abuelo dijo que él no sabía. Por supuesto, la familia de Lahilahi lo culpó. Dijeron que él le había destrozado el corazón. Archer no asistió al festín fúnebre, pero supo que la familia había arrojado su maldición sobre él y su descendencia hasta la eternidad. Se limitó a reír y dijo que más importante que las maldiciones era el hecho de que ahora Kalani le pertenecía.

Mientras bebía su *brandy*, Brad sonrió a Phyl con frialdad.

—Y así es como Kalani se convirtió en la piedra angular de la fortuna de la familia Kane.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Phyl cuando observó que él atravesaba la habitación como un felino nervioso. La desconcertaba que al parecer no veía nada criticable en los actos de su abuelo. Lo único que le importaba, lo mismo que a Archer, era la isla y el papel que había representado en la fortuna de la familia.

—¿No compadesces a la pobre joven? —exclamó irritada.

Él la miró sorprendido.

—Todo fue lamentable —dijo con serenidad—. Pero digámoslo así: si Lahilahi no hubiese muerto, mi abuelo no habría conseguido lo que consiguió. Habría continuado siendo un cultivador de caña marcado por la pobreza la vida entera.

Brad elevó su copa en el aire riéndose.

—Y en ese caso, ¿qué habría sido de mí? —preguntó—. Habría tratado de sobrevivir en mi minúscula isla hawaiana, dedicándome a la botella cada día más temprano, impulsado por la mera frustración, como el personaje de un cuento de Somerset Maugham. Vamos, Phyl, todo eso fue hace mucho tiempo. No puedo darme el lujo de adoptar una actitud sentimental frente a eso.

—Tampoco pudo hacerlo tu abuelo —replicó irritada Phyl.

—Ahora estás mostrándote tonta. —Ella se había cubierto el cuerpo con la sábana y se incorporaba sobre el lecho con los brazos apretados con fuerza alrededor de las rodillas—. Nunca debí contarte eso. Pensé que te agradaría el relato.

Phyl recordó la descripción de la isla y comprendió que ese lugar había

significado mucho para él.

—En efecto, me agradó —dijo—. Y sé que adoptas una postura cínica. Amas a Kalani, ¿no es verdad?

Él se acercó a Phyl y le acarició los cabellos con suavidad.

—Es el lugar del mundo en que me siento más feliz —reconoció, y tocó levemente los labios de Phyl con los suyos—. Un día te llevaré allí, para que puedas comprobar si mi descripción es justa.

Phyl sonrió de nuevo cuando él la abrazó. Hundió la cara en el cuello de Brad, mientras depositaba suaves besos sobre la piel masculina sintiendo la aspereza bajo su lengua. Se dijo que todos tenían una oveja negra en su familia. En este caso, ese papel correspondía a Archer Kane.

Y esa misma noche Brad le relató otra historia de la familia y al hacerlo la conmovió profundamente.

Le habló de su niñez y de las vacaciones que pasaba corriendo por la isla de modo desordenado. La vivienda original construida por el abuelo se había convertido en una casa amplia y cómoda, con largos pasillos refrescados por los ventiladores de techo y hamacas tendidas entre las palmeras. Le explicó que el verdor del mar se unía a las profundas gargantas pobladas por helechos y a la lujosa intensidad de las minúsculas salamandras de color esmeralda.

Le habló de los resplandecientes pájaros escarlata y del mundo submarino de color azulado, colmado de pequeños y brillantes peces, parecidos a los adornos de los árboles de Navidad.

Brad hablaba con un tono alegre e indulgente mientras recordaba. De pronto, con el mismo cambio repentino de humor que ella ya conocía, se puso tenso.

—Mi madre detestaba la isla —dijo con brusquedad—. Nunca la visitaba. Solo le agradaban Diamond Head o San Francisco, donde tenía un apartamento. Le encantaba salir de compras y tenía armarios y más armarios colmados de prendas. Rara vez me permitía entrar en su habitación, porque afirmaba que yo la molestaba. Me expulsaba, medio riendo, pero yo sabía que lo decía en serio. Por supuesto, siempre deseaba estar con ella. Yo la amaba. Era mi hermosa madre, mi madre enojada y adorada. Yo tenía solo seis años.

Miró a Phyl, y la voz recobró la ternura anterior, cuando dijo:

—Ella siempre se dormía tarde, y yo me deslizaba silencioso por la mañana y a escondidas le miraba la cara dormida. Había restos de maquillaje bajo los ojos, rastros de lápiz labial sobre los labios, pero siempre se la veía con una expresión serena e inocente cuando dormía.

»A veces me ocultaba en su armario, entre las prendas envueltas en papel de seda, mientras esperaba que ella despertara, para sorprenderla. Me sentaba en el suelo, contemplando el mundo fantástico de las prendas multicolores, los chifón, los tules y

las lentejuelas, y pensaba en el modo de provocarle la risa.

»Una mañana fui al armario para ocultarme y observé las prendas de color, los azules intensos, los retazos verdes y rojos que ella amaba. Y entonces vi los zapatos. Eran grandes y los habían fabricado con un cuero marrón, tan brillantes que relucían, y comprendí que no podían ser los zapatos de mi madre. Ella tenía prendas claras y lustrosas que ahora colgaban sobre mí.

»Mi mirada se desplazó hacia las medias. Medias rojas. Sonreí. Conocía solamente a una persona que usaba medias como esas. Un hombre que visitaba con frecuencia a mi madre y a quien, según me lo habían ordenado, yo llamaba tío Wahoe. Miré los pantalones de franela gris y me reí al salir de mi escondrijo infantil.

«Tío Wahoe», —dije, «vine para jugar al escondite».

La voz de Brad se hizo más áspera.

—Aparté a un lado las lujosas prendas de vestir y lo miré. Había una cuerda alrededor de su cuello. Estaba colgando del travesaño. La cabeza estaba inclinada en un ángulo grotesco y la cara mostraba un color morado. Tenía la boca abierta, con la lengua negra e hinchada que sobresalía y los ojos saltones como los de un sapo.

Brad se sostuvo la cabeza con las manos. Toda su actitud expresaba desesperación. Phyl lo miró horrorizada. Pero no se atrevió a interrumpir.

Un momento después Brad levantó la cabeza. Encendió un cigarrillo y dijo con tranquilidad:

—Permanecí inmóvil durante un rato, aterrorizado, y después corrí a buscar a mi madre. Estaba sentada en la cama, con la bandeja del desayuno.

«¿Qué haces aquí?», preguntó irritada. «¿No te ordené que nunca entraras a menos que te lo permitiese?».

»La miré fijo. Estaba asustado, pero incluso entonces pensé que era muy hermosa. Alta, de cabellos oscuros y los ojos almendrados. Tenía el cuerpo fuerte, y ahora sé que se movía con un aire intencionadamente sensual, moviendo las caderas esbeltas de un modo destinado destacar sus curvas.

«¿Por qué el tío Wahoe está en tu armario?», pregunté, asiéndole la mano.

»Ella retiró la mano; estaba leyendo una carta y pareció que apenas me oía. «¿En el armario?», preguntó con expresión indiferente.

«Dije: Tiene un aspecto tan extraño, colgado del travesaño. Me asustó».

»Ella apartó los ojos de la carta y me miró. Ahora sé que esa carta había sido escrita por él, y en ella le decía que se proponía morir, porque ella había cortado las relaciones entre los dos. Lo había despedido, y él no podía soportarlo. La cara de mi madre palideció. Lanzó un grito, y los criados llegaron corriendo.

«Eres un niño terrible. ¿Qué hiciste?», me gritó. «*La culpa es tuya*».

Brad miró sombrío a Phyl.

—Yo tenía seis años. Pero por eso la mayor parte de mi vida sentí que en cierto modo yo era el único responsable del suicidio del tío Wahoe.

Apartó el cigarrillo de los labios y lo aplastó con rabia. Después abrazó a Phyl y

le hizo el amor. Si es que ello podía llamarse «amor».

Phyl ni siquiera estaba segura de que en ese momento Brad supiera a quién estaba abrazando. Cerró los ojos; no deseaba ver su cara ni presenciar su dolor. Todo terminó en pocos minutos.

—No debiera habértelo dicho —expresó más tarde Brad con voz áspera—. Pero, Phyl Foster, en ti hay algo que induce a un hombre a revelar sus secretos.

Capítulo 20

Mahoney cruzó los brazos y se apoyó en la pared de la sala de entrevistas, observando a su socio Benedetti, que interrogaba a un sospechoso de asesinato. Lo habían traído a las 4 de la madrugada. Ahora eran las 10 de la mañana, y Benedetti se encontraba en su elemento, porque estaba trabajando horas extras y tenían a un tipo que él estaba seguro que había asesinado a una muchacha apretándola contra una pared con su automóvil.

El sospechoso, un hombrecito de cara de comadreja de poco más de treinta años, con cabellos ralos, un mentón insignificante y una frente estrecha que no dejaba mucho lugar al cerebro, afirmaba que él no había estado cerca del callejón donde había sucedido el episodio. Había estado en un club de North Beach, con sus amigos.

—¿Qué club? —preguntó Benedetti una vez más—. ¿Qué amigos? Vamos, por Dios, hombre, trate de salir del aprieto. Sabemos que su auto la mató. Su amante estaba allí, su automóvil estaba allí, y usted afirma que estuvo en North Beach en quién sabe qué club cuyo nombre no puede recordar, con algunos podridos amigos cuyo nombre tampoco recuerda. ¿Qué amigos, eh? ¿Y ni siquiera conoce los nombres?

El sospechoso meneó la cabeza con obstinación con los ojos fijos en un lugar que estaba a la derecha de su inquisidor.

—Ya se lo dije —insistió—. Sin duda alguien se apoderó del automóvil.

Benedetti miró exasperado a Mahoney. Había estado trabajando en el interrogatorio durante dos horas y media, y sin resultado. Habían encontrado a la muchacha aplastada contra la pared de un callejón, con los intestinos al aire, y, a menos que pudiesen conseguir que el sospechoso confesara, este lograría salir en libertad. Porque no tenían testigos y porque a pesar de su minúsculo cerebro el sujeto poseía suficiente experiencia de la calle para saber que carecían de testigos. Tenía razón: cualquiera hubiera podido conducir ese automóvil. Excepto que los policías sabían que él lo había hecho.

—¿Por qué no haces un descanso? —propuso Mahoney—. El señor Zacharias y yo podemos tener una breve charla.

Benedetti asintió. Se levantó de su silla con expresión de fatiga.

—Se lo dejo, Mahoney —dijo, mientras caminaba hacia la puerta.

Era un viejo ardid. Primero el método duro, castigando verbalmente al sospechoso, agotándolo hasta que confesaba o se hundía en una serie de mentiras que lo enredaban cada vez más. Pero este sospechoso era duro. No se había desesperado. De modo que ahora le tocaba el turno a Mahoney: la rutina del buen muchacho.

—Zacharias, usted parece tan fatigado como yo —dijo Mahoney—. ¿Qué le parece si ambos bebemos una taza de café caliente? —Zacharias asintió sin mirarlo.

Mahoney fue al pasillo y regresó con dos vasos de plástico llenos de algo que pasaba por ser café. Por lo menos, estaba muy caliente. Depositó uno frente a Zacharias—. ¿Un cigarrillo? —Le acercó un paquete de Marlboro.

Siempre sin mirarlo, Zacharias se apoderó de uno, y Mahoney observó satisfecho que la mano le temblaba. Mahoney no era fumador, pero encendió un cigarrillo para hacer compañía al sospechoso. Permanecieron sentados en silencio unos minutos.

—Beba su café cuando todavía está caliente —dijo Mahoney con actitud amable—. Ha sido una noche larga, ¿verdad?

Zacharias asintió, mientras bebía su café.

—Escuche, amigo —dijo Mahoney pocos minutos después Yo también tengo problemas con las mujeres. Sé cómo son las cosas Pueden fastidiarlo a uno hasta que lo enloquecen—. Suspiró hondo. —Tenía esa amiga, y caramba, era muy hermosa. Ya sabe cómo son las cosas con nosotros los policías; trabajamos horarios muy prolongados, por turnos, como si fuese una fábrica. Resulta que cuando yo trabajo por la noche, ella hace lo mismo. Con el marido de su mejor amiga. ¿Entiende lo que sucedió? Usted no puede permitir que hagan esas cosas, ¿no es verdad, Zacharias? Quiero decir que eso echa a perder el orgullo de un hombre Se lo aseguro.

Zacharias no formuló comentarios, y ambos fumaron en silencio.

—Le diré una cosa, Zacharias —dijo Mahoney con desenvoltura—. A esta altura del debate usted seguramente está muerto de hambre. ¿Por qué no pido que traigan algunos bizcochos? Así usted y yo podemos conversar. Puede decirme todo lo que sepa de ella. —Suspiró profundamente—. Estoy seguro de que era una mujer infernal, una prostituta como esa. En realidad, no saben cuando tienen un hombre bueno que las cuida.

Zacharias miró con cautela a Mahoney y asintió:

—Sí, era una auténtica perra —dijo con vehemencia.

Mahoney sonrió con simpatía.

—¿Ella estaba acostándose con otro? ¿Era eso?

Zacharias asintió. Las manos le temblaban, tanto que apenas podía sostener la taza. Mahoney se recostó en su asiento, observándolo y esperando que se desesperase. Advertía que se aproximaba el momento; sabía que ya lo dominaba.

Llegaron los bizcochos, y Zacharias devoró uno sin mirar.

—Sírvase otro —dijo Mahoney—. Son casi tan buenos como los que horneaba mi madre italiana.

Zacharias se apoderó de otro bizcocho y entre mordiscos comenzó a volcar su versión de la verdad: sí, ella era una perra y, en efecto, él la cuidaba, la mantenía bien, le compraba ropas y alimentos.

—¿Heroína? —sugirió Mahoney, pensando en las llagas infectadas que había visto en los brazos de la muchacha. Sabía que lo más probable era que ella muriese antes de tiempo como consecuencia de una sobredosis, o de septicemia, o de SIDA. No tenía nada más que diecinueve años. Mahoney odiaba al bastardo que tenía

enfrente, al extremo de que lo sorprendía que Zacharias no sintiese las vibraciones sobre la mesa.

—Era muy adicta —reconoció Zacharias.

—Pero, amigo, ¿dónde conseguía el dinero? —preguntó Mahoney con una sonrisa de simpatía.

Zacharias se encogió de hombros, con un gesto indiferente.

—Ejercía la prostitución, como todas.

—Caramba, esas mujeres son difíciles —dijo Mahoney—. Apuesto a que no le entregaba el dinero, debería haberlo hecho, ¿verdad?

—Sí. Bien, la perra lo hizo con excesiva frecuencia, ¿verdad? —exclamó Zacharias, dominado por un súbito sentimiento de cólera.

Escuche, Zacharias —dijo Mahoney, mientras se inclinaba sobre la mesa y acercaba su cara al sospechoso, al mismo tiempo que lo miraba a los ojos—. Quizás usted tuvo buenos motivos para atropellarla con su automóvil. Usted cree que lo merecía. Amigo, haré un trato con usted. Usted sabe que lo hizo, y nosotros sabemos que lo hizo. Ahora no hay modo lógico de esquivar el hecho. Pero dígame cómo sucedió todo, y yo haré todo lo que esté a mi alcance para ayudarlo. Quizá podamos presentar una confesión. Después de todo, usted me dijo que hubo provocación, ¿no es así? Quiero decir que ella estaba trabajando para usted y no le entregaba lo que ganaba. Ella conocía las reglas; en cambio, dedicaba todo el dinero a la heroína.

—Sí —dijo Zacharias con expresión fatigada. Estaba sentado, en un silencio hosco, y Mahoney adivinó que reflexionaba sobre el asunto. De reojo vio a Benedetti, que observaba a través del vidrio; pero no le hizo señas. Deseaba que Zacharias hablase.

—¿Usted promete sacarme de esto? —preguntó por fin Zacharias.

Mahoney abrió las manos y dijo tranquilamente:

—Zacharias, usted sabe que no puedo prometerle eso. Pero, si me dice la verdad, le prometo un juicio justo y haré lo que pueda por usted. En ese caso, si presentamos un alegato en que usted se declara culpable, habrá una sentencia reducida.

—Sí. Bien, ella se lo buscó, ¿verdad? —preguntó Zacharias, de pronto en actitud belicosa—. Maldito sea, se lo buscó. Usted sabe cómo son esas cosas...

Mahoney hizo señas a Benedetti, y un par de minutos después este ingresó con un taquígrafo que traía su cuaderno. Benedetti depositó otra taza de café frente a Zacharias, encendiendo el grabador, y Mahoney le acercó el paquete de cigarrillos.

—Hable de una vez, hombre —dijo Mahoney con expresión la fatigada—, de ese modo todos podremos ir a dormir un poco.

Mahoney debía encontrarse en el tribunal a las dos de la tarde; el caso era un típico homicidio doméstico del sábado por la noche. Varios meses antes la mujer había matado a su esposo con un tiro en la cabeza, cuando él dormía borracho en su

cama de la sórdida casa de huéspedes que ellos consideraban su hogar. Cuando Mahoney llegó al sitio, tres niños, todos menores de siete años, estaban acurrucados en un rincón de la segunda habitación con las cabezas ocultas bajo una sucia manta, con el fin de que no pudiesen ver lo que había sucedido. Estaban cubiertos de cardenales, y la madre permanecía sentada, impotente, sobre una mecedora rota, llorando sin ruido, con el arma sobre el regazo. Los vecinos habían llamado a la policía, y Mahoney había sido el primero que llegó al lugar del crimen.

El marido había golpeado una vez más a los niños, explicó la mujer con expresión triste y después ella había comprobado que además abusaba sexualmente de los pequeños. Su propia cara era un desastre cuando miró a Mahoney con expresión sombría: un ojo amoratado, la boca ensangrentada, la falta de varios dientes. Había estado golpeándola durante varios años, pero cuando comenzó a castigar a los niños, ella decidió que esa situación debía terminar. Los vecinos confirmaron su historia, y cuando miró a los niños acobardados las simpatías de Mahoney acompañaron a la mujer. Estaba seguro de que el jurado también le daría la razón. Solo abrigaba la esperanza de que el juez fuese benigno con ella.

Mahoney detestaba los tribunales, sobre todo la necesidad de esperar allí hasta que llegase su turno. Después de suministrar su declaración, esa tarde esperó un rato más hasta que todo terminó. Hizo una visita al médico forense en el depósito de cadáveres de la ciudad, para comprobar si habían terminado la autopsia del cuerpo hinchado recogido en la bahía la noche anterior, si había agujeros de bala, o la víctima había caído al agua, o se había ahogado. O si había pruebas de que quizá lo habían golpeado primero en la cabeza, matándolo antes de que tocara el agua.

Después fue al bar de Hanran y encontró a algunos de sus colegas que acababan de terminar el turno, bebiendo una cerveza y comentando los acontecimientos del día. Se sentó frente al mostrador y pidió una copa.

—¿Ustedes saben por qué aceptamos este trabajo? —preguntó con expresión fatigada—. ¿Somos masoquistas o qué?

—El «o qué» suena bien —dijo alguien con expresión sombría—. Salvo un puñado de locos, ¿quién puede querer un trabajo como este? Mi esposa se queja porque no me ve desde hace varias semanas. Entro en mi casa y mis hijos me miran como si no me conocieran. Les digo: «Eh, niños, soy vuestro padre. Ya sabéis, el tipo que va a trabajar y trae el dinero a casa». «Sí, queridos», dice mi esposa, «mucho dinero». Caramba, Mahoney, ¿te parece que vale la pena?

Mahoney pensó en Zacharias, a buen recaudo detrás de los barrotes, a dos calles de distancia, y en la joven de diecinueve años vengada porque él y Benedetti habían ejecutado su trabajo. En la expresión de alivio que había visto en la cara de la mujer esa tarde cuando el juez reconoció que había vivido intimidada y que al cometer el crimen había estado protegiendo a sus hijos. Le había aplicado un año en libertad condicional, y la mujer había salido en libertad, acompañada por los niños. Mahoney estaba seguro de que era la primera vez que ella podía mantener erguida la cabeza sin

temor de recibir una bofetada en la cara.

—Creo que es un buen trabajo —dijo Mahoney con una sonrisa complacida—. Es decir, los días buenos.

—Mahoney, parece que para ti fue un día largo. Y ya que estamos, ¿qué haces aquí? Pensé que esta semana estabas en el turno de la medianoche.

—Sí. Creo que olvidé volver a casa. —La fatiga se cernió sobre él como un manto que de pronto lo cubrió, mientras recordaba que no había dormido durante veinticuatro horas. Se despidió de sus compañeros y se fue en su automóvil lentamente a su hogar, para dormir unas horas antes de comenzar el turno siguiente.

Estaba de pie bajo la ducha, primero de agua caliente y después de agua fría, en un intento de reaccionar, cuando oyó el portero automático. Salió de la ducha y se puso una toalla alrededor de la cintura, mientras caminaba hacia el receptor.

—¿Sí? —dijo.

—¿Mahoney? Es Phyl Foster.

Había olvidado por completo que ella le había dejado un mensaje en el contestador automático, para decirle que había vuelto de París y vendría a recoger a la gata, a menos que él la llamase y le dijese que no podía recibirla.

—Venga, doctora —dijo el policía—. Pero le advierto que no estoy vestido. Supongo que usted podrá soportarlo.

—Lo intentaré, Mahoney —dijo ella con expresión ácida.

—La extrañé —dijo Mahoney, mientras Phyl entraba por la puerta, con una apariencia tan hermosa como lo que él recordaba. Quizás incluso más—. ¿Eso es nuevo? —preguntó él, admirando el suéter de cachemira roja que ella usaba sobre una camisa blanca.

—Lo compré en París.

—Veo que aceptó mi consejo. Me refiero al color.

—¿Cómo sabe que tuve en cuenta su consejo? ¿Y no el de otra persona? —Le sonrió con un gesto atrevido. Coco llegó corriendo, con ese maullido estridente de los gatos siameses, que no guardaba ninguna proporción con su tamaño. Phyl la levantó y la abrazó.

—Cuidado con los pelos de la gata —advirtió Mahoney—. Está cambiando el pelaje.

—No me importa. La eché de menos.

—¿Y a mí? ¿A mí me echó de menos, doctora? —sonrió él, asegurando sostener bien su toalla.

—Veo que su sentido de la elegancia no ha mejorado, Mahoney —dijo ella con humor acre—. Todavía ignora el modo de vestirse para una dama.

—Doctora, me sorprendió cuando acababa de bañarme. Trabajé hasta tarde y olvidé su mensaje. —Se inclinó ante ella y la invitó a pasar a la sala—. Lo siento mucho, doctora Foster. Por favor, póngase cómoda mientras yo intento vestirme un poco mejor.

Phyl se acercó a las ventanas. Estaban completamente abiertas y por ella entraba la brisa nocturna. Se apoyó sobre los codos en el alféizar y miró el enorme barco, probablemente un transatlántico, que cruzaba la bahía oscura con sus luces centelleantes como otras tantas estrellas. Los dos enigmáticos gatos siameses de Mahoney permanecían inmóviles, cada uno en un rincón del reborde de la ventana, oliendo la brisa que les acariciaba el pelaje. El macho gordo y corpulento ronroneaba satisfecho sobre el asiento de un sillón con las piernas colgando como un leopardo encaramado en un árbol después de una buena comida. La hermosa voz de Pavarotti entonaba antiguas canciones italianas, perdiéndose en la noche y algo delicioso gorgoteaba en la gran cocina de acero. Phyl sonrió y se volvió para mirar a Mahoney. Le agradaba el lugar. Se sentía como en su casa.

El policía se había puesto un par de *shorts* azules, una camiseta con el nombre de su gimnasio favorito y calzaba un par de viejos mocasines.

—Por lo menos, elegí el azul... para hacer juego con mis ojos —dijo, sorprendiendo la mirada divertida de Phyl—. No se queje, Foster. Esta noche hace calor, y además estoy cansado. —Caminó hacia la cocina y verificó el estado de la pasta—. Hablando de cansancio, doctora, ¿qué significan esas líneas oscuras bajo los ojos?

—Son idénticas a las que usted tiene —dijo la psiquiatra, alzando el mentón en actitud defensiva—. Acabo de realizar un vuelo de once horas que comenzó en París. ¿Qué apariencia me reclama? Por lo menos yo tengo una excusa.

—Yo también —dijo Mahoney—, pero no nos ocuparemos de eso. Hum, durante un minuto pensé que tenía motivos para sentirme celoso. Creí que quizás había conocido a otro tipo...

Ella suspiró negándose a responder a la provocación.

—Mahoney, gracias por cuidar a Coco. Estaba preguntándome si tendría inconveniente en cuidarla unos pocos días más este fin de semana.

—Por supuesto. —Mahoney no formuló preguntas y se limitó a servirle una copa de vino y a depositar sobre su plato la ración de pasta. Se sentaron en la mesa, y él le pasó el pedazo de queso parmesano y el rallador.

—¿No desea saber adónde voy?

—Por supuesto. ¿Adónde va, doctora?

—Oh, eso no importa —dijo ella con picardía.

—La pasta está muy sabrosa —reconoció después de un rato.

—Lo siento, esta noche no hay refinamiento de *gourmet*. Solo ajo y un poco de queso parmesano fresco.

—Y *tagliatelle* amasados en casa.

Mahoney meneó la cabeza.

—Comprados en Forneau. Son mejores que los míos. Y bien, hábleme de Bea. Parece que se dieron esas coincidencias tan extrañas, cuando ella descubrió la Villa Mimosa.

—Mahoney, ¿usted cree en el destino? —preguntó Phyl.

—Sí, creo. También creo en la coincidencia. Tal vez no atraparía a muchos asesinos si no fuese por las coincidencias. Y a usted la asombraría saber cuántas coincidencias se manifiestan en la computadora cuando usted le entrega todas las pruebas. Como dijo *sir* Thomas Browne en *Religio Medici*: «Sin duda, en la vida cotidiana hay ciertas conexiones, ciertos sesgos y cosas que pasan de largo bajo la categoría del Azar, pero que al fin, bien examinadas, resultan ser expresiones de la propia Mano Divina». —Sonrió a Phyl—. Doctora, podría decir que la coincidencia es para mí un modo de vida.

—Prefiero creer que se trata del destino. De todos modos, hay otro asesinato y le propongo que usted lo piense un poco. —Le habló de la historia de Marie-Antoinette Leconte, de su marido y de lo que el anciano periodista francés había visto.

Mahoney terminó de comer su ración de pasta y se apoyó en la silla, sorbiendo su vino.

—Mire, usted es una mujer muy bonita —dijo, sin que su comentario tuviese relación con todo lo que se había dicho antes.

—Mahoney. —Los ojos color zafiro lo miraron hostiles, y él le contestó con una sonrisa—. ¡Maldito sea!, Mahoney, le estoy diciendo algo importante. Acerca de un asesinato.

—Sí —dijo él con expresión fatigada—. Pero no puedo hacer gran cosa al respecto en este momento. Sucedió hace mucho tiempo, y además está fuera de mi jurisdicción. Más importante es lo que le sucedió al niño. A Johnny.

—El padre vino a buscarlo cinco años después. Creemos que lo hizo para garantizar que se adueñaría de la herencia. A pesar de que no podía ponerle la mano encima hasta que el hijo tuviese dieciocho años.

—A menos que el pequeño muriese primero.

Ella lo miró sorprendida.

—No había pensado en eso.

—¿Dónde lo llevó?

—A Hawái. No sé muy bien a qué isla.

Mahoney se encogió de hombros.

—Seguramente sería antes de que se incorporase como estado de la Unión. En ese momento tenía sus propias leyes. Podría haber sucedido cualquier cosa. ¿Cómo se llamaba el hombre?

—Adoptó el apellido de la esposa para recibir la herencia. El padre de la mujer lo había puesto como condición en su testamento. En general, lo llamaban «el extranjero». Al parecer, nadie conoce su verdadero nombre.

Mahoney suspiró.

—Sin un nombre, no tengo modo de investigar. Seguramente hay centenares de islas alrededor de Hawái. Pudo desaparecer fácilmente, sin dejar rastros, sobre todo en aquellos tiempos. Y muchos lo hacían. Pero dígame... ¿el extranjero llegó a

reclamar el resto de la propiedad?

—Todavía no lo sabemos. De todos modos, Nick está trabajando en eso.

—¿Nick? —Mahoney arqueó las cejas, y Phyl se echó a reír.

—Olvidé decírselo. Bea tiene un amigo. —Phyl describió a Nick y dijo que Bea se sentía muy feliz con él, a pesar de que el misterio de la villa comenzaba a afectarla.

—A mí me parece que se trata de una buena noticia —dijo por fin Mahoney—. Y en todo caso, parece que nuestro asesino no está sobre la pista de Bea.

—Franco, ¿usted cree que los dos asesinatos están relacionados? —preguntó Phyl, frunciendo el ceño a causa de la preocupación.

—Doctora, carezco de clarividencia. No tengo una sola pista para ahondar en la investigación, ni siquiera un nombre. En teoría y según las leyes de la coincidencia, sí, los dos casos pueden estar relacionados. En verdad, no sé qué decirle. Pero será mejor que usted me mantenga informado de las cosas que Nick y Bea descubren. Quizás en medio de todo el embrollo pueda descubrir algo que empiece a tener sentido. Pero ojalá todo eso no fuese tan antiguo. Doctora, yo me ocupo de los misterios del momento actual, no del pasado.

Ella asintió.

—Es extraño lo de Hawái —dijo—. Durante varios años no he pensado en esas islas. Ahora aparecen en dos contextos diferentes en el lapso de un mes. Conozco a un tipo que vive allí —dijo sonriendo con timidez a Mahoney—. Allí iré la semana próxima. Me invitó a pasar unas breves vacaciones.

—Un tipo, ¿eh? ¿De modo que, después de todo, tendré que mostrarme celoso?

Phyl pensó rápidamente en los celos absurdos de Brad; después se rio y miró a Mahoney. El detective era un hombre tan sincero que estaba dispuesto a poner sobre la mesa todos los problemas junto a la pasta, para discutirlos y analizarlos. No era como Brad, que tenía corrientes subterráneas sobre las cuales ella no experimentaba la más mínima certeza.

—Lo conoció en París, ¿verdad? —preguntó Mahoney.

—En realidad, no. Lo conocí en el avión.

—Entonces ¿un francés consiguió conmover su corazón? —Mahoney sonrió con actitud burlona, y Phyl se sonrojó—. No se preocupe, doctora —dijo Mahoney con sequedad—. Abandonaré mi condición de policía y no le formularé preguntas.

—No hay nada que ocultar —replicó Phyl en actitud defensiva—. Y, de todos modos, es norteamericano. Tiene un apartamento en París. Se llama Brad Kane.

—¿Brad Kane? —Pareció que Mahoney adoptaba una actitud reflexiva—. ¿Dónde escuché antes ese apellido?

—Probablemente oyó hablar del Rancho Kanoi. Es uno de los ranchos norteamericanos más grandes.

—Es el propietario, ¿eh?

Phyl asintió.

—Y lo veré la semana próxima.

—¡Usted es afortunada! —dijo Mahoney, que pensó en los cielos azules, las playas y la luz del sol bronceando el hermoso cuerpo de la psiquiatra—. Y quizá, después de todo, en efecto me sienta celoso.

—Le enviaré una tarjeta postal —prometió Phyl, mientras se apoderaba de su bolso—. Ah, olvidé decirle que le traje un regalo. —Le entregó un saco repleto de hierbas de Provenza y varios jarros con especias y condimentos—. Vienen de la *boutique* del Moulin de Mougins —dijo—. Es todo lo que pude conseguir. Y no me pregunte cómo conseguí esquivar a los perros rastreadores del aeropuerto. Estaba segura de que me arrestarían por posesión de sustancias ilegales.

—Ellos conocen la diferencia —dijo Mahoney, mientras olfateaba los sacos de hierbas fragantes, complacido porque ella lo había recordado—. La próxima vez, la llevaré a comer al Moulin —prometió—. Es una invitación.

Phyl se rio mientras descendía la escalera para retornar a su automóvil.

—Es un tiro por elevación, Mahoney; con mucha elevación.

—¿Usted no sabe a estas alturas que soy un hombre que siempre tira por elevación? —dijo Mahoney, inclinándose sobre la ventanilla del automóvil y mirando a Phyl.

Ella se acercó y lo besó levemente.

—Mahoney, ¿sabe una cosa? Usted es una persona muy buena —dijo.

Mahoney oyó la risa de Phyl mientras se alejaba. Contuvo un suspiro y consultó su reloj. Las diez y media. No podría dormir mucho. Qué demonios, más valía que se presentara temprano al turno de la medianoche.

Capítulo 21

El avión de Brad, un elegante Gulfstream IV, esperaba en la pista del Aeropuerto Internacional de San Francisco, con los motores que ya estaban calentándose. Phyl era la única pasajera, y una tripulación de cuatro personas la esperaba a bordo.

—El señor Kane le transmite su pesar porque no pudo presentarse, señora —dijo el comisario—. Le agrada pilotar personalmente el avión, pero hoy tenía un exceso de citas comerciales.

El avión era espacioso, con asientos cómodos dispuestos alrededor de varias mesitas. Había un camarote más reducido atrás, con asientos que se convertían en un lecho de tamaño normal, y un cuarto de baño pequeño pero perfectamente equipado. El comisario entregó a Phyl las últimas revistas y una selección de las novelas más recientes. Le propuso beber una copa de champaña y le dijo que el tiempo de vuelo hasta Honolulu sería de unas cinco horas.

—Abrigo la esperanza de que el viaje le parecerá cómodo, señora —dijo, sonriente. Phyl estaba segura de que así sería.

En Honolulu, un helicóptero del Rancho Kanoï esperaba para llevarla a la residencia de Brad. Volaron a baja altura a lo largo de la playa de Waikiki, y después la máquina se elevó para pasar las altas montañas, lo cual le permitió a Phyl tener un panorama sobrecogedor de las rocas oscuras y el océano, con sus olas esmeralda, adornadas por espuma. Describieron círculos alrededor de Diamond Head y descendieron a escasa altura sobre la casa. Phyl miró asombrada el lugar. Apenas comenzaba a comprender hasta qué punto Brad era un hombre adinerado. La mansión Kane parecía enorme desde el cielo; las diferentes instalaciones se extendían sobre hectáreas de jardines con sus grandes palmeras verdes, que llegaban hasta el borde mismo de los grandes riscos.

Brad esperaba en tierra. Echó a correr apenas el helicóptero tocó tierra. Su cara de rasgos apuestos se iluminó con una sonrisa agradecida cuando abrazó a Phyl.

—Dios mío, ¡cómo te he extrañado! —dijo, apretándola con fuerza—. Esta es la propiedad —agregó, con un gesto orgulloso del brazo, y ella se volvió para contemplar la casa alargada y baja, una serie de pabellones de estilo hawaiano unidos por pasillos y jardines intermedios—. No es muy diferente de lo que era en tiempos del abuelo Archer —dijo Brad—, excepto que yo la amplié un poco.

Caminaron hasta los peldaños de la casa principal, escapando del sol tan cálido y entrando en las habitaciones frescas y sombreadas. La casa estaba decorada con sencillez, en matices claros de verde menta, con discretas y flotantes cortinas blancas y suelos de mármol blanco. Los cofres hawaianos antiguos y las mesas muy sólidas se mezclaban con los adornos contemporáneos y los luminosos cuadros abstractos.

Los criados eran chinos; vestían chaquetas blancas y calzaban zapatillas negras que no hacían ruido sobre los suelos de mármol, pero, mientras Brad la acompañaba a través de la casa, Phyl advirtió que sus hombres no sonreían y que desviaban la mirada mientras servían las bebidas.

Brad la llevó primero a ver sus tres Hockney, que eran su principal orgullo; después los enormes Rothko en la larga galería y los delicados nenúfares de Monet en la larga sala. Había allí también obras de Edward Hopper y O'Keeffe, y muchos otros pintores modernos que ella no alcanzó a identificar. Por fin, Brad la llevó al comedor amueblado con notable formalismo y le mostró los retratos de familia.

—Este es Archer —dijo, deteniéndose frente al retrato de un hombre muy apuesto, de cabellos rubios amarillentos y ojos azules muy duros. Estaba sentado en un sillón de cuero de respaldo alto, con las manos unidas con fuerza frente a él; Phyl pensó que el retrato parecía crepitar a causa de la tensión que se manifestaba en la figura—. Y esta es Chantal, mi abuela —dijo Brad.

Phyl miró el retrato y dijo:

—No sabía nada de ella.

—Chantal O'Higgins —dijo Brad con amargura—. Medio francesa, medio holandesa Ya le enterarás.

Phyl pensó que Chantal era hermosa, una rubia platino con una expresión hosca en la boca y una mirada de insatisfacción en los ojos.

—Este es Jack, mi padre —dijo Brad.

El de Jack no era un retrato formal como los otros. Aparecía montando un corcel negro de aspecto imponente. Con una sonrisa descolorida y una cara muy apuesta, era la imagen perfecta del ranchero joven, rico y arrogante.

—No quería posar para el retrato —explicó Brad—. El artista tenía que sorprenderlo mientras se movía de un lado para otro. Este era su caballo favorito, llamado Volcán. El corcel justificaba su nombre. Sé que por lo menos mató a un hombre.

—¿Lo mató?

—Sí. Lo tiró. Hubo una fiesta, y el tipo se vanaglorió de que podía montar cualquier caballo. De modo que Jack le presentó a Volcán. —Brad rio con descuido—. Creo que aprendió una lección muy dura.

Phyl se estremeció y se preguntó qué clase de hombre había sido Jack para adoptar una actitud así, sabiendo que el caballo era peligroso.

—Y aquí está mi madre —dijo Brad con voz suave—. Rebecca.

Era un retrato de cuerpo entero; se la veía tan hermosa como él la había descrito: una cara suave y ovalada, ojos almendrados azules y cabellos negros ondulados. Sonreía seductora y tenía puesto un vestido de chifón verde Nilo, con cintas de satén, estilo Imperio, bajo los pechos que se mostraban generosos. Sostenía en una mano un ramillete de lilas color crema y la otra descansaba elegante sobre el respaldo de un sillón de brocado. Había algo opulento y abrumadoramente sensual en el retrato de

Rebecca: las lujosas texturas del chifón, el satén, el brocado; el fulgor de las esmeraldas y los diamantes; el brillo mismo de su piel. Era como si el artista la conociera demasiado bien, como si mantuviese con ella una relación amorosa.

—Es muy hermosa —dijo Phyl.

Brad se encogió de hombros y se volvió.

—Bien, eso es todo. La familia completa.

—¿Qué? ¿No hay hermanos ni hermanas? —preguntó Phyl, en tono burlón.

Él arrugó el entrecejo.

—Nada importante —dijo con brusquedad, y salió a la luz del sol.

La temperatura estaba elevándose y la humedad era también alta. Phyl dijo que creía que corría peligro de derretirse, de modo que ambos fueron a nadar.

La piscina de natación tenía veinte metros de largo y aguas profundamente azules; parecía extenderse hasta el infinito, sobre el borde del risco. Ella se zambulló y nadó hasta lo que parecía ser el borde mismo del espacio; después volvió flotando de espaldas con los ojos fijos en el cielo azul.

—Esas son nubes de tormenta —dijo Brad frunciendo el entrecejo—. Espero que mañana haga buen tiempo. Me proponía llevarte a ver el rancho.

Acertó en lo que se refería a la tormenta; a las seis los relámpagos iluminaban el mar y la lluvia repiqueteaba sobre la isla. Permanecieron acostados en la enorme cama de cuatro postes que había sido tallada en la magnífica y reluciente madera de koa hawaiana, por la madre de Brad, más de cuarenta años atrás. Las sábanas de hilo se posaban muy suaves sobre la piel fresca de Phyl, y la boca de Brad era todavía más suave cuando comenzó a besarla. El aroma de las flores y las plantas verdes de la jungla penetraba por la ventana abierta y la lluvia tamborileaba insistente en el techo. El lugar parecía tranquilo. Sin embargo, cuando hicieron el amor ella percibió el mismo crepitar de la pasión que había advertido en el retrato del padre de Brad. Y se preguntó a qué respondía.

La mañana siguiente se despertaron al alba y vieron los cielos azules sin nubes. Brad pilotó en persona el pequeño Cessna en el corto vuelo hasta Big Island, mientras Phyl, seducida por el panorama que se desplegaba abajo, permanecía sentada a su lado. El Pacífico era un espejo ondulado de esmeralda y azul, con matices turquesas más claros sobre los bancos de arena.

Después volaron sobre la cima del volcán que estaba en el centro de la isla, descendiendo hasta los bosques y los cañones profundos, pasando sobre interminables kilómetros de llanuras, donde Phyl pudo ver a los peones y los vaqueros que cabalgaban junto a las lentas columnas de magníficos vacunos Hereford más de sesenta mil cabezas, según le dijo Brad con orgullo. Rozaron los prados cubiertos de pasto y la playa lisa, cubierta de lava solidificada y adornada con bananos verdes y altas palmeras cocoteras, para pasar después sobre las pistas de golf color esmeralda y los edificios rosas de los hoteles.

Phyl se dijo que no era un panorama amable. Había cierta brutalidad en el mar

espumoso que se volcaba sobre las rocas negras irregulares; después se elevaba y retiraba y volvía de nuevo a las profundidades desconocidas. Los picos irregulares encerraban profundos y oscuros barrancos de aspecto temible y muchos kilómetros de terreno liso y vacío, salpicado de rocas volcánicas negras. Pero este era el hogar de Brad. Su herencia, lo que él amaba.

Brad aterrizó con el pequeño avión y mientras la máquina se posaba sobre la pista, se volvió para mirar a Phyl.

—Bienvenida al Rancho Kanoi —dijo, sonriendo orgulloso.

Un *jeep* se acercó al avión cuando ellos descendieron, y los recibió un hawaiano con la cabeza cubierta con un gran Stetson blanco.

—Bienvenido a casa, señor Kane.

—Gracias, Charlie. —Brad estrechó la mano del hombre—. Doctora Foster, este es Charlie Kalapaani. Administra el rancho. Charlie, traje a la doctora Foster para visitar la isla —dijo, subiendo al *jeep*.

Salieron del aeródromo siguiendo un camino recto durante diez minutos y después entraron por una larga avenida bordeada por árboles antiguos y enormes.

—Los plantó mi abuelo hace sesenta años —dijo Brad, mientras el *jeep* aceleraba hacia la sencilla residencia de madera. Estaba pintada de blanco y rodeada por terrazas cubiertas. Dentro el ambiente estaba ensombrecido a causa de los artefactos de madera koa brillante y de distintos objetos correspondientes a la historia del Rancho Kanoi, con los muebles y los artefactos originales y docenas de fotografías del rancho y los trabajadores de otros tiempos.

—Archer comenzó con veinticinco de las peores hectáreas, plagadas de hondonadas en las cuales podía perder el ganado, y al cabo de tres años poseía mil quinientas hectáreas de primera calidad —dijo Brad con orgullo—. Aumentaba la extensión todos los años, y lo mismo hizo mi padre, de modo que ahora el rancho abarca más de ciento cincuenta mil hectáreas. Y no cuento las parcelas existentes en Texas y en Wyoming.

Phyl examinó el mapa que él le mostraba y dijo:

—Entonces ya no puedes comprar más terreno.

—Oh, creo que yo también contribuí a la herencia de Kane, aunque tal vez no del mismo modo. Pero esos hoteles y las pistas de golf a lo largo de la costa están en la propiedad Kanoi, y yo espero que el turismo aporte una serie de rentas nuevas a los cofres de la familia Kane.

Ella le dirigió una sonrisa burlona.

—Entonces no puede decirse que seas nada más que una cara bonita en este lugar.

—Serías una tonta si creyeras eso —dijo él con voz súbitamente fría—. Mi vida está en mi trabajo.

Salió de la casa y permaneció de pie, protegiéndose los ojos con la palma de la mano y contemplando los corrales cercados.

—¿Sabes montar a caballo? —preguntó.

Phyl se echó a reír.

—Brad, soy una muchacha de la ciudad. En las calles de Chicago no hay caballos. Excepto los de la policía.

Él sonrió.

—En ese caso, usaremos el *jeep*.

Su buen humor retornó mientras se desplazaban sobre los senderos polvorientos y él le explicaba que tenía más de un millar de caballos. Había potros americanos y caballos árabes, en doscientos corrales y establos. Había centenares de kilómetros de cañerías que llevaban agua a los muchos tanques y a las artesas, y los terrenos más bajos estaban plantados con pastos especiales y legumbres, mientras que las lomas más altas y más expuestas a las lluvias tenían la fertilidad natural de los tréboles y una mezcla de pastos nutritivos.

Contemplaron la línea interminable del ganado vacuno llevado por las laderas en dirección a los pastos nuevos, mientras Brad explicaba que acostumbraba a dejar que la tierra «descansara» y se rejuveneciera, y que gracias a su sistema en Kanoi se criaban algunos de los mejores tipos de ganado vacuno.

Brad le presentó a algunos de sus centenares de empleados, los peones del rancho y los vaqueros.

—Pero yo soy el hombre que tiene la responsabilidad —dijo con firmeza—. Y garantizo que nadie lo olvide jamás.

Phyl le dijo que eso se parecía a algo que el abuelo podría haber manifestado.

—Por supuesto. No solo mi abuelo, sino mi padre. «Tú eres el jefe», solía decirme mi padre. «Y será mejor que se lo recuerdes a la gente todos los días. Cada hombre tiene que saberlo, y eso vale para el peón más humilde del rancho y para el gerente más encumbrado. Esta tierra te pertenece. Si un hombre se sale de la línea, pierde el empleo».

Entrada la tarde de nuevo remontaron el vuelo, y el buen ánimo de Brad pareció elevarse al mismo tiempo que el avión, mientras la máquina volaba sobre las playas y enfilaba hacia el océano.

El sol se ponía con un fiero resplandor anaranjado cuando apareció Kalani, los dos picos volcánicos recortados contra el horizonte, y la costa salpicada de altas palmeras cocoteras.

Un criado chino esperaba en un *jeep* abierto y, mientras ellos se dirigían a la residencia, Brad mostró con orgullo a Phyl su isla bienamada.

La llevó a ver los establos inmaculadamente blancos donde se alojaban los caballos árabes que él criaba, el ganado vacuno que pastaba en los prados y los jardines tropicales perfectamente cuidados alrededor de la casa. Y Phyl se maravilló ante la belleza y la perfección que veía. Finalmente comprendió la pasión que Brad sentía por Kalani. Era un auténtico paraíso.

La residencia misma era una sencilla estructura que sin duda había crecido con el paso de los años. Tenía suelos de madera oscura y lisa; las paredes estaban pintadas

de blanco. Estaba amueblada con sencillez, con objetos antiguos de las islas y cómodos sofás cubiertos por tapizados color arena.

La habitación de Brad era sencilla como la celda de un monje, sin que hubiese siquiera una alfombra sobre el suelo de madera lustrada. La cama espaciosa con los postes de madera dura estaba equipada con tela de mosquitero. El único mueble, además de los mencionados, era un sillón chino de madera y un arcón bajo de ébano, con una fotografía en blanco y negro de Rebecca, que miraba atrevidamente hacia la cámara. Los cabellos largos y lacios estaban recogidos sobre la nuca y adornados con una flor, y la mujer tenía puesto un vestido negro de terciopelo.

—Creo que entonces tenía alrededor de treinta años —dijo Brad—. Fue antes del divorcio.

Phyl dirigió a Brad una mirada de sorpresa; él no había mencionado antes ese divorcio. Pero en ese momento apareció un miembro de la servidumbre con las maletas, y Brad no suministró más detalles.

Un enorme Doberman de ardientes ojos marrones, un pelaje negro y reluciente como lava húmeda de pronto entró corriendo en la habitación. Phyl retrocedió con un grito de temor, pero el perro no le hizo caso y saltó sobre Brad con aullidos de alegría. Brad se echó a reír mientras acariciaba al perro, tirándole de las orejas y hablándole con suavidad en hawaiano. Dijo a Phyl que su nombre era Kanoi, el mismo que tenía el rancho.

Vio que ella se mostraba aprensiva y dijo con expresión tranquilizadora:

—La reputación del Doberman es engañosa. Es una cosa muy sencilla: un hombre, un perro. Consagran su fidelidad solo al amo. —Acarició la cabeza grande del perro, y este lo miró con expresión devota—. ¿Ves qué dócil es? Suave como un cordero.

Phyl se estremeció, mientras observaba temerosa al poderoso animal. Brad le rodeó los hombros con el brazo, y el perro se echó inmediatamente a sus pies. La miró con malevolencia, tenso como un resorte de acero. Phyl de pronto recordó las terribles cicatrices de Bea y se estremeció; sabía que un animal poderoso como ese podía destrozar a un hombre en pocos minutos si así lo deseaba; pero, por suerte, a menos que Brad la tocara, se limitaba a ignorar a la visitante.

Mientras Brad se dirigía a conversar con el encargado de los establos, Phyl se duchó y se puso un sencillo vestido de jersey de seda negro. Se recogió los cabellos para gozar de más frescura y enganchó en la cabellera una flor de hibisco roja. Luego agregó largos aros de cristal y varios collares y pasó al jardín para esperar a Brad.

La atmósfera húmeda del atardecer se le pegaba a la piel, y los ventiladores de techo provocaban agradables ámbitos de frescura sobre Phyl, mientras ella se inclinaba sobre la barandilla, aspirando los diferentes aromas tropicales de la jungla, su verdor y las flores que se abrían, escuchando el croar de las ranas, el canto de los grillos y el roce de las alas invisibles, en las copas de los árboles. No oyó acercarse a Brad, no supo que estaba allí mirándola, hasta que él dijo:

—¿Sabes que te pareces mucho a mi madre? Con los cabellos recogidos y la flor adornándolos; era el tipo de tocado que ella solía usar.

Su voz tenía ese perfil duro, y Phyl se volvió para mirarlo, desconcertada.

—Tu madre era hermosa. Considero un cumplido lo que acabas de decirme.

—Lo advertí cuando nos conocimos en el avión. Lo vi en el aeropuerto. Incluso tienes el modo de andar de Rebecca, el mismo paso largo y desenvuelto.

Phyl sonrió.

—¿Por eso deseabas volver a verme? ¿Porque me parezco a ella?

Brad se echó a reír. La rodeó con los brazos.

—Dios mío, no. Nunca sentí deseos de ver nuevamente a esa mujer. A quien deseaba ver nuevamente era a ti. La inteligente y brillante doctora Phyl, cuya influencia sobre los hombres es tan considerable que estoy seguro de que podría convencer a un rey de que revelase sus secretos más íntimos.

La apretó contra su cuerpo, aspirando el aroma de Phyl.

—¿Qué secretos deseas que te revele esta noche? —murmuró Brad entre besos.

—¿Sobre Rebecca? —dijo ella, todavía picada por la curiosidad.

Él meneó la cabeza.

—En primer lugar debería hablarte de mi abuela, Chantal, la única y original Chantal. —Rio con amargura—. Dios mío, los varones Kane en realidad sabían elegir a sus mujeres. Todas eran canallas de primera clase.

Soltó a Phyl y comenzó a pasearse sobre el suelo de baldosa, seguido por el perro, que no se apartaba un instante de su lado. Phyl se apoyó en la barandilla y observó a Brad mientras él hablaba.

—Fue durante los años veinte —dijo él—. Archer era todavía muy joven cuando conoció a Chantal. Ella era todavía más joven y tenía el apellido inverosímil pero muy impresionante de O'Higgins. El apellido O'Higgins evocaba dinero... mucho dinero... en dos continentes. Chantal era medio irlandesa, medio francesa; era la heredera malcriada y errática de los O'Higgins, que habían amasado su fortuna con el coñac. —Miró irritado a Phyl—. Ya viste su retrato. Viste qué bella era. Pálida y rubia, con esa expresión hosca en los ojos azules. Tenía la piel blanca como la leche y la boca muy tentadora, y esta vez Archer se enamoró de los pies a la cabeza. Creo que a ella le sucedió lo mismo. Después de todo, él era un hombre muy apuesto y la deseaba tanto como ella deseaba al hombre.

»Chantal se fugó con él a Honolulu, y después Archer la trajo aquí, a Kalani. Y *ella detestaba el lugar*. Dios mío, cómo lo odiaba. Se sintió fastidiada cuando vio la residencia de madera tan primitiva, detestaba los insectos, los lagartos y el viento que creaba las rompientes del Pacífico sobre las rocas los días de tormenta. Se quejaba de que el calor y la humedad convertían su piel en papel secante. Decía que los criados eran perezosos y descuidados y juraba que alguna de las muchachas mantenía con su marido una relación que no era solo de amo y criada. Probablemente tenía razón, pero, a pesar de todas sus quejas, creo que lo amaba, o por lo menos lo deseaba en la

medida suficiente para quedarse aquí.

»Las cosechas de Archer nunca habían producido buenos resultados. La piña se ponía mustia, la caña de azúcar se pudría y los pastos altos cubrían la mayoría de las hectáreas sin cultivar. Pero él compró un rebaño de vacunos Hereford y trajo en barco algunos caballos más puros. Habitaban los barrancos del lado occidental de la isla, cuidados por los peones. Era una crianza difícil, pero el ganado prosperó, y pronto Archer advirtió las nuevas posibilidades de la tierra.

»Dijo a Chantal que deseaba ampliar la propiedad, comprar más hectáreas en las islas principales, y que necesitaba el dinero que ella podía aportarle. Pero Chantal era una mujer difícil. Estaba embarazada; el tedio la abrumaba y se mostraba malhumorada. Por fin, aceptó, después de muchas ásperas discusiones, pero entregaba el dinero a Archer con cuentagotas, lo cual lo irritaba todavía más. Sea como fuese, él consiguió comprar los primeros centenares de hectáreas en Big Island.

»Y entonces Chantal dio a luz un varón, Jack, y en cuanto pudo abandonó a su esposo y a su hijo y se marchó a San Francisco. Dijo que no quería tener nada que ver con los dos... jamás. No mucho después, Archer supo que Chantal había escapado con otra persona, de modo que se divorció de su mujer.

Brad cesó de pasearse y sonrió a Phyl. Pero sus ojos fríos no sonreían cuando dijo encogiéndose de hombros:

—Y esa era Chantal, *mi querida abuela*.

—¿Y Jack, el hijo? ¿Volvió a ver a su madre?

—Volvió a verla —dijo Brad con tono sombrío—. Muchos años después y en circunstancias que prefiero no recordar ahora.

—¿De modo que Archer crió él solo a Jack en la isla?

—Casi. Volvió a casarse poco tiempo más tarde —dijo Brad riendo—. Siempre dijo que se había visto obligado a dar ese paso. Necesitaba el dinero para comprar más hectáreas en Big Island. Necesitaba vacunos más resistentes, mejores caballos, hombres eficaces. Decía que su isla, su rancho y su hijo eran sus tres pasiones. Las mujeres ocupaban el último lugar.

»Mira, conseguir mujeres no era difícil para un hombre como Archer; siempre estaban a su disposición cuando las deseaba. Y decía que prefería comprarlas en los prostíbulos de Honolulu o en San Francisco, donde eran menos complicadas y más divertidas.

«Fue a Europa a buscar nuevos vacunos, pero, tal como era Archer, también estaba atento a la posibilidad de conseguir esposa. Era apuesto y podía ser encantador; pero era un hombre duro y no estaba dispuesto a aceptar obstáculos en el camino de lo que deseaba. Y, en ese momento, deseaba una fortuna».

Brad se echó a reír con actitud admirativa.

—De modo que contrajo matrimonio con una fortuna. —Se encogió de hombros—. ¿Qué podía hacer un joven apuesto con un futuro prometedor pero sin dinero?

—Entonces ¿qué le sucedió a esa mujer? —preguntó Phyl.

—Tampoco pudo soportar el ambiente. Se volvió a su casa, y eso fue todo. Hasta varios años después, en que Archer de pronto presentó a Jack un medio hermano acerca de quién nada sabía.

—¿Y entonces?

Brad se encogió de hombros.

—El hijo pronto se marchó. Supongo que ese medio hermano tampoco pudo soportar el ambiente de Kalani.

—¿O tal vez no pudo soportar a Jack? Después de todo, Jack había llegado primero. Y ustedes, los Kane, son personas muy celosas del territorio.

—Jack lo odiaba —dijo bruscamente Brad—. Y con razón. Pero esa es una historia larga, y no siento deseos de relatarla ahora.

Se volvió de mal humor, y más tarde cenaron en silencio, como si él pensara que ya había hablado demasiado. Después la dejó en la puerta de su habitación, con un breve beso de despedida.

—Debes de estar cansada —dijo Jack de modo brusco—. Que duermas bien.

Descendió por el pasillo, y ella lo oyó llamar al perro y perderse en la noche.

Phyl esperó unos instantes. Después salió descalza a la terraza en busca de Brad, pero él ya había desaparecido. La luna llena enviaba sus rayos a la isla, creando una especie de atmósfera plateada, y el lugar parecía incluso más hermoso que antes. Pero ella apenas lo advertía. Estaba pensando que, bajo la superficie de Brad, bajo la fachada encantadora, palpitaba el hombre más complejo que ella había conocido jamás.

Regresó a la casa silenciosa y se detuvo frente a la habitación de Brad. La puerta estaba abierta y había una lámpara encendida, pero ella advirtió que el lugar estaba desierto. Picada repentinamente por la curiosidad, entró y caminó de puntillas alrededor del arcón de ébano. Se apoderó de la fotografía de Rebecca y la contempló fascinada. Vio que Brad tenía razón. Phyl en efecto se parecía a Rebecca; tenía los ojos grandes y la expresión asombrada, la misma boca ancha, la piel clara y los largos cabellos negros. «Incluso caminas como Rebecca», le había dicho Brad.

Con un estremecimiento de aprensión se preguntó: ¿esa era la verdadera razón por la cual le atraía? ¿Y por eso creía que podía revelar los secretos del pasado?

Miró nerviosa alrededor. No había nada más que fuese personal en la habitación; ni siquiera un libro sobre la mesita de noche. El armario empotrado en un lugar tan pulcro e impersonal como el resto del dormitorio. Todo estaba en su lugar. Las chaquetas formando una hilera, las camisas: apiladas en los cajones con frente de cristal, los zapatos alineados. Pasó la mano sobre la hilera de perchas y hundió la cara en el suave *tweed* de una chaqueta; de pronto anheló la presencia de Brad y deseó sentirlo y percibir su aroma. Mientras acercaba a su cara la chaqueta, vio un arrugado bolso de lienzo verde depositado en un rincón.

Parecía un objeto antiguo y extrañamente fuera de lugar. Por cierto, no era el tipo de bolso que Brad usaría jamás. Vaciló mientras lo miraba. Después la curiosidad la

dominó, y Phyl se acercó al bolso. Dentro vio un montón de artículos femeninos: una cartera con cosméticos, un cepillo de cabellos, camisetitas, suéteres...

Nerviosa a causa del sentimiento de culpa, de nuevo cerró el bolso y lo empujó hacia el rincón. Se apresuró a pensar que, por supuesto, Brad invitaba a ese lugar a otras mujeres. ¿Por qué no podía hacerlo? Era un hombre atractivo. Muchas mujeres se sentirían complacidas de aceptar su invitación. De todos modos, el contenido del bolso verde no correspondía a los artículos refinados que podía suponer que traerían las mujeres que se cruzaban en la vida de Brad Kane. Eran las cosas casuales y baratas que una joven podía llevar en el curso de su viaje.

Phyl se dijo con sentimiento de culpabilidad que no era asunto de su incumbencia; casi enseguida regresó a su habitación. Estaba metiéndose en la intimidad de Brad y debía avergonzarse de su propia actitud. Y era lo que le sucedía. De todos modos, se preguntó quién era la joven que había dejado allí su bolso.

Se desvistió y se deslizó desnuda bajo la sábana; después permaneció despierta bastante rato, atenta al regreso de Brad, con la esperanza de que viniese a verla. Pero él no apareció, y, cuando al fin ella comenzó a adormecerse, volvió a pensar en Rebecca, y en el pasado que perturbaba a Brad tan profundamente, y en Jack y el medio hermano que de pronto había surgido de la nada casi para arruinar su vida.

Capítulo 22

Nick Lascelles regresó a Antibes con la noticia de que no había sabido nada acerca del legado de Flora Beale, salvo que lo administraba el banco londinense, cuyas instrucciones era mantener la casa de campo exactamente como estaba, a perpetuidad. Había fondos más que suficientes para mantener esa actitud, y el banco creía que la intención del donante era preservar la propiedad como museo, o incluso como una especie de santuario. El banquero había dicho que los nombres y los detalles eran confidenciales y que ciertamente no podía revelarlos... a menos que se tratase de un caso policial y el asunto cobrara un carácter oficial.

—Entonces ahora estamos nuevamente en el punto de partida —dijo Nick con tono sombrío, mientras almorzaba con Bea y Millie en el hotel—. La única clave que nos queda es la llave que encontramos en la casa de campo.

Extrajo de su bolsillo la llavecita de plata y la depositó sobre la mesa. Era pequeña y anónima, exactamente como cualquier otra llave.

—Quizá corresponda a una maleta o un baúl —dijo Bea.

—El único baúl que encontramos allí estaba en el desván, y ni siquiera tenía cerradura.

—Y bien, ¿qué me dicen de un armario?

Nick meneó la cabeza con lentitud.

—No tenemos armarios cerrados con llave. La niñera Beale guardaba sus únicos secretos bajo el colchón. A menos que... —Pensó durante un minuto—. Recuerda que el documento terminaba bruscamente, casi en mitad del texto. No dijo lo que sucedió en la isla, solo que llegaron al lugar. Y que ella no era un rival que estuviese a la altura de ese hombre... se refería al padre de Johnny. La niñera Beale no había concluido su relato, ni siquiera había escrito la palabra «fin».

—¿Quiere decir que a su juicio la llave abre la puerta del lugar en que guardó el resto de sus secretos? —preguntó Millie.

—Apostaría mis zapatos a eso. —Nick estudió de nuevo la llave—. Miren, tiene un número grabado. —Sonrió astutamente a Millie—. Ahora dígame dónde una anciana dama respetuosa de la ley guardaría sus secretos.

—En el banco —se apresuró a decir Millie.

Nick asintió.

—Apuesto a que esta es la llave de una caja de seguridad. Nuestro problema es determinar a qué banco pertenece.

Bea suspiró, derrotada.

—Seguramente hay centenares de bancos a lo largo de la costa.

Nick sonrió con confianza.

—En ese caso, a mí me toca representar el papel de detective y encontrar el banco

en cuestión, ¿no es verdad?

Inmediatamente después del almuerzo, Nick se apresuró a iniciar su nueva misión, y Bea decidió inspeccionar los progresos realizados en la Villa Mimosa. Estaban a un paso de instalar la cocina y varios cuartos de baño nuevos; el lugar estaba atestado de carpinteros y albañiles, yeseros y pintores. La villa todavía estaba oculta bajo una serie de andamios, pero la piscina casi se había terminado, y un jardinero diseñador trabajaba con su equipo para devolver su antiguo esplendor a los terrenos.

Se había comunicado su nuevo plazo al decorador de Millie, y él estaba decidido a cumplirlo, sobre todo en vista de la bonificación generosa que ella le había prometido; ella se satisfacía con la idea de que, si bien la casa no estaría totalmente terminada, por lo menos en un par de días alguno de los muebles ocuparían su lugar y la construcción quedaría habitable.

Millie se había propuesto ir con Bea a la villa, pero después le dijo que se sentía enormemente fatigada.

—Prefiero que vayas sola, querida muchacha —dijo, dándole un beso de despedida—. Tú puedes traerme un informe sobre los progresos realizados.

Millie se despidió de Bea y caminó feliz a lo largo de la terraza, para llegar a su lugar favorito, desde el cual se dominaba el mar.

Llamó a un camarero y pidió una copa de *brandy* para reanimarse. Suspirando de satisfacción contempló los pinos y los olivos, las buganvillas rosas y moradas y el mar azul plata. Pensó que, de todos los lugares del mundo que ella había recorrido, este era el mejor.

¡Qué mujer tan tonta!, se dijo sonriente, dices lo mismo sobre todos los lugares que visitas. Ahora sabes que no es meramente el lugar, es la compañía con la cual alternas. En los viejos tiempos, cuando eras joven y cambiante, se trataba siempre de un hombre. Y ahora que eres vieja, se trata de esa querida joven Bea. Tú sabes que te recuerda a tu propia persona a la misma edad; aunque, por supuesto, nunca permitiste que tu soledad y tu vulnerabilidad se manifestasen. Siempre fuiste muy orgullosa para llegar a eso, y siempre lo disimulaste con una actitud de indiferencia.

Se echó a reír, pensando que era demasiado tarde para preocuparse de todo eso. Los niños llegarían pronto, y la Villa Mimosa estaba casi terminada. Había trazado sus planes, asegurándose de que todo estuviese como ella lo deseaba.

Millie sorbió complacida su *brandy* con la mirada fija en el Mediterráneo. Las aves marinas planearon ruidosamente en el cielo, el sol le calentó los brazos desnudos y una brisa gentil agitó las ramas de las palmeras. Emitió un suspiro de verdadera satisfacción cuando depositó la copa y se acomodó mejor sobre los almohadones, cerrando los ojos.

Estaba profundamente dormida cuando el dolor le oprimió el corazón, como había sucedido muchísimas veces los últimos años. Solo que ahora sería la última vez; Millie estaba sonriendo cuando murió.

—No puedo creerlo —gritó Bea cuando le comunicaron la noticia—. No puede ser cierto. Por favor, por favor, díganme que no es cierto. —Sentía el corazón a punto de estallarle de dolor mientras se volvía con el rostro pálido, para mirar a Nick—. Millie era mi amiga —murmuró—. Era buena, gentil y generosa. Cuando yo estuve perdida y asustada, me recibió en su vida y me convirtió en parte de ella. —Comenzó a sollozar, con lamentos profundos y estridentes que casi la sofocaron—. Oh, Nick, ¿por qué tenía que sucederle esto precisamente ahora? ¿Por qué? No es justo.

Nick abrazó el cuerpo tembloroso de Bea. Él simpatizaba con Millie; había percibido la bondad que se ocultaba bajo la superficie ostentosa; le conmovía y entristecía que la dama hubiese fallecido. Pero al mismo tiempo estaba entristecido por Bea, pues la frágil personalidad de la joven parecía desintegrarse por los efectos del nuevo golpe. Apretó los brazos alrededor del cuerpo de Bea, deseando infundirle su fuerza, demostrarle su apoyo.

Ella hablaba de modo incoherente acerca de Millie y decía que necesitaba llamar a Phyl, que Phyl era la amiga de Millie. Él le dijo con amabilidad que no se preocupase, que se ocuparía de llamar a Phyl y se comunicaría con el abogado de Millie en Nueva York; él se haría cargo de todo. Pero en primer lugar llevó a Bea a su habitación y llamó al médico con el fin de que le suministrara un sedante.

El abogado John Hartley organizó el funeral, que debía celebrarse dos días después. Dijo a Nick que sería incapaz de asistir, pero que viajaría hacia finales de la semana para arreglar los asuntos de la señora Fenwick.

Fue imposible comunicarse con Phyl. Nick dejaba mensajes todos los días en su contestador automático, diciendo que se trataba de Millie Fenwick y que era urgente, pidiéndole al mismo tiempo que respondiese a la llamada. Pero la psiquiatra no contestaba.

—Sin duda salió de viaje —dijo Bea, profundamente triste porque Phyl no podría asistir al último episodio importante de la persona de Millie.

El día del funeral amaneció diáfano, azul y soleado.

—Es perfecto —dijo Bea con tristeza—. Exactamente como Millie lo habría deseado.

Eran los únicos asistentes, fuera de un grupo de camareros y personal del hotel que se mantenían con discreción en segundo plano y que habían concurrido para presentar su último saludo a Millie Fenwick, no porque fuera una mujer generosa, sino porque, como ella lo había esperado, la apreciaban con sinceridad.

Bea depositó sobre la tumba un ramo de las rosas y los lirios blancos que eran las flores favoritas de Millie. Permaneció de pie, dominada por la tristeza, durante un momento. Tenía la cabeza inclinada. Se llevó los dedos a los labios y le envió un beso de despedida. Después, sostenida por el brazo de Nick, se alejó lentamente.

Bea no podía soportar la idea de regresar al hotel donde ya no estaba Millie y había decidido trasladarse a la Villa Mimosa, a pesar de que los trabajos aún no

habían concluido.

Apoyo la cabeza en el hombro de Nick mientras se dirigían a la casa en el espacioso vehículo negro de la empresa fúnebre, mientras ambos pensaban que hubiera podido ser un día muy feliz para Millie. Y para la propia Bea. Se preparaba para vivir en la casa de sus sueños; solo que ahora, sin la presencia tan viva de Millie, en cierto modo todo parecía carecer de significado. El automóvil entró por los grandes portones de hierro; Bea abrió los ojos mientras avanzaban con lentitud por el sendero cubierto de grava de la Villa Mimosa.

Y allí, sentados en los peldaños, con los rótulos de identificación de la compañía aérea todavía alrededor del cuello y el aspecto de dos seres perdidos y olvidados, vieron a dos niños de cuerpo menudo, pálidos, de expresión atemorizada.

—*Son Scott y Julie Fenwick* —exclamó Bea, horrorizada. Había olvidado totalmente que debían llegar ese mismo día. En realidad, los había olvidado por completo.

Aliviada porque al fin podía entregar a los dos niños, la inquieta representante de Air France corrió hacia ellos. Les dijo que, cuando nadie fue a recibirlos al aeropuerto, ella se había preocupado. La línea aérea tenía la dirección de la Villa Mimosa, y por eso los había traído allí. Una vez que había afrontado su responsabilidad, la mujer se marchó de prisa, antes de que Bea y Nick pudiesen cambiar de idea.

Bea miró con tristeza a los niños y después a Nick.

—¿Qué hacemos ahora? —murmuró.

Con los ojos muy grandes, asustados, los dos niños los miraron. Eran casi idénticos: la misma cara redonda con pecas, los ojos azules y los cabellos castaños muy claros, los de la niña recogidos en una cola de caballo sujeta por una cinta. El varón se aferraba a la mano de su hermana, sin decir nada, esperando inquieto lo que podía sucederles inmediatamente.

Scotty Fenwick sintió de nuevo en la garganta el nudo que significaba que debía esforzarse para contener el llanto. Tragó saliva, observó a la mujer y al hombre que los miraban como si jamás hubiesen visto a dos niños. Sintió la mano pequeña y cálida de Julie que apretaba todavía con más fuerza la suya y comprendió que tenía que mostrarse valiente por ella. ¿No le habían dicho después del funeral de mamá y papá que ahora tenía que ser un hombre y cuidar de su hermana? Sabía que eso era cierto. Ahora estaban los dos solos contra el mundo. Pero el mundo le parecía mucho más grande que la ciudad de provincia en la que siempre habían vivido, donde conocían a todos y todos los conocían. Esos extraños los miraban como si jamás hubiesen oído hablar de ellos. Y esa mujer no podía ser la tía Millie. ¿No debía ser una mujer anciana?

Pasó de manera protectora el brazo sobre los hombros de Julie, a la espera de que los visitantes hicieran algo. Eso es lo que siempre sucedía ahora. La gente les hacía cosas, o las hacía para ellos: los enviaban a lugares donde debían vivir, les

suministraban alimentos, les dirigían muchas sonrisas con esa expresión compasiva especial en los ojos. «Vosotros sois muy afortunados», les habían dicho, «porque tenéis una tía rica en el sur de Francia. Sois afortunados porque vais a vivir en una gran villa». «Por supuesto», había murmurado Scott con amargura, «somos muy afortunados».

Ahora la mujer pelirroja les sonreía.

—Scott y Julie, bienvenidos a la Villa Mimosa —dijo con expresión cálida—. ¡Vaya, nos alegramos de veros! Pobrecitos, parecéis agotados. Entremos; os mostraré vuestras habitaciones. Millie ordenó decorarlas especialmente para vosotros.

Scott miró a Julie. Mostraba una expresión neutra, como solía ocurrir en los últimos tiempos. Como si hubiese detenido sus emociones en punto muerto. Julie no había llorado una sola vez desde el funeral, aunque antes lo había hecho con frecuencia. Y tampoco él, que a veces aullaba como si hubiese sido un lobo. Un animal que expresa su dolor. Y su cólera, porque, caramba, estaba muy enojado. Enojado ante lo que había provocado la muerte de sus padres; enojado con ellos porque habían muerto; consigo mismo porque no tenía edad ni fuerza suficiente para cuidar de Julie. Enojado porque no podía imponer el retroceso del reloj, de modo que todo fuese como solía ser, cuando los cuatro vivían en la casita amarilla rodeada de árboles, de los cuales caían interminablemente las hojas sobre el jardín. Incluso había prometido a Dios que nunca volvería a quejarse sobre la recogida de esas hojas y le había dicho que solo pedía que mamá y papá retornaran. Pero parecía que Dios no estaba dispuesto a aceptar convenios.

Y ahora allí estaba, con Julie, en un país extranjero llamado Francia, donde todos hablaban un idioma que él no podía entender, con dos extranjeros y una casa enorme llamada Villa Mimosa que se parecía a las residencias que veía en las películas. Porque aunque ellos les sonreían, continuaban siendo desconocidos. Y la verdad era que él tenía miedo y sentía añoranza.

—¿Usted es mi tía Millie? —preguntó de pronto Julie, mirando con suspicacia a la mujer.

Scott le descargó un rápido golpe con el codo; ya le había advertido que no dijese nada, que no formulase preguntas. Le había dicho que dejase conducir a su hermano la situación, porque ninguno de los dos estaba dispuesto a permanecer allí. Que dejase las cosas en sus manos, le había dicho, y ambos pronto volverían a su hogar. «Pero, Scotty, ¿dónde está nuestro hogar?», había preguntado Julie con voz quejosa, y ese nudo terrible había vuelto a apretarle la garganta. Scott no supo qué responder; no lo sabía. Ya no sabía nada. Tenía solo nueve años y aún no deseaba ser hombre. Solo quería que la vida fuese como había sido siempre.

—Soy Bea French —dijo la mujer, inclinándose y besando a Julie en la mejilla. Se inclinó también hacia el niño, pero Scott retrocedió. No quería más besos de otros extraños.

—Y yo soy Nick Lascelles. —El hombre extendió la mano, y Scott la aceptó de

mala gana—. Somos amigos de la tía Millie —les dijo—. Entremos; os mostraremos la casa.

Scott tomó de nuevo la mano de Julie, y todos entraron en la residencia. Contempló el gran vestíbulo vacío, sorprendido. No había muebles, ni botas manchadas de lodo amontonadas en un rincón, ni abrigos colgados de un perchero como en su casa.

—Se diría que nadie vive en este lugar —afirmó, con su voz extrañamente grave, la misma que solía provocar la risa de su padre.

—La tía Millie ordenó redecorar la villa especialmente para ustedes —dijo Bea con expresión tranquilizadora—. Deseaba que estuviese terminada para cuando llegasen aquí, pero todavía no hay muchos muebles. Solo los que son necesarios en la cocina y los dormitorios.

—Y está la piscina —dijo Nick—. No olviden eso.

—¿Hay una piscina? —Los ojos fatigados de Scott mostraron una chispa de interés.

—Por supuesto, hay una piscina —se apresuró a decir Bea—. Y muy cerca una playa, y muchos botes de pesca.

—Sí. —Scott se encogió de hombros con expresión de hastío y miró a Julie, que se acercaba corriendo a Nick y le extendía la mano con actitud confiada.

La niña lo miró y dijo quejándose:

—¿Dónde está mi tía Millie?

Bea dirigió a Nick una mirada aprensiva que le transmitía el mensaje de que la verdad era demasiado dura para comunicarla en ese momento a los niños maltratados por las emociones de los últimos días.

—Ya te lo dije, querida —explicó—. La tía Millie no pudo venir hoy.

Julie la miró fijo.

—Está muerta, ¿verdad? —Volvió los ojos tristes hacia Nick—. Eso es lo que nos dijeron cuando mi mamá y mi papá murieron. Dijeron que ya no podían estar con nosotros.

Dios mío, pensó Scotty, rechazando de nuevo ese nudo en la garganta. Julie tiene razón. Eso es lo que nos dijeron. Dios mío, ¿qué será ahora de nosotros? Dijeron que esta mujer era la única parienta... ahora no tenemos a nadie... a nadie... somos huérfanos... en un país extranjero... en compañía de desconocidos.

Nick dijo con amabilidad:

—Lo siento, Julie, pero todo se arreglará. Bea y yo nos ocuparemos de ti.

—Yo me ocuparé de ella —murmuró Scotty—. Es mi hermana.

—Bea, escúcheme —dijo Julie, y su seseo pareció más acentuado, como le sucedía cuando estaba cansada o nerviosa—. Necesito ir al cuarto de baño.

Bostezó con expresión fatigada mientras seguían a Bea al piso alto, siempre sosteniendo con fuerza la mano de Scott.

—Recuerda, no digas nada —le advirtió Scott, mientras Bea abría la puerta y les

mostraba un dormitorio con cortinas rosas, apropiado para una princesa.

—Julie, Millie sabía que te agradaba el color rosa —dijo Bea, mientras la niña emitía un grito de placer y corría hacia el conjunto de animales de felpa que la esperaban en el alféizar de la ventana—. Scott, también sabía que tu color favorito es el verde —dijo, incluyéndolo en su sonrisa.

—No me importa —murmuró Scott, encogiéndose de hombros para expresar su indiferencia. Se volvió, sin hacer caso de la exclamación de su hermana provocada por la hermosa muñeca que la esperaba en medio de la cama de cuatro postes.

De pronto todo parecía demasiado. Scott no conseguía deshacer ese nudo en la garganta. Las lágrimas amenazaban brotarle por los ojos, y el niño escapó de la habitación.

Permaneció en el pasillo con los hombros encogidos y los puños cerrados metidos en los bolsillos. Incluso sin verle la cara, Nick sabía que el niño lloraba y que no quería que ellos lo viesen.

Dijo:

—Está bien que llores, si así lo sientes, Scott. Te sucedieron muchas cosas tristes. Primero tu mamá y tu papá, y ahora tu tía Millie.

—¿Y a ella qué le importaba? —dijo Scott con voz tenue y sofocada—. Ni siquiera nos conocía.

—Es verdad que Millie nunca os conoció, pero sabía muchas cosas de vosotros. Y por eso se preocupaba. Como sabéis, era una dama anciana, pero ella nos dijo que nunca había sido madre y ahora podía serlo. Esperaba con ansiedad que llegase este momento, Scott. Deseaba estar contigo y con Julie, para cuidaros.

Dio una palmada en el hombro de Scott.

—Hijo, has tenido un largo viaje. Estás fatigado y apuesto a que tienes apetito. ¿Qué te parece si tú y yo bajamos a la cocina y conseguimos un poco de comida y tal vez después vamos a ver esa piscina?

Scott trató de tragarse las lágrimas. Todavía no miró a Nick, pero de todos modos lo siguió a la planta baja. Se sentó frente a la mesa de la cocina con la cabeza inclinada, mientras Nick inspeccionaba la nevera y el congelador.

Nick emitió un silbido de asombro. Extrajo algunos envoltorios.

—La buena tía Millie —dijo con una sonrisa—. Sabía lo que agradecería a sus dos niños norteamericanos. Salchichas calientes y patatas fritas.

Los ojos de Scott se avivaron, interesados, pero tampoco ahora dijo nada. Entonces Julie entró corriendo en la cocina y subió a una silla al lado de su hermano. Acunaba en sus brazos una rana de felpa verde y observaba en silencio mientras Nick y Bea preparaban algo para comer.

Finalmente llevaron los platos a la terraza y todos se sentaron alrededor de la mesa, tratando de tragar la comida, a pesar de que se sentían angustiados. Incluso Nick agotó las anécdotas. Scott y Julie miraban en silencio sus platos.

Nick dirigió a Bea una mirada de desesperación y vio que había lágrimas en sus

ojos. Comprendió que la joven estaba a un paso de estallar. Era demasiado: Millie; el funeral; los niños.

—¡Vean! —gritó de pronto Julie. Señaló—. Allí.

Un perro grande estaba deslizándose y venía de los arbustos que crecían al borde del jardín; los miraba y olía esperanzado el aire.

El perro tenía las patas largas y el pelaje rizado abundante, en desorden... y tenía hambre. Después de un momento, el apetito se impuso a la cautela, y el animal reunió lo que quedaba de su valor y se acercó a ellos, aplastándose contra el suelo hasta que estuvo casi sobre el vientre. Se echó a los pies de Scott, descansó con cuidado el hocico entre las palas, y miró al niño con sus ojos marrones grandes y doloridos.

Scotty miró al perro. Pensó que la expresión en los ojos del animal era parecida a la que había en sus propios ojos cuando se mimaba al espejo. De pronto quiso al perro más de lo que jamás había querido nada en la vida. *Excepto la posibilidad de volver atrás el reloj*. Pero el perro era un animal vagabundo; Scott sabía que esa gente no lo querría en su lujosa villa. El perro nunca sería suyo, y por eso no quería tocarlo.

Al mirar al perro, Bea pensó que tenía mucho en común con ella y con los dos huérfanos de Millie. Nadie dijo una palabra, pero Bea advirtió el anhelo en los ojos azules de los dos y comprendió que había encontrado por lo menos un modo de romper el hielo que rodeaba sus corazones.

—Está bien, perrillo —dijo—, te aceptamos.

Scott saltó de su asiento con un alarido de placer. Rodeó con los brazos el cuello del perro. El nudo en su garganta desapareció como por arte de magia, y mientras el perro le lamía la mano descubrió que estaba riendo. Estoy riendo, pensó, asombrado. Estoy riendo de nuevo. Y tocó el brazo de Julie y dijo:

—Dormiré en mi cama.

—No, en la mía.

—En la mía.

—Podéis compartirlo —dijo rápidamente Bea.

—¿Cómo lo llamaremos? —preguntó Julie excitada, mientras Scott alimentaba al animal con salchichas. El perro devoró las salchichas y se sentó con una oreja deformada por un lado, pidiendo feliz que le diesen más.

—Es un auténtico perrillo —dijo Bea, riendo—. ¿Qué les parece Poochie?

Finalmente estaban comportándose otra vez como niños, y no como individuos emotivamente exhaustos; Bea agradeció al cielo la presencia del perro. Miró a Nick y comprendió que él pensaba lo mismo. ¿Qué pasaría después? ¿Qué sería de Scott y Julie Fenwick ahora que Millie había desaparecido?

John Hartley, abogado de Millie, llegó de Nueva York dos días después. Era un hombre mayor, de cabellos blancos y actitudes almidonadas y pomposas; había sido el consejero legal de Millie durante décadas.

La señora Fenwick estaba enferma del corazón desde hacía varios años —le dijo a Bea—. Todo lo que podía hacerse por ella ya se había hecho. Sabía que podía morir de un momento a otro. Por eso se negaba a renunciar a los cigarrillos que tanto le agradaban, a pesar de que sabía que la perjudicaban.

Bea recordó de pronto su primer encuentro con Millie, en la Quinta Avenida, aquel día lluvioso: «... no me matará el alcohol», había dicho, «sino estos malditos cigarrillos».

—Escribió esta carta para usted. Llegó poco antes de su muerte —dijo Hartley. Le entregó un sobre y se sentó con las manos entrelazadas, esperando paciente mientras Bea leía la carta.

Querida muchacha, sé que quizá no tenga mucho tiempo más para vivir, y por eso he tratado de gozar de la vida en plenitud. Me pareció que yo era una mujer afortunada; tuve todo lo que necesitaba. Y, después, como una bendición enviada por Dios, apareciste en mi vida, y no tengo palabras para explicarte cómo la alegraste. Tú fuiste la nieta que yo nunca tuve, la compañera perfecta, una persona joven que pudo reír conmigo y ser mi amiga. Alguien con quien podía jugar y divertirme un poco. Alguien que escuchaba mi charla tonta interminable y reía conmigo de mi propia tontería. Tú conseguiste que mis días fuesen completos; realmente habría sido una mujer más solitaria sin tu ayuda.

Deseaba ayudarte a recuperar tu identidad, a pesar de que sabía que eso significaría que tendrías que abandonarme. Deseaba conservarte siempre conmigo, pero en realidad pese a todo lo que has visto no soy tan egoísta, y, cuando descubriste la Villa Mimosa y su vínculo con el pasado, pensé que sabía cómo podía ayudarte. Y entonces llegaron mis pobres huerfanitos y el cuadro quedó completo, porque supe en ese momento que, incluso si no podía revelarte el pasado, por lo menos podía ofrecerte un futuro.

He gozado de mi vida, querida Bea, de modo que no me llores demasiado. Ahora quiero que goces de la tuya. Mi abogado se ocupará de arreglar todos los detalles en tu beneficio.

Tu querida amiga y tu abuela sustituta.

Millie Fenwick.

Bea miró con tristeza al abogado.

—¡Era una mujer tan buena...! —dijo en voz baja—. Una auténtica amiga.

—En efecto, era una buena mujer —convino Hartley—. La mayoría de la gente veía solo su fachada frívola. Nunca supieron a cuántas obras de beneficencia favoreció con su generosidad. Y siempre de manera anónima. Pero ahora, señorita French, veamos el contenido del último testamento de la señora Fenwick.

El abogado se aclaró la voz y la miró por encima de sus gafas.

—La señora Fenwick deseaba que usted conservara la Villa Mimosa. No se la

dejó en su testamento, porque ya la había comprado a su nombre. Desde el principio mismo aclaró que deseaba que la casa fuese suya y solamente suya. Dice aquí que espera que esta vivienda le aportará todo lo que ella siempre esperó que le diese, incluida la felicidad.

Los ojos de Bea se agrandaron a causa del asombro.

—La señora Fenwick también le dejó la suma de cinco millones de dólares, porque como ella dijo deseaba que, ya que carece de pasado, tenga un futuro.

—*Cinco millones de dólares.*

—Exactamente. Pero con una condición: la señora Fenwick quería que usted asumiera la responsabilidad de los niños. Pidió que los criase como si fueran sus propios hijos. Consideró que, al proceder así, estaba garantizando que usted tuviera futuro. Tendría un hogar, una familia y dinero suficiente para mantener cierto estilo de vida. Después de algunos legados importantes a universidades, hospitales y distintas obras de beneficencia, así como de la distribución de las joyas entre usted y la señora Foster, el resto de la fortuna de la señora Fenwick, que equivale a unos doscientos cincuenta millones de dólares, será puesto en fideicomiso para los niños, Scott y Julie Fenwick.

Más tarde el mismo día, después de que el abogado se había retirado, Bea informó las novedades a Nick.

—Millie me compadecía, porque no tengo pasado —dijo con los ojos cuajados de lágrimas—. Por eso deseaba darme un futuro. Y ahora mira cómo están las cosas: soy la dueña de la Villa Mimosa y la «madre» de dos niños que apenas me conocen.

—Y millonaria —dijo Nick, asombrado—. Además, eres la «madre» de dos pequeños *sumamente ricos*.

—Dios mío, Nick, ¿qué haré?

Nick le sostuvo el mentón con una mano. Le levantó la cara y le sonrió con expresión alentadora.

—Haz lo que haces siempre —dijo—. Llama a Phyl. Es probable que ahora esté en su casa. Y después —continuó— propongo que abramos una botella de champaña para brindar por nuestra buena y querida amiga y abuela sustitúa, Millie Fenwick.

Bea intentó muchas veces comunicarse con el número de Phyl, pero aun así solo consiguió conectarse con el contestador automático. Preocupada, llamó al Departamento de Policía de San Francisco y pidió hablar con el detective Mahoney.

Mahoney descolgó el teléfono a la primera llamada.

—¿Sí? —dijo, mientras bebía su tercera taza de café en media hora. Apoyó los pies en el escritorio lleno de cosas e inclinó la silla, balanceándose perezosamente hacia adelante y hacia atrás.

—Dios mío, *Bea French*. ¿Cómo demonios está? ¿Y dónde demonios está? La comunicación es tan buena que juraría que se encuentra al final del pasillo.

—Continúo en Francia —dijo Bea—. En la Villa Mimosa. Escuche, detective Mahoney —gimió—. Millie ha fallecido y me dejó todo este dinero, dos niños y no sé qué hacer... Estuve llamando a Phyl; no está en su apartamento y me siento tan preocupada...

Mahoney se irguió en el asiento, de pronto alerta.

—Está bien, querida, tómelo con calma. Explíqueme la situación y entonces veremos qué podemos hacer.

Bea le contó su historia y dijo finalmente:

—No pude comunicarme con Phyl para informarle; ella faltó al funeral y ahora tampoco puedo hablarle; entonces, detective Mahoney...

—Muy bien. Está bien, Bea. Ante todo no se preocupe por Phyl. Sé que está con un tipo que la tiene medio loca. Imagino que olvidó informarle del señor Hawái, ¿verdad? Estas vacaciones fueron una idea de último momento, y ella la prolongó un poco más de lo que había planeado. La noticia acerca de la muerte de Millie la destrozará, y lo mismo digo con respecto al hecho de que no asistió al funeral. Es una situación dura, y el hecho de que Phyl no esté en su casa agrava las cosas para usted.

—Nick estuvo conmigo —dijo Bea, que ahora parecía más tranquila—. Me ayudó.

—Sí. Bien por Nick. A usted le agrada, ¿verdad?

—Es buen tipo —dijo Bea, en actitud un tanto defensiva.

—Caramba, ¿dónde escuché antes la misma opinión? Escúcheme, joven *Bea French*. Millie seguramente la apreciaba mucho para hacer lo que hizo. Le confió a esos dos huérfanos. Imaginó que ahora serían los tres contra el mundo, y no solo una persona. Y, según las vibraciones que me llegan de Nick, quizá se trate incluso de cuatro personas. Me parece que es una cifra bastante respetable. De modo que mantenga alta la cabeza. Alégrese de haber contado con la amistad y el amor de Millie. —Sonrió—. Y, después de esas palabras de sabiduría, será mejor que le suministre el número de la doctora en Hawái.

—Gracias, detective Mahoney —dijo Bea, que pareció aliviada.

—Por favor, Franco —dijo Mahoney con una sonrisa—. Creí que ahora éramos amigos. Después de todo lo que hemos pasado juntos.

—Los mejores amigos —dijo ella, con expresión fervorosa.

—Llámeme si me necesita, nena —dijo él—. Y quizá vaya allí para verla uno de estos días.

Mahoney dejó el teléfono y miró el reloj. Eran exactamente las siete. Descolgó de nuevo el receptor y marcó el número de Hawái.

—Kalani. Buenas noches. —Una voz de acento asiático respondió de inmediato.

—Sí, buenas noches. Deseo hablar con la doctora Phyl Foster.

—Muy bien, señor. ¿De parte de quién?

—Dígale que habla Franco Mahoney.

Apoyó de nuevo los pies sobre el escritorio y se recostó en el respaldo de la silla, esperando escuchar la voz sorprendida de Phyl.

—¿Quién habla? —preguntó con sequedad una voz masculina. Mahoney supuso que era el señor Hawái en persona y enderezó el cuerpo para continuar hablando.

—Me llamo Franco Mahoney. Deseo hablar con la doctora Foster.

—La doctora no puede acercarse al teléfono. ¿Desea dejar un mensaje?

—Sí. —Franco arrugó el entrecejo. El señor Hawái hablaba como un cretino arrogante—. Dígale que llamó M-A-H-O-N-E-Y —deletreó con voz pausada.

—Es un nombre común, señor Mahoney. Sé escribirlo.

En la voz se manifestaba cierta acritud, y Franco frunció el entrecejo. No era solo un cretino arrogante; parecía un canalla de primera clase.

—Muy bien —dijo con tono brusco—. Dígale a la dama que me llame a cualquier hora del día o de la noche. Es urgente. Ella tiene mi número. ¿De acuerdo?

—Le transmitiré el mensaje —dijo el hombre con frialdad, y cortó la comunicación.

Mahoney a su vez depositó el receptor sobre la horquilla.

—Dios mío —dijo asombrado—. La doctora ciertamente sabe elegirlos.

Caminó por el pasillo en dirección a la máquina expendedora de café con las manos hundidas en los bolsillos, cavilando acerca del áspero intercambio. *Es un tipo celoso*, fue su conclusión, mientras se servía el cuarto vaso de café desde las seis y cuarto. Y solo eran las siete y diez. Tenía la sensación de que sería una noche larga.

Tenía razón. La primera llamada llegó casi inmediatamente; un incendiario había actuado en el Tenderloin. El fuego aún no había sido controlado y hasta ese momento se habían recuperado dos cadáveres.

Él y Benedetti llegaron de prisa al lugar, con Benedetti al volante del automóvil policial y las luces parpadeando al mismo tiempo que se oía el alarido de la sirena.

—No sé —sonrió Benedetti, satisfecho, mientras el tránsito le daba paso—. A veces es satisfactorio ser policía.

Mahoney se estremeció cuando pasaron otro semáforo en rojo y pasaron una esquina con un chirrido de frenos.

—Sí, excepto que quizá deberías contemplar la posibilidad de asistir a la escuela de conductores. Dios mío, ¿quieres poner un poco de cuidado?

La sonrisa de Benedetti se ensanchó todavía más mientras miraba a su compañero.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo, detective?

—Por supuesto. ¡Con un loco como tú al volante! Recuérdame que pida un colega distinto cuando vuelva a la sala de la brigada. De ese modo podré vivir más tiempo.

Vieron las llamas desde cuatro calles de distancia y detuvieron el automóvil en el momento en que el techo se desplomaba en medio de chispas y restos ardientes.

—Dios nos asista. Ojalá que todo el departamento de bomberos esté aquí —

murmuró Mahoney.

—El asunto ha concluido —les dijo el jefe de bomberos—. Hasta ahora dos muertos, y conservo a todos mis hombres. No cabe duda de que es un incendio intencional; hay trapos empapados de gasolina distribuidos en distintos lugares.

Mostró a Mahoney un trozo de lienzo.

Mahoney dijo:

—Benedetti, guárdalo en la bolsa de plástico. Tendremos que analizarlo. — Observó al grupo de mirones con los ojos entrecerrados; los incendiarios casi invariablemente venían a contemplar sus propios fuegos. Eso les emocionaba. Mahoney no sabía qué podían estar pensando sobre la gente a la cual habían asesinado; en el fondo no le importaba. Solo deseaba enviarlos a la cárcel el tiempo más largo posible. Pero esa noche no tuvo suerte. Su famoso sexto sentido parecía haberlo abandonado. Ninguno de los miembros del grupo de espectadores exhalaba ni siquiera el más leve olor a gasolina.

—Llamemos a la central —dijo a Benedetti. Comenzaron a retroceder en el momento mismo en que la llamada crepitó en la transmisión enviada por la radio policial.

—¿Hay mensajes para mí? —preguntó Mahoney, mientras se acercaban al vehículo.

—No, nada —dijo el oficial de guardia por la radio.

—Infórmeme si llama la doctora Phyl Foster, ¿quiere? —dijo Mahoney—. Es importante.

—Entendido. —El oficial de guardia se despidió.

—¿Tienes una nueva novia? —preguntó con curiosidad Benedetti—. Pensé que tenías una relación seria con la pollita italiana. ¿Cómo se llama?

Mahoney suspiró.

—Para tu información, hace por lo menos una década que no se llama pollitas a las mujeres. Y la joven dama a quien te refieres todavía se digna verme ocasionalmente, cuando dispongo de tiempo.

—Sí, tienes razón. Ese es el problema. El tiempo. Se fatigan de esperarnos y encuentran un tipo que tiene horas más razonables. De todos modos, algunos de los tipos consiguen llegar al altar. ¿El sábado irás a la boda de Connors?

—No pienso faltar —dijo Mahoney, mientras frenaban de nuevo el automóvil frente al Hot Trash Bar.

Tendido boca abajo en el callejón, el cuerpo estaba rodeado por un grupo de espectadores, contenidos a su vez por un par de policías uniformados. Habían golpeado a la víctima cuando salía del bar y la habían llevado al callejón, donde la apuñalaron para robarle el billetero. Varios testigos habían visto al culpable cuando salía del callejón y podían ofrecer una descripción; pero nadie estaba dispuesto a decir que había visto el crimen; nadie deseaba comprometerse.

—No tenemos nada —suspiró Mahoney. Así era. Hacia la medianoche el

recuento de cadáveres como consecuencia del ataque incendiario, el apuñalamiento y otros homicidios se elevaba a cuatro, además de un herido «grave», que oscilaba entre este mundo y la eternidad y que se encontraba en la sala de cuidados intensivos del Hospital General de San Francisco. Y el total de sospechosos encarcelados se elevaba a cero.

Mahoney estaba mecanografiando malhumorado los informes en la máquina de escribir, bebiendo café y masticando un bollo, cuando sonó el teléfono.

—¿Sí? —rezongó con expresión fatigada.

—¿Mahoney? ¿Es usted?

—Doctora —dejó el bollo y sostuvo el receptor entre el hombro y la oreja. Se inclinó hacia atrás, sonriente—. Por supuesto, soy yo. ¿A quién esperaba encontrar?

—Suenan tan... fatigado.

—Usted tampoco tiene una voz muy brillante, por tratarse de una dama que está de vacaciones.

Le pareció que ella adoptaba una actitud reservada y se preguntó si el arrogante señor Hawái estaba en la habitación, escuchando la conversación.

—Estoy muy bien —dijo ella en tono un poco brusco—. Recibí su mensaje.

—Eso me sorprende. Al noviecito que me atendió no pareció agraderle la idea de que otro tipo la llamase. Un poco posesivo, ¿verdad?

—Usted dijo que era urgente —dijo ella, ignorando la burla.

—Así es. Mire, será mejor que se siente para escuchar esto, doctora. Se trata de su amiga Millie.

Le relató la llamada de Bea y lo que había sucedido con Millie. Le pareció que Phyl estaba llorando cuando la psiquiatra dijo que jamás se perdonaría por no haber estado allí, Phyl le dijo que regresaría al día siguiente a San Francisco y que le llamaría apenas se encontrase en la ciudad.

Mahoney cortó la comunicación; su rostro tenía una expresión reflexiva. Por tratarse de una dama serena y controlada, le había parecido que estaba muy tensa, exactamente como el señor Hawái.

Capítulo 23

Phyl dejó el teléfono y miró a Brad, sentado frente a ella. Brad fumaba un cigarrillo y bebía *brandy*. El Doberman, todavía tenso como un resorte, estaba tendido como siempre a sus pies.

—¿Problemas? —preguntó Brad con aire indiferente, observando los ojos azules de expresión acusadora.

—¿Por qué no me dijiste que Mahoney había llamado? Si yo no hubiese visto el nombre escrito en un cuaderno, jamás me habría enterado.

Él se encogió de hombros.

—Creo que lo olvidé.

—Sabes muy bien que no es así. Jamás olvidas nada. Recuerdas todos los detalles de la historia de tu familia.

—Eso es diferente —dijo él con sequedad—. Es importante.

—¿E informarme que alguien deseaba hablarme con urgencia no es importante?

—Bien, ¿qué fue?

—No me informaste porque era la llamada de un hombre.

—No me agrada que *nadie* te llame aquí. Deberías haber respetado mi intimidad. No tenías por qué darle este número.

Ella lo miró, incrédula.

—No puedo desaparecer así como así. Tengo pacientes, hay novedades...

Brad apagó el cigarrillo y se puso bruscamente de pie. El perro lo imitó y se le erizó el pelaje. La tomó por los hombros y acercó su cara a la de Phyl.

—Ya te lo dije, nada es más importante que tú y yo. *Pero no me escuchas*. —Phyl oyó el suave gruñido del perro—. Cuando estás conmigo, Phyl, exijo consagración total. *Nadie más importa*. ¿Por qué no comprendes eso?

—Estás loco —replicó Phyl, apartándolo con un empujón.

Brad la aferró por el brazo y la obligó a mirarlo.

—¿Es lo que piensas? Crees que estoy loco. —La risa era amarga—. Probablemente soy la persona más racional que conoces. Por lo menos, sé lo que deseo de la vida, y estoy dispuesto a conseguirlo. —Su expresión cambió y sonrió, adoptando de pronto una actitud gentil, mientras acariciaba la mejilla de Phyl con la mano—. Y a ti te deseo, hermosa Phyl —murmuró—, eres mi musa, mi confesora. Solo a ti te quiero.

Phyl lo miró con desconfianza. Eso era más que una actitud de enamorado. Brad estaba loco de celos.

—Tendré que partir a primera hora de la mañana —dijo ella con frialdad, y se apartó del hombre.

—Pero ¿por qué, Phyl? —Parecía desconcertado como un niño—. Juntos somos

tan felices. Por favor, no lo eches a perder. No me dejes. Ya lo ves —agregó en una actitud casi patética—, te necesito.

Phyl vaciló; él había protagonizado uno de esos súbitos cambios y de nuevo era el individuo encantador. Y entonces Phyl recordó a la pobre Millie.

—Una amiga falleció súbitamente —dijo con voz temblorosa—, debo regresar.

—Phyl, lo siento muchísimo. No sabía nada.

—Bien, ahora lo sabes.

Ella se separó de Brad y caminó hasta su habitación. Oyó que él la seguía, acompañado por el Doberman.

Brad permaneció en el umbral, con el perro agazapado a un paso de distancia, mirándola cómo preparaba su equipaje. Las lágrimas por Millie empapaban las mejillas de Phyl.

—Te llevaré de regreso en mi propio avión —dijo él, en actitud de arrepentimiento—. Iré contigo al funeral. Después puedes volver aquí.

—Es demasiado tarde, Brad. Ya se celebró el funeral.

—Entonces ¿por qué necesitas volver?

Ella suspiró, exasperada.

—Es un poco complicado. En el asunto está comprometida una paciente. Tengo que hablar con ella, porque me necesita.

—Ya te dije que también yo te necesito.

Phyl cesó de guardar prendas plegadas en la maleta y miró a Brad, de pie en el umbral. Había una expresión desesperada en los ojos del individuo, y ella sabía que esa actitud era sincera. Se dijo que un poco de celos eran aceptables, pero lo que veía en él rozaba lo irrazonable. Se acercó a Brad y apoyó las manos sobre sus hombros masculinos.

—Eres un tonto al mostrarte tan celoso —dijo en voz baja—. Sabes que me quedaría si pudiese.

—Me lo imagino —dijo él de mala gana. La acercó a él—. ¿Quién es este Mahoney, cuyo número conoces tan bien?

—Nada más que un amigo —contestó ella.

Brad la abrazó.

—No quiero que tengas amigos —murmuró en su oído—. Quiero ser la única persona en tu vida.

Su tono helado originó un estremecimiento aprensivo en la columna vertebral de Phyl.

Más tarde, en la cama, observó a Brad mientras este dormía. Estaba acostado de espaldas con los brazos y las piernas extendidos.

Pensó que, con su cuerpo musculoso y bronceado y los sedosos cabellos rubios, parecía la estatua de un joven dios griego. Una figura hermosa, pero en cierto modo indefensa. Recordó la riña que habían sostenido y la cara amenazadora de Brad cerca de la suya; en ese momento parecía muy diferente del hombre que dormía con

expresión de inocencia allí a su lado. Al pensar en eso sintió temor. Por primera vez en su relación, tenía conciencia profesional de que Brad padecía una grave inestabilidad.

Phyl abrió la puerta de su apartamento y la cerró con un punta pie. Depositó las maletas sobre el suelo y se dejó caer en el sofá, donde se estiró con expresión fatigada.

Apenas unos meses antes, ese apartamento le había parecido una fortaleza, el refugio para defenderse del mundo. Había sido un lugar tranquilo, silencioso y ordenado. Su vida se ajustaba a una serena rutina que la complacía profundamente. Bien, quizá la palabra *complacía* no fuera la más apropiada; pero, por lo menos, en aquel período era la dueña de sus propios sentimientos, a pesar de que nos les permitía manifestarse demasiado.

Después había bajado la guardia y ahora estaba comprometida con un hombre absurdamente celoso cuya perturbación según ella sospechaba iba más lejos que los meros celos. Su buena amiga había fallecido, y ella ni siquiera había asistido al funeral. Y su paciente y protegida se había visto obligada a afrontar sola una crisis, cuando Phyl le había dado su palabra de que siempre podría acompañarla.

Phyl suspiró irritada. Su mundo tan controlado estaba derrumbándose por todos los lados, y Phyl lo sabía. ¡Era tiempo de reaccionar!

Descolgó el teléfono y llamó a Bea. Comprobó sorprendida que la joven contestaba en actitud animada y serena.

—Te llamé a Hawái, pero no pude comunicarme —dijo Bea—. Sin embargo, hablé con el detective Mahoney, y me ayudó mucho. Phyl, es un hombre muy bueno y sincero. Me ayudó a ordenar mis prioridades.

—Lamento mucho haberte fallado —dijo Phyl—. Y siento enormemente que no haya estado allí para despedirme de Millie. ¿Cómo pude ser tan estúpida que no te dije dónde estaba...?

—Está bien. Lo comprendo, y estoy segura de que Millie también lo habría entendido. Además, Nick me ayudó. Ha sido como una roca. Alguien en quien apoyarme. No sé cómo me habría arreglado sin él. Ahora está aquí y coopera conmigo en la atención de los niños, Scott y Julie —agregó.

Conversaron sobre la herencia y los niños, y Phyl dijo que la situación creada era típica de Millie. Propuso viajar a Europa para acompañarlos, pero Bea dijo que tenía a Nick y que por el momento estaba bien.

—Pero no olvides mi promesa —le dijo Phyl, mientras se despedía—. Cuando me necesites, iré a verte. Puedes contar conmigo.

Se sintió un poco mejor, entró en el dormitorio y allí comenzó a desnudarse. Se metió bajo la ducha, y el agua caliente alivió su fatiga... y su *sentimiento de culpa*. Se preguntó qué podía hacer con respecto a Brad.

En silencio y con expresión sombría, él la había llevado en avión de Kalani a Honolulu, pero Phyl había insistido en viajar a San Francisco en un vuelo comercial.

—¿Por qué? —preguntó él, irritado. Ella no se lo dijo, pero conocía la razón: era que necesitaba empezar a recoger los hilos de su independencia antes de que las cosas llegaran demasiado lejos y perdiese todo el control. No podía permitir que Brad Kane dominase su vida.

En el aeropuerto, ella se puso de puntillas para besarlo, pero Brad retrocedió enojado. Después de volverse rápidamente, ella atravesó la puerta caminando de prisa. Sintió que los ojos de Brad la perforaban, pero no miró hacia atrás. Si Brad quería que las cosas tuviesen ese cariz, ella no cooperaría.

Salió de la ducha y se envolvió en su bata blanca; después entró en la cocina, mientras se preguntaba por qué el apartamento parecía tan vacío. Sonrió. ¿Cómo podía haberla olvidado? Por supuesto, la gata.

Marcó el número del domicilio de Mahoney, pero allí nadie contestó; de modo que lo llamó al trabajo.

—He regresado —dijo, de pronto ansiosa por escuchar el sonido de esa voz tan reconfortante.

—Ya lo veo —dijo Mahoney.

—Hablé con Bea —explicó Phyl—. Creo que reparé mi falta en vista de que no estuve con ella cuando me necesitó.

—Perfecto —dijo Mahoney con frialdad.

Phyl apartó unos centímetros el auricular y lo miró con el entrecejo fruncido. ¿Qué demonios le pasaba a Mahoney?

—¿Se siente bien? —preguntó.

—Por supuesto. Ha sido una semana infernal. ¿Desea que lleve a Coco? ¿O tal vez planea otras vacaciones?

—¡Eh, Mahoney! —dijo ella, sobresaltada—. ¿Qué le sucede? Creí que éramos amigos.

Hubo un silencio prolongado y después él dijo:

—Pensé que quizás el señor Hawái estaría allí con usted. Eso es todo.

Ella rio, aliviada.

—Bien, no está aquí. Está en su casa. Solo. En su isla.

—Magnífico. ¿Y qué hace esta noche? ¿Tiene una cita muy interesante con otra persona?

—No. No tengo una cita muy interesante. Y no estoy ocupada. Salvo, por supuesto, que usted se proponga invitarme a algún lugar. —De pronto sintió el intenso deseo de verlo—. Mahoney —dijo, en vista del silencio tenso que mantenía el detective—, lo invito. Lo único que tiene que hacer es indicar la hora y el lugar.

—Mi apartamento —dijo él—. A las ocho. Y vístase con un poco de elegancia. Será una boda.

—No será usted quien se casa, ¿verdad?

—No, a menos que usted me lo pida. No, me refiero a un colega. No pude asistir a la ceremonia, pero se trata de una boda ítal-irlandesa, y habrá bailes, festejos y muchísima bebida toda la noche. Podemos encontrarnos a las ocho.

Phyl eligió un vestido nuevo de encaje rojo, corto y ajustado, con un ancho escote que mostraba los hombros. Se recogió los cabellos y, como no tenía flores frescas, usó una gran rosa de seda roja. Calzó los pies bronceados por el sol en sandalias rojas de tacón alto y se puso sobre los hombros un chal de seda negra. Se miró satisfecha al espejo. Su ánimo de pronto revivió. Ya no sabía qué sentía con respecto a Brad y sus absurdos celos. Solo sabía que la alegraba la posibilidad de salir esa noche con Mahoney.

—Bien, ¿qué me cuenta? —dijo Mahoney, mientras le abría la puerta—. Parece una de las chicas del colegio secundario a las que yo invitaba hace muchos años.

—No se moleste, Mahoney —suspiró resignada Phyl, mientras subía la escalera.

—Veo que aplicó mi consejo acerca del color —replicó Mahoney con burla—. A usted el rojo le sienta bien. En realidad —dijo, mirando las piernas bronceadas y los hombros lisos mientras Phyl se quitaba el chal—, tiene un aspecto extraordinario.

Ella se volvió hacia Mahoney, sonriendo.

—¿De veras me aprueba? Usted dijo que me pusiera elegante, pero yo no sabía muy bien qué ponerme.

Mahoney meneó la cabeza en actitud de admiración.

—Doctora, le diré una cosa. Connors se ha casado hoy. Pero, cuando ese irlandés vea a mi mujer escarlata, es posible que usted compruebe que ha provocado el divorcio más rápido de la historia.

Phyl se echó a reír.

—A usted también se le ve muy elegante esta noche, Mahoney. —Acarició las solapas de satén del frac del policía—. Parece el personaje de una función de gala en la televisión. ¿O quizás un candidato político? ¿O posiblemente el próximo alcalde?

—En esta semana, querida, no me interesan esas cosas. Hemos afrontado situaciones muy duras. Seguramente es la locura del verano. Sucede todos los años por esta época. Hay una miniola de calor y la gente enloquece, todos empiezan a matarse unos a otros. En el depósito de cadáveres municipal hay más cadáveres de los que uno podría imaginar. Y ninguno de ellos corresponde a un caso resuelto.

Mahoney retiró un par de copas de la alacena y una botella de champaña del refrigerador. Ella lo miró.

—Hablando de traseros —dijo Phyl, con una sonrisa atrevida—, el suyo. Mahoney, tiene proporciones respetables.

—Eso me dijeron —comentó con frialdad el detective, mientras servía el vino.

Ella vio la marca de la botella y dijo, impresionada:

—¿Gastó tanto dinero solo por mí?

—Solo lo mejor —replicó Mahoney, alzando la copa en un fingido brindis—. A propósito, Coco duerme en mi cama. Usted estuvo ausente tanto tiempo que casi la ha

olvidado.

—Bien, yo no olvidé a la gata —dijo ella, inquieta.

—¿De veras? ¿Y qué me dice del señor Hawái?

Avergonzada, Phyl bajó los ojos.

—No vine aquí para comentar mi vida privada.

—¿Por qué no? ¿Tiene algo que ocultar?

—¡Mahoney! —Lo miró exasperada.

—Entonces ¿quiere que yo hable de él? Me pareció un hombre frío... en realidad, gélido. También lo encontré grosero, arrogante y posesivo. Llegué a la conclusión de que se mostraba demasiado celoso para su propio bien. —Miró a Phyl y agregó—: Una actitud que tampoco le conviene a usted.

—¡Mahoney! —exclamó de nuevo ella, y sus ojos azules echaron chispas.

Él se encogió de hombros.

—Bien, usted me preguntó.

—¡No, no pregunté nada! —Las miradas de los dos se encontraron, y ella empezó a reír—. Oh, demonios, tiene razón en sus opiniones —reconoció finalmente Phyl—. Es posesivo y muy celoso. —Su sonrisa finalizó en una expresión inquieta—. En realidad, Mahoney, a veces me asusta porque es excesivamente celoso.

—¿Tiene motivos para adoptar esa actitud?

Phyl meneó la cabeza.

—¿Sabe lo que me preocupa en realidad? Cree que me parezco a su madre. Y es cierto.

Mahoney se encogió de hombros, sin comprender.

—¿Y eso que tiene de malo?

—Me parece un poco siniestro, nada más. La odiaba. Me relató esas historias de horror, acerca de la promiscuidad de la dama y del modo en que exhibía sus aventuras. Dijo que todos estaban enterados. Incluso indujo a un tipo a suicidarse.

Mahoney emitió un silbido, impresionado.

—Doctora, no se necesita ser un gran psiquiatra para preocuparse por esa situación.

—No se trata de eso —dijo Phyl en actitud defensiva—. Casi siempre es un hombre encantador, cálido y sensible. Se muestra apuesto, cortés... es un empresario respetado. Su rancho es su vida.

—Sucede sencillamente que odia a su madre, y eso es todo. —Ahora Mahoney no sonreía—. Vea, Phyl, si usted cree que hay algo que está mal, seguramente no se equivoca. Son las ideas que provienen de los instintos.

—¿Quiere decir que él realmente está pensando en su madre cuando se acuesta conmigo? —preguntó Phyl, con voz tenue y asustada.

—¿Por qué no se lo pregunta?

—Casi lo hice. Le pregunté si yo le agradaba porque me parecía a Rebecca, y se echó a reír. Dijo que era cierto. Y tengo que creerlo así.

Mahoney asintió. Phyl no era una mujer que concediese fácilmente sus favores. A pesar de su condición de psiquiatra, era una mujer, y no podía aceptar la posibilidad de que Brad respondiese a una razón perversa para llevarla a la cama.

—De todos modos, nos separamos. En el aeropuerto. —Se encogió de hombros—. Estaba enojado porque yo no le permití traerme de regreso en su avión. De modo que supongo que fue una despedida.

Mahoney sonrió.

—Entonces no hay razón para preocuparse. —Ella continuaba frunciendo el entrecejo—. Muy bien, dígame cuál es el otro problema —pidió.

—Oh, Mahoney, no estuve al lado de Bea.

—Es cierto. Pero ella se ha resignado. Fueron las circunstancias.

—Fue *imperdonable*. Además de ser mi amiga, es mi paciente. Me comporté de manera irresponsable.

—Eh, todos somos humanos.

—¡Soy médica! —gritó Phyl, todavía irritada consigo misma—. *Debería haber estado allí*.

—Escuche, las cosas se arreglaron —dijo él con expresión tranquilizadora—. Todo está bien. No es necesario continuar flagelándose, ¿no le parece?

Phyl lo miró con sus ojos llorosos.

—Falté al funeral de Millie.

Mahoney se sentó al lado de Phyl y le rodeó los hombros con el brazo. Ella apoyó la cabeza en el hueco del brazo de Mahoney, y él oyó que la psiquiatra trataba de contener las lágrimas.

—Adelante, muchacha —dijo, suspirando con exageración—. Llore de una vez.

Oyó que ella sonreía entre las lágrimas y decía:

—Oh, basta, Mahoney —y lo apartaba de un empujón.

—Se le corre el maquillaje —dijo Mahoney, mirándola con espíritu crítico.

—Maldición.

—Una buena palabra como «maldición» seguramente pueda aliviar sus sentimientos —dijo él en tono de burla.

—Machista —replicó Phyl, apartándolo de nuevo de un empujón.

Mahoney se echó a reír.

—Usted es una gran muchacha. Vamos, doctora. Arregle su maquillaje. Tenemos que asistir a una fiesta de casamiento.

Las celebraciones habían comenzado a las cuatro y media de la tarde en un salón de fiestas, y cuando Mahoney y Phyl llegaron, alrededor de las nueve, la fiesta estaba en su mejor momento. La banda, reforzada por varios miembros de la Policía de San Francisco, ejecutaba las piezas de mayor éxito, y la mitad de la sala cantaba a coro. La pista de baile estaba abarrotada, y en el bar había varias hileras de clientes de

cinco en fila; en el *buffet* estaban distribuyendo varios platos italianos que eran la especialidad de la casa. Las banderas irlandesas e italianas celebrando la unión colgaban como estandartes del techo y había ramos de rosas rojas intercalados con otras flores. La novia, deslumbrante con su traje de seda blanca y encaje y varios metros de velo cargados de lentejuelas, estaba sentada con su nuevo esposo y las respectivas familias en la cabecera de la mesa. Mahoney avanzó con Phyl a través de la multitud para presentar sus respetos.

—Connors, viejo canalla, finalmente conseguiste una mujer que te convirtiese en un hombre honesto —dijo Mahoney, abrazando a su colega. Contempló admirado a la novia—. Siempre dije a Connors que eras demasiado buena para un sinvergüenza irlandés como él. Nena, tienes un aspecto maravilloso. Una hermosa novia.

Se rieron. Mahoney tomó la mano de Phyl y la presentó.

—Aquí está Phyllida Foster, llamada Phyl —dijo. Ella le dirigió una mirada de sorpresa y se preguntó cómo conocía su verdadero nombre; de pronto se sintió atrapada en un abrazo de oso propinado por el novio.

—Caramba, Mahoney —dijo el novio con admiración—. ¿Dónde la descubriste? Te digo que tiene demasiada categoría para un viejo irlandés como tú.

—Pero usted es la doctora Phyl —exclamó Sandra, la recién casada.

—Esta noche no —le aseguró Phyl—. Esta noche soy nada más que la pareja de este viejo irlandés.

Se echaron a reír, y Connors dijo:

—Doctora Phyl, resérveme una canción dentro de un rato. Y le permitiré que me analice cuanto se le antoje.

La mayoría de los colegas del turno de Mahoney estaban reunidos frente al bar. Benedetti los vio llegar. Dio un codazo al tipo que estaba al lado y dijo:

—Mira lo que consiguió Mahoney. —Se volvieron para mirar, y los labios de los dos dibujaron sonrisas de apreciación.

—¿Cómo hiciste para traerla aquí, Mahoney? —gritó alguien—. ¿La esposaste?

—Está bien, hombre astuto —dijo Mahoney—, todos comprendemos que no sabes cómo debes comportarte frente a una dama, pero nos gustaría que lo intentases. Permítanme presentarles a Phyl Foster.

—La doctora —dijo reverente Benedetti—. ¿Puedo formularle una pregunta, señora? ¿Qué demonios hace con un asno como Mahoney? Esta noche, la mitad del Departamento de Policía de Los Ángeles de buena gana se encargaría de usted, en las condiciones que quiera imponer.

—Muchas gracias, amigos —dijo Phyl con recato, mientras aceptaba un asiento y una serie de cumplidos de los colegas de Mahoney.

—Esta noche es una de las nuestras —dijo alguien, clavándole en el pecho una de las falsas placas de detective de la Policía de San Francisco que adornaban las mesas del salón—. Clinton —gritó al barman—, un brindis por la detective Foster.

—Bien —dijo Benedetti, acercándose más, con su vientre prominente que se

balanceaba—, díganos cómo conoció a Mahoney.

—Es una historia larga —dijo Mahoney—, y demasiado picante para los delicados oídos de los que están acá.

—¿Qué le parece si bailamos esta pieza, doctora? —dijo otro. La llevó a la pista al compás de «La Bamba» y bailó con Phyl hasta que otro le tocó el hombro y se la llevó.

Media hora más tarde, Phyl finalmente regresó al mostrador. Bebió una copa de agua mientras se abanicaba con la mano la cara demasiado caliente.

—Está bien, muchachos, ya es suficiente —advirtió Mahoney—. La dama necesita comer.

La tomó de la mano y la condujo a través de la multitud, deteniéndose cada poco tiempo para presentarla a sus amigos.

Las mesas del *buffet* estaban cubiertas por muchas clases de mariscos y por enormes fuentes de lasaña, ñoquis de queso, raviolis rellenos, berenjenas a la parmesana, tomates rellenos, ensaladas, media docena de panes de distinto tipo y botellas de vino tinto. Esto, del lado italiano. Los irlandeses estaban representados por el salmón ahumado y las ostras, los panes especiales y otros platos. Las mesas estaban adornadas con banderines y rosas, y la hospitalidad parecía abrumadora.

Mahoney llenó de alimento el plato de Phyl, se apoderó de una botella de vino y la llevó a un rincón tranquilo.

—Apuesto a que hoy todavía no ha comido —dijo, mientras se metía una ostra en la boca.

—Tiene razón —dijo Phyl, e hizo lo mismo.

Comieron con verdadero apetito durante varios minutos, y finalmente ella dijo:

—Me agradan sus amigos.

—Sí, son buenos tipos. —Mahoney sonrió—. Supongo que son gente decente, pero ahora sin duda se preguntan qué hace una muchacha como usted con un viejo policía como yo.

La mirada de Phyl encontró la de Mahoney, y ella dijo:

—En primer lugar, usted no es viejo. O, si lo es, en ese caso también yo lo soy, y me niego a aceptar tal cosa. Segundo, ciertamente es un hombre entero, Mahoney. —Extendió la mano y le acarició suavemente la cara—. Seguramente es el más apuesto del departamento.

—Bien, cualquier cosa parece buena después de Benedetti y el vientre que se le ha creado gracias a la cerveza.

—Y tercero, Mahoney, es un buen policía. Lo sé muy bien.

—Gracias por los cumplidos, señora. —Las miradas de los dos se encontraron—. Espere aquí un momento —dijo al fin. Se puso de pie y atravesó la pista en dirección al estrado de la banda.

Cuando regresó, algunos minutos después, la banda había comenzado a tocar «La Dama de Rojo».

—Están tocando nuestra canción —dijo, extendiendo la mano en dirección a Phyl.

Las luces se amortiguaron, y las parejas comenzaron a moverse en el salón de estilo antiguo, con las paredes recubiertas de espejos; en el centro de la pista, Mahoney cerraba los brazos alrededor del cuerpo de Phyl, y ella suspiraba feliz.

—Tiene razón —murmuró Phyl al oído de Mahoney—, esto es como el baile del colegio secundario. No he bailado así, tan lentamente, desde hace varios años.

—Entonces no sabe lo que se pierde —murmuró Mahoney.

—Sus amigos nos están mirando —dijo ella.

—Podemos ofrecer un hermoso espectáculo a esos cuervos viejos y obscenos. —Él la acercó con más fuerza todavía. Phyl inclinó la cabeza para mirarlo.

—Mahoney...

—*Franco*, por favor. Después de todo, este es un momento íntimo.

—Es precisamente lo que me proponía mencionar... quiero decir, estaba preguntándome si es aplicable la antigua observación de Mae West: «¿En el bolsillo tiene un manojito de llaves, o se trata sencillamente de que le agrada estar conmigo?».

Mahoney apartó el brazo del cuerpo de Phyl. Sonrió mientras retiraba las esposas del bolsillo del pantalón.

—Lamento decepcionarla, doctora. Pero, si eso es lo que desea, de buena gana la complaceré.

—Oh, Mahoney —dijo ella, riendo, y rodeando con los brazos el cuello del policía—. No se me ofrece esta clase de tonta diversión desde... bien, desde hace tanto tiempo que ya ni lo recuerdo.

—A mí tampoco —dijo él con ternura, mirando la cabeza con la cabellera oscura y sedosa—. Phyllida Foster, ¿alguien le dijo alguna vez que es una hermosa mujer?

—¿Cómo supo mi nombre? Jamás se lo digo a nadie.

—Olvida que soy policía. Tengo acceso a cosas como nombres, fechas, direcciones y números telefónicos. —Sonrió—. Está en su permiso de conducir.

Bailaron mucho tiempo, hasta que Mahoney sintió que le tocaban el hombro, y el novio, es decir Connors, se hizo cargo. Mahoney continuó bailando con la novia, y Phyl no lo vio durante otra hora, mientras ella bailaba con jóvenes policías irlandeses y recordaba la tarantela con los ancianos italianos. De nuevo en el bar, festejó las bromas, los juegos y los cuentos, presidiendo desde el taburete frente al mostrador, rodeada por sus admiradores. Lo pasaba tan bien que ni siquiera alcanzaba a recordar a Brad Kane.

Poco antes de medianoche, los detectives decidieron trasladarse al local de Hanran. Phyl llegó allí flanqueada por los mejores hombres de la fuerza policial de San Francisco, y los que ya estaban en el bar se volvieron para silbar y admirarla.

—Aquí, nena, siéntese conmigo.

—Venga, querida, no sabe lo que se pierde.

—Vamos, señora, suelte a Mahoney, yo puedo hacerlo mejor —gritaban, abriendo

paso a Phyl.

—Normalmente —dijo Phyl, mostrándoles con gesto de burla el mentón—, normalmente yo diría que ustedes son el grupo más notable de cerdos dedicados al sexo que he conocido en el curso de mi vida. —Todos gritaron y golpearon el piso con los pies, y ella levantó la mano para reclamar silencio—. Pero —dijo, con una sonrisa en la voz— esta noche creo que están ofreciéndome el mejor cumplido que un hombre puede presentar a una mujer. Y quiero que sepan que lo aprecio.

—Sí, doctora —gritaron todos mientras aplaudían y pedían al barman que les sirviera más de lo que estaban bebiendo.

Eran las tres de la mañana cuando Mahoney por fin la condujo a su casa. Ella apoyaba la cabeza en el hombro del policía y murmuraba satisfecha a pesar de la incomodidad de su postura en el Mustang.

—Por Dios, Mahoney, ¿no puede conseguir un automóvil más decente? —preguntó, con expresión somnolienta.

—Usted está hablando del vehículo que es mi orgullo y alegría —dijo Mahoney, con tono ofendido.

—Sé todo lo que hay que saber acerca de su orgullo y su alegría —murmuró ella—. No intente fingir que esas eran las esposas, Mahoney.

Él se rio mientras estacionaba frente al edificio de apartamentos de Phyl.

—Nunca debí permitirle que se acercase a esos tipos —dijo—. Están embruteciéndola.

—Quizás eso es lo que necesito —suspiró Phyl y enderezando el cuerpo—. Un poco de embrutecimiento.

—Para mejorar la imagen —insistió él.

—Como una colección de plantas aromáticas... —dijo Phyl, mientras mantenía abierta la puerta. Empezó a mover las piernas y avanzó, apoyando las manos en las paredes.

—¿Me ayuda? —preguntó, sonriente.

Él la sostuvo pasándole el brazo alrededor de la cintura, mientras ascendían la escalera. Phyl se volvió para mirarlo con los ojos cerrados y dijo soñadora:

—Mahoney, ¿me da el beso de buenas noches? —Él se rio y acercó sus labios a los de Phyl—. Hum —dijo ella—, está muy, pero muy bien.

—Creo que es mejor que la deje en su apartamento, doctora —dijo Mahoney, mientras ella bostezaba y se apoyaba en él—. Ha sido una noche muy larga.

—En efecto —convino ella. Y después, con una sonrisa luminosa—: Y muy divertida. Hacía mucho tiempo que no me divertía tanto.

—Mejor así —dijo él, apoderándose de las llaves de Phyl y abriendo la puerta.

El Porsche de Brad Kane estaba estacionado a cincuenta metros de distancia. Se inclinó hacia adelante, observando, taladrándolos con la mirada mientras caminaban juntos hacia el edificio.

Extrajo un Gitane del paquete casi vacío y lo encendió, aspirando profundamente.

Sabía qué apartamento pertenecía a Phyl y observó la ventana, gimiendo con desesperación cuando las luces por fin se encendieron. Aplastó el cigarrillo con crueldad. Había visto comportarse exactamente de ese modo a Rebecca en muchas ocasiones: coqueteando, provocando a los hombres. Después de todo, esa mujer era igual a su madre.

Sus ojos se clavaron en la ventana de Phyl; se inclinó hacia adelante, tenso, observando y esperando.

Phyl se quitó los zapatos y caminó hacia la cocina.

—¿Café?

Mahoney meneó la cabeza.

—¿Por qué no bebe una copa de agua, doctora, y se acuesta? Se sentirá como nueva por la mañana.

Ella emitió un hondo suspiro.

—Mahoney, me agrada la mujer que soy ahora.

—Bien. —Él se acercó y depositó un beso en la mejilla de Phyl—. ¿Sabe una cosa? —preguntó con expresión grave.

—¿Qué?

Phyl tenía los ojos muy azules, con expresión inocente.

—De veras es una mujer muy hermosa —dijo él, sonriendo mientras se volvía y caminaba hacia la puerta.

—Gracias, Mahoney —dijo Phyl—, por la noche que pasamos. —Se despidió haciendo un gesto con la mano mientras él cerraba la puerta después de salir.

Ella estaba sonriendo cuando pasó a su dormitorio, despojándose de las ropas mientras andaba. Y continuaba sonriendo cuando cayó dormida. Con el maquillaje intacto. Algo que no había hecho en muchos años.

Mahoney había advertido el Porsche negro 938 estacionado a cincuenta metros al pasar la primera vez. El reflejo policial había percibido que era el único automóvil que se encontraba en una calle de estacionamiento prohibido y que en el asiento delantero había un hombre; automáticamente se había preguntado qué estaría tramando. Todavía estaba allí, y, mientras él subía al Mustang y encendía el motor, vio que se encendían las luces del Porsche. Esperó que el individuo se alejara, pasara a su lado para anotar el número y después investigarlo, ante la posibilidad de que estuviese comprometido en algún acto ilegal; pero en cambio el Porsche retrocedió media calle y dobló rápidamente hacia una calle lateral.

Mahoney se encogió de hombros; no estaba de servicio, y además no le interesaba en realidad vigilar a villanos que manejaban caros Porsche. El tipo probablemente sería un detective privado que se ganaba la vida vigilando a una esposa o un marido aventureros. Qué demonios, después de todo no era un asunto que le concerniera.

Capítulo 24

Julie se zambulló después de Scott en la piscina, enviando un chorro de agua sobre Poochie, que brincaba sobre el borde y les ladraba advertencias.

—Perro viejo y tonto —gritó Julie, arrojándole más agua, chillando de placer mientras él se sacudía y enviaba una lluvia en todas direcciones. Julie gritó de nuevo mientras Scotty salía de la piscina y después volvía a zambullirse casi sobre su hermana.

Julie se hundió en el agua y reapareció riendo y sofocándose; buscaba a Scotty para vengarse. Agitó con ansiedad las manos en dirección a Bea, que estaba sentada frente a la piscina y los observaba. Creía que Bea era la mujer más bonita que jamás había conocido y ya había decidido que deseaba ser como ella cuando creciera.

Bea se echó a reír cuando Julie se lo dijo.

—Querida, no estoy segura de que eso sea posible —dijo. Siempre la llamaba «querida», y a Julie le agradaba eso. Nick la llamaba Jules, y también eso la complacía—. Creo que, a juzgar por las fotografías que he visto, serás como tu madre. Y eso es un cumplido. La señorita Julie debe recordar que su mami era una mujer muy bonita.

Oh, pensó Julie fervorosamente, apoyando el mentón en el borde curvo de la piscina y permitiendo que sus piernas flotasen ante ella. *Mamá era la más bonita de todas*. Pensó que a su madre le habría encantado estar allí, con los cielos azules y expuesta al sol. Su madre odiaba esos fríos y grises inviernos de Ohio. A Julie le encantaba este lugar y sabía que a Scotty también. Lo único que él continuaba recordándole siempre, era que se trataba de un período completamente temporal, según decía «como unas vacaciones».

—Un día nos enviarán de regreso a Ohio y en definitiva terminaremos en hogares adoptivos.

—No, no nos enviarán allí —decía Julie con obstinación, pero de todos modos tenía miedo.

Scotty afirmaba:

—Por supuesto, nos devolverán a Ohio. No son nuestros parientes. Julie, para ellos no somos nada. Apenas un par de niños a quienes están cuidando. Son nada más que tutores.

Pero de todos modos ella no quería creerlo. Y no deseaba regresar al hogar, porque ya no había hogar. Además, no quería separarse de Bea.

Algo le decía que Bea era distinta. La joven también sufría; Julie lo adivinaba. Y le agradaba ese sentimiento de calor que se insinuaba de nuevo en su propio corazón y en su vida. A veces pasaban horas sin que ella pensara en lo que había sucedido.

Julie clavó la mirada en Bea, observándola. No deseaba separarse jamás de la

joven.

Bea pensó que Millie seguramente la había conocido mejor de lo que se conocía ella misma, pues era evidente que se había adaptado por completo a su nuevo papel. Estaba observando a los niños, que se zambullían incansables en el agua y volvían a emerger. Habían estado haciéndolo durante horas enteras. Cada poco tiempo se volvían y salpicaban a Poochie y lo provocaban para que ladrase y brincase exaltado sobre sus patas traseras.

El zumbido de una segadora llegó desde un rincón del sector delantero de la villa, y la voz aguda de la nueva ama de llaves portuguesa compitió con el graznido del loro verde africano. Scotty había rogado a Nick que lo comprase la semana anterior, cuando se habían dirigido al veterinario para buscar un par de pericos. El hombre de la tienda había dicho que era un animal muy charlatán y que conocía media docena de canciones; pero había permanecido en obstinado silencio los cinco primeros días, hasta que el perro le ladró y el animal de pronto lo maldijo en un francés muy fluido.

Villa Mimosa había recobrado vida; Bea deseaba que Millie hubiese estado allí para verla. Ya había desaparecido la sensación de tristeza; ahora el lugar estaba saturado de luz y del sonido de las risas y discusiones de los niños, mezclado con la música, los loros charlatanes y los perros ladrones. Había segadoras en las terrazas y bicicletas en el vestíbulo, una colección de juguetes y camisetas y toallas de baño, además del aroma de comidas apetitosas provenientes de la cocina.

Scotty y Julie Fenwick de nuevo estaban comportándose como niños normales, aunque había noches en que Bea se dirigía al dormitorio de los hermanos y los encontraba abrazados en la cama de Scott, con las huellas de las lágrimas en las caritas inocentes y dormidas. Llevaba a Julie a su propia cama, y la niña exhausta movía los párpados pesados y le dirigía una mirada directa e inquisitiva, que le llegaba al alma. Sabía que Julie estaba tratando de comprobar si era su madre que venía a darle las buenas noches con un beso.

—Soy solo yo —murmuraba Bea, y la niñita suspiraba profundamente, medio sofocando un sollozo, mientras se chupaba el pulgar. Agarraba con fuerza la mano de Bea, esta le acariciaba los cabellos húmedos y se sentaba en silencio sobre la cama, hasta que la niña por fin se sumía en el sueño profundo del agotamiento.

Scott nunca lloraba delante de Bea, pero a veces ella lo veía desaparecer en la ladera de la colina, buscando la gruta. Veía la figura pequeña y encorvada, encaramada en las rocas, contemplando el mar, y suponía que buscaba la soledad para expresar su dolor.

Ella y Nick hacían todo lo posible para dar una vida normal a los niños. Habían organizado una rutina con un preceptor francés, y la misma se cumplía una hora cada mañana. Después iban al mercado de Cannes o Niza o Antibes, y tal vez almorzaban en uno de los cafés. Más tarde, después de un descanso, se dirigían a la playa o nadaban en la piscina, o Nick salía con ellos a pasear en el botecito que había comprado para explorar la bahía.

En el otoño comenzarían a asistir a la escuela; cuando llegase el momento Bea esperaba que los pequeños estuviesen en mejores condiciones para superar el pasado y volver a convertirse en niños comunes y corrientes. Entretanto todavía eran seres frágiles e inseguros en relación con su nuevo modo de vida.

Bea se sentía muy lejos de la muerte súbita en un barranco, del asesinato y el pasado perdido en su memoria. Después de actuar como un ser anónimo, se había convertido en alguien que tenía una identidad. Y todos los días agradecía a Millie su nueva vida. Pero el terror de ignorar quién era y por qué alguien había deseado matarla aún la perseguía. Despertaba de un sueño inquieto, en el que estaba hundiéndose en ese túnel oscuro e interminable, y casi pensaba que tenía la respuesta. Pero, cuando despertaba parpadeando, sudando de temor, esa respuesta se esfumaba.

Poochie se acercaba saltando, se acostaba en el suelo y movía la cola con frenesí. A Bea se le antojaba que Poochie había sido un regalo de Dios. Los niños lo adoraban. El perro la miraba con los ojos castaños inteligentes todavía relucientes de alegría ante la sorpresa que le producía estar todavía vivo. «Muchacho, tú y yo somos supervivientes», decía Bea, y le frotaba con afecto el pelo rizado.

Pensó en Nick, que continuaba buscando ese esquivo cofre bancario con los secretos de la niñera Beale, y casi alentaba la esperanza de que no lo encontraría. En ese momento pacífico, la vida parecía perfecta tal como estaba. Ella tenía su hogar, a los niños y a Nick. Temía al pasado. No deseaba saber quién era la otra joven. Se sentía segura como Bea French. Su agresor jamás podría encontrarla allí y terminar la tarea que había iniciado una vez. Solo durante esas noches largas, inquietas y solitarias ella no se sentía tan segura.

Los niños le pidieron a gritos que se acercase a la piscina y profirieron exclamaciones de placer cuando Poochie saltó al agua detrás de Bea, mientras chapoteaba con una mueca desconcertada en su cara tan cómica.

Estaban jugando un encuentro desordenado de voleibol acuático, reían y gritaban, cuando sonó el teléfono. Bea salió de la piscina para contestarlo.

—¿Nick? —preguntó ella con una sonrisa.

—¿Cómo sabías que era yo?

—Muy sencillo. Eres el único que llama. Por lo menos, a esta hora del día. ¿Vienes a cenar?

—Estaré allí a eso de las siete. ¿Podemos cenar solos esta noche? Quiero decir, sin los niños. Tengo que hablar contigo.

—Está bien. De todos modos, cenan a las seis. A esa hora ya tienen muchísimo apetito. Pero ¿de qué quieres que hablemos?

—Lo descubrí, Bea. La caja de seguridad de la señora Beale. Teníamos razón. Había otros documentos. Los traigo conmigo. Quiere que los leas.

Mientras depositaba el auricular sobre la horquilla, Bea pensó que la voz de Nick sonaba tranquila aunque amenazadora; en absoluto tenía un acento triunfal ante el hallazgo. La joven se preguntó qué era lo que estaba mal.

Cuando Nick llegó, los niños se lanzaron sobre él, proponiéndole que salieran a pasear en bicicleta o en automóvil a lo largo de las terrazas, o que descendieran la ladera de la colina para acercarse al mar.

—Vamos a pescar —gritó entusiasmado Scotty.

—No, llevemos las bicicletas hasta la cima de la colina y después descenderemos por la ladera —gritó Julie con voz más fuerte.

—Esta noche no, amiguitos —consiguió decir Nick. Acarició los cabellos desordenados de Scott y dio a Julie un fuerte abrazo, mientras los expulsaba afectuosamente de la habitación—. Tengo que hablar de un asunto con Bea.

Fueron a charlar con Jacinta en la cocina. Nick miró a Bea.

—No fue fácil llegar hasta esto —dijo, mientras extraía de su portafolios varios sobres de papel marrón—. Tuve que enfrentarme con más de cincuenta bancos, fingiendo en cada caso que había cometido un error mientras me miraban suspicaces, después de comprobar que la llave no les pertenecía. Les sonreía con una sonrisa falsa y decía: «Qué tontería por mi parte, tengo tantas llaves como esta... Siempre olvido dónde pongo las cosas».

Bea sonrió.

—Hasta que llegaste al lugar debido.

—Hasta que finalmente conseguí lo que estábamos buscando. —Depositó los papeles frente a Bea—. Esta es la carta de Marie-Antoinette a su hijo Johnny, y puedo asegurarte que es un texto inquietante.

Bea lo miró dubitativa.

—¿Crees que en realidad debemos hacer esto? —Tuvo la sensación de que estaba entrometiéndose en los secretos de una muerta, en cosas privadas en las cuales nunca debería haber puesto los ojos.

—Ciertamente. Por tu bien y por el mío. Tú crees que allí hay cierto nexo con tu pasado. Y yo deseo resolver el misterio en vista de mi libro. Bea, sucedió hace mucho tiempo. No perjudicamos a nadie si leemos esto.

—Supongo que tienes razón —dijo Bea, aunque de todos modos estaba atemorizada. Pero, Nick, en realidad ya no deseo conocer mi pasado. Es mejor olvidarlo. Dejarlo en paz. Soy feliz tal como están las cosas.

Nick le apretó la mano con un gesto destinado a reconfortarla.

—Bea, seguramente tienes una familia en algún sitio, parientes que están buscándote, preguntándose qué te ha sucedido. Tenías una vida antes de este episodio y necesitas hallarla, incluso si decides que nunca volverás a ella. Tienes una responsabilidad contigo misma y con tu familia.

Bea suspiró, mientras de mala gana empezaba a leer la carta de Marie-Antoinette Leconte. Comprendió que Nick tenía razón.

Mi amado hijo Jean:

Mi más vivo deseo es que nunca llegues a leer esta carta, porque si llega a tus manos significa que yo nunca te conoceré. No estaré junto a ti para sostenerte en brazos, para verte crecer, para contar tus cumpleaños y ayudarte a trepar por el pedregoso sendero de la vida. Pero si no puedo estar allí, entonces, cuando tengas edad suficiente, quiero que conozcas la verdad, a propósito de mí misma y de tu padre, Archer Kane.

En primer lugar, te hablaré de mí misma, pues de ese modo quizá puedas conocer un poco mejor a tu madre. Las murmuraciones te dirán que yo no fui una mujer bonita. Conozco ese apodo burlón que me aplicaron —la célibataire— y, aunque siempre fingí que no me importaba, el nombre me hería. Anhelaba ser bonita y atractiva, como las grandes bellezas del mundo, las que yo solía ver a la hora de la cena en los casinos y los cafés. Pero jamás ninguna de ellas me habló siquiera. ¿Cómo puedo explicar el hecho de que por dentro me sentía hermosa? Pero para ellas yo solo era la mujer rica y fea que nunca pudo pertenecer a su ambiente. Y me sentía sola.

Archer Kane advirtió mi soledad. Era un hombre apuesto, rubio y tan hermoso como yo era morena y de tez oscura. Me parecía un joven dios griego, y yo era la célibataire solitaria.

Era un hombre que se sentía completamente cómodo en la nueva atmósfera del tipo laissez-faire de la Riviera; en todo ese ambiente había una soltura que le venía bien: muchas mujeres fáciles, bebida y dinero. Pero incluso yo sabía que había tantos caza-fortunas buscando mujeres como había mujeres buscando amantes, y que apoderarse de una mujer hermosa y rica a menudo era difícil. Estas mujeres eran mayores y conocían bien las cosas del mundo; por eso mismo, identificaban a un cazador de fortunas en cuanto lo veían. Para ellos, una relación amorosa significaba divertirse, ofrecer unos cuantos regalos, emitir unas gotas de pasión y pasar a la candidata siguiente.

Por supuesto, le presté atención. ¿Acaso podía evitarlo? Era el norteamericano apuesto y joven, siempre en el centro de la gente, almorzando en la terraza del Hotel de París, en los cafés o en el casino. Le veía observándome. Encontraba su mirada cada cierto tiempo, y él siempre me sonreía con cortesía e inclinaba la cabeza, reconociendo mi presencia.

Ahora sé que estaba acechándome, que ya me había marcado como una víctima posible. Tenía veintisiete años y yo cuarenta y uno. Me sentía incómoda con la gente, tímida y fea. Él era apuesto y alternaba con un grupo de figuras de sociedad; se afirmaba que tenía en Hawái un gran rancho donde criaba ganado.

Conocía todos los detalles de su historia, pero nunca habíamos hablado, y tampoco me había relacionado con alguno de sus conocidos, hasta que ese día me habló. Yo estaba sentada frente a la mesa de un café en Cannes, como siempre sola. Me había puesto un sombrero de ala ancha para evitar que el sol me quemase la piel,

pero también para disimular mi fealdad. ¿Cómo puedo conseguir que comprendas que me sentía absolutamente avergonzada de mi aspecto? La Riviera estaba poblada por personas hermosas, todas tan jóvenes, esbeltas y elegantes, exhibiendo las nuevas modas que en mi cuerpo parecían simplemente torpes y estúpidas.

Recuerdo que me preguntaba cómo era posible que mi persona hubiera llamado la atención de Archer. ¡Estaba tan escondida bajo el enorme sombrero!; pero confieso que me complació que él me mirase. Más aún, me sentí emocionada cuando él se presentó y preguntó si podía sentarse conmigo, por lo menos un rato. Bebimos limonada mientras él hablaba de su rancho e intercambiaba comentarios sociales. Advertí que la gente nos miraba y me sonrojé de orgullo, porque él me había preferido como objeto de su atención.

Creo que desde ese primer sonrojo supo que me había conquistado, pero de todos modos me cortejó asiduamente. Me invitaba a cenar a los mejores hoteles, a almorzar en la playa y a bailar en el Hotel de París. Aunque ya había comprado el Rolls plateado, me alentó a adquirir el automóvil más moderno, un Bugatti escarlata descapotado, con un tapizado interior de cuero gris, que como yo bien sabía todos me envidiaban cuando lo veían.

Me acompañaba a las tiendas y los salones elegantes, donde por timidez yo nunca entraba, temerosa de que se burlaran de mi figura corpulenta y mi busto excesivo, pues las restantes mujeres eran delgadas como juncos y se ajustaban a los dictados de la moda, de manera que casi no tenían busto. Me llevó a un peluquero que me peinó en el nuevo estilo, me indujo a ensayar un nuevo maquillaje, los masajes, el perfume. Archer Kane consiguió que por primera vez en la vida me sintiese satisfecha conmigo misma. Sabía seducir a una mujer.

Era encantador, sociable y apuesto. El perfecto pretendiente. Cuando nos casamos, pocas semanas después, fue un tremendo escándalo social. Sabía lo que decían las murmuraciones —que él era otro cazador de fortunas que había tenido suerte, «pero a qué precio, porque Dios sabe que la célibataire estuvo esperando mucho tiempo»—, pero a mí no me importó. Estaba enamorada y creía que él me amaba.

Estaba dispuesta a sentirme feliz en cualquier lugar con él, incluso a vivir en la isla primitiva donde me llevó. E incluso cuando vi que el famoso rancho estaba formado solo por unas pocas hectáreas agrestes. Pero este sería mi nuevo hogar, la nueva vida con mi esposo apuesto y amante; de buena gana le suministré dinero de modo que él pudiese comprar más hectáreas y más ganado vacuno y ampliar la vivienda levantada en Kalani. Y también —en ese momento yo no lo sabía— de manera que pudiera satisfacer su sensualidad masculina en Honolulu. Porque, según me dijo con crueldad cuando descubrí sus aventuras y le pedí explicaciones, consideraba que su esposa era vieja, fea y poco atractiva.

Los ojos azules que en otro tiempo me habían mirado con tanta adoración ahora me observaban despectivamente; las caricias se convirtieron en crueles golpes, y

pronto comprendí que cuando él se mostraba «bueno» conmigo era solo porque necesitaba dinero. Y entonces descubrí que estaba embarazada.

Fue un milagro: que yo, una mujer de cuarenta y un años, tuviese su primer hijo; la situación me aportó la primera felicidad verdadera que yo había experimentado desde mi llegada a Kalani. No se lo dije a Archer. Esperé a ver qué iba a suceder.

Por fin, se acercó a mí con algunos documentos legales y me invitó a firmarlos. Dijo que de ese modo yo obtenía una participación igualitaria en su rancho, pero comprendí que lo que realmente hacía era cederle el control de mi fortuna. Me negué a firmar esos papeles y en definitiva me vi obligada a afrontar la verdad.

Enferma y desilusionada, soportando el embarazo, lo abandoné. Regresé aquí, a mi antiguo hogar, la Villa Mimosa, construida para mí por mi amado padre, cuando yo era todavía su «princesita», hace mucho tiempo; cuando aún creía —porque él me lo había dicho con tanta frecuencia— que yo era una muchacha bonita y que el mundo era mío. Él me había construido la pajarera plateada de modo que yo siempre escuchase el canto de los pájaros a los que amaba, la gruta de la colina con el arroyo y las fuentes que me traerían la música acuática. Y él había poblado los jardines exquisitos con mis mimosas favoritas, cuyo aroma recordaba mi cumpleaños cada primavera. Era mi hogar, y ahora se convirtió en mi refugio. Tendría aquí a mi hijo, y él crecería en la paz y la seguridad. No quise volver a ver a Archer Kane.

Llegó de pronto. Dijo que por mi culpa estaba muy endeudado y que se vería obligado a hipotecar sus propiedades. Corría peligro de perderlo todo —el ganado vacuno, el rancho, incluso la isla— a menos que yo le entregase dinero. Prometió marcharse, de modo que se lo di, pero ahora era evidente que yo estaba embarazada. Dijo que había decidido permanecer allí. Quería estar conmigo, ayudarme. Después de todo, dijo que también era su hijo.

Me avergüenza confesar que al principio una parte de mi ser quiso creerle. Pero no podía darme el lujo de confiar en él. No quería tener nada que ver con él, pero era mi marido, y eso no podía evitarlo. Me negué a permitir que se me acercara. Rehusaba salir con él, aunque él intentaba convencerme porque, como lo sé ahora, quería que apareciésemos ante el mundo como una pareja feliz. En la Villa Mimosa era siempre el caballero perfecto, el joven esposo que adoraba a su mujer mayor y embarazada. Jugó bien sus cartas; jamás miró siquiera a otra mujer durante todo ese período. Y entonces, querido hijo, llegó el momento de tu nacimiento.

Se te veía tan frágil y menudo, acostado allí, en la cuna que yo misma preparé, para la cual compré la gasa tan suave, los encajes y las cintas. Ansiaba muchísimo tu presencia, y ahora estás en este mundo. Y te amo con la devoción de una madre.

No fue un parto fácil, recuerda que yo era una mujer mayor, y aún estaba deprimida y enferma cuando tu padre vino a verte al día siguiente. Te examinó en tu cuna, y yo me permití pensar, durante un momento fugaz, que tal vez amaría a su hijo y que podía haber cierta esperanza con respecto a nuestra felicidad. Pero entonces vi por la expresión de su cara que no siente nada hacia ti. Dijo que ni siquiera te

parecías a él. Eras un Leconte, no un Kane.

Y ahora, hijo mío, mientras escribo esta carta, tienes una semana de edad. Creo que hoy me has sonreído, aunque la niñera Beale dijo que todavía no era una auténtica sonrisa. Lo eres todo para mí, y Archer lo sabe. Aquí hay algo en la atmósfera, una especie de tensión que impregna la casa, aunque él todavía continúa representando el papel del marido encantador. No confío en él, y la semana próxima, cuando esté más fuerte y pueda descender a la planta baja, me propongo enfrentarme a él. Le diré que mi intención es divorciarme de él basándome en sus muchos adulterios. Le diré que no recibiré de mí un solo centavo más. Y que tú, mi querido y pequeño Jean, lo heredarás todo.

Y esa es la razón por la cual estoy escribiendo esta carta, la cual según espero la niñera Beale nunca tendrá que entregarte.

Archer es un hombre peligroso. Es cruel y desconsiderado. Quiero que comprendas que, si algo me sucede, no importa lo que él afirme o pretenda, no será un accidente. Tampoco me suicidaré. Eres demasiado importante para mí y no puedo seguir ese camino. Abrigo la esperanza, siempre tendré la esperanza, mi querido hijo, de que estaré aquí para verte crecer y compartir tu vida. Y quiero que sepas que te amo.

Tu devota madre.

—De modo que el extranjero en efecto la mató —dijo Bea, mirando conmovida a Nick.

—Y no recibió el más mínimo castigo —dijo Nick—. Por lo menos, ahora conocemos su nombre. Archer Kane. De todos modos, las cosas sucedieron hace mucho tiempo, y es imposible pensar en la venganza. —Revisó los restantes papeles mientras miraba a Bea—. Quiero que leas esta carta. Fue escrita por Johnny Leconte. —Vaciló—. Pensé que preferirías leerla cuando estés sola, sin las distracciones que provocan los niños, los perros, los loros y la cena.

Devolvió los papeles al sobre y tomó la mano de Bea.

—Salgamos a pasear con los niños —dijo Nick con una sonrisa y tratando de reanimar a la joven—. Vamos a comprarles unos helados.

—¡Helados! —Los niños se abalanzaron a través de la puerta y Bea se echó a reír.

—Ustedes deben tener antenas invisibles que captan palabras como «helados», «patatas fritas» y cosas por el estilo...

—¿Poochie puede venir también? —preguntó Julie.

—Por supuesto. —Bea miró a los dos niños, con sus camisetas, los *shorts* y el nuevo fulgor de felicidad en las caras, y compadeció a Marie-Antoinette Leconte, que nunca tuvo la oportunidad de regalar a su hijo Johnny un perro y de llevarlo a comer un helado—. Lávense las manos, las caras y pónganse camisetas limpias —dijo sonriente, mientras imaginaba las camisetas limpias que pronto quedarían literalmente manchadas con helado.

—¿Sabes una cosa? —dijo Nick con una mueca—. Eres una madre excelente.

Bea lo unió contemplando la cara bondadosa del joven, los hermosos ojos grises que siempre sugerían una sonrisa y su cuerpo esbelto y delgado.

Nick había compartido todos sus problemas acerca del misterioso pasado, y el dolor por la muerte de Millie; y la había ayudado con los niños. La amistad entre ellos se había reafirmado, y Bea tenía conciencia de que la otra razón por la cual él deseaba que Bea descubriese la verdad acerca de su pasado era que necesitaba saber si había otra persona en su vida, un amante o un marido, alguien que fuese importante para la persona que ella solía ser.

Sonrió al besarlo.

—Esto es para agradecerte —dijo mientras él le pasaba el brazo sobre los hombros— todo.

—Eh, nada de besitos —gritó Scotty desde la puerta, y los dos se volvieron riendo y comenzaron a perseguirlo por la escalera de mármol donde el pequeño Johnny Leconte había celebrado su fatal encuentro con su padre, muchos años antes.

Capítulo 25

Phyl abrió el paquete entregado por un mensajero especial y contempló asombrada el contenido. Había un collar de perlas muy grandes con un broche de diamantes, un par de aros de perlas y diamantes y un anillo haciendo juego. La carta decía, con la letra de Millie: «Para que me recuerdes».

Phyl sostuvo la tarjeta junto a la mejilla, sonriendo mientras pensaba en Millie, resplandeciente con su vestido rosa y con las mismas perlas en la ópera el año anterior. ¿Cómo podría olvidarla jamás?

Llamó el teléfono y ella contestó con expresión distraída.

—Tengo que verte —dijo Brad.

Su voz sonaba tensa, y ella se mordió el labio, vacilante.

—Brad, creo que es mejor que no volvamos a vernos —dijo por fin.

—Por favor, Phyl. Por favor. Nuestra relación no puede terminar así a causa de una tonta disputa. Por lo menos, discutamos el asunto. Dame la posibilidad de presentar mis disculpas.

—¿Dónde estás?

—Aquí en San Francisco. En el Fairmont.

Phyl estaba dubitativa. Sabía que era más que una tonta disputa, pero aún sentía la antigua atracción. Brad podía ser tan tierno, tan encantador; quizás ella se estaba mostrando demasiado dura con él. Suspiró al ver su propia imagen en el espejo. Tenía un aspecto lamentable después de los festejos de la víspera con Mahoney y sus colegas. Supuso que Brad tenía razón; le debía la posibilidad de explicarse.

—Dame una hora —dijo—. Será mejor que vengas aquí.

—Sé dónde vives. Allá voy. —Pareció que la respuesta de Phyl lo reconfortaba.

Phyl sonreía mientras se duchaba, recordando a Mahoney y la fiesta de bodas. Hacía muchos años que no había estado en esa clase de celebración despreocupada, sin ataduras, sin responsabilidades. Solo la presencia de gente buena pasándolo bien. En cierto modo eso la ayudaba a mirar con perspectiva sus problemas con Brad. Ahora podía controlar la situación, se dijo con confianza. Se vistió de prisa con un par de vaqueros negros y una camisa blanca, y se abrochó el cinturón plateado y turquesa que había comprado en Santa Fe. Se cepilló los cabellos y los ató con firmeza formando un nudo. Aplicó el lápiz labial rojo y después, en recuerdo de Millie, se puso las perlas extravagantes.

Caminó de manera nerviosa por la habitación, a la espera de Brad. El ruido de sus pasos pareció arrancar ecos al silencio. Phyl sintió deseos de contar con la compañía de la gata; pero el animalito continuaba con Mahoney. Lo llamaría más tarde y arreglaría el modo de recogerla.

Estaba recordando el baile lento con Mahoney la víspera, cuando sonó el timbre.

Al atender, Brad le presentó un gran ramo de lirios.

—Para ti —dijo Brad, con una actitud de arrepentimiento.

Ella le dirigió una sonrisa renuente.

—No eres un hombre que haces las cosas a medias, ¿verdad, Brad? —dijo Phyl, mientras llevaba a la cocina el enorme ramo de flores.

Él miró alrededor con curiosidad.

—¿De modo que esta es tu madriguera? Me preguntaba cómo sería.

—¿Y qué? —Ella lo miró, cruzando los brazos sobre el pecho en actitud defensiva.

—Es exactamente como tú. Frío, inteligente, cultivado y hermoso.

—Gracias. —Ella lo vio recorrer el lugar. Brad vestía vaqueros y una camisa azul. Con el bronceado del sol y el paso ágil, parecía tan fuera de lugar en ese pulido apartamento urbano, como un pura sangre en la muestra local de equinos.

—Hoy tienes el aspecto de un vaquero —dijo ella.

—Después de todo, eso es lo que soy —contestó él, mientras examinaba los cuadros—. Un ranchero.

—Y muy orgulloso de serlo. Quizá demasiado orgulloso. Brad.

—¿Qué quieres decir? —Parecía que él estaba sinceramente desconcertado—. ¿No tengo derecho de sentirme orgulloso de mi familia y sus logros?

Phyl pensó en eso; después de todo, ¿la mayoría de las grandes fortunas norteamericanas no habían sido consecuencia de la acción de los barones salteadores, y acaso todos esos hombres ahora no eran leyendas norteamericanas?

—Supongo que tienes razón —reconoció—. En cierto modo.

—Me agrada esto —dijo Brad, mientras se detenía frente a un pequeño óleo de David Oxtoby, que representaba un jardín inglés cubierto de verdor y un cerco de tejos recortados—. Y este. —Estaba contemplando una acuarela de Tindle que representaba un sillón de madera puesto frente a una ventana abierta con la cortina de muselina agitada por la brisa. Tenía un aire luminoso, incorpóreo, y era uno de los favoritos de Phyl.

Se volvió para mirarla.

—No estoy acostumbrado a disculparme —dijo en actitud rígida—. Para mí es muy difícil. —Ella lo miró, sin hablar—. ¿Deseas que me arrodille frente a ti? ¿Las flores no fueron suficiente excusa?

—Brad, las flores son hermosas. Fue una hermosa idea. Pero ¿en realidad esperas que te perdone por el modo en que te comportaste sin que hayas formulado una disculpa?

—Tienes razón. Fue imperdonable. —Le sujetó los hombros con las manos y la acercó a él—. La verdad, Phyl, es que lo hice porque estoy enamorado de ti. Estoy loco por ti. No puedo soportar la idea de que alguien te aleje de mí.

—Pero nadie estaba alejándome de ti. Fue una llamada urgente de un amigo...

—¿Fue el mismo amigo con quién saliste anoche?

Ella se apartó y lo miró asombrada.

—¿Cómo sabes con quién estuve anoche? —exclamó enojada.

—Te llamé varias horas seguidas y no contestaste. Sencillamente, imaginé que estabas con otro...

—Brad Kane, no te concierne con quién estuve. Ya no es asunto tuyo.

—No digas eso. Por favor.

—Oh, Brad —dijo ella con expresión fatigada—. Todo era tan hermoso, tan especial...

—Puede serlo otra vez. —La abrazó, sosteniéndola tan cerca de su propio cuerpo que ella pudo sentir los músculos del pecho masculino presionando contra sus senos y la longitud fuerte y enjuta de su cuerpo contra el cuerpo femenino—. Lo siento, Phyl. En realidad lo siento. —Pareció que él estaba desesperado—. Mira, ya lo dije. Ahora, *por favor*, dime que me perdonas.

Ella sintió que capitulaba, que caía vencida ante la atracción sexual que emanaba de ese hombre.

—Soy una mujer atareada —dijo ella con voz tensa—. Mi trabajo consume la mayor parte de mi tiempo. Me mostré irresponsable, pues me dediqué a jugar cuando debía estar trabajando. Brad, tengo que regresar a mi propia vida.

—*No me abandones*. —Era un grito proveniente del corazón de Brad, y ella así lo reconoció. De pronto, su mente evocó la cara bien formada y sonriente de Mahoney. Su cuerpo recordó la sensación de los brazos del policía, los pasos de los dos que armonizaban perfectamente mientras bailaban. Mahoney, el bromista, el burlón, el buen amigo. Mahoney, el policía consagrado a su tarea, el poeta, el aficionado a la ópera. Brad Kane, un hombre rico y apuesto, excesivamente orgulloso con todos sus problemas, por alguna razón parecía menos atractivo.

Ella emitió un suspiro de alivio. Por fin se liberó del encanto peligroso de Brad Kane. Pero, al contemplar la expresión desesperada de su rostro, comprendió que debía apartarlo con delicadeza.

—Te prometo que te veré cuando disponga de tiempo. Pero en las condiciones que yo fije.

—Tomaré lo que me des —murmuró Brad—, las migajas de tu plato, un beso en el volante de tu vestido, una mirada de tus ojos maravillosos. —Depositó un beso suave en la frente de Phyl, y ella se rio al recordar los momentos gratos que había pasado con él. Quizá después de todo las cosas se arreglarían; quizá volverían a ser amigos.

—En ese caso, puedes llevarme a comer —dijo Phyl de pronto.

—Donde quieras —replicó Brad, y su expresión ansiosa desapareció—. A la Luna, a Marte, a Venus.

—Prefiero Il Fornaio, a la vuelta de la esquina —dijo Phyl, mientras se reía con Brad, a pesar de sí misma—. Pediremos *pizza*. Tengo mucho apetito.

Consiguieron una mesa esquinada junto a las largas ventanas. Después de pedir la

comida, Brad le miró el collar y le dijo con frialdad:

—¿Quién te regaló las perlas?

Ella volvió a oír el acento de advertencia de los celos.

—Brad, me las dejó mi amiga, la mujer a cuyo funeral no asistí.

Él jugó con los cubiertos, sin mirar a Phyl.

—Sin duda te apreciaba mucho, puesto que te dejó un collar tan caro.

—Millie también me legó los aros y el anillo que hacen juego. En realidad, son demasiado vistosos para usarlos de día, pero me agrada adornarme con esas perlas. En cierto modo, consiguen que me sienta más cerca de Millie. Recuerdo la última vez que la vi usando estas joyas. Fue el año pasado, en la ópera. Vimos Carmen, Millie incluso se vistió con prendas de época y usó unas impresionantes prendas rosas.

—Esas joyas seguramente valen una pequeña fortuna —insistió Brad.

—Millie era una mujer muy rica, aunque quizá no tan rica como tú —dijo con una sonrisa seductora—. Y era muy generosa con su dinero. Lo distribuía por doquier. Siempre deseaba ayudar a otras personas y se dejaba embaucar por las historias sentimentales. Por eso empleó como secretaria a mi paciente, la joven que perdió la memoria. De todos modos, Millie le dejó muchos millones en su testamento, además de dos niños huérfanos a quienes tendrá que cuidar. Afirmó que estaba regalando un futuro a la muchacha que no tenía pasado. Y creo que acertó, porque Bea parece ahora bastante feliz.

—Esa mujer parece una típica filántropa mal orientada. Yo diría que la muchacha tuvo mucha suerte —afirmó Brad con salvajismo.

—Millie Fenwick no era una mujer mal orientada —dijo Phyl con expresión colérica—. Sabía con exactitud lo que quería hacer y tenía los medios para hacerlo.

Él levantó los ojos, la mirada de pronto alerta.

—¿Fenwick?

—Sí, Millicent Fenwick.

—Hace poco escuché en otro lugar ese apellido.

—Probablemente leíste comentarios en las columnas de sociedad. O tal vez en las noticias necrológicas. Sea como fuese, compró esa villa en el sur de Francia y se la regaló a Bea. La Villa Mimosa.

—¿La *Villa Mimosa*?

—Sí, es un hermoso lugar, aunque Bea está convencida de que tiene un pasado misterioso. Sea como fuese, ahora le pertenece, y está viviendo allí con los dos niños, Scott y Julie Fenwick, de nueve y siete años. De modo que supongo que tiene sus días muy ocupados.

—¿Dices que Bea fue paciente tuya? ¿Qué le sucedió exactamente?

Brad bebió un trago de su vino tinto y miró a Phyl con los ojos azules entornados.

—Ya te lo dije, tuvo un accidente y perdió la memoria. No recuerda nada al respecto. Una de esas cosas extrañas...

—¿Y llegará a recuperar la memoria?

Phyl suspiró pesarosa.

—¿Quién sabe? Espero que sí, por su bien.

—Te comprometes demasiado con tus pacientes —dijo Brad con cierta ternura—. Te haces cargo de todos sus problemas.

Phyl sonrió.

—Incluso los tuyos.

—¿Te opones a que te hable de mi familia?

—Creo que probablemente es muy positivo para ti.

Él se inclinó sobre la mesa y le tomó la mano.

—Phyl, vuelve conmigo a Hawái. Por favor, solo el fin de semana. Te necesito allí. *Necesito hablar contigo.*

En su voz se manifestaba una desesperación absoluta. Dominada por el pánico, Phyl se preguntó lo que él podía hacer en su propio perjuicio si ella se negaba. Pero de todos modos no era justo que él la pusiera en esa posición.

—No sé si puedo... tengo tantas cosas que hacer... —Vaciló.

—Es fácil —dijo él con expresión de ruego—. Yo mismo volaré contigo a Honolulu. *Por favor*, Phyl. Te necesito. —Le apretó con fuerza la mano—. Jamás hablé así a otra persona en toda mi vida. Pero ahora te lo digo. Ven conmigo, Phyl. Te prometo con lealtad devolverte a San Francisco el lunes por la mañana.

¿Cómo podía resistir semejante ruego de ayuda? Ella sabía muy bien lo que significaba sentirse solo.

—Oh... está bien, pero sin compromisos —dijo, confiando en que estaba adoptando la actitud más acertada.

Adivinó que a Mahoney no le había agradado la situación cuando ella lo llamó y le dijo que regresaría a Hawái la semana siguiente.

—¿Está segura que debe hacer eso? —preguntó inquieto—. ¿Después de lo que me contó sobre él?

—Mahoney, dice que se ha corregido. ¿Qué puedo hacer? Realmente siento que necesita hablar, y esa es la única razón por la cual acepto. Brad me necesita.

Mahoney suspiró.

—A mí me parece que es una trampa.

—Franco, anoche lo pasé muy bien —dijo Phyl con suavidad—. Usted es un bailarín notable.

—Esa es solo una de mis cualidades —replicó él, malhumorado—. Todavía no conseguí mostrarle el resto.

Phyl se echó a reír.

—No me diga que me extrañará.

—¿Quién demonios puede pretender semejante cosa? —preguntó Mahoney, sonriente. De pronto, con suma gravedad, agregó—: Mire, Phyl, tenga cuidado, ¿quiere? Este tipo me parece un poco inestable.

—No se preocupe. Es tan equilibrado como usted y como yo, sea cual fuere el

significado de la palabra. ¿Cuidará por mí a Coco? Lo llamaré cuando regrese el lunes.

—Por supuesto. —Mahoney se disponía a cortar la comunicación cuando pensó en algo—. Doctora —dijo—, ¿qué clase de automóvil conduce el señor Hawái?

—Un Porsche 1938. Negro. ¿Por qué quiere saberlo?

—Simplemente me lo preguntaba —contestó el policía.

Bien, bien, se dijo Mahoney mientras se dirigía a la máquina de café del pasillo, *la corazonada dio en el blanco. El señor Hawái estaba espiándola anoche.* Recordó que Phyl se había apoyado afectuosamente en Mahoney mientras subían los peldaños para llegar a la puerta de entrada del edificio, y que él le había rodeado los hombros con el brazo y la había besado. Emitió un silbido de desaliento cuando pensó en los celos irrazonables del señor Hawái. Ojalá que Phyl supiera lo que estaba haciendo. Y quizá, entretanto, él podría verificar un poco los antecedentes del señor Brad Kane.

Capítulo 26

Bañaron y acostaron a los niños. En la última media hora los pequeños no hacían el menor ruido, y Bea, tan agradecida como cualquier madre natural, supuso que finalmente se habían dormido.

Eran las diez y estaba sola. Cubrió con una manta la jaula del loro y escuchó sus murmullos mientras el pájaro se acomodaba somnoliento en su percha. Después llevó a la cocina el amenazador sobre de papel que contenía los secretos de la familia Leconte; se preparó una taza de té y se sentó frente a la espaciosa mesa de pino. Contempló el sobre. Por la razón que fuese, se resistía a afrontar las respuestas contenidas en esas hojas.

Poochie lamió ruidosamente su cuenco y después se echó a los pies de Bea.

El reloj de la cocina desgranaba los minutos con lentitud. La suave brisa nocturna se filtró a través de la ventana abierta y en algún lugar lejano se oyó el ruido débil y dulce del canto de los pájaros. ¿Era un mirlo? ¿O quizás un ruiseñor? Escuchó los habituales sonidos de la noche estival, el chirrido de los grillos y el croar de las ranas, mientras la villa se instalaba más profundamente en su propio silencio.

Cuando ya no pudo esperar más, retiró del sobre el manojito de papeles. Habían sido escritos por el propio Jean Leconte, por Johnny, como lo había llamado la niñera Beale.

Con escasa voluntad, comenzó a leer:

Escribo sobre unos hechos que será mejor olvidar, y lo hago solo porque Flora Beale me exhortó a ello. «Para la posteridad», dijo, aludiendo a los futuros Leconte que llegarán después de mí y que deseen reclamar su herencia.

Por lo que a mí respecta, ya no me importa, pero la niñera Beale insiste que es el derecho de mis descendientes. Como tengo veintisiete años y soy soltero, parece que se trata de una posibilidad remota, pero debo reconocer que algo de verdad hay en su afirmación. Y, en ese caso, corresponde que mis míticos descendientes futuros conozcan la verdad. Haré lo que ella dice. Por consiguiente, comenzaré por el principio, que para mí tiene que ver con la Villa Mimosa y la niñera Beale.

Bea se estremeció a causa del presentimiento. Era exactamente como antes. Sabía que había escuchado la misma historia, que alguien estaba relatándosela, de forma tan vivida que parecía que estaba grabada en su cerebro. Solo necesitaba las palabras del propio Johnny Leconte para refrescar sus recuerdos.

Cuando uno es un niño pequeño, no siempre recuerda las caras de la gente; recuerda más bien cómo hablan, o caminan, o cómo huelen. En realidad, la niñera Beale fue la primera persona a quien conocí, la primera mujer a quien amé. Era mi madre, mi amiga, mi ayudanta y mi valiente tutora, todo en uno. Y el olor fresco y almidonado de su delantal blanco es mi primer recuerdo.

Era menuda y redonda, con la espalda muy erguida, y recuerdo que la observaba preparándose para nuestro paseo cotidiano. Se ponía su sombrero, fieltro azul en invierno, paja amarilla en verano, y afirmaba con solemnidad: «Recuerda, Johnny, una dama siempre usa sombrero». Después, lo inclinaba con audacia y lo sujetaba con un afilado alfiler de acero, coronado con una esfera de vidrio azul. Esperaba que ella gritase porque se había pinchado la cabeza, pero la niñera era una experta y eso jamás sucedía.

En verano usaba sólidos zapatos de lazo con tacones «prácticos». Usaba una pasta caliza para mantenerlos blancos, y a veces me permitía ayudar a limpiarlos. Recuerdo que cuando los zapatos se secaban, se desprendían pequeñas porciones de polvo blanco con cada paso que ella daba. Imagino que entonces corrían los años cincuenta, pero a mi entender fue un período infinito. Por supuesto, no tenía términos de comparación, excepto las criadas, y ellas me parecían más próximas a mi edad que a la de la niñera. Era una mujer de rostro dulce pero podía adoptar una actitud muy distante cuando salíamos a pasear en el gran Rolls plateado y saludaba como una condesa a la gente que estaba en la Croisette o en el Promenade des Anglais. Sospecho que la verdad era que nunca reconocía a nadie, porque era tan corta de vista que no alcanzaba a ver a medio metro de su nariz y se negaba a usar las gafas en la calle. Qué criaturas tan misteriosas son las mujeres; incluso la niñera Beale tenía sus pequeñas vanidades.

Pero era inglesa hasta la médula y nunca permitió que su nivel decayese. Yo vestía como un príncipe, con prendas de seda y encaje. No se permitía la presencia de animales, no fuese que me transmitiesen pulgas y gérmenes. De modo que Fido, con su lana negra y blanca, era mi único perro; aún recuerdo cómo lo amaba y cómo más tarde lloré su pérdida.

Recuerdo mi cuarto con la antigua mecedora estilo Windsor de la niñera, siempre instalada sólidamente frente al fuego en invierno, porque cuando soplaba el mistral ella se quejaba de que el frío le penetraba hasta los huesos. Y sus pequeñas gafas redondas de marco de carey siempre señalaban la página en el libro que estaba leyendo. Recuerdo el olor de las tostadas que preparábamos sobre las brasas calientes del fuego y el té con miel y los bizcochos de jengibre. Para un niño francés, todo eso representaba una educación muy inglesa, pero yo no conocía a otros niños, de modo que nunca noté que me faltase nada. Me sentía feliz en la Villa Mimosa, con la niñera Beale, mi perro Fido y los jardineros, que me enseñaban muchas cosas sobre las

plantas, los loros y los canarios de la pajarera plateada. No deseaba otra cosa. Mi mundo estaba completo.

Hasta el día en que regresó mi padre para buscarme y me envió al exilio de Kalani.

Era un hombre temible, aunque ahora comprendo que en su estilo áspero era apuesto. Y yo era un niño minúsculo y decepcionante, pequeño y delgado con la piel amarillenta como una vela de cera. No tenía idea de lo que significaba un «padre», pues nunca lo había tenido. Jamás había conocido a un padre. Pero adivinaba, por la voz aterrorizada de la niñera y por la dureza con que él nos trataba, que su regreso no era un acontecimiento acogido con alegría.

Me sentí muy bien cuando casi no lo vimos en el largo viaje a Kalani y me pareció que el viaje era una ocupación fascinante, mucho más interesante que la sucesión rutinaria de los días cuando vivíamos en la Villa Mimosa. No sospechaba que más tarde añoraría la seguridad de esa rutina cotidiana.

Cuando la niñera enfermó en el buque, en medio del Atlántico, yo solía recorrer solo la gran embarcación. Nos alojábamos en un camarote pequeño y sofocante, al fondo del barco, y el ambiente estaba saturado con el humo de las calderas y los olores de la cocina. Ni siquiera sabía que mi padre estaba a bordo. Ciertamente nunca lo vi, y él jamás vino a preguntar, saliendo de su lujoso camarote de primera clase. Al parecer, no le interesaba el hijito a quien había desterrado en las entrañas del barco. Pero yo gozaba de mi libertad e hice muchos amigos nuevos entre los marineros, algo que jamás me había ocurrido antes. Confieso que lo pasaba muy bien, y que pensé que, si así discurría la vida con un padre, la cosa no era tan desagradable.

De pie en la cubierta inferior, agarrando la mano de la niñera, miré el famoso panorama de Nueva York, y después, casi antes de que lo advirtiese, nos encontramos en un enorme tren arrastrado por una máquina de vapor. Viajábamos hacia el Oeste, en dirección a San Francisco, según me dijo la niñera, pero lo mismo podría haber sido Tombuctú, a juzgar por lo que yo sabía del mundo y de su geografía.

Al principio, el viaje en tren fue muy agradable. En Chicago pasamos a otro vagón, y mi padre desapareció en su elegante y cómodo camarote privado, mientras yo pasaba muchas horas corriendo de un extremo al otro, explorando los pasillos, fastidiando a todo el mundo, como decía la niñera. Pero en todo caso, fue un viaje largo y tedioso, sin coche cama para nosotros; ella se mostró dispuesta a permitir que gastase mi energía de modo que al llegar la noche durmiera profundamente sobre el duro asiento de felpa.

Cuando llegamos a San Francisco y nos dirigimos a un hotel, estábamos realmente cansados de ese tren. Recuerdo que miré fijo al extraño rubio y silencioso que afirmaba ser mi padre y que había cambiado de manera tan drástica las condiciones de mi vida, mientras él a su vez nos observaba con desdén a poca distancia.

«Permanezcan en el coche», ordenó, en el tono de voz que yo solía usar con Fido

cuando se portaba mal. «Subirán de inmediato a la nave que los llevará a Honolulu».

Y así fuimos despachados a los muelles y destinados al buque *Hyperion II*. Incluso un niño como yo podía advertir que esta embarcación había conocido mejores días. Del casco oxidado se desprendían escamas de pintura y había hombres menudos y musculosos de aspecto extranjero, denominados orientales por la niñera, que recorrían todo el barco, preparándose para la partida.

«Son chinos paganos», me dijo la niñera al oído, mientras subíamos por la pasarela para dirigirnos a nuestro camarote. Ignoraba lo que eso significaba, pero sentí que se me oprimía el corazón ante el tono amenazador. Le agarré la mano y la observé asustado. Por supuesto, sus temores eran infundados, aunque ella se negaba a consumir la comida «pagana», y nos alimentábamos solo de sencillo arroz hervido.

Después de un día o dos de viaje una tormenta casi nos mandó al fondo del océano. En el Mediterráneo nunca había visto olas que alcanzaran tanta altura; eran columnas de agua enormes, resplandecientes y verdes, que nos perseguían y nos arrojaban encima toneladas de agua helada, de modo que nuestro camarote se inundaba y parecía que podíamos ahogarnos en cualquier momento. Fue un alivio cuando llegamos al puerto de Honolulu. Casi de inmediato partimos, en otro cascajo viejo, esta vez en dirección a Maui.

Recuerdo que yo contemplaba el puerto atareado de Honolulu y la larga playa de arenas blancas de Waikiki, y que sentía deseos de quedarme allí, pero eso era imposible. Dos días después, cuando llegamos a Maui, encontramos una pequeña lancha de motor para llevarnos al lugar definitivo de destino: Kalani.

El espejo de agua entre Maui y Kalani era una marejada vidriosa y verde que lanzaba a la pequeña lancha de motor hacia un costado y después hacia el otro, con un movimiento brusco que sacudía el estómago. La niñera mantenía firme y erguida la espalda y sostenía sobre su cabeza un paraguas negro para defenderse del sol. Tenía la cara tan amarilla como el sombrero de paja, pero en sus ojos había una expresión decidida. «No enfermaremos», me dijo con firmeza, apretando los dientes, y yo asentí para manifestar mi acuerdo, porque en realidad no estaba enfermo. Me agradaba bastante esa aventura náutica.

El perfil rocoso de Kalani apareció en el horizonte y a medida que nos acercamos vi las altas palmeras cocoteras y la vegetación enmarañada de la jungla, que crecía sobre una faja de arena blanca. Recordé mi actividad cotidiana en la Villa Mimosa y los días siempre iguales y pensé que Kalani parecía distinto y sugestivo. Me dije que quizás el hombre que era mi padre estaba esperándonos allí, para mostrarme mi nuevo hogar. Contemplé ansioso la isla y apreté a Fido contra mi corazón.

Cuando se acercó la lancha de motor pilotada por el chino silencioso, el viento me trajo el olor de la isla: picante, intenso, acre. Muy diferente del perfume fresco de la Riviera. La niñera aferró con fuerza mi mano con la suya. «Recuerda que tu hogar es la Villa Mimosa», dijo con tono sombrío. «Nunca lo olvides, Johnny. Y un día volverás a tu hogar».

Yo era un niño obediente; la miré con solemnidad y guardé esos recuerdos en mi cerebro para exhumarlos más adelante y sentirme reconfortado. De pronto, me contagió su miedo. Estábamos acercándonos a lo desconocido: «Rece, señorito Johnny, rece por nosotros», murmuró la niñera Beale, mientras nos acercábamos a tierra.

Cerré los ojos para defenderlos del sol y vi un pequeño muelle de madera blanqueada por los rayos solares. Y sobre ella, chorreando agua con los cabellos rubios pegados al cráneo bien formado y la cintura estrecha envuelta en un pedazo de tela de algodón que se le pegaba al cuerpo como una segunda piel, estaba de pie un muchacho mayor, esperándonos.

La cara de la niñera Beale se tiñó de escarlata porque la mujer se sentía profundamente ofendida, cuando la embarcación se acercó al muelle. «Desnudo como el día en que nació, o casi... no era muy distinto», exclamó en voz alta, mirándolo. «Jovencito, ¿usted no tiene vergüenza?».

El muchacho le dirigió una mirada despectiva. Después me miró. Me estremecí cuando esos ojos azules se clavaron en mí. Afirmó bajando el mentón, y su boca bien formada se curvó en un gesto despectivo cuando miró mis lujosas ropas de seda.

«Un mono», exclamó desdeñosamente. «Eres nada más que un monito encogido y vestido con ropas de seda».

Y ese fue siempre el mote por el cual me conocieron en la isla de Kalani. *El Mono*. Mi medio hermano Jack me puso ese nombre y nunca me permitió que olvidase que yo era la criatura más baja en esta tierra de Dios.

Capítulo 27

Phyl estaba sentada bajo un árbol frondoso, junto a la piscina de la mansión de Diamond Head. Brad se comportaba perfectamente. Entonces ¿por qué ella percibía esa tensión entre los dos? Miró alrededor, contemplando con pereza la vereda bordeada por flores rojas, por otras más fragantes de color rosa y por vividos ejemplares amarillos de un árbol dorado sin hojas. La naturaleza no había cometido errores en Hawái. Mezclaba y unía los colores con un desenfado tropical, para crear una armonía cromática que el hombre por sí mismo jamás habría logrado alcanzar.

Observó a Brad, que nadaba con brazadas largas y fáciles en la piscina de aguas azules que se extendía hasta el borde mismo del risco. El sol se hundía en el horizonte azul, y los silenciosos criados chinos ya estaban poniendo la mesa en la terraza para servir la cena.

Era una escena de belleza, paz y alegría perfecta. Entonces, volvió a preguntarse Phyl, ¿por qué ella se sentía tan incómoda?

Había llegado la víspera a Diamond Head, y Brad había cumplido su palabra: la había cuidado, y no había intentado hacer el amor. La habitación de Phyl estaba abarrotada de orquídeas blancas, las sábanas de hilo estaban delicadamente perfumadas con lavanda de Provenza y su cuarto de baño tenía abundancia de lociones y jabones caros.

La había llevado a cenar a Michel, un restaurante elegante con vista al mar, y había conversado agradablemente sobre el rancho, sobre París y sobre las experiencias recogidas pilotando su avión y criando caballos; no había formulado una sola pregunta acerca de la vida de Phyl. Ella sabía que Brad estaba realizando un esfuerzo; comenzó a calmarse y a gozar de su compañía. Pero se alegró cuando él se despidió con un breve saludo en la puerta del apartamento y se alejó de prisa, sin besarla.

En medio de la noche despertó con la sensación desagradable de que algo iba mal. Entonces vio la figura oscura de Brad, junto a la ventana y el brillo de su cigarrillo. Lo miró en silencio, temerosa de moverse. Un rato después, él aplastó el cigarrillo y se acercó a la cama. Sin pensarlo, Phyl cerró los ojos y permaneció perfectamente inmóvil, fingiendo que dormía; pero incluso así pudo sentir la mirada de Brad que le quemaba. Después oyó su gemido. Espió bajo las pestañas cuando él salió de prisa a la terraza. El perro estaba a su lado, y los dos desaparecieron en la noche.

Se sentó en la cama, temblando de miedo. Pensó cerrar con llave la puerta, pero se dijo que estaba adoptando una actitud ridícula. Brad no quería hacerle daño. La amaba y la necesitaba, y ella le estaba negando su ayuda. Y Brad no era un hombre acostumbrado al rechazo.

Esa mañana él se había mostrado animado y sonriente; no mencionó la visita

secreta a la habitación de Phyl. Había propuesto una excursión al cráter del volcán o un recorrido por la isla.

—Lo único que deseo es que te sientas feliz —dijo con expresión cálida, y ella habría jurado que hablaba en serio.

Pero Phyl sentía que en la relación entre ambos había un ingrediente nuevo. Aún se sentía atraída por él, pero existían corrientes subterráneas que le provocaban aprensión. Estaba segura de que las mismas se relacionaban con el pasado y con la niñez de Brad.

Brad salió de la piscina y se acercó a Phyl, sacudiéndose el agua de la cabeza de cabellos rubios y sonriendo a Phyl con los ojos azules y duros de su padre. Phyl se preguntó por primera vez si la semejanza iba más allá del perfil físico de los dos hombres.

—Háblame de Jack —propuso Phyl después de la cena. Estaban en la sala. Era una noche calurosa, con relámpagos azul plata sobre el océano, y a veces el crepitar del trueno. El aire nocturno se movía con pesadez bajo los ventiladores del techo, alisaba los largos cabellos de Phyl y le apretaba la camisa de chifón sobre los senos. Una cantata de Bach sonaba suavemente en el estéreo y se oía el rugido distante de la marea proveniente de las rocas, a los pies del promontorio.

Phyl se quitó las sandalias y estiró las piernas sobre el sofá tapizado con telas claras, mientras miraba a Brad. Él se inclinó hacia adelante con las manos unidas frente a su cuerpo. Phyl pensó que jamás había visto un hombre más apuesto; pero fue un pensamiento abstracto, que carecía de pasión. «Apuesto» no era el adjetivo apropiado para Brad. Era hermoso, como un animal perfecto esbelto, de músculos lisos, bronceados. Era un hombre que estaba en la cumbre de su estado físico, y también un hombre con un pasado turbulento. Y por eso ella había venido para ayudarlo.

—Jack se parecía a Archer —dijo Brad—. En el caso de esos dos, el antiguo proverbio «de tal padre tal hijo» era cierto. Archer inculcó a Jack las nociones elementales de la vida y lo convenció de que el mejor hombre siempre se imponía. Al margen de lo que se necesitaba para aplicar esa fórmula, lo cierto es que Archer carecía de moral, y tampoco Jack la tenía.

—¿Y eso es lo que Jack te enseñó? —preguntó Phyl con expresión cautelosa.

Brad se echó a reír.

—Soy un hombre independiente, doctora Phyl. Y lo que yo soy nada tiene que ver con Jack ni con Archer.

—No lo creas —replicó ella con frialdad—. Los padres y las familias están en la raíz de la mayoría de los problemas psicológicos modernos.

—Entonces ¿te propones analizarme?

El tono de Brad de pronto se enfrió.

—No. No pienso analizarte —dijo ella con desenvoltura—. No estoy aquí por razones de trabajo. Pero sí para ayudarte. Además, siento curiosidad con respecto a tu

familia. No es frecuente que uno escuche una versión de primera mano del nacimiento de una dinastía como la tuya.

—Es cierto que no eran ángeles. Hacían exactamente lo que decían que tenían que hacer. Eso les parecía lógico, y, por supuesto, lo era. Si no hubiesen actuado así, hoy no existiría el Rancho Kane. Y la única persona que hubiera podido arrebatarnos la propiedad se convirtió en el enemigo mortal de Jack.

«Jack tenía nueve años cuando su padre le dijo que había un medio hermano. Archer nunca había mencionado anteriormente la existencia de otro hijo. Jack sencillamente no lo sabía. Enloqueció de celos y rabia. Dijo que mataría a su medio hermano, pero Archer se limitó a reír. Le acarició los cabellos y dijo con expresión indulgente: Todavía no, Jack. No podrás hacerlo antes de que Johnny cumpla dieciocho años y reciba su herencia. Es una fortuna, pequeño Jack. Y no te equivoques, la necesitamos».

»Jack dijo que caviló la noche entera acerca de lo que su padre le había dicho y comprendió que no podía hacer nada con respecto al medio hermano. La esposa francesa de Archer había fallecido, le había dejado mucho dinero, y Archer lo había gastado. Ahora estaba arruinado. Es cierto, había obtenido algunas de las cosas importantes. Había comprado miles de hectáreas de pasto en la Big Island, las mejores estirpes de ganado vacuno importado y los caballos de pura sangre. También compró la mansión de Diamond Head, amplió la residencia de Kalani y comenzó a producir caballos árabes de pura sangre. Asimismo, tenía una servidumbre de cuarenta criados en esta mansión, y más en la residencia. Compró lanchas rápidas, un yate de cien pies y una flota de automóviles. Organizó lujosas fiestas y llenó la piscina con champaña francés. Regalaba brazaletes de diamante a las mujeres bellas y complacientes y vivía a fondo la vida. La reputación de Archer King en relación con la vida lujosa y las mujeres desenfrenadas llegó hasta San Francisco, y todavía más lejos.

»Jack lo había visto todo: la bebida, las mujeres, el estilo de vida lujoso. Archer nunca se molestó en ocultarle nada. Jack era un muchacho desordenado y díscolo a quien le gustaba sobre todo recorrer el campo montado a caballo con los vaqueros; pero cuando tenía siete años su padre decidió enviarlo al colegio en San Francisco. “Tenemos que civilizarte, muchacho”, le dijo. Pero ningún colegio estaba en condiciones de retener a Jack O’Higgins Kane durante mucho tiempo. Después de huir varias veces, Archer lo trajo de vuelta a casa.

«De tal padre, tal hijo», dijo con orgullo. «No hay institución bastante enérgica para retener a mi hijo». Y después preguntó a Jack qué quería de la vida.

«Soy como tú, papá», respondió Jack. «Quiero tener a Kalani y el Rancho Kanoi. Y un día serán míos».

Brad levantó la cabeza y sonrió a Phyl.

—Incluso a edad tan temprana Jack tenía muy claras sus prioridades, aunque en efecto más tarde consiguió incorporar cierto nivel de educación. Hubo una serie de

preceptores eficaces en Diamond Head, pero nunca consiguieron imponerse, y durante unos cuantos años si permitió a Jack que viviese libremente en «su» isla. En otras ocasiones pasó varias semanas en el rancho, viviendo con los peones, enlazando ganado y cabalgando por el campo con ellos.

«Jack siempre había sido el señor del castillo en Kalani. Era el único hijo y el heredero de su padre. No había una madre que lo mandará, nadie que le dijera lo que debía hacer. Y era un niño desordenado, turbulento y obstinado de nueve años cuando llegó su medio hermano para vivir con ellos en "su" isla».

—¿Hubo dificultades? —preguntó Phyl sonriente.

Brad se encogió de hombros.

—Fue nada más que una disputa de adolescentes. Por supuesto, Jack odió a su medio hermano. Era el intruso. Jack estaba acostumbrado a ejercer autoridad absoluta sobre su isla. Archer le dijo que no se preocupase. Le aseguró que el niño estaba «un poco mal de la cabeza». Permanecería en la isla. Jamás iría a Diamond Head, o al rancho, o a Honolulu. Y eso fue lo que sucedió. Por supuesto, la gente conocía la situación, pero en el curso de los años se olvidó de dónde venía, y los que lo recordaban solían decir: «Oh, sí, creo que había otro hijo. Un poco desequilibrado. Archer Kane lo retuvo en Kalani para evitar que corriese riesgos».

Un estremecimiento recorrió la columna vertebral de Phyl cuando escuchó esa cruel historia. Llegó a la conclusión de que Archer Kane era un monstruo.

—¿Qué le sucedió al niño?

—Oh, Jack me dijo que era un niño bastante extraño, de apenas cinco años, menudo y delgado, y en cierto modo con el cuerpo encogido. Dijo que parecía un mono, y así lo llamó. —Brad se rio, complacido con la broma—. El Mono. Jack dijo que lo torturó unos cuantos años; después hubo un problema en la isla, y el niño desapareció. Nadie supo donde fue. Pensaron que se embarcó en un bote y se ahogó durante una tormenta.

—Como Lahilahi —dijo Phyl impresionada.

—Esa es una conexión ridícula —dijo irritado Brad—. El niño hizo algo estúpido. El Pacífico es un océano muy grande y traicionero. Debió saber lo que hacía.

—¿Y si no se ahogó? ¿Si aún estuviese vivo? ¿Qué harías, Brad, si de pronto apareciese para reclamar la mitad del rancho Kane?

—Estás diciendo tonterías —dijo Brad con expresión distraída—. No reaparecerá. Te lo puedo asegurar.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —insistió Phyl.

—Hay corrientes muy poderosas alrededor de Kalani. Muchas embarcaciones naufragaron en esas aguas. Los cuerpos generalmente son arrastrados hacia mar abierto.

Pero Phyl pensó que había algo en los ojos de Brad, una especie de cautela, como si estuviese ocultando algo. Brad se sirvió su *brandy* de la noche, después se acercó a la ventana, con el fiel Doberman Kanoi pisándole los talones. Contempló el cielo

móvil y tormentoso y dijo, sombrío:

—Pasó hace tanto tiempo. El pasado es el pasado. ¿Qué importo ahora? Archer y Jack eran lo que eran. Sabían lo que querían y lo tomaron.

—Y tú, Brad, ¿sabes lo que quieres? —preguntó Phyl, con una voz en la que se expresaba curiosidad.

Él la miró con los párpados entornados.

—Sí —dijo—. Te quiero a ti.

Capítulo 28

La residencia de Kalani era de madera, separada del suelo por varios postes, un modo de defenderse de las voraces termitas, según supe después. Una barandilla de madera rodeaba la casa, y el techo estaba formado por ramas de palmeras. A mis ojos, era como una casa que había surgido de un cuento de hadas. Pero pronto fue la escena de mis peores pesadillas.

Mí medio hermano Jack O'Higgins Kane tenía nueve años, era mucho más corpulento y fuerte que yo. Era alto y muy apuesto, con su cabello amarillo y sus ojos azules de expresión dura, parecidos a los del padre. Era un atleta natural y podía hacer todas las cosas que yo jamás había aprendido. Sabía nadar como un delfín y montaba a pelo los caballos. Estaba en condiciones de trepar a las más altas palmeras, escalándolas como el mono que decía que yo era y enviando intencionadamente los frutos al suelo, donde yo estaba esperando, de modo que tenía que apartarme de un salto para evitar que los proyectiles me matasen. Podía disparar un rifle de caza y dar la vuelta a los envases de hojalata colocados sobre una pared, a treinta metros de distancia. Recorría descalzo la isla, sin preocuparse de las piedras del camino. Gritaba a los criados, y estos se veían obligados a obedecer en el acto sus órdenes. Lo que Jack deseaba lo conseguía.

Me llevó un día y una noche comprender que Jack Kane, mi medio hermano, era mi enemigo mortal. Me asustaba con sus gritos, su menosprecio, sus exhibiciones. Pero yo tenía a la niñera Beale, sabía que estaba a salvo con ella. Y entonces, pocos días después, regresó la lancha de motor, y en ella vino mi padre, Archer Kane.

Lo vimos descender a tierra. La niñera y yo estábamos a pocos metros del muelle. Jack pasó al otro lado. Pegó varios brincos, agitando excitado los brazos. Después se zambulló limpiamente en el agua, y pudimos ver que nadaba hacia la embarcación, ágil como una foca, para saludar a su padre. Cuando la embarcación aminoró la marcha, Jack subió a ella con agilidad. Lo vimos hacer gestos irritados hacia nosotros, y el estómago se me encogió a causa del súbito temor, porque sabía que estaba diciendo a su padre cosas negativas sobre la niñera y sobre mí.

La embarcación amarró, y Jack descendió primero. Esperó a Archer, y después los dos se dirigieron a la casa, sin mirarnos siquiera.

«Señor Kane», dijo la niñera Beale irritada, «necesito hablar con usted acerca de las condiciones en que nos encontramos aquí. No son apropiadas para un niño pequeño».

Mi padre se volvió y nos miró, y por primera vez comprendí lo que significaba una mirada «fría». Me sentí paralizado en el mismo lugar. «Señorita Beale, las condiciones son bastante apropiadas para mi otro hijo», dijo con voz igualmente fría. «No veo ningún motivo para introducir cambios». Pensó un momento y después dijo:

«Hablaré con usted en mi oficina dentro de media hora».

La niñera me apretó con más fuerza la mano cuando nos acercamos a la oficina a la hora señalada. Pude oír que se aceleraba su respiración, como sucedía siempre que estaba nerviosa. Por otra parte, yo estreché a Fido contra mi pecho, mientras deseaba encontrar algo que decirle para reconfortarla. Dije: «Niñera, ¿por qué no volvemos a casa? De regreso a la Villa Mimosa. No me agrada este lugar».

«Eso es lo que pienso decir al señor Archer Kane», declaró con firmeza la niñera Beale.

Pero Archer se le había adelantado. «Señorita Beale», dijo, apartando con un gesto indiferente los ojos del diario que estaba leyendo, «preparará inmediatamente su equipaje. La lancha de motor la llevará a Big Island y de allí viajará a Honolulu en el carguero regular. Le he reservado pasaje hasta San Francisco; su billete de regreso a Francia estará esperándola».

Oí su exclamación de alivio mientras él se volvía hacia el periódico. «Entonces, volveremos a casa», dijo la mujer, y mi corazón se animó esperanzado junto al suyo.

«Usted vuelve a casa, señorita Beale», dijo mi padre desde detrás del periódico. «El muchacho permanece aquí».

«No me marcharé sin Johnny», exclamó la niñera. «No puede vivir aquí. No está acostumbrado a este ambiente agreste. Su madre deseaba que se criara en la Villa Mimosa; me confió la tarea de cuidarlo. Insisto en que me acompañe». En un gesto asombroso descargó un puñetazo sobre el escritorio.

«Creo que usted olvida, señorita Beale, que la madre del niño ha fallecido», dijo Archer, de pronto encolerizado, «y que es mi hijo. Vaya a preparar su equipaje y acérquese al muelle dentro de una hora». Me miró y dijo: «No habrá despedidas largas. El niño permanecerá aquí hasta que usted se marche».

«Niñera», gemí, agarrándome a ella. Pero estaba derrotada, y lo sabía.

«Tienes que ser valiente, Johnny», murmuró ella entre lágrimas. «Come todas tus comidas y conviértete en un hombre grande y fuerte. Cuando las cosas te parezcan muy dolorosas, recuerda que estoy pensando en ti y que el Señor está del lado de los buenos. No me olvides, Johnny», dijo por fin, besándome la mejilla. «Estaré allá, en la Villa Mimosa, esperándote, cuando vuelvas a casa».

Pero sentí el corazón oprimido mientras la veía alejarse. Sabía que pasaría mucho tiempo antes de que pudiese volver a verla, si es que alguna vez lo lograba.

Jack Kane se dedicó a convertir mi vida en un infierno. Pero solo más tarde supe lo que me odiaba. Mi celoso medio hermano sabía de mí más que lo que yo mismo conocía.

Comenzó con modestia, depositando enormes y peludas arañas en mi cama, obligándome a comer gusanos y pintándome con pintura roja, como si yo fuera un indio.

Me sonreía con perversidad porque en la isla no había sustancias para retirar la pintura y sabía que yo tendría que vivir con la cara roja hasta que por fin la pintura se

gastase, después de fuertes cepilladas.

Entregaba mi cena a los cerdos, de modo que yo estaba medio muerto de hambre; tendía cuerdas cruzando los senderos y me obligaba a correr de un extremo al otro, hasta que yo tropezaba y él sonreía al verme caer. Me llevaba al bosque, donde había tendido una trampa, y gritaba de alegría cuando yo caía en ella. Me mantenía así, como un prisionero aterrorizado, hasta el anochecer, cuando un criado venía a buscarme. Entraba subrepticamente de noche en mi habitación, y yo abría los ojos y lo veía sonriente, mientras sostenía un cuchillo cerca de mi garganta. «Un día de estos te mataré, mono», murmuraba con expresión amenazadora, y clavaba la punta del cuchillo, hiriéndome la piel. Sentía el escozor cálido de la sangre, y le creía.

Crecí inmunizándome a sus burlas acerca de mi delgadez y mi apariencia, pero siempre temía que inventase nuevas torturas que concebía para mí. Estaba consumido por los celos y la cólera. Era el rey de su castillo, y se proponía conservar las cosas de ese modo.

Cuando la niñera Beale se marchó, pensé que yo estaba solo, que no había nadie que se preocupara jamás de mi destino. Pero en la isla había una criada llamada Maluhia, a quien mi padre Archer favorecía. Era una hermosa mezcla de china y polinesia, exótica y gentil, de hablar suave y muy bondadosa. Su nombre, Maluhia, significaba «pacífica», y ella me dijo que se lo había puesto su madre, una mujer pobre que ya soportaba la carga de muchas hijas, con la esperanza de que la vida de la niña se ajustase a su nombre. Lamentablemente no fue así. Después de varios desastres de la familia, la niña terminó sola y sin hogar a los trece años.

La piel de Maluhia tenía una cálida pátina dorada, y caminaba con la gracia desenvuelta de una mujer hawaiana. Adornaba con flores sus cabellos largos y relucientes y olía a lirios y al aire fresco. Tenía veinte años, y Archer la había comprado a los catorce, después de descubrirla en el burdel del puerto de Honolulu. Ahora era su «criada personal», y ella le estaba agradecida porque la había salvado de la vida tortuosa que llevaba antes. Tenía una suave cara ovalada, ojos almendrados, luminosos y una boca de labios gruesos y dulces. Carecía de educación, pero era hermosa y buena. Demasiado buena para un hombre como Archer Kane.

Comprendí que, como yo, le temía, aunque Archer no la trataba mal; solo le mostraba indiferencia. Estaba allí para que él la usara cuando lo deseara. En Honolulu, Archer vivía la vida de un caballero rico, con su flota de automóviles, su yate y sus lanchas rápidas, la mansión de Diamond Head y las grandiosas fiestas. Pero en Kalani era el «amo» antiguo, una especie de señor de horca y cuchillo.

Maluhia presenciaba las crueldades cotidianas de Jack. Lo oía cuando me decía que su padre me despreciaba, que a nadie le importaba si yo vivía o moría. Jack decía que yo era un intruso y que este era su territorio, que yo quería atraer a su padre y apoderarme de cosas que no me pertenecían. «Incluso el alimento que ingieres me pertenece, mono», rezongaba, y aunque Maluhia me miraba con simpatía, no se atrevía a decir nada. Pero tarde en la noche, cuando ella oía mis sollozos sofocados,

venía y se sentaba en mi cama y me abrazaba contra su pecho.

«Pobre Johnny», murmuraba con su voz isleña y cantarina. «Pobre, pobrecito Johnny. No es cierto. Tú sabes que me preocupo por ti. Y la niñera Beale todavía se preocupa por ti. Y mira, Fido también te ama». Ponía en mis brazos el pequeño perro de juguete, me abrigaba mejor y murmuraba: «No temas, Johnny. No permitiré que te suceda nada malo».

Maluhia me puso bajo su protección, una especie de pájaro maternal que se ocupaba de un gorrión herido. Pero por desgracia también ella corría peligro. Escuché que decía a mi padre que Jack estaba torturándome y me inducía a practicar juegos peligrosos donde yo salía lastimado. «Johnny no es más que un niño», alegaba Maluhia.

Espié por la puerta y vi que Archer la apartaba bruscamente. No quería escuchar una sola palabra contra Jack, Maluhia vio que a él no le importaba lo que hacía su hijo mayor, y que la Jack gozaba de la libertad de torturarme cómo y cuando lo deseara.

Jack continuaba provocándome, sabiendo que yo no podía competir. Y, como yo era un pobre niño poco experimentado, caía en todas sus trampas. «Sé valiente», había dicho la niñera Beale al separarse de mí, y valiente era lo que tenía que ser.

Jack me desafiaba a trepar por la palmera cocotera de doce metros de altura, sin explicarme siquiera el modo especial de hacerlo; se reía cuando me lastimaba las manos y las piernas y caía al suelo desde la escasa altura que había logrado alcanzar. Me desafiaba a saltar desde las rocas altas que eran fáciles para un niño de nueve años, pero imposibles para un pequeño como yo, y cuando yo cerraba los ojos y me arrojaba desde la altura, su risa burlona resonaba en mis oídos. Y reía un poco más cuando después caía agotado en mi cama, gimiendo a causa del dolor de las torceduras que padecía.

Una mañana desperté sumido en mi acostumbrada bruma de sufrimiento, previendo sordamente las torturas del día. Extendí la mano, como hacía siempre, para buscar a mi antiguo amigo Fido. Me senté y palpé bajo las sábanas, buscándolo. Me incliné sobre el borde de la cama y exploré bajo el lecho.

Oía a Jack en el jardín que reía y supuse que se había apoderado de mi perro. El miedo se mezcló con la cólera mientras salía corriendo de mi habitación, con el camisón todavía puesto, para enfrentarme a él. Estaba sentado en la barandilla, tirando al aire a Fido y recogiénolo de la pata o de una oreja, mientras sonreía con expresión burlona. «¿Quieres recuperarlo?», me preguntó. «En ese caso, ven a buscarlo».

Me abalancé como un loco sobre él, pero saltó la barandilla y comenzó a retroceder para alejarse de mí. Yo también pasé la barandilla, y él comenzó a correr. «Mono, si puedes atraparme, lo recuperarás», gritó, mientras alzaba en el aire a Fido con gesto burlón.

Avancé dando tumbos, demasiado aturdido para comprender siquiera adónde iba,

mientras tropezaba con las piedras y me lastimaba la cara con los arbustos. El perro era la única cosa que me quedaba del pasado. A mis ojos simbolizaba la seguridad de la Villa Mimosa, de la niñera Beale y mi existencia amable y ordenada. Fido pertenecía a una época anterior al momento en que había conocido el miedo y la perversidad. Antes de que tuviese que aprender a mostrarme «valiente» y tuviese que apelar a mi ingenio. Y yo amaba a Fido con desesperación.

Cuando por fin alcancé a Jack, estaba de pie al borde del océano, siempre sosteniendo a Fido sobre su cabeza.

«No sabes hacer nada, mono», aulló triunfante. «Ni siquiera te darían un auténtico perro, porque eres demasiado estúpido para cuidarlo. De modo que la niñera te regaló este perrillo insignificante. Y eres tan tonto que crees que se parece a la cosa real».

Me abalancé sobre él; descargó un puntapié sobre mi cuerpo, alcanzándome en el pecho y me envió rodando sobre las rocas, donde alcancé a golpearme la cabeza. Loco de dolor y cólera, me incorporé bruscamente y lo atacé de nuevo, descargando mi puño sobre él mientras extendía desesperado las manos hacia el perro.

Saltó con agilidad y pasó a otra roca. Sus ojos azules me miraron burlones mientras sostenía a Fido sobre el agua. «Muy bien, Mono, veamos qué valiente eres», gritó, riéndose de mí. «Si amas tanto a tu estúpido perrito lanudo, ven a buscarlo», dijo, y arrojó a Fido al océano.

Y yo, pobre tonto, salté en pos de Fido.

Jack sabía que yo era incapaz de nadar y que Fido estaba perdido. Pocos minutos después me rescató de la marea, sofocado y vomitando agua de mar. Porque mi esbelto, robusto y asesino medio hermano había recordado justo a tiempo que no podía permitir que yo muriese. Todavía no.

Sabía que no podía permitir que yo muriese por lo menos antes de los trece años, cuando él y su padre se hubiesen apoderado de mi herencia. Esos trece años se abrían frente a mí y eran una especie de abismo terrorífico.

De pronto sobrevino una pausa imprevista. Archer llegó a la conclusión de que Jack debía regresar a la escuela. Le oí decir: «Para administrar el Rancho Kanoi se necesita algo más que galopar por el campo». Hablaba con cólera frente a Jack, que lo escuchaba malhumorado. «Usamos peones para realizar ese trabajo. ¿Cómo demonios supones que podrás administrar el rancho después de que yo desaparezca, si no aprendes? Jack, volverás a la escuela y después irás a la universidad y darás honor a nuestro apellido». Y, cuando Jack dijo con obstinación que de ningún modo estaba dispuesto a retornar a la escuela, le gritó: «Hijo, harás lo que yo te diga, o dejaré al Mono el maldito rancho».

Después de eso no hubo más protestas. Jack sabía que su padre era capaz de todo, especialmente después de haber bebido, y supuso que tenía razón con respecto a las cualidades necesarias para administrar el rancho. Y si en el mundo algo tenía un

significado para el rey Jack, era precisamente el Rancho Kanoi. Yo sabía que él ansiaba adueñarse del lugar y lo deseaba con todas las fibras de su cuerpo. Habría dicho «con todo su corazón», pero a esas alturas yo sabía que Jack no tenía corazón. Fue a la escuela en Honolulu, y yo pude vivir en paz con Maluhia y los criados.

Ahora yo tenía casi seis años, y aún era un niño de cuerpo menudo cuando Maluhia me llevó para presentarme a Kahanu, el joven hawaiano que estaba a cargo de la cría de caballos pura sangre. También supervisaba los mejores rebaños de Hereford de pedigri, llevados especialmente a la isla para procrear.

Kahanu tenía alrededor de treinta años y un cuerpo sólido y musculoso, con una ancha cara hawaiana, la piel cobriza y reluciente, un mechón de gruesos cabellos negros y los ojos ámbar muy unidos. Maluhia me dijo que creía que él era el hombre más apuesto que había conocido jamás. Maluhia no tenía otra persona en quien confiar en toda la isla, de modo que me reveló su secreto: estaba enamorada de Kahanu, pero temía decirlo a causa de Archer. Yo también temía a Archer, de modo que no cuestioné su actitud; pero ahora comprendo que ella sintiese miedo porque era la concubina de Archer, porque él la poseía.

Maluhia rogó a Kahanu que me ayudase. «Trata de que Johnny sea fuerte como tú, Kahanu. Enséñale todo lo que sabes, porque si no lo haces estoy segura de que morirá». La joven me miró con tristeza, porque sabía identificar los signos que indicaban la existencia de un corazón destrozado.

Kahanu me sentó sin montura sobre un *pony* picazo. Me agarré a su crin con desesperación, pues no sabía qué hacer. «Siéntate derecho», me gritó. «Sujétate con las rodillas». Hice lo que me ordenaba y enderecé el cuerpo, mientras el *pony* caminaba lentamente describiendo un círculo en el corral. Después de un rato, ya no tuve tanto miedo y comencé a mirar alrededor, gozando de la situación. Sentado con la espalda erguida, saludé con la mano a Kahanu y a Maluhia, y ellos se rieron y a su vez me saludaron. Y por primera vez, sobre el lomo de ese *pony* moteado, experimenté la sensación de un logro.

Kahanu me permitió que lo ayudase en los establos. Y todas las mañanas, cuando el sol me despertaba, iba de prisa a buscarlo. Trabajaba con el torso desnudo al lado de Kahanu, cepillando los caballos, barriendo los establos, lavando con agua los patios. Adoraba a mi nuevo amigo y permanecía sobrecogido de admiración apoyado en la empalizada del corral, mientras miraba cómo domaba un potro joven.

Lo seguía por doquier. Me permitía comer con los hombres, en cuclillas sobre el suelo, tomando con los dedos los alimentos dulces sobre una hoja de plátano, tal como ellos hacían. Después, agotado, me desplomaba fatigado y dormía en mi propio lugar escondido del desván.

Pasaron los meses, y Jack continuaba ausente. Maluhia me dijo que Archer lo había enviado a un pensionado en Estados Unidos. Estaba atrasado en sus estudios y no regresaría a Kalani hasta que no hubiese alcanzado el nivel adecuado. Me sentí reconfortado cuando ella me lo dijo y fui brincando y aullando como un niño normal

mientras corría hasta la habitación de Kahanu, en los establos, para informarle la buena noticia.

«Entonces, tampoco tú, Johnny, perderás el tiempo», me dijo. «No creas que te vas a pasar los días cepillando caballos y cabalgando en un pequeño *pony* a través de la isla. No, señor. Te enseñaré a ser un hombre, de modo que cuando ese pequeño canalla de Jack vuelva a casa puedas enfrentarte a él. Y vencerlo».

De modo que empezó un curso acelerado de ejercicios físicos y habilidades deportivas. Kahanu me enseñó a trepar a los árboles, a cortar madera, a boxear, a remar con una canoa, a pescar. El cocinero chino me enseñó las artes marciales, y Maluhia me explicó cómo debía nadar. Deslizándome desnudo con ella bajo las aguas cristalinas, con los pequeños peces que nadaban alrededor, de nuevo me sentí feliz.

Pasaron muchos meses de este modo, y ya comenzaba a creer que la vida nunca podía volver a ser tan serena y hermosa como todo esto. Kahanu incluso me había asignado un nombre hawaiano: Ikaikakukane, que significa «El Hombre de las Cualidades Viriles», para conmemorar mis nuevas hazañas.

Y entonces, cuando yo tenía ocho años, regresó Jack, y la tortura recommenzó.

Los hawaianos me habían asignado un nombre nuevo, pero también tenían uno para Jack: *Lauohomelemele*, el hombre de los cabellos amarillos. Él lo consideraba un cumplido a un superior, a su estatus de «hombre blanco», y los hawaianos sabían a qué atenerse y siempre lo pronunciaban con un sutil menosprecio.

En la isla todos, por ejemplo, los peones de los establos, los vaqueros, los criados chinos, odiaban al «Hombre de los cabellos amarillos». A todos los trataba como si hubieran sido basura e impartía órdenes por doquier y apartaba de su camino a los criados descargándoles puntapiés cuando no se movían con suficiente rapidez. Arrojaba los platos a la cabeza del cocinero chino cuando no le agradaba la comida; incluso consiguió que varios hombres adultos fuesen despedidos y desterrados de la isla cuando se quejó al padre acerca del trabajo que ejecutaban o de su lentitud o de su «actitud impropia». Archer le concedió plenos poderes. «Es un buen entrenamiento en preparación para el momento en que administres el rancho», dijo con expresión aprobadora.

Jack se mostraba arrogante con Kahanu, pero en secreto le temía. Archer decía que Kahanu era el hombre más eficaz de la isla: era inteligente, un buen trabajador y sabía cuidar de los caballos con verdadera destreza. Kahanu era valioso, y por consiguiente Jack no ejercía poder sobre él; Kahanu lo sabía. El hawaiano lo ignoraba y continuaba realizando su trabajo silbando distraídamente, mientras Jack merodeaba alrededor, con la esperanza de que Kahanu le pidiese ayuda; cuando no lo hacía, se alejaba enojado montado en su caballo, en busca de otra presa, que por lo general era yo.

Tenía doce años cuando regresó de nuevo al hogar, a pasar las vacaciones de

verano; yo tenía ocho. Nos miramos con desconfianza, y vi que los ojos se le agrandaban cuando me observó de arriba a abajo. Ya no era el pequeño Mono enjuto y encogido. Había crecido varios centímetros, y mis brazos y mis piernas delgadas estaban relleniéndose con músculos nuevos. Pero él también había crecido; siempre fue un buen atleta y ahora se le había desarrollado el cuerpo. Estaba convirtiéndose en hombre, y se le veía dispuesto a reproducir las características masculinas de su padre.

Jack siempre había tratado a Maluhia con el desprecio que según creía ella merecía. Pero ahora comenzó a mirarla de diferente modo.

Siempre que Archer estaba en casa, Maluhia atendía la mesa. Se ponía un sarong de vivos colores, se ajustaba los cabellos negros formando trenzas gruesas y relucientes y caminaba descalza, porque no quería hacer ruido mientras transportaba los platos de arroz, cerdo y camarones a la mesa y los ofrecía a su amo.

La primera noche después de regresar al hogar, Archer y Jack estaban sentados frente a la mesa, y Maluhia los servía, como de costumbre. Por supuesto, yo debía comer en la cocina, pero sobre todo cenaba con Kahanu y los peones en los establos. Estaba acostado boca abajo en el frondoso jardín, bastante bien escondido, mientras observaba cómo los ágiles lagartos verdes subían y descendían por la pared y mantenía un ojo atento a Jack y a su padre, que cenaban en la casa. La nuestra era una guerra de ataques sorpresa, y yo necesitaba saber siempre dónde estaba Jack, para preparar mis defensas. Solo que esta vez yo no era la persona que ocupaba la mente de Jack.

Vi que Maluhia servía a Archer y después ofrecía la fuente a Jack, inclinándose con cortesía hacia adelante. Jack la miró y después dijo algo a su padre, pero yo no alcancé a escucharlo; de todos modos, los dos se rieron con actitud grosera. Y entonces Jack se inclinó de manera brusca hacia adelante y puso las manos sobre los senos de Maluhia.

Ella retrocedió, soltando la fuente y sujetándose el sarong sobre los pechos, mientras se apartaba del muchacho con rapidez. Jack dijo algo a Archer y los dos se rieron a carcajadas. Vi que Maluhia inclinaba la cabeza avergonzada, y sentí el impulso de correr a defenderla. Pero yo no era rival para esos dos.

En los días siguientes Jack se mostró cada vez más audaz y descargaba palmadas sobre el trasero de Maluhia cuando ella pasaba al lado y cerraba la mano sobre los senos de la muchacha. Maluhia no decía nada, pero yo ardía de furia a causa de la vergüenza y la cólera; sabía lo que ella estaba sintiendo.

«Ven aquí, queremos verte un poco, Mono», dijo Archer unos cuantos días después. Yo me había mantenido todo lo posible al margen de Archer y pasaba los días con Kahanu. Abrigaba la esperanza de que me hubiesen olvidado, pero estaba equivocado. Salí de mala gana del establo y caminé hacia ellos. Archer echó hacia atrás su Stetson y puso las manos en jarras, evaluándome como si yo hubiera sido un novillo de raza.

«Bien, caramba, el Mono está creciendo», dijo al fin, asombrado. «Se le ve más fuerte y más alto. Quizá después de todo en su naturaleza hay algunos genes de los Kane. ¿Cuántos años tienes ahora, muchacho?».

«Ocho años, señor».

«Ocho, ¿eh?». Miró a Jack y dijo con una mueca: «Jack, ¿cuántos años nos quedan?». Y después, riendo ruidosamente, se apartó. «Kahanu», gritó por encima del hombro, «pon a trabajar a este muchacho. Si tenemos que soportarlo diez años más, bien puede ganarse su comida».

«Sí, señor Archer», dijo Kahanu con respeto.

Me mantuve lejos de ellos, siempre cerca de Kahanu, y cabalgaba por los barrancos para buscar el ganado perdido. A veces salíamos a pescar en su botecito y después asábamos los peces sobre un fuego de leña, a varios kilómetros de distancia de la residencia ocupada por esos individuos malvados. De modo que solo cuando Archer viajó a Honolulu y Jack quedó solo el muchacho vino a buscarme.

«Eh, Mono», gritó, acercándose a mí y golpeándome la espalda. «¿Por qué no vamos a pescar?».

«Tengo que trabajar», contesté con el cuerpo rígido de miedo a pesar de mí mismo.

«Vamos, Mono», dijo, incitándome. «Olvidemos nuestras diferencias. Ahora tienes más años y eres más fuerte. Yo diría que estamos más igualados».

Contemplé su cara sonriente, y las señales de advertencia me recorrieron la columna vertebral. No confiaba en él.

«Estoy ocupado», repliqué con sequedad, y me volví.

«Vamos, Mono». Me siguió y me pasó un brazo sobre los hombros, en un gesto amistoso. Se me puso duro el cuerpo y volví la cabeza para mirarlo. Jack nunca me había tocado salvo para golpearme o darme puntapiés. «Vamos, amigo», dijo, incitándome. «No me digas que tienes miedo».

Al parecer yo nunca aprendía. Cedí a su provocación, como él sabía que yo haría. Mis expediciones con Kahanu me habían enseñado el modo de manejar un bote.

«Está bien», dije con cierta audacia.

Seguí a Jack hasta el pequeño muelle de madera quemada por el sol, y pasamos a su botecito. Desató la amarra, encendió el motor, y nuestro barquito se alejó del muelle, enfilando hacia un lugar donde, como él bien sabía, había bancos de meros. Me pareció que era un lugar muy distante, y después de un rato el tono regocijado y juguetón de Jack se convirtió en un manto de silencio.

Después de una media hora, yo estaba sintiéndome incómodo. «¿Por qué tenemos que ir tan lejos para encontrar meros», le pregunté, «Podemos hallar muchos frente a Keeper's Point?».

«Estos son mejores», dijo secamente, mientras se protegía los ojos con la mano y miraba la pequeña isla a la cual nos acercábamos.

Miré interesado el lugar. Era el único lugar que había conocido desde mi llegada a

Kalani, más de tres años antes. Archer se había ocupado de que yo nunca saliera de la isla, y yo ni siquiera conocía cómo eran los poblados o las escuelas del lugar. Era un niño tan ignorante del mundo y sus características, de la cultura y la educación como había sido el caso cinco años atrás. Me interesaba conocer ese lugar nuevo, y cuando la pequeña embarcación rozó el suelo de arena, salté al agua y empujé el bote, mientras Jack preparaba el ancla.

Caminé con confianza sobre la arena, adentrándome en tierra firme, y me volví para mirar a Jack. Estaba en el agua, y empujaba el botecito de regreso al mar. Corrí tras él, pero saltó de prisa al bote y se inclinó, accionando con frenesí el motor fuera de borda. Este recobró vida, y yo permanecí hundido hasta la cintura en el agua, mientras observaba cómo el bote se alejaba de mí con rapidez. Aunque era buen nadador, sabía que jamás podría alcanzarlo.

Jack estaba de pie en el centro del bote. Lo vi agitar triunfante el puño en el aire y oí su risa. «Mono, ahora veremos qué aprendiste», gritó mientras se alejaba, dejándome solo en la isla desierta.

Me dije con confianza que regresaría. No podía dejarme allí completamente solo.

Contemplé la densa vegetación que crecía detrás de mí, y olí el hedor fétido y pantanoso. Las plantas parecían formas oscuras y peligrosas, y por mi parte me refugié en la playa con rapidez, buscando la sombra. Lo único que encontré fue un arbusto achaparrado y me agazapé a su escasa protección, mientras esperaba.

Pasaron las horas. Observé cómo el sol descendía en el cielo, hasta que por fin la reluciente esfera roja tocó el horizonte; entonces, de un modo súbito que era típico del trópico, desapareció, dejando un fulgor verdoso ultraterreno. Entonces comprendí sin lugar a dudas que Jack no volvería para recogerme. Estaba solo en una isla desierta y sentí miedo.

Había temido morir a causa del calor, pero ahora hacía frío. Y tenía miedo. No había agua cerca de la playa, y no me atreví a alejarme mucho por si Jack regresaba y no me encontraba. Caminé de un lado para otro a la media luz, pero no encontré nada. Me agazapé de nuevo junto a mi roca, cruzando los brazos alrededor de las piernas recogidas y mirando inútilmente hacia el mar. El fulgor verdoso se convirtió de modo suave en el azul de la noche, y después, de manera casi imperceptible, en oscuridad. No había luna. Todo estaba negro.

Me dije que todo saldría bien. Jack regresaría por la mañana. Maluhia me extrañaría, y también Kahanu. Pero la mañana estaba lejos y de la oscuridad que se extendía detrás me llegaban sonidos subrepticios y temibles, como animales al acecho. Imaginé a los cocodrilos arrastrándose hacia mí, listos para despedazarme y masticarme. Imaginé los rugidos de los tigres y los leones respirando cerca y el silbido de las serpientes dispuestas a picar. En la oscuridad, pensé que veía escorpiones, sapos gigantes y arañas venenosas. Mi reciente coraje desapareció bajo un millar de miedos imaginarios, mientras yo me acurrucaba en la playa fría, esperando que Jack regresara para rescatarme.

Exhalé un enorme suspiro de alivio cuando esa terrible noche terminó; empecé a pensar cómo, cuando Jack llegase, me pavonearía frente a él, fingiendo que no me importaba haber pasado una noche solo en una isla desierta. Le hablaría del fruto que había encontrado para comer y del agua cristalina detrás de la vegetación y cómo había visto un cocodrilo de siete metros allí atrás y no había sentido el más mínimo temor. Fingiría que era un auténtico y pequeño Robinson Crusoe, cuya historia conocía porque había sido uno de los libros favoritos de la niñera Beale.

El sol se elevó en el cielo, y Jack aún no aparecía. Yo desfallecía de hambre y sed, y por fin me vi obligado a buscar un arroyo o frutas, todas las cosas que había planeado con tanta confianza revelar a Jack como cosas que yo había hecho, pero yo no era ningún Robinson Crusoe. Y no había agua fresca. Solo el pantano sembrado de plantas y malos olores. Tampoco había frutas frescas que colgasen convenientemente de un árbol.

Por fin, encontré un coco llevado por la corriente a un estanque de rocas y me arrojé agradecido sobre el fruto. Pero entonces comprendí que no tenía machete para abrirlo. Golpeé el coco sobre las rocas, varias veces. Casi podía saborear el jugo fresco deslizándose por mi garganta dolorida. Pero, cuando finalmente rompí el coco, la mayor parte de la leche se derramó antes de que pudiese beberla. Sollozando de miedo y frustración, lamí lo que quedaba de los preciosos jugos.

Busqué de nuevo la sombra del pequeño arbusto y me senté a observar el movimiento del sol candente en el cielo. Cada poco tiempo me acercaba al océano para refrescar los pies, pero la sal del agua se pegaba a mi piel al secarse y el sol me quemaba todavía más.

Cuando el sol comenzó a ponerse de nuevo, tropecé sobre la playa, aturdido por el calor y débil a causa del hambre y la deshidratación. Jack seguramente llegaría ahora, antes del oscurecer. Pero, cuando el resplandor verde ocupó de nuevo el cielo y se convirtió poco a poco en el azul de la medianoche, comprendí que él no vendría. Jack no deseaba volver allí. Me había dejado en ese lugar con la intención de que muriese.

Comprendí que a esas alturas sin duda habría inventado una historia acerca de mi caída por la borda del bote y había relatado el episodio solo cuando era demasiado tarde. «El pobre Mono se ahogó», lo imaginé diciendo con un brillo triunfal en los ojos y una expresión burlescamente dolorida en la cara.

Permanecí con los brazos abiertos sobre la playa, demasiado débil para continuar preocupándome de los cocodrilos, las serpientes y los leones. Cerré los ojos y experimenté una sensación de tranquilidad. Sería tan fácil adormecerme y, como habría dicho Maluhia: «Que Dios me lleve con él».

Estaba inconsciente cuando llegó Kahanu, al alba, y me trasladó con cuidado a su bote. De regreso en Kalani, Maluhia me humedeció la piel llena de ampollas con lienzos fríos y preparó pociones con hojas aromáticas, para controlar mi fiebre tan intensa.

«El Hombre de los Cabellos Amarillos es el auténtico hijo del padre», dijo sabiamente Kahanu. «La maldad pasa de una generación a otra...».

Más tarde, Maluhia me dijo que, cuando ella había informado de mi ausencia a Kahanu, este había ido directo a Jack y le había preguntado sobre mi paradero. Jack negó que me hubiera visto siquiera, y entonces ellos habían explorado la isla.

«Seguramente cayó del risco y se ahogó», dijo Jack, como de pasada, pero a estas alturas Kahanu sabía que Jack mentía y estalló colérico. Yo llevaba varias horas desaparecido. Kahanu sabía que ahora estaban hablando de la vida y la muerte.

Se apoderó del brazo de Jack y se lo retorció tras la espalda. «¿Dónde está, pequeño canalla de los cabellos amarillos?», preguntó, y Jack, gritando, dijo que se lo diría a su padre, que flagelarían a Kahanu, que perdería su empleo y lo expulsarían de la isla.

Kahanu le retorció más el brazo, y Jack gritó con más fuerza. Entonces Maluhia murmuró al oído de Kahanu la razón secreta por la cual Archer quería mantenerme vivo. «Si el Mono muere», dijo en voz baja Kahanu a Jack, «tú recibirás los latigazos. El señor Archer te castigará hasta que mueras, y tú lo sabes».

Jack sollozó en respuesta, pero sabía que Kahanu tenía razón. Archer lo mataría si él echaba a perder su posibilidad de apoderarse de mi fortuna. De modo que les dijo dónde estaba, afirmó que yo había saltado del bote y nadado hasta la isla y que me había negado a regresar. Dijo que yo le había dicho que no deseaba volver a ver jamás de nuevo a Kalani. Que me arreglaría solo.

«Eres un perverso y mentiroso bastardo», rezongó Kahanu, mientras movía el brazo de Jack hasta arriba, hasta que se rompió con un sonido que parecía un pistoletazo. Jack gritó dolorido. «Asesino», murmuró Kahanu en su oído. «Te caíste de un árbol y te fracturaste el brazo. ¿Lo recuerdas? Exactamente del mismo modo que el Mono jamás salió de Kalani».

A pesar del dolor, Jack comprendió que había aceptado un compromiso y que Kahanu no revelaría el episodio a Archer. Asintió para indicar que aceptaba. Al día siguiente lo llevaron en bote al médico de Maui, que le entablilló el brazo. Después regresó a Honolulu a pasar el resto de sus vacaciones, antes de volver al colegio.

Yo había vencido, y Kalani me pertenecía de nuevo. Por el momento.

Los años pasaron lentamente, y yo me sentía feliz en cierto modo, aunque mis sueños inquietos todavía estaban impregnados con las imágenes de la villa. Anhelaba ver de nuevo a la niñera Beale, oler las flores de la mimosa en primavera y escuchar el canto de los pájaros en su pajarera plateada. Pero Kalani era mi realidad.

De tanto en tanto Archer enviaba a la isla un «preceptor» perezoso y mal preparado, para mantener la ficción, frente a sus amigos de la sociedad, de que estaba haciendo lo debido y de que intentaba educar al pobre Johnny, a pesar de que el niño «estaba mal de la cabeza». En definitiva, consiguieron enseñarme a leer, y yo devoré

todos los libros de la casa, incluso las páginas carcomidas por las termitas. Uno de los tutores, un joven y demacrado inglés de tendencias alcohólicas, trajo acuarelas y pinturas al óleo y un caballete. El *whisky* era su verdadera afición, pero, cuando no disponía de dicho licor, lo reemplazaba por el ron, la cerveza o el vino, y en último caso con la trementina o el alcohol de quemar.

Por lo general estaba demasiado «alegre» para dedicar mucho tiempo a la enseñanza, pero, cuando tenía la mano relativamente segura, pintaba bien. Yo me instalaba en las rocas muy cerca y le observaba recrear mágicamente el paisaje, el impresionante perfil de los riscos; realmente lo que ansiaba era que se me ofreciese la oportunidad de imitarlo.

Me mostraba las pinturas, explicaba los diferentes papeles utilizados en las acuarelas, el modo de tratarlos primero con una pintura traslúcida para aplicar después los colores. Me mostró la manera de mezclar los pigmentos para obtener mis propios colores, me regaló carbonilla y me enseñó a preparar bocetos.

Me sentí transportado a un mundo nuevo. Cesé de cabalgar campo a través con Kahanu y en cambio empecé a dibujar y a pintar. Estaba obsesionado por mi nueva actividad. Me absorbió por completo. Y de nuevo me sentí feliz.

Jack no regresó nunca a Kalani durante los años que precedieron a su ingreso en la universidad. Ignoro si Archer se enteró de sus intenciones asesinas con respecto a mí antes de que se cumpliera el lapso que me habían concedido, pero en todo caso evitó que nuestros caminos se cruzaran, y así la vida volvió a recobrar la paz. Cuando mi preceptor de arte tuvo que ser deportado de regreso a Honolulu con un grave ataque de *delirium tremens*, Archer se encargó de que yo contara con un caudal de materiales artísticos. Deseaba mantenerme tranquilo y feliz, de modo que no provocase dificultades.

Durante ese período feliz, antes de mis quince años, pinté mis recuerdos de la Villa Mimosa. Pinté a la niñera Beale según la recordaba, y mi cuarto con Fido en mi cama y la mecedora de la niñera junto al fuego. Pinté los exuberantes barrancos de Kalani, sobre los cuales se cernían los arcoíris, y el ostentoso cardenal rojo que venía a sentarse en la barandilla todas las noches, esperando que le diesen algunos bocados. Pinté a Maluhia peinándose los largos y sedosos cabellos negros, y también la belleza de una flor de hibisco. Pinté a Kahanu galopando en una yegua. Todo lo que veía me proponía una perspectiva nueva, un detalle distinto, un modo diferente de usar el color.

«Tienes un modo especial de ver las cosas», me dijo Maluhia, porque cuando vio su retrato este no era con exactitud la joven que se reflejaba en el espejo. Sabía que en cambio yo había expresado algo de la muchacha que ella era en el fondo del corazón.

Actué más o menos a mi aire durante esos años. Kahanu me había enseñado bien y, aunque yo todavía era delgado, poseía un cuerpo sólido y fuerte. Podía montar cualquier caballo y enlazar los vacunos como cualquier peón, pero, después de

haberme mantenido prácticamente como un prisionero en la isla durante diez años, era un muchacho campesino, poco acostumbrado a la vida en una sociedad normal. Comía los manjares campesinos servidos en hojas de banano, vestía pantaloncitos harapientos y dormía casi siempre en el desván del establo. Maluhia se ocupaba de que yo siempre estuviese limpio y de que mis ropas estuvieran lavadas. E insistía en que no usara la jerga de las islas, y en cambio hablase «como era debido», sin la dulce entonación hawaiana. De todos modos, yo era un niño de las islas. Y un joven salvaje.

De pronto, Archer volvió a la isla, y esta vez vino con Jack. Jack tenía diecinueve años, y yo quince. Cuando nos miramos, entre nosotros había diez largos años de odio. Lauohomelemele y Ikaikakukane... el «Hombre de los Cabellos Amarillos» y el «Hombre de la Fuerza Viril».

A esta altura de las circunstancias, Archer bebía mucho. Pedía la cena e insistía en que se le acompañase. Siempre se le veía elegante con sus trajes blancos a medida, los sombreros panamá y las camisas confeccionadas especialmente para él, y, aunque la noche fuera cálida, solía usar una elegante camisa azul floreada, de seda china. Jack era el perfecto y pulido joven universitario, con su camisa de hilo inmaculada y sus pantalones del mismo material.

Archer continuaba siendo un hombre apuesto, aunque el licor comenzaba a reflejarse en sus ojos hinchados y en el temblor que le afectaba la mano derecha después de haber bebido unos cuantos tragos de su *whisky* favorito. Y Jack en efecto era apuesto. Alto, rubio y con el mentón sólido.

Sus ojos azules de mirada dura expresaban el odio más profundo cuando me miraba, vestido con mi camisa vieja, descolorida por el sol y los muchos lavados, que habían transformado el color azul en un gris claro, y los ásperos *shorts* de algodón que en otro tiempo habían sido suyos y ahora estaban muy gastados cobrando un tono casi celeste. Gracias a Maluhia, estaban inmaculados, y yo solía ducharme con frecuencia y no veía nada malo en mi apariencia, hasta que observaba a esos dos con sus ropas tan lujosas.

Archer estaba bebiendo el cuarto o quinto *whisky*; su mano temblaba insistentemente, cuando me señaló y echó a reír. «Pongan a ese salvaje en una habitación de personas civilizadas de Honolulu o San Francisco», aulló, «y todos dirán: "¿Saben una cosa? Archer King tenía razón. Ese niño es un salvaje. Seguramente está mal de la cabeza"».

«Por Dios, fuera de aquí», rezongó Jack, mirándome como si yo fuese un leproso. «No mereces estar en nuestra compañía».

«No, no. Siéntate, muchacho». Archer me sonrió con cordialidad. «Dime, ¿qué haces en la actualidad?».

«Ayudo a Kahanu a trabajar con los caballos. Monto con los peones. Pesco para llevar comida a la mesa», dije.

Archer estalló en carcajadas. «¿Qué te decía? ¿No es verdad que tenía razón?»

Bien, muchacho, creo que será mejor que regreses a los establos y con los peones, donde te sientes cómodo. Dicen que todo hombre busca su propio nivel en la vida, y veo que tú encontraste el tuyo».

Dicho esto, me volvió la espalda y chasqueó los dedos para indicar a Maluhia que debía traer la comida.

Yo lo miré hostil por encima del hombro, mientras volvía a los establos. Odiaba el modo despectivo en que trataba a Maluhia casi más que lo que detestaba su actitud cruel hacia mí. Pero no podía hacer nada con respecto a ninguna de las dos cosas. «Fuera de aquí, estúpido», aulló cruelmente Jack mientras yo me retiraba. «Eres un cerdo ignorante, un espectáculo desagradable con tus ropas rotas. No tienes derecho a sentarte en la misma mesa con las personas civilizadas».

Sabía que Archer y Jack permanecían sentados hasta tarde en la terraza, comentando los asuntos de negocios y bebiendo. De todos modos, a primera hora de la mañana siguiente ya estaban en los establos, donde Kahanu tenía a los caballos ensillados y esperando. Yo me escondía en el interior de los establos, con la esperanza de que no me viesan, y ellos pronto salían en compañía de Kahanu para inspeccionar el ganado vacuno.

Durante los pocos días siguientes evité cruzarme con ellos, y no preguntaron por mí. Galopaba temprano con los peones y a menudo dormía con ellos, bajo las estrellas, sobre una ladera cubierta de pasto. La vida era sencilla y grata lejos de las intrigas y la corrupción de los Kane, y yo pensaba que si no repetía las experiencias anteriores podía llegar a sentirme feliz.

Y entonces Archer regresó a Honolulu, y Jack de nuevo quedó solo. Por supuesto, inmediatamente vino a buscarme.

Estaba terminando la jornada cuando regresé con los hombres, empapado de sudor y oliendo como un novillo después de un día largo y cálido dedicado a marcar el nuevo ganado. Había solo una docena de peones en Kalani; eran hombres de cierta edad que habían sido enviados desde el Rancho Kanoi en Big Island y que tenían la tarea más descansada de atender los mejores ejemplares del ganado de Archer Kane. La filosofía de Archer era que no tenía sentido malgastar la destreza de los vaqueros, conquistada a elevado costo, concediéndoles una jubilación y gastando dinero en pensiones. Suponía que aún podían trabajar, y de ese modo Archer obtenía el valor de su dinero en lugar de pagarles en concepto de jubilaciones.

Tengo que reconocer un aspecto de Archer Kane: era un buen ranchero. Entendía su negocio y comprendía a sus hombres. Esos veteranos se habrían consumido y muerto si les hubieran quitado su trabajo, y Archer comprendía que preferían trabajar y ganar el sueldo de la semana realizando lo único que conocían bien, antes que haraganear lejos del rancho, viviendo en alguna aldea miserable y sórdida, mientras hablaban de los viejos tiempos. En efecto, odiaban a Archer, todos lo odiaban, pero él les daba lo que necesitaban, y a cambio ellos trabajaban duro y mantenían cerrada la boca.

Ahora, cuando vieron que Jack estaba esperando la oportunidad de caer sobre mí, desviaron la mirada, se concentraron en sus caballos, dándoles cubos de agua fresca, cubriéndolos con mantas, y en definitiva permitiéndoles que se tranquilizaran antes de alimentarlos.

Jack se apoyaba con los codos sobre la empalizada del corral con un pie enganchado en la barandilla, sonriendo con su sonrisita siniestra. «Eh, Mono», gritó. «Ven aquí. Quiero hablar contigo».

Caminé hacia él con lentitud. De reojo vi que los peones se alejaban en dirección a los establos. Jack y yo estábamos solos. Y entonces, súbitamente emocionado, comprendí que por primera vez no le temía.

«¿Qué es esto que dicen a propósito de tu pintura?», preguntó con frialdad.

Me acerqué un poco más. Estaba de pie con las piernas separadas y los brazos cruzados. «¿Qué pasa con eso?» pregunté, mirándolo directamente a los ojos.

«Estás aquí para trabajar, no para pintar», rezongó. Alzó el mentón arrogante, acomodó mejor su sombrero de vaquero, mirándome con altivez. Yo calculé la fuerza de su cuerpo: medía un metro ochenta y dos frente a mi metro sesenta y ocho y pesaba alrededor de ochenta y cinco kilogramos de músculos sólidos, contra mis delgados sesenta y cinco. Su mentón sobresalía agresivo, y el ansia de golpearlo casi me abrumó. Escondí los puños cerrados y dije en cambio: «Archer está enterado de mi pintura. ¿Quién crees que me entrega los materiales para trabajar?».

«Bien, terminaremos eso», dijo. Señaló triunfante una pila de restos depositadas en un rincón del patio. «No se pintará más en la isla, y tú eres un mezquino afeminado. Te ganarás la comida exactamente como el resto de los peones». Las aletas de su nariz se movieron cuando olió el aire. «De todos modos, hueles como un mestizo; bien puedes vivir como uno de ellos».

Se acercó a la pila de restos, y lo miré fijo cuando extrajo del bolsillo una caja de fósforos. «Observa esto, Mono», dijo, encendiendo un fósforo y acercándolo al montón. «Ahora tus pinturas de muchacho afeminado se convertirán en humo».

Pegó un brinco hacia atrás cuando los cuadros al óleo y las acuarelas estallaron en un súbito reguero de llamas. Miré aturdido mientras mis recuerdos se convertían en una columna de acre humo azul. Eran mis imágenes de los tiempos en que me sentía feliz en Kalani. Jack estaba quemando a Maluhia, a Kahanu y a Fido; incendiaba los peces recién pescados en el océano cristalino, los peones sentados alrededor del fuego, los vacunos de mirada aturdida que estaban siendo marcados al hierro candente. Estaba quemando el cardenal rojo, los lagartos verdes y el *pony* moteado al que yo monté con orgullo por primera vez describiendo círculos alrededor del establo.

Jack Kane estaba quemando mi vida, y yo me abalancé sobre él como un novillo marcado por el hierro candente, que se dispara con todas sus fuerzas desde el corral. «Te mataré, canalla», me oí gritar. «Te mataré».

La rapidez de mi reacción lo sorprendió. Cayó de espaldas. Cerré las manos sobre

su garganta cuando él quiso rodar en el suelo, descargando puntapiés sobre mi cuerpo. Había aprendido del cocinero chino las artes marciales y conocía el modo de matar a un hombre. Alcé la mano rígida y la descargué sobre su tráquea. Tuvo arcadas, incapaz de gritar siquiera, buscando el aire con desesperación.

«Te mataré», dije, y en el momento mismo que lo decía comprendí que la situación me complacía. La idea de matarlo era tan grata que determinó que yo recuperase la lucidez. Me asustó la profundidad de mi odio y la fuerza de mi cólera.

Me puse a horcajadas sobre su pecho y le miré la cara morada. Y entonces desvié la mirada y vi a Maluhia parada al borde del patio, observándonos. Se llevó las manos a la cara, horrorizada cuando nuestras miradas se cruzaron, y comprendí que no podía hacerlo. Si mataba a Jack Kane sería un asesino. Y él no valía la pena.

Me puse de pie y esperé mientras él trataba de recuperar el aliento. Un momento después se sentó, y se hizo un masaje en la garganta. Me miró con malevolencia, clavándome sus ojos hinchados.

«Sí, estás mal de la cabeza», dijo con voz ronca después que me hubiese vuelto y comenzado a alejarme. «Un retrasado mental como tu podrida madre. Nadie quiere conocerte. A nadie le importa si vives o mueres». Se puso de pie y me miró arrogante con las manos sobre las caderas. «Cobarde», gritó con tono burlón. «¿Tienes miedo de terminar lo que empezaste?».

Me detuve con los puños cerrados y listos. Durante un momento casi conseguí provocarme, como en los viejos tiempos. Pero esta vez ignoré su incitación y volví al corral, monté mi caballo y me alejé al galope.

Galopé hasta el extremo noreste de la isla, obligando al caballo a desarrollar cada vez mayor velocidad, hasta el borde mismo en que el risco descendía en pico sesenta metros y se adentraba en el Pacífico rocoso.

El caballo golpeó el suelo con los cascos, gimiendo de miedo. Lo desmonté y volví los ojos hacia el océano poderoso que se abalanzaba con un ruido sordo sobre las formas irregulares, después se disolvía en una cortina de espuma y salpicaduras, mientras emergía, rodaba y chupaba pedazos de madera y resaca para llevárselos a sus profundidades infinitas. Nada de todo eso me importaba. Me dije que no tenía motivos para vivir, que cualquier cosa, incluso la nada de la muerte, era mejor que esto.

Permanecí allí largo rato, hasta que el sol comenzó a ponerse; por fin aparté los ojos de la roca y el mar hirviente y contemplé la belleza que me rodeaba, iluminada por un súbito resplandor rojo. Caí de rodillas y aullé como un animal. Por primera vez desde que tenía siete años, estaba llorando.

Esa noche dormí bajo las estrellas, en lo alto del promontorio batido por los vientos, comulgando conmigo mismo, preguntándome qué haría después. Percibía una sola respuesta: tenía que marcharme de Kalani. ¿Pero cómo? Kahanu estaba a cargo de la lancha de motor... la única embarcación que tenía proporciones suficientes para intentar el cruce hasta Maui. No podía pedirle que me ayudase

porque Archer lo descubriría, y entonces Kahanu perdería su puesto. Y sabía que la venganza de Archer lo llevaría a esforzarse para impedir que Kahanu volviese a conseguir empleo en las islas. Las embarcaciones que llevaban suministros viajaban a Kalani una vez por mes; en ocasiones una barcaza de transporte de ganado venía para llevar los animales del rancho a Big Island; pero las tripulaciones estaban formadas por hombres a sueldo de Archer y no aceptarían ayudarme a escapar, del mismo modo que no querían empuñar el cuchillo para cortarse ellos mismos la garganta.

La única solución era la pequeña embarcación con motor fuera de borda que pertenecía a Jack. Era pequeña, medía apenas menos de tres metros de longitud, con fondo plano. Estaba destinada a facilitar los desplazamientos en los bajíos y a la pesca, no a cruzar más de treinta kilómetros de aguas traicioneras, las que había en el canal entre Kalani y Maui. El canal tenía corrientes conocidas, y los vientos podían cambiar el tiempo en menos de una hora, descargando fieros chubascos y tormentas intensas. Era un riesgo, pero yo sabía que tendría que afrontarlo.

Me acosté en el suelo, mientras observaba el movimiento de las estrellas en el cielo nocturno del trópico. Venus resplandecía como un diamante; me pareció tan cercano que tuve la sensación de que podía extender la mano y atraparlo. Y, mientras las estrellas fugaces surcaban el cielo como fuegos artificiales, tracé el plan de mi fuga y me pregunté qué haría con mi nueva libertad.

Volví antes del alba con lentitud, montado en mi caballo, mientras contemplaba por última vez el paisaje que tan bien conocía. Los altos pastos estaban perlados de rocío, los pájaros comenzaban su coro matutino y mis oídos atentos de muchacho campesino escuchaban el movimiento de un millar de pequeñas criaturas. Amaba a Kalani, conocía su belleza y sabía que eso y la conciencia de la perversidad de esa región siempre serían parte de mi personalidad.

Me propuse robar envases de combustible del depósito y apilarlos entre los matorrales, detrás del muelle. La embarcación de Jack estaba encallada cerca y sería fácil cargarla bajo la protección de la oscuridad, dejando que la corriente alejase el bote hasta que se encontrase a distancia suficiente para encender el motorcito. Después, guiándome por las estrellas, tendría que confiar en mi propia habilidad y en Dios.

Limpié el sudor de mi caballo. Después, con una última y afectuosa palmada en los cuartos traseros, lo envié a galopar en dirección al establo. Miré anheloso durante un rato la figura de la yegua, saboreando la última imagen del equino, que batía el suelo con los cascos y relinchaba con el auténtico placer de la libertad. Abrigaba la esperanza de que pronto sentiría lo mismo.

Regresé a la residencia, mientras me mantenía atento a la presencia de Jack, pero apenas amanecía y no había nadie cerca, Excepto Maluhia.

Estaba en la terraza, frente a la cocina. Se encontraba agazapada en posición fetal, con las rodillas recogidas bajo el mentón. Me miró oscuramente con sus ojos dorados e inexpresivos, y observé impresionado que tenía la boca hinchada y amoratada.

«Maluhia», exclamé, arrodillándome al lado de la muchacha. «¿Qué sucedió?». Pero incluso entonces ya lo sabía.

Había observado a Jack con bastante frecuencia sentado a la mesa, bebiendo *whisky* con su padre, codiciando ese cuerpo flexible, la firmeza del busto bajo el sarong. Jack había ido a la habitación de la muchacha, y ella había rechazado sus insinuaciones. Cuando ella gritó, Jack la golpeó para silenciarla y someterla.

Esta vez supe que lo mataría. Pálido de rabia, caminé hacia la habitación de Jack, pero Maluhia gritó: «Johnny, él no vale la pena». Sollozó. «Después de todo, soy solo una mujer comprada. ¿Acaso puedo esperar otra cosa?».

Pero mi cólera se acentuó todavía más cuando escuché que ella confesaba que su persona carecía de valor. Comprendí que ella tenía más dignidad e integridad que el hombre que la había comprado. Me apoderé de un cuchillo y fui a buscar a Jack, mientras Maluhia corría en busca de Kahanu.

Encontré a Jack durmiendo en una hamaca colgada entre dos palmeras, donde el jardín descendía hacia el mar. Desenfundé el cuchillo y corté la cuerda, de modo que Jack cayó sobre el pasto. Se puso rápidamente de pie y se agazapó en actitud de boxeador. Alzó los puños, sonriente.

«Creo que descubriste que he tomado lo que siempre deseabas». Se burló, mientras describía círculos alrededor. «Qué raro, pensé que Maluhia era una figura maternal para ti. Por otra parte, no estás por encima de mirar con ojos hambrientos a tu propia madre, ¿verdad, hermano? Para que lo sepas, te diré que no valía la pena. Es un mito lo que dicen acerca de las mujeres chinas. Maluhia no es suficiente mujer para un hombre de mis apetitos y mis dimensiones, aunque estoy seguro que se adaptaría bien a un monito como tú. En cuanto a mí, prefiero siempre una mujer blanca de sangre muy caliente...».

Me abalancé sobre él con el cuchillo y lo alcancé en el hombro. Retrocedió, tropecé y casi caí. Vi que se llevaba la mano al hombro y después se miraba los dedos ensangrentados. Y en ese momento olvidó por completo la herencia y la necesidad de mantenerme vivo tres años más.

Yo intentaba desesperadamente recuperar el equilibrio cuando Jack saltó sobre mí. Me agarró la mano y me la retorció tras la espalda, hasta que yo solté el cuchillo. Se inclinó y yo intenté descargar un puntapié sobre su cuerpo, pero la cólera le había permitido alcanzar la velocidad de la luz. Se apoderó del cuchillo y me hirió. Oí un débil zumbido mientras la carne de mi mejilla se hundía hasta el hueso y pude saborear el gusto cálido y metálico de mi propia sangre.

Descargué puntapiés y luché a mi estilo oriental, pero no era rival para la estatura y el peso considerables de Jack y para el poder mismo de su cólera. Se abalanzó sobre mi cuello, el pecho y mi vientre. Utilicé los brazos para protegerme y grité no por miedo, sino por un sentimiento de cólera equivalente al suyo. No me importaba si vivía o moría. Amaba a la gentil Maluhia y deseaba ver muerto a Jack por lo que le había hecho.

Dos brazos fuertes finalmente obligaron a Jack a separarse. Kahanu lo envió al suelo de un puñetazo. Le quitó el cuchillo y se inclinó sobre él con expresión asesina.

«No, no, Kahanu», oí que gritaba Maluhia, «no merezco que te vengues de ese modo. Soy solo una *kawhaini*, una concubina».

Un estremecimiento recorrió el torso macizo de Kahanu cuando miró primero a la muchacha y después a Jack. Por fin, se acercó al borde del agua y arrojó al océano el cuchillo ensangrentado.

Jack se sentó, frotándose la mejilla y enjugándose la sangre que le cubría la cara. Estaba riéndose. «Ojalá que mueras, inmundo Monito», gritó, poniéndose de pie. «Todavía te atraparé... cuando no estés escondiéndote detrás de las faldas de Maluhia y Kahanu no esté cerca para protegerte». Continuaba riendo mientras se alejaba.

Kahanu me alzó en brazos y me llevó de regreso a los establos. Me depositó sobre la paja limpia, y Maluhia me lavó las heridas; pero yo sangraba mucho, y ella no atinaba a detener la hemorragia.

Kahanu miró preocupado a Maluhia. Sabía que yo necesitaba la ayuda de un médico. Dijo que cuando oscureciera me llevaría en bote a Maui, donde vivía su familia. El médico me curaría las heridas, y su familia me ocultaría y me cuidaría hasta que yo me sintiera mejor.

Maluhia era los ojos y los oídos de la casa; sabía todo lo que sucedía; ahora me dijo que Archer planeaba matarme cuando yo tuviese dieciocho años, para apoderarse de «mi herencia».

Yo no sabía de qué hablaba la joven. «¿Qué herencia?», pregunté, porque hasta donde yo sabía no tenía un solo penique. Maluhia meneó la cabeza; no lo sabía. Pero sabía que ya no era posible confiar en Jack; me quería muerto. *Ahora*.

«No me iré sin ti», dije con obstinación, porque comprendía que si me marchaba la dejaba a merced de Jack.

Maluhia dijo: «No eres más que un niño. Debes marcharte a Maui de inmediato. Cuando tengas bastante fuerza, tendrás que irte lejos, de modo que no te encuentren nunca». Y después puso en mi mano los ahorros de toda su vida, que alcanzaban a cuarenta dólares.

«No vuelvas nunca, Johnny», dijo, inclinándose para darme un beso de despedida.

Me dije que recordaría siempre su beso tierno y casto, el aroma de las flores que adornaban sus cabellos, la fresca suavidad de sus labios y los ojos oscuros y suaves brillantes de amor y lágrimas contenidas. Comprendí que nunca volvería a ver a Maluhia, y la angustia que sentía en el corazón era más dolorosa que mis heridas. Mientras la embarcación se apartaba del muelle para hundirse en las sombras del océano, yo estaba sentado en la popa, mirando con tristeza la isla ahora invisible, para conservarla en mi memoria.

«Vuelve al lugar de donde partiste», me exhortó Kahanu cuando el bote surcó las olas. «No digas a nadie quién eres, porque si lo haces sin duda te encontrarán.

Organiza una nueva vida para ti mismo. Estás llegando a la edad adulta, amigo mío. Los dioses están diciéndote que aproveches la oportunidad de iniciar una vida nueva».

Vi cómo el apuesto y bronceado gigante guiaba su bote a través del canal y pensé que era extraño que Jack Kane fuese quien en definitiva me había facilitado mi viaje a la libertad.

Me pregunté qué haría con semejante beneficio. No había salido de Kalani durante diez años. Nunca había visto un pueblo o una ciudad. Jamás había estado en Honolulu o Maui. Pensé con el corazón oprimido que Archer tenía razón. Era un salvaje y no sabía comportarme en una sociedad civilizada.

Miré a Maui, que estaba más allá de las olas. Tenía en el bolsillo los cuarenta dólares de Maluhia y el paquete de ropas limpias que ella me había dado. Y era libre.

Capítulo 29

Sabía que Kahanu pensaba decir a Archer que yo me había fugado en el botecito de Jack, como había sido mi intención inicial. Me explicó que hundiría el bote y diría a todos que yo me había perdido en el mar. No sé si le creyeron o no, pero nadie vino a buscarme. La familia de Kahanu me cuidó como lo habrían hecho con su propio hijo, y yo comencé a envidiar su modo de vida isleño, caracterizado por la calma, la suavidad de la existencia, en que cada día se combinaba dulcemente con el siguiente.

Eran personas felices; todavía recuerdo que se reunían en la terraza de su casita de madera, durante las veladas largas y cálidas, y saludaban a los amigos o a los vecinos que siempre se detenían a charlar o a compartir una comida. Alguien tocaba un ukelele, todos entonaban los hermosos cantos antiguos y las mujeres bailaban; incluso los ancianos aún se sentían atraídos por el ritmo y la alegría en la isla. Yo envidiaba todo eso, pero me sentía aprensivo y ansiaba continuar alejándome.

Cinco semanas después, hubo muchas despedidas; yo embarqué en un buque lento que se dirigía a Honolulu.

La isla de Maui y la familia de Kahanu habían sido una cómoda transición para mí. Los comprendía y conocía su modo de vida. Después de todo, yo me parecía a ellos más que a mi supuesta familia. Pero Honolulu era una ciudad espaciosa y poblada, de perfiles difíciles y ritmo veloz para un muchacho isleño como yo. Cuando vi el famoso apellido de Kane escrito en los depósitos y los barcos, e incluso en los anuncios callejeros, comprendí que estaba en territorio enemigo. No perdí tiempo: encontré un nombre diferente, John Jones, y conseguí empleo en la primera embarcación de transporte de ganado que encontré y que viajaba entre Honolulu y San Francisco. Aunque parezca irónico, resultó que era un buque del Rancho Kanoi; pero nadie me conocía. Después de todo, nadie había visto jamás a Johnny Leconte. Yo entendía el manejo del ganado, y eso era todo lo que interesaba a los tripulantes.

Honolulu me impresionó, pero me sentí aterrorizado en San Francisco. Nunca había visto edificios tan altos, tantos automóviles, multitud de personas, los gritos, la agitación y el ruido. Vacilaba antes de cruzar las calles, pero no sabía en qué dirección mirar. Ignoraba qué podía pedir en un café barato donde entré, o cómo pagar. La gente me miraba extrañada por la calle y tomaba nota de mis ropas de vagabundo. Avergonzado, entré en una tienda y compré dos camisas y el primer par de pantalones auténticos que llegué a poseer en este mundo. También fui a un peluquero para cortarme los cabellos y, cuando me miré en el espejo, encontré que era una persona distinta. Pero sabía que aún era un tosco muchacho del campo en la ciudad.

Conté mi dinero y descubrí que solo me quedaban cinco dólares. Tendría que conseguir empleo, pero yo solo conocía las tareas relacionadas con el ganado vacuno.

Estaba preguntándome qué podía hacer, cuando un joven que se encontraba frente a un puesto de venta de salchichas, en la calle del Mercado, decidió hablarme. Tenía puesto un elegante uniforme con una chaqueta roja bastante corta y pantalones negros; me dijo que trabajaba como botones en los grandes hoteles. Me miró de arriba a abajo con bastante cordialidad; creo que yo tenía el aspecto de un muchacho realmente necesitado, por lo cual me dijo que había un empleo disponible si me interesaba. Ahora bien, yo me había mantenido aislado en el buque carguero, intercambiando apenas unas pocas palabras con los restantes hombres, y este tipo era la primera persona real que yo conocía fuera de las islas.

Se llamaba Augustus Stevens. «Llámame Gus», dijo animosamente mientras regresábamos caminando al hotel. Era más menudo que yo e igualmente delgado. Dijo que venía de la Costa Este y que se había acercado al Oeste buscando fortuna. Tenía dieciséis años en ese momento; muchos años más tarde volvería a ver su nombre, ahora como presidente de una famosa compañía petrolera; de modo que imagino que en definitiva hizo fortuna. Pero en ese momento se debatía por sobrevivir, del mismo modo que yo, de manera que se formó entre nosotros un vínculo instantáneo.

Esa tarde me convertí en botones; tenía mi nombre, Johnny, inscrito en un distintivo abrochado en mi elegante chaqueta roja. Hacía diligencias, abría las puertas y transportaba los equipajes de uno de los hoteles de lujo de la ciudad. El sueldo básico era escaso, pero Gus había dicho que las propinas ayudaban a aumentar la suma, y tenía razón. Descubrí un cuartito barato y sin muebles en el barrio chino, y, como me dedicaba a comer sobre todo arroz y habas en los restaurantes locales, descubrí que con ese régimen podía arreglarme.

Me había acercado al barrio chino porque allí me sentía seguro. Comprendía las costumbres de los chinos mejor que las de los hombres audaces y de mirada dura con quienes trabajaba. Pero aún no había suficiente distancia entre mi persona y las islas. Sabía que Archer y Jack a menudo venían a San Francisco; estaba siempre atento, mirando por encima del hombro en las calles y manteniendo un ojo alerta en el hotel. Necesitaba poner miles de kilómetros entre los Kane y yo antes de que pudiera sentir que en realidad había escapado de ellos.

Guardaba los pocos dólares que podía con la indefinida esperanza de arreglarme para regresar a Francia y a la Villa Mimosa. Me preguntaba si la niñera Beale todavía estaba allí. Y si aún recordaba al niño a quien había dejado en Kalani todos esos años. Pero, cuando leí en los periódicos acerca de la guerra que se libraba en Europa y que Francia había sido ocupada por los alemanes, comprendí que la niñera y la villa no eran más que un sueño.

Corría el año 1941. Me había adaptado a mi trabajo en el hotel y me enorgullecía de la velocidad de mi servicio y agradecía con sonrisas cuando me daban propinas. En mis días libres exploraba la ciudad con los ojos de un hombre que por primera vez ve las pirámides. Viajaba en los tranvías y los transbordadores que me trasladaban a

través de la bahía a los bosques y las colinas. A veces, iba a un cine en compañía de Gus. Sobre todo nos agradaban los wésterns. Gozaba con las hazañas de los caballos y la acción.

Y entonces, el 7 de diciembre, los japoneses atacaron Pearl Harbor, y Estados Unidos entró en guerra. Pensé con horror en Oahu —la pacífica isla, el puerto y todos los barcos maravillosos que yo había visto y que ahora habían sido devorados por las llamas— y en la pérdida de muchas vidas. Llenos de cólera, fuimos de inmediato con Gus a alistarnos en la Armada.

«¿Qué edad tienes, muchacho?», preguntó el sargento reclutador con un guiño.

«Dieciocho, señor», repliqué con confianza, exactamente como me había instruido Gus.

«Tus sentimientos son buenos, hijo», dijo con amabilidad, «pero necesitas crecer unos cuantos años antes de que puedas ayudar a tu país».

Me sentí muy decepcionado. En el fondo de mi mente había abrigado la esperanza de que me enviaran a Europa. Gus tuvo más suerte. Su confianza de niño criado en la calle le permitió pasar y de esa oficina de reclutamiento en el puerto salió convertido en un miembro integral de la Armada de Estados Unidos.

Gus no fue el único que abandonó el hotel. Se reclutaba a los hombres y se los enviaba inmediatamente a los campos de entrenamiento; como el personal del hotel escaseaba, de pronto me vi trasladado y ascendido a camarero. Yo era bastante observador y aprendía de prisa, porque observaba a todos para ver cómo se comportaban; pero en el fondo aún no conocía las normas de la vida. Continuaba siendo el muchacho desordenado de las islas.

Pasaron dos años. San Francisco estaba poblada por un numeroso personal de la Armada; ocupaban todos los hoteles; sus novias y sus esposas acudían a la ciudad para estar cerca de los hombres. Yo tenía diecisiete años. Pensaba que solo me hacía falta un año más y podría alistarme legítimamente en la Armada. Seguía las noticias de la guerra, todavía con la imprecisa esperanza de que me enviaran al Mediterráneo. Mientras tanto, conseguí otro empleo.

El St. Francis era un gran hotel con una clientela elegante. Los hombres eran oficiales; las mujeres tenían otra categoría y eran elegantes y ricas. Una de ellas, a quien yo atendía habitualmente, tenía en el hotel una *suite* permanente. Decía que su marido, que era oficial, estaba «acuartelado» en Camp Pendleton, la base de los infantes de marina próxima a San Diego; de hecho, ella rehusaba acercarse a ese lugar.

«Está en el fin del mundo», oí que se quejaba a sus amigos, mientras bebían los acostumbrados cócteles de las seis de la tarde y comentaban los entretenimientos de la velada.

Tenía alrededor de cuarenta años, era atractiva y coqueta, con los ojos azules y la piel clara, casi traslúcida. Tenía cabellos rubios, con hilos de plata, que exhibían un corte elegante, y la boca grande y codiciosa del color del cardenal que solía sentarse

en la barandilla de la casa de Kalani cuando llegaba la noche.

Atrajo mi atención porque era bonita y siempre estaba alegre; siempre reía y bromeaba con sus amigos y los oficiales que los acompañaban. Pero había en ella cierta expresión inquieta. Advertí que sus ojos recorrían la habitación mientras hablaba y me pregunté qué estaba buscando. A veces sentía que me miraba en actitud reflexiva.

Me sonrojé cuando percibí que me juzgaba desde el otro extremo de la habitación. Yo era joven e inocente; casi nunca había hablado con una muchacha. Ahora era un sujeto alto, tenía el cuerpo musculoso; me pareció que ella se burlaba del aspecto que yo tenía con los ajustados pantalones negros y la chaqueta corta de tela roja con botones de bronce.

Observó mi cara, y yo deposité el martini sobre la mesa con cuidado, frente a ella, y me aparté de su mirada sonriente, porque sabía que yo no era precisamente apuesto. Mi cara era demasiado angosta, mis rasgos muy acentuados, y gracias a Jack una cicatriz se extendía desde el ojo izquierdo casi hasta el mentón. Pero parecía que la señora DeSoto me consideraba interesante.

«Veo que usted es un buen camarero», dijo. «Tendré que asegurarme sus servicios cuando pida que me atiendan en mi cuarto. Siempre son tan lentos, y a menudo cometen errores; alguien siempre olvida algo». Suspiró. «Ya es bastante desagradable que esté librándose una guerra, para que encima los camareros del hotel cometan sus propios errores».

Me sonrió de nuevo, y sus labios rojos se curvaron sobre los dientes blancos, hermosos y parejos. Pensé, aturdido: *como perlas*.

«Gracias, Johnny», dijo, y me dio una propina generosa, además de una mirada íntima que provocó de nuevo mi sonrojo.

Después de este episodio, a menudo la serví en el bar; siempre me daba propinas generosas, siempre me mostraba esa sonrisa y permitía que su mano tocara la mía mientras ponía un dólar en la palma de mi mano, con un gesto que originaba en mi cuerpo un incómodo escalofrío.

Pocas semanas después, tuve que encargarme de la atención de las habitaciones. Era más de medianoche. A nadie le agradaba ese turno, porque tenía que hacerse cargo de todos los borrachos, pero como yo era el más joven a menudo terminaba asumiendo la tarea. La señora DeSoto llamó desde su habitación. Quería que le llevaran una botella de *gin*, otra de *vermouth* y hielo.

«Me alegro de que tú me atiendas, Johnny», dijo, mientras abría bruscamente la puerta y me sonreía.

Pasé frente a ella y deposité la bandeja sobre la mesita. La miré. Se había puesto un largo vestido de noche rojo que se sujetaba en la cadera y un colgante de rubíes y diamantes en el escote, exactamente encima de la curva blanca de los pechos.

«Abre las botellas, ¿quieres, Johnny?», dijo, y se sentó en el sofá. «Y después sírveme una copa. Espera, será mejor que te enseñe con exactitud cómo me gusta».

Me miró con los ojos entrecerrados y me dirigió de nuevo esa sonrisa que yo conocía muy bien. «Así lo sabrás la próxima vez».

La luz de una lámpara iluminaba el cuarto y se olía al perfume que ella desprendía, una fragancia densa y almizclada. Le entregué la bebida con una mano temblorosa, ella se inclinó hacia mí y acercó la copa a mis labios. «Pruébala, Johnny», murmuró. «Así sabrás exactamente cómo me gusta».

Bebí un trago discreto, y el alcohol quemó el fondo de mi garganta. Comencé a toser, y ella permaneció de pie, con las manos en las caderas, riéndose de mí. «Apuesto a que antes no habías probado nunca una copa», dijo. Se sentó de nuevo en el sofá y sacudió el almohadón que tenía al lado. «Ven a sentarte aquí, Johnny, y dime qué otras cosas nunca hiciste. Así sabré por dónde debo comenzar a enseñarte».

Me senté a su lado, hipnotizado por sus ojos azules avispados y su boca roja tan sensual. «Mírate», dijo la mujer, deslizando un dedo sobre la cicatriz que tenía en la cara. «Eres como un potrillo joven, que va camino de convertirse en corcel». Me dirigió de nuevo esa sonrisa especial, y yo sentí deseos de abrazarla, de besarla. «Un joven inocente tan atractivo», dijo pensativa, llevando de nuevo la copa a mis labios.

Se puso de pie y depositó un disco en la gramola. Era Glenn Miller tocando «Serenata a la luz de la luna». Tragué el martini y miré mientras ella se balanceaba a través de la habitación al compás de la música.

«Es mi favorita», dijo cuando terminó. Se quitó la redecilla que le cubría los cabellos y estiró los brazos con languidez sobre su propia cabeza. «¿Te agrada, Johnny?», preguntó, mientras preparaba dos martinis más.

«Por supuesto», murmuré, contemplando cómo balanceaba las caderas mientras se deslizaba sobre el piso y volvía a poner el disco. Se volvió y me miró. Después bebió el martini y arrojó la copa al hogar. Y comenzó a bailar otra vez. Pero ahora comenzó a desabrochar el vestido, balanceándose cada vez más cerca de mí, hasta que se detuvo a pocos centímetros. Y entonces dejó caer al suelo el vestido.

Era una especie de rubia con ropa interior de satén rojo y tacones altos; yo me sentí perdido. Se sentó al lado y comenzó a quitarme lentamente las ropas, todo excepto la corbata. «Ahora ¿qué haremos con esto? Me agradaría saberlo», dijo, mientras me atraía juguetona hacia ella. Olía al perfume denso, al *gin* y a su propia carne, y yo me hundía en el aroma de su cuerpo, la suavidad de sus curvas, la mera y sensual femineidad de su persona. No podía esperar.

La primera vez me apresuré demasiado, pero después ella me enseñó el modo de tener cierto control, me mostró cómo debía hacer el amor a una mujer. «Johnny, aprendes de prisa», me dijo. «Te recordaré. Excepto que todavía no conozco tu nombre completo».

Y, con mis sentidos enturbiados por el alcohol, el perfume y el sexo, balbuceé mi verdadero nombre: «Johnny Leconte».

Me miró con ojos muy grandes durante un momento largo. Después echó hacia atrás la cabeza y rio; su garganta larga y blanca pareció estremecerse. La miré

desconcertado.

«¡Qué divertido es esto!», exclamó por fin. «Demasiado bueno para ser mera coincidencia. Quiero decir... ¿con cuánta frecuencia oyes el nombre de Leconte? Sabía que Archer Kane había cambiado de nombre cuando se casó con la francesa y que tenía un hijo. Eres tú, ¿verdad? ¿Johnny Leconte?».

Sentí el corazón oprimido cuando la miré fijamente; aún no entendía. «Por supuesto», exclamó la mujer, todavía riendo, «tú no sabes quién soy. Bien, mi querido y joven potrillo, soy Chantal O'Higgins. La segunda esposa de Archer. La madre de su maldito hijo Jack».

Recogí mis ropas con la mayor rapidez posible y corrí hacia la puerta, sin atreverme a mirar a la mujer. Ella continuaba riendo, como si se tratase de la broma más divertida del mundo.

Me fui del hotel esa misma noche y la mañana siguiente falsifiqué mi edad y conseguí alistarme en la Armada. Pero fuera como fuese sabía que un día ese fatídico encuentro con Chantal O'Higgins DeSoto volvería para obligarme a rendir cuentas.

Capítulo 30

Aprendí mucho en la Marina norteamericana, pero mi educación tuvo que ver más con los hombres, la guerra, y con la vida y la muerte, que con los conocimientos librescos. Presté servicios un año y medio en un destructor, sobre todo en el Pacífico Sur. Muy a mi pesar, tuve que renunciar a mi sueño de viajar al Mediterráneo.

Para mí no era difícil adaptarme a las condiciones de la guerra. Después de todo, había pasado la mayor parte de mi vida en estado de sitio. Ya tenía ese sexto sentido especial que me advertía del peligro; mis años de formación en Hawái también me habían moldeado como un marino. Estaba acostumbrado al océano y a sus formas de vida.

Eso no significa que nunca tuviese miedo. Habría sido un tonto si no lo hubiese sentido. Siempre que manejaba el cañón en mi torreón y me enfrentaba al enemigo que estaba a pocos metros, sentía en la boca el viejo y metálico sabor del miedo. La guerra era una actividad amarga e implacable, pero como recompensa tenía la camaradería de los restantes marineros, mis colegas de armas. Aprendí al fin el modo de convivir con mis semejantes, de aceptar la amistad y ofrecerla a cambio. Por fin llegué a ser un individuo civilizado, ya que no era un hombre de mundo. Dudaba de que jamás llegara a elevarme a esa categoría los psicólogos dicen que la personalidad de un individuo se forma en los años anteriores a la pubertad, y la mía fue un período marcado por los combates.

De todos modos, a pesar de vivir las situaciones límites de la guerra, esquivando los torpedos y los aviones suicidas en las incursiones de bombardeo, me sentía casi feliz. Al fin había puesto el número adecuado de kilómetros entre mi persona y los Kane. Mi decimoctavo cumpleaños llegó y se fue, y comprendí que, si en ese momento hubiera estado en Kalani, ya habría sufrido el «accidente fatal» planeado para mí. La muerte al servicio de mi país era preferible; por lo menos sería un gesto honroso.

Me sentía tentado de continuar en la Armada y seguir una carrera naval, cuando la guerra terminó en 1945; pero carecía de la educación necesaria para ser oficial, y mis perspectivas eran limitadas. Además, sentía de nuevo mi antigua ansia de pintar. Me había dedicado a crear bocetos de los marineros, cuando jugaban a las cartas en paños menores y con cascos de acero o se desplomaban exhaustos en sus camastros, después de una larga noche de vigilia, o leían la correspondencia que les llegaba del hogar; yo percibía la expresión anhelosa en sus ojos, cuando pensaban en sus esposas y sus hijos. Alcancé a crear de memoria bocetos que representaban escenas de combate de los buques de guerra disparándose con los cañones mutuamente, escenas de fuego y destrucción, los cuerpos sangrientos y destrozados. Y reproducía los convoyes deslizándose silenciosos en el horizonte, mientras nosotros, los vigías del

Pacífico Sur, observábamos todo.

El capitán vio mis bocetos. Los elogió y los colgó en el salón. Cuando la prolongada guerra finalmente terminó, presentó algunos al jefe de operaciones navales. Pusieron marco a unos pocos y los llevaron a los pasillos del ministerio en Washington.

Me entristecí el día que recuperé la libertad por segunda vez en mi vida. La Armada de Estados Unidos me había aceptado cuando era un muchacho tosco, y me había convertido en hombre. También extrañaba la camaradería y la disciplina. Ahora de nuevo tendría que pensar con mi propia cabeza.

Solo estaba seguro de una cosa: quería pintar. Había conseguido ahorrar bastante dinero; además recibíamos una suma global para facilitar nuestra reincorporación en la vida civil; pero sabía que ese dinero no me duraría mucho tiempo, y que tampoco podría regresar a la Costa Occidental o a Hawái.

Mi vida consistía en una serie de trabajos ocasionales. Durante el verano estuve empleado como camarero en los lugares de veraneo de las montañas del Este, y así obtenía dinero suficiente para pasar los inviernos pintando. No tenía idea de que mi arte fuese «bueno». Era simplemente algo que me sentía obligado a hacer, la única fuerza impulsora de mi vida.

Tuve amantes durante ese tiempo, muchachas bonitas y tiernas, casi todas modelos que se sentían atraídas por el joven y romántico artista que vivía en su fría «torre» (en realidad, el desván de una ferretería, de una pequeña ciudad de la costa de Maine). Me enamoraba y desenamoraba al compás de las estaciones, pero mis únicos amores verdaderos eran el mar y mi arte.

Los años pasaron con lentitud, como sucede cuando uno es joven. A veces vendía un cuadro, pero me dolía profundamente desprenderme de mis obras. Deseaba conservarlas todas, porque eran mis recuerdos de la gente que yo conocía, de los lugares en que había estado, de las jóvenes a quienes había amado. Como siempre, pintaba mi propia vida. Pero jamás pinté escenas de Kalani o de nada que tuviese que ver con mi niñez. Acechaban en el fondo de mi mente, como un torpedo en reserva.

Hacia principios de los años 50 mis cuadros comenzaron a llamar la atención. Me propusieron realizar una exposición en una pequeña y exclusiva galería neoyorquina; yo revisé cuidadosamente mis lienzos, separándome de mala gana de los que consideraba mejores. Compré un traje nuevo para la ocasión y me afeité la barba invernal. Me sentía tonto y fuera de lugar cuando estaba de pie en la galería, mientras sostenía una copa de champaña y escuchaba con discreción los comentarios de los visitantes. Me sorprendió que la mayoría fuesen elogiosos y que pronto una serie de pequeños rótulos rojos adornasen mis obras. La exposición fue un éxito discreto, pero por lo menos ahora era un artista que había vendido obras suyas en una exposición. Sobre esa base, un hombre poderoso y rico me encomendó que pintase un retrato de su esposa.

La mujer era fea, pero tenía rasgos acentuados que le conferían mucha dignidad.

Se había casado con su marido cuando tenía dieciocho años y había permanecido con él afrontando privaciones a veces muy duras, viviendo en apartamentos de Long Island y en casas de huéspedes de Nueva Jersey, hasta que él por fin tuvo éxito en los negocios de seguros de vida. A las fusiones entre compañías siguieron las adquisiciones y en el curso de los años él se convirtió en un financiero famoso aunque de reputación un tanto dudosa, además de ser multimillonario. Y ahora vivía como un rey. Se le veía en todas las funciones de beneficencia y en las cenas más elegantes y era íntimo amigo de los que ocupaban puestos encumbrados en Washington.

Pero nunca la gente veía con él a su esposa. A veces, su hija lo acompañaba, pero con más frecuencia aparecía con una rubia deslumbrante, que tenía menos de la mitad de la edad del hombre, vestida con refinada elegancia.

Sabía que el retrato era un ardid de su parte para conseguir que su esposa supusiera que él todavía se preocupaba por ella. *Y para mantenerla callada.* Fue lo que pensé desde la primera vez que nos encontramos. También conocía la razón por la cual me había elegido, porque como artista era más barato que las figuras más conocidas, y creía que su esposa no advertiría la diferencia.

Ella era una mujer tierna, con un tipo de encanto que se caracterizaba por la suavidad, una auténtica bondad del corazón que rehusaba, a pesar de todas las indicaciones de la realidad, a pensar mal de nadie. Me agradó y puse en el retrato todo lo que podía ser.

La presenté vestida con un terciopelo verde, como una princesa medieval con los cabellos recogidos, destacando sus pómulos dramáticos sobre la nariz de Nefertiti. La adorné con oro y esmeraldas, y ella levantó orgullosa el mentón, mostrándose alta y erguida como una mujer que se aprecia por encima de todo. En esa pose arrogante se destacaban los maravillosos ojos negros, impregnados de un calor y una inocencia que no es frecuente encontrar. Ese retrato se convirtió en la piedra angular de mi éxito, aunque en el fondo yo nunca fui retratista. Prestaron la obra a varios museos, y comenzó a difundirse el nombre de John L. Jones. Incluso leí artículos acerca de mi persona en los diarios y en la revista Time. Recibí más encargos, pero por el momento los rechacé, porque finalmente disponía de bastante dinero para viajar a Europa.

Crucé el Atlántico en barco, como había venido, solo que esta vez tenía un camarote decente de segunda clase. Aún no podía darme el lujo de viajar en primera, pero eso no importaba. Volvía a casa. Me retrasé en París, postergando el momento feliz de mi regreso y absorbiendo todo lo que la guerra no había destruido. Vi los museos y los cuadros y bebí vino tinto en los cafés de los bulevares, mientras veía pasar el mundo.

Cuando por fin abordé el coche-cama que se dirigía al Sur, fui como un amante que ha sido mantenido a distancia bastante tiempo por su *amoureux*.

Aunque no podía recordar el lugar con exactitud, la Costa Azul, en cierto modo y

como respondiendo a cierta magia, era lo que yo siempre había imaginado: el modo en que la luz iluminaba las colinas verdes, las playas de arena blanca, los pinos frondosos y los altos cedros apuntando las agujas a un cielo vívidamente azul. Pero solo cuando vi el Mediterráneo comprendí el auténtico significado de la palabra «azul». Estaba temblando de placer. Era el sueño de un artista, y la luz representaba una inspiración.

Me alojé en un pequeño albergue de la costa, administrado por una pareja de sólidas campesinas, madre e hija. El padre era pescador y salía con sus redes de noche y regresaba al alba con muestras de lo capturado, las mismas que después adornarían nuestras comidas. Formaban una familia encantadora, sencilla y cortés con el extranjero que vivía en la casa, mostrándose intrigados cuando vieron mi caballete y comprendieron que yo era un artista que deseaba pintarlos. Yo estaba transportado ante ese modo de vida, ante la frescura y la belleza todavía intactas que expresaban, ante la calidad de la comida y el vino y el ritmo lento que pertenecía al clima del Mediterráneo.

Pero, después de haber llegado, retrasé nerviosamente mi investigación del pasado. Me dije que era porque deseaba pintar, pero la verdad era que, ahora que estaba allí, temía lo que podía descubrir. Temía que la niñera Beale estuviese muerta, quizá porque hubiese perecido durante la guerra, o tal vez hubiese regresado a Inglaterra. Temía que la Villa Mimosa perteneciese a otra persona y que me prohibiesen visitarla; que mis sueños tuviesen que continuar siendo nada más que sueños. Sobre todo, temía encontrarme allí a Jack y a Archer Kane, instalados en mi antiguo hogar.

Pero necesitaba hacerlo. Tenía que descubrir cuál era mi pasado. Tenía que saber de la niñera Beale y conocer la verdad acerca de mi madre.

Por supuesto, descubrí inmediatamente la Villa Mimosa, del mismo modo que un gato recogido y soltado a centenares de kilómetros de distancia puede encontrar el camino de regreso al hogar. Montado en una bicicleta recorrí el camino arenoso que trepaba la colina y pasaba frente a la derruida pared de estuco rosa, media escondida bajo su carga de buganvillas y rosas. El corazón me latía como si hubiera sido el de un competidor en la Vuelta de Francia cuando apoyé mi bicicleta en el muro y toqué el timbre, espionando a través de los portones de hierro oxidado, al comienzo del sendero cubierto de grava.

El *gardien*, un hombre agradable con un mono azul, que también era el jardinero, contestó mi llamada y me dijo que allí no vivía nadie.

«Conocía a alguien que vivía aquí», le dije, tratando de que me suministrara datos. «La familia Leconte».

Se le iluminó la cara, y advertí que estaba complacido de oír que alguien mencionaba de nuevo el nombre.

«Hace mucho que se marcharon, *monsieur*», me dijo. «*Madame* falleció, y el marido, el extranjero, y el hijo viven muy lejos, en una isla tropical. Oí decir que

regresaron una vez, después de la guerra, para reclamar la fortuna del muchacho, pero nunca se acercaron aquí a ver la villa. El antiguo hogar del muchacho, *monsieur*. El lugar donde nació. A *madame* Leconte se le habría destrozado el corazón de saber que su hijo tenía tan escaso interés por el lugar que ella amó profundamente».

Comprendí que Maluhia había acertado. Allí había una herencia y, en definitiva, los Kane se la habían apropiado. Imaginé que Jack se había presentado personificándome, fingiendo que era Jack Leconte y reclamando mi fortuna. Me encogí de hombros. No me importaba en lo más mínimo el dinero. Yo estaba vivo y era libre, y a mi propio modo me sentía feliz. No deseaba nada más.

El *gardien* percibió mi interés en la casa y ofreció mostrármela. Mientras caminábamos sobre el sendero cubierto de grava y yo comenzaba a mirar la hermosa villa pintada de rosa, recordé vívidamente el día en que mi padre fue a buscarme. Recordé que yo era un niño pequeño sentado en los peldaños de mármol, que me parecían muy fríos cuando los tocaba con las piernas desnudas, y que el sol de la mañana me acariciaba el rostro y sostenía en brazos a mi amado Fido. Y sentí de nuevo el terror cuando los ojos de mi padre se clavaron en mí con total indiferencia, y dijo: «Preparen su equipaje. Lo llevo conmigo». Entonces recordé la nube oscura que se cernió sobre mi cabeza, interrumpiendo para siempre la luz del sol.

Conocía la villa. Recordaba todos sus detalles, los suelos de mármol, la gran escalera curva con la balaustrada de madera de koa que Archer había instalado, como regalo a mi madre cuando se casaron. Vacilé al llegar a la puerta de mi antiguo cuarto y contemplé la habitación vacía que había sido el dominio de la niñera.

El antiguo hogar aún tenía el guardafuegos de bronce y enfrente el asiento de cuero, pero la mecedora de respaldo alto había desaparecido y los grandes armarios destinados a los juguetes estaban vacíos. Abrí la puerta de mi dormitorio y vi la camita de madera de cerezo, mis iniciales, J. L., que yo había dibujado con un alfiler. Pasé los dedos sobre el lugar y recordé que la niñera se había enfurecido cuando vio lo que yo había hecho.

Recorrí con lentitud las habitaciones vacías de mi madre, imaginándola mientras miraba por la ventana los jardines, la fuente que derramaba las aguas iluminadas por el sol y después los cipreses que llegaban hasta el mar. Pensé que la despertaba el gorjeo melodioso de los alegres y pequeños canarios y las aves de la pajarera plateada, la cual según me dijo el *gardien* había sido destruida por una tormenta hacía mucho tiempo.

Permanecí de pie junto a su ventana, deseando haberla conocido y pensando que la Villa Mimosa era la herencia a la cual yo tenía derecho. Podía reclamar la restitución de mi fortuna; podía vivir aquí, en esta casa maravillosa, sentirme libre para pintar, sabiendo que nunca necesitaría pasar otro verano en las Montañas Catskill. Pero también sabía que no lo haría.

Agradecí su cortesía al *gardien* y le pregunté vacilante por la niñera Beale. Temí lo peor, recordando que ya debía ser muy anciana y esperando que el hombre me

dijese que no sabía nada o que había regresado a Inglaterra para morir allí. En cambio, me informó que vivía en una pequeña casa de campo al pie de la colina.

«Vivió allí durante toda la guerra», me dijo con orgullo, «aunque muchas veces los alemanes amenazaron apresarla porque era inglesa y sospechaban que se dedicaba al espionaje». Esbozó un gesto francés de despreocupación y dijo: «Aquí todos participábamos más o menos en la Resistencia y orientábamos a los prisioneros fugados y a los aviadores ingleses a lo largo de la costa, con el fin de que llegasen a España y después a Portugal. Nuestros botecitos no se limitaban a atrapar pescados en esos años terribles», agregó con una sonrisa astuta.

Fui en mi bicicleta hasta el pie de la colina y seguí un sendero cubierto de arena blanca que rodeaba la pequeña península hasta el lugar donde se levantaban unas cuantas casas dispersas. Sabía cuál tenía que ser la de la señora Beale: un lugar minúsculo y pintado de blanco, con un hilo de humo que salía por la chimenea, a pesar de que el día era cálido. El jardín era un frenesí de rosas inglesas, grandes margaritas blancas y flores de lavanda. Y allí, inclinada sobre las plantas, tocada con un ancho sombrero de paja y calzada con zapatos de lazo muy cómodos, estaba una anciana dama.

Mi corazón se sintió oprimido cuando me apoyé en el portón de entrada y la miré. Estaba completamente concentrada en su tarea de cortar las mejores flores, depositándolas en el cesto de madera que tenía al lado. Su espalda estaba encorvada, y advertí que la artritis le había retorcido las manos confiriéndole formas grotescas. Me impresionó ver qué minúsculo era su cuerpo, cuando en mis recuerdos infantiles era una mujer alta y majestuosa.

Levantó la cabeza, repentinamente consciente de mi presencia. Nuestras miradas se encontraron y fue como si el tiempo se hubiese detenido. Cada uno de nosotros vio a la persona que ahora existía y a la que había sido. Percibí la cara de rasgos acentuados que estaba indeleblemente impresa en mis recuerdos, arrugada ahora y cruzada por una red de finas líneas, por las señales del dolor provocado por la artritis que la torturaba, y los ojos descoloridos y pacientes me dijeron que ella soportaba el sufrimiento con su antigua fortaleza de carácter.

Y ella vio al niño a quien conocía y lo reconoció en el hombre alto y joven, un ser que ya no era en absoluto frágil, con sus miembros delgados fortalecidos por nuevos músculos y una cara que finalmente había definido sus propios rasgos. Después me dijo orgullosa que era la cara de un hombre que parecía interesante. No era un hombre apuesto, pero era una cara que nadie olvidaría. Sobre todo por esa cicatriz de aspecto maligno que me cruzaba la mejilla.

«No has cambiado mucho, Johnny», dijo en voz baja, y sus ojos me sonrieron. «Todavía te reconozco».

«Y yo a ti, niñera Beale».

Entré en el jardín y la abracé. Las lágrimas descendían por las mejillas de los dos, pero yo percibí su fragilidad y comprendí que ahora era el individuo más fuerte.

«Creí que habías muerto», murmuró con su voz temblando de emoción. «Después me dijeron que habías regresado a reclamar tu herencia. Afirmé que no podías ser tú, porque habrías venido a la Villa Mimosa y me habrías encontrado. Todos estos años pensé en ti y todas las noches recé rogando que Dios preservara tu seguridad. Y cada cumpleaños que pasaba me preguntaba si aún estabas en este mundo, porque sabía que el hombre que te llevó era perverso y capaz de cualquier maldad».

La tomé del brazo y los dos entramos; ella me sonrió a través de sus lágrimas. «Apuesto a que jamás pensaste que verías llorar a tu vieja niñera», dijo, «pero estas son lágrimas de alegría».

Se atareó preparando el té, y los dos nos sentamos junto al fuego, ella en su mecedora y yo en una silla de respaldo recto, manteniendo en equilibrio los platitos sobre nuestras rodillas. Teníamos servilletas almidonadas de damasco blanco y torta de jengibre que ella había retirado de la despensa; pero estábamos muy atareados conversando y renovando nuestro afecto mutuo para comer la torta. La niñera Beale sirvió té de una antigua tetera marrón, aunque advertí que ella se veía obligada a usar las dos manos para alzar el recipiente y que la taza se movía con mucho ruido cuando me la pasó.

Yo había vuelto al hogar, y ahora suspiré conmovido por el profundo sentimiento de felicidad. Contemplé la habitación y vi las cosas de la niñera Beale exactamente como las recordaba; entonces dije: «Jamás volveré a separarme de ti, niñera. Ahora estoy aquí, y te cuidaré».

Le hable con brevedad de mis años en Kalani y mi vida ulterior. No deseaba inquietarla y dije que era feliz con la vida que llevaba.

«Pero tienes que luchar por lo que es tuyo, Johnny», dijo, mientras me miraba preocupada por encima del marco de sus gafas. «Cuando supe que Archer Kane había estado aquí con su supuesto "hijo", fui a los *notaires* y declaré que no podías ser tú. Describieron al hombre que afirmaba ser Jean Leconte y dijeron que era alto, rubio, de ojos azules, un joven gigante. Les expliqué que tenías los ojos y los cabellos negros, como tu madre, pero dijeron que el tiempo cambia a una persona. Por supuesto, sabía que se equivocaban. Imaginé que se trataba de Jack Kane. Y entonces, Johnny, desaparecieron todas mis esperanzas de que vivieses. Tuve la certeza de que también a ti te habían asesinado».

«¿También?», pregunté, desconcertado.

Y entonces me habló de mi madre.

La taza de té de nuevo chocó ruidosamente sobre el platito, pero esta vez la causa era mi mano la que temblaba.

La niñera me entregó la carta que me escribió mi madre antes de morir, y la leí en silencio. Pensé en el dolor que había soportado mi madre desconocida: la muchacha rica pero fea que finalmente se veía obligada a reconocer su falta de belleza; la soledad que le había impuesto su padre se había acentuado en el aislamiento, después de que él murió; y finalmente la pobre *célibataire* que vivía en solitario esplendor en

esa Villa Mimosa se había enamorado perdidamente de un hombre que según ella creía la veía como era realmente, con la belleza interior que poseía.

Pero Archer Kane nunca vio la belleza de la naturaleza de mi madre; nunca se preocupó por su alma. Todo lo que deseaba era su dinero, y ahora lo tenía.

«Debes luchar por lo que te pertenece», repitió la niñera con firmeza. «Diles lo que sucedió, reclama tu herencia».

Moví la cabeza en un gesto de dolorosa resignación. La fortuna de mi madre había ensombrecido mi vida. Prefería ser pobre, libre y feliz.

«Pero cuando te cases», me exhortó la niñera, «¿qué harás? No puedes negar a tus hijos el derecho a reclamar la fortuna de su abuela. Es lo que ella deseaba. Los Kane la robaron, del mismo modo que te robaron tu infancia».

Me mantuve inflexible en mi postura: no deseaba el dinero. Le dije que lo único que quería hacer era pintar y que ahora creía haber hallado mi hogar espiritual. Cuando al fin percibió que yo no cambiaría de actitud, me convenció de que redactase mi historia «para la generación siguiente». Dijo que la uniría a mi certificado de nacimiento y a su propio «documento», donde relataba la historia según ella la conocía, junto a la carta de mi madre, y depositaría todo en una caja de seguridad del banco. Pondría la llave de la caja en el cajón de su escritorio y una copia del documento bajo el colchón, para mayor seguridad, ante la posibilidad de que deseara agregarle algo. Y después, según dijo, por fin se sentiría satisfecha.

Flora Beale había cumplido la promesa que formuló a Marie-Antoinette Leconte. Había hecho todo lo posible para proteger al hijo y también a su futuro nieto. «Cuando tengan edad suficiente», me dijo satisfecha, «determinarán su propia actitud».

¿Y yo? Yo también me decidí, y por eso mismo me siento más feliz. No deseo apoderarme de la Villa Mimosa, con todos sus tristes recuerdos, aunque probablemente es el lugar que más ame en el mundo. No necesito la fortuna de mi querida madre, porque he visto de qué modo el dinero y la codicia pueden destruir a un hombre y he aprendido a vivir en las condiciones que yo mismo he creado. Tengo mi pintura, he regresado a mi patria y encontrado a mi antigua preceptora y amiga Flora Beale, y un hombre no puede desear más que eso. Por fin, soy feliz.

Capítulo 31

Bea todavía continuaba en el sofá tapizado de verde que estaba en la terraza, cuando amaneció la mañana siguiente. Apretó contra su pecho los papeles que relataban la historia de Johnny Leconte; vio el fulgor del sol naciente que se extendía en el cielo y convertía el Mediterráneo en un lago de oro luminoso.

Rechazó el entumecimiento de su cuerpo y de la terraza pasó al vestíbulo. Permaneció de pie, mirando el lugar, al pie de la escalera, donde habían encontrado el cuerpo de Marie-Antoinette Leconte, y deslizó la mano sobre la pulida balaustrada de madera de koa, como sin duda Marie-Antoinette había hecho muchas veces.

—Lo siento mucho —murmuró—. Lamento lo que sucedió y lamento no haberte conocido jamás.

Fue a su habitación y llamó a Nick. Le dijo que había leído el relato de Johnny Leconte y le pidió que viniese de inmediato.

Bea esperaba en los peldaños cuando él llegó con su automóvil, media hora más tarde.

Se sentaron juntos, sobre los peldaños de mármol.

—Exactamente como solía hacerlo Johnny —dijo ella con una triste semisonrisa—. Por supuesto, él fue quien me relató la historia que ahora recuerdo tan bien. No puedo concebir cómo es posible que la haya olvidado. Era un narrador tan eficaz, y el modo en que escribió es exactamente como otras veces me lo dijo. Lo recuerdo todo y continuaré donde él se interrumpió.

»Me dijo que en 1954 alquiló una casita de piedra en St. Paul-de-Vence, una minúscula aldea enclavada en la colina detrás de la costa. Afirmó que era un enclave poblado por artistas, escritores y músicos, almas hermanas que se reunían en los cafés de la plaza por las noches, para compartir una comida y un vaso de vino, y a veces una partida de naipes. Las aldeas de la colina todavía eran lo que habían sido durante siglos, con las mismas familias y el mismo modo de vida sencillo. Dijo que era como retroceder en el tiempo a una época más inocente.

»Me relató que por fin se había deshecho del pasado y que ahora pintaba con una libertad diferente. Pintó un centenar de cuadros con la figura de la niñera Beale, inclinada sobre sus rosas en el jardín, sirviendo té de su vieja tetera marrón, dormitando en las terrazas sombreadas por las parras. Recuerdo que me mostraba los cuadros y me explicaba que no eran precisamente retratos; nunca constituían reproducciones fotográficas de un conjunto de rasgos. Tenían un sutil matiz de sueño, y, como había dicho cierta vez Maluhia, reflejaban la persona que la niñera Beale era en su propio corazón.

»Me mostraba los cuadros de las aldeanas con sus caras arrugadas y curtidas por las inclemencias del tiempo, los ojos de mirada aguda entrecerrados para defenderlos

de la luz demasiado intensa, con las mantillas negras que les cubrían los cabellos, los delantales blancos sobre sus vestidos negros y sus grandes pies de mujeres campesinas metidos en los toscos zapatos negros. En cierto modo, con la magia de su pincel reflejaba la suave inocencia de los hijos y las espaldas encorvadas de los hombres que habían trabajado medio siglo en los campos. Pintaba al propietario del café, su corpachón apoyado en el mostrador de cinc, los ojos de mirada aguda explorando constantemente cada mesa, mientras evaluaba quién había pagado y quién no. Pintó al sacerdote sentado en una vieja silla recta de madera, frente a la pequeña iglesia blanca. Tenía los brazos cruzados sobre el amplio estómago, las piernas extendidas, el sombrero inclinado sobre los ojos y la sotana negra agitándose movida por el mistral, mientras dormitaba.

»Y también pintó una docena de cuadros con la figura de Maluhia. Su paleta cromática se alejaba de los tonos claros y luminosos de la Riviera, y sus cuadros se convertían en obras más soñadoras, más exóticas, en las cuales los perfiles de la forma y la estructura quedaban medio ocultos bajo un velo de color; Maluhia se peinaba los largos cabellos negros, como una cubierta de seda que le ocultaba la cara, con el collar de flores alrededor del cuello, cubriéndole el busto, el mero atisbo de una imagen. Pintaba a la muchacha esbelta y desnuda nadando en un océano cristalino, tan cómoda en su ambiente acuático como los peces de colores que él recordaba muy bien.

Bea miró a Nick y él asintió. Conocía esos cuadros; todos los habían visto. Se exponían en algunos de los museos y galerías más famosos del mundo.

—Volcó su corazón en esos cuadros de Maluhia —dijo en voz baja Bea—. Me dijo que jamás la olvidaría. Afirmó que el amor de la joven había convertido su vida en Kalani en una experiencia tolerable, y que él se preguntaba si alguna vez volvería a amar del mismo modo.

»Y un día, conoció a Sévérine Jadot. Ella había venido de visita desde París, donde vivía con su madre. Él estaba dibujando a los aldeanos en sus partidas vespertinas de naipes, y ella se detuvo para admirar el trabajo. Era alta como él, tenía llameantes cabellos rojos, una cara de expresión atrevida, salpicada de pecas, y expresivos ojos verdes. Él la siguió al interior del café, y comenzaron a hablar.

Bea sonrió al recordar esa reunión inicial, y los imaginó jóvenes y apasionados.

—Se enamoraron —dijo en voz baja a Nick—, y, en lugar de regresar a París, Sévérine fue a vivir con él. Johnny estaba loco por la joven y por supuesto la llevó a conocer a la niñera Beale.

»Me relató que la anciana dama adoptó su expresión más altiva, porque en su opinión ninguna mujer era bastante buena para su Johnny. Les sirvió té y torta, y Johnny comprendió que estaba observando los modales de Sévérine, evaluando su educación; pero Sévérine era el modelo de la cortesía francesa, *de bon genre*. Ni siquiera la niñera Beale pudo encontrarle defectos para criticar.

«Cásate con ella», murmuró a Johnny cuando ya se retiraban, «Será lo mejor que

hayas hecho jamás».

»Johnny dijo que él se limitó a reír, pero sabía que ella tenía razón; de todos modos ya había pedido la mano a Sévérine. La niñera fue testigo de la boda, un mes más tarde. La ceremonia fue presidida por el mismo cura de aldea cuyo retrato él había pintado en la misma y sencilla iglesia de aldea. Se celebró la fiesta de la boda en el café; vinieron todos los habitantes del lugar, así como los restantes artistas y los escritores y los músicos. Johnny dijo que se hizo música y se bailó hasta entrada la noche y que fue la fiesta más agradable que jamás había visto.

»Era a principios de los años sesenta. Creo que él tenía poco más de cuarenta años, y Sévérine estaba al final de la veintena. Vivieron una vida sencilla en la casita de piedra de St. Paul-de-Vence, pero las cosas estaban cambiando en la Riviera. Prevalecía un nuevo tipo de refinamiento; los turistas estaban comenzando a infiltrarse en su baluarte.

»Pero la niñera Beale no vivió para ver esos cambios. Una noche de primavera estaba leyendo un pasaje de Charles Dickens, su escritor favorito. Depositó los lentes en el libro abierto, como hacía siempre, para marcar el lugar. Después se adormeció y pasó pacíficamente al otro mundo.

»Por eso su casa de campo tiene el aspecto que vimos. Johnny dijo que debía recordarse no solo a los ricos y los famosos. Quería mantener el lugar exactamente como ella lo había dejado. Afirmó que sería como un museo destinado a conmemorar la vida generosa de Flora Beale, siempre al servicio de otros, su dignidad, su sencillez y su bondad.

»Después de que ella falleciera, él y Sévérine se trasladaron a una casa más alejada, en las colinas de Provenza. Compraron una antigua granja cerca de Bonnieux, un lugar desde el cual se dominaban los campos de lavandas y amapolas. Él deseaba únicamente pintar; no tenía cabeza para los negocios ni tiempo para los comerciantes de arte. Si hubiese sido por él, jamás se habría alejado de su casa más allá de Aviñón o Aix. De modo que Sévérine era quien llevaba los cuadros a París y organizaba una exposición en alguna galería importante. Había pasado mucho tiempo desde que su primer cuadro provocó tanta conmoción; pero no lo habían olvidado. Esos años de reclusión le habían aportado tiempo necesario para desarrollar su talento. Los cuadros con las figuras de Maluhia y la niñera Beale provocaron verdadero impacto.

»Después del éxito, pareció que estaba inquieto. Dijo que no podía pintar, que necesitaba un cambio de escena. Habría una exposición en Nueva York; allí fueron y mientras tanto residieron en la ciudad y descubrieron que les agradaba. Pero Johnny jamás podría vivir en una ciudad, de modo que compraron un viejo molino en las Berkshires.

Los ojos aterciopelados de Bea evocaron el calor de sus recuerdos cuando miraron a Nick.

—Allí nací —dijo en voz baja—. El 28 de junio de 1968.

»Me llamaron Marie, por mi abuela Leconte, y Laure, porque era bonita. Era como mi padre, una niña muy menuda, con los cabellos rojos de mi madre y los ojos castaños de expresión soñadora. Pasamos todos los veranos en Les Cerisiers, la granja de Provenza, de modo que crecí hablando francés tan de corrido como el inglés.

»Y entonces, cuando tenía catorce años y mi padre comprendió que tenía edad suficiente para entender lo que él tenía que decirme, me llevó a ver la casa de campo de la niñera Beale. Y la Villa Mimosa.

Soltó la mano de Nick, mientras decía:

—Mi padre y yo nos sentamos en estos mismos peldaños, contemplando el mismo panorama mágico, mientras él me relataba la terrible historia de su vida. Estábamos muy cerca el uno del otro, de modo que armonizando con sus sentimientos me sentí destruida por el dolor de lo que él había afrontado. Lo sentí tan profundamente que fue casi como si me hubiese sucedido a mí, como si yo hubiera sido el niño inocente y feliz que se había sentado en los fríos peldaños de mármol, mientras escuchaba el canto de los pájaros y estrechaba a Fido contra su corazón. Como si yo fuera la persona cuyo mundo pequeño y seguro había terminado ese día, a causa de esa enorme y sombría nube que había oscurecido definitivamente el sol.

Las lágrimas descendieron por sus mejillas, y Nick la abrazó.

—Está bien, Bea —dijo—. Ahora todo está bien.

Ella asintió y comenzó a llorar.

—Me explicó que él me contaba todo eso porque la niñera había tenido razón. Mi padre dijo que un día, cuando yo fuese mayor, tendría derecho a reclamar la fortuna de mi abuela. Si eso era lo que deseaba.

«Le contesté que no deseaba tener nada que ver con eso. No me importaba el dinero. Pero estaba dispuesta a tener la villa. "Debería ser tuya", le dije, es un lugar que amabas, donde fuiste feliz. Y la *grandmère* Marie-Antoinette habría deseado que la habitáramos».

«Se limitó a sonreír y dijo que eso era imposible. "Dejemos en paz a los fantasmas", me dijo, no sea que despierten y vuelvan a perseguirnos».

Bea se enjugó las mejillas y dijo con expresión de fatiga:

—De modo que eso fue todo. Nunca volví a vivir en la Villa Mimosa. La vida continuó su curso feliz. Yo era la hija de un artista, pero llevaba una vida bastante normal y era una niña normal. Mira, hacía todas las cosas que son usuales, tenía mis travesuras, concurría al colegio secundario y después a la universidad. —Sonrió al pensar en eso—. Nunca me enviaron a un colegio preparatorio de cierta categoría, porque papá decía que no podía soportar separarse de mí. «El único día que saldrás de nuestra casa será el día que contraigas matrimonio», dijo riendo. Y mamá en realidad tuvo que presionarlo para conseguir que me permitiera ir a la universidad. Fui a Vassar —que no estaba muy lejos, de modo que podía volver a casa los fines de semana. Y cómo me agradaba volver al hogar; era el mejor lugar del mundo. A mi

padre le encantaba su propia soledad, la necesitaba para pintar, y nuestra casa era un remanso de tranquilidad. Siempre parecía encontrarse a muchos kilómetros de las realidades más duras de la vida.

»Creo que en realidad ellos no tenían amigos íntimos; nunca disponían de tiempo para eso. Formaban una entidad completa; la pareja perfecta. No necesitaban de otras personas.

«Fue una niñez afectuosa y normal, dijo Bea. Ni siquiera advertí que mi padre era famoso hasta que mi profesor del colegio secundario me lo dijo. Recuerdo que eso me sorprendió. Después de todo, no era más que mi padre».

Bea guardó silencio. Tomó la mano de Nick y recogió las piernas bajo el mentón. Tenía los ojos cerrados y la cara tensa a causa de la emoción.

—No puedo hablar acerca del resto —dijo con voz estrangulada.

Nick le pasó el brazo sobre los hombros y la sostuvo con fuerza, acariciando sus cabellos cortos y ásperos, esperando que el temblor de la joven cesara.

Conocía la historia. Había sido publicada por todos los periódicos. Johnny y Sévérine Jones se dirigían a la apertura de una exposición de sus últimas obras en una galería de Washington, cuando su automóvil se deslizó bajo la lluvia y salió del camino. Pasaron cuatro horas antes de que la policía pudiese retirarlos de los restos. Los dos estaban muertos.

—Ojalá pudiera ayudarte —dijo Nick en voz baja.

—Ni siquiera tú puedes traerlos de regreso.

—¿Qué hiciste? ¿Quiero decir, después? —preguntó Nick.

—Vine un tiempo a vivir a la granja de Provenza. Después volví de nuevo a casa.

—¿Y más tarde? —insistió él.

—No lo sé —dijo Bea—. *Todavía no sé lo que sucedió en el Barranco de Mitchell.*

Los niños entraron corriendo en la habitación con los pies desnudos resonando sobre los mosaicos y el perro brincando detrás. Se detuvieron bruscamente y miraron con ojos muy grandes y asustados el rostro de Bea, humedecido por las lágrimas.

¿Qué sucede? Dijo Scotty con hosquedad, sintiendo que el temor le oprimía la garganta. Dominado por el pánico, se dijo que no podía suceder de nuevo. Bea no se prepararía para abandonarlos, ¿verdad?

Julie corrió hacia ella y echó los brazos al cuello de Bea.

—No llores, por favor, no llores, Bea —gimió, y las lágrimas brotaron de sus propios ojos—. Haré lo que sea necesario, seré buena, arreglaré mi cuarto, limpiaré lo que Poochie ensucie. Pero, por favor, no llores. Te amo, Bea —sollozó, y ahora manifestó todos sus temores—. No llores, no me dejes. Quiero estar siempre contigo...

Scotty vino a unírsele y abrazó a Bea con sus brazos finos y bronceados. Los dos se agarraron a ella como lapas, y Bea consiguió sonreír.

—Yo también os amo —murmuró—. Pero ahora quiero hablaros de mi madre y

mi padre, y del motivo por el cual estoy llorando. Y porqué comprendo tan bien lo que os sucedió a vosotros.

Los apretó con fuerza y les relató la historia del episodio en que sus propios padres habían muerto en un accidente automovilístico, del mismo modo que los padres de los dos niños.

—Por supuesto, yo era una persona adulta —dijo con voz tenue, mirando a Nick al mismo tiempo que hablaba. Podía afrontar el dolor. Pero no soportaba la idea de ver a otras personas. Quería estar en el lugar en que todos habíamos sido muy felices cuando vivíamos juntos, el hogar del que mis padres hablaban especialmente, la granja de Provenza, Les Cerisiers. Necesitaba llorar y estar sola.

—Nosotros también hemos llorado —dijo Scotty, conteniendo las lágrimas—. Muchas veces, Bea, pero eso no trajo de regreso a nuestros padres.

La joven deslizó la mano sobre los cabellos ásperos del niño.

—No, querido, el llanto no los trae de vuelta —dijo—. Es nada más que nuestro modo de decir que los amamos y que siempre los extrañaremos. Por eso, llorar es bueno. Recuérdalo bien, Scotty.

—Llorando me siento mejor —dijo Julie, y fijó la mirada en Bea—. Pero aun así, quiero que mi mamá y mi papá regresen.

—Yo también, querida —dijo Bea, besando la carita de la niña—. Pero ahora mira cómo estamos. Hemos tenido mucha suerte porque nos conocimos. Ahora somos una familia nueva. Por supuesto, sé que nunca podré ocupar el lugar de tus verdaderos padres, y es justo que así sea. Pero ahora nos tenemos los unos a los otros, y eso me convierte en una persona muy feliz.

—Entonces ¿no volverás a llorar? —preguntó Scotty, con ansiedad en la voz.

—Oh, no lo sé, quizá llore de vez, en cuando. Lo mismo que ustedes —agregó Bea sonriéndole. Pero recuerda que es bueno hacerlo. De este modo nos sentimos un poco mejor, un poco más cerca de ellos. Algún día, cuando pase el tiempo, podremos recordarlos sin llorar y recordaremos todas las cosas buenas y los momentos felices que pasamos con ellos.

—Bea, ¿cuánto tiempo tardaremos en llegar a eso? —preguntó Julie con cierta ansiedad, mientras se enjugaba una lágrima con un dedo sucio.

—Un tiempo, querida, un tiempo. Ya verás, un día sonreirás al recordar algo que tu madre te dijo.

—Puedo asegurarte que eso es cierto —dijo Nick desde el otro lado. Miró a Bea, y la joven pensó que la mirada de Nick expresaba tanta ansiedad como la de Scotty. Bea sonrió e incluyó a Nick en la nueva familia.

—¿Qué haríamos sin ti? —preguntó.

Siempre con esa expresión ansiosa, él meneó la cabeza.

—Abrigaba la esperanza de que nunca sintieses deseos de llorar.

Scotty le dirigió una rápida mirada a Nick y después miró a Bea. Entrecerró los ojos castaños cuando los observó con una expresión astuta.

—¿Ustedes dos se casarán? —preguntó con una sonrisa.

—Oh, sí, sí —bailoteó Julie alrededor de Nick, y ahora sus lágrimas se convirtieron en una sonrisa luminosa—. Por favor, por favor, Nick. Así tendremos de nuevo dos padres auténticos.

—Es la más extraña propuesta de matrimonio que he visto jamás —dijo Nick, mirando con atención los ojos de Bea.

—¿Quieres decir que debo esperar que te arrodilles? —dijo ella, sonriente.

Nick sonrió a su vez y Scotty le tiró de la manga.

—Arrodíllate, de prisa —dijo Scotty con expresión apremiante.

Nick se arrodilló, y los dos niños hicieron lo mismo a su lado.

—Querida Bea French, Marie-Laure Leconte. ¿Me hará usted el honor de convertirse en mi esposa? —dijo Nick con toda la humildad que pudo manifestar.

—Oh, por favor, acepta ser su esposa. Di que sí, sí, sí, sí... —canturrearon los niños.

Los ojos de Bea expresaron amor mientras los miraba.

—¿Cómo podría negarme? —dijo.

Julie le dirigió una mirada inquieta.

—¿Eso significa que sí? —preguntó con suspicacia.

—Significa que sí —afirmó Bea.

—¿Con todo tu corazón? —preguntó Scotty, para asegurarse.

—Con todo mi corazón.

—¿Ahora estamos unidos eternamente a ustedes? —preguntó Julie, siempre dominada por la ansiedad.

—Eternamente.

—Es para siempre, Julie —dijo Scotty, tomándole las manos con solemnidad.

—Para siempre, Scotty.

—Sí, sí —gritaron, y de pronto comenzaron a bailotear de un extremo al otro de la habitación, dando volteretas y saltando sobre las sillas, mientras el perro corría locamente tras ellos y ladraba desaforadamente.

—No estaba bromeando —dijo Nick con expresión grave, mientras tomaba la mano de Bea.

—Tampoco yo.

—Te amo, Bea Marie-Laure —dijo, inclinándose para besarla en los labios.

—Y yo a ti —murmuró Bea.

—Se están besando, se están besando... uf —gritó Julie, riendo de alegría.

—Son nuestra mamá y nuestro papá —gritó a su vez Scotty, y se deslizó sobre el suelo encerado, dirigiéndose a la cocina para informar a Jacinta.

Capítulo 32

Había un cielo oscuro y sin luna y no existía ni siquiera la sugerencia de una brisa. Phyl se sentó en el sofá de la hermosa sala de la mansión de Brad en Diamond Head y miró mientras él se paseaba por el cuarto, siempre hablando. Eran las cuatro de la mañana, y ella estaba fatigada pero al mismo tiempo fascinada por lo que él decía.

—*A ti te quiero* —decía, mientras la miraba pensativo; pero, en lugar de sentirse conmovida como habría sido el caso unas pocas semanas atrás, experimentaba un escalofrío de miedo.

Se preguntó cuál era la causa. Era el mismo hombre apuesto, *sexy*, más que interesante que la había enamorado en París. La diferencia estaba en que ahora lo veía con los ojos de la profesional. Brad estaba revelando en su carácter una veta sombría y turbulenta, que era interesante pero al mismo tiempo repulsiva.

Mientras lo escuchaba, comprendió que nunca había amado a Brad. Ni siquiera lo conocía. Había sido una de esas aventuras apasionadas y violentas que estaban condenadas a agotarse en su propia identidad. Deseaba no haber viajado nunca a Hawái, ahora que veía que él era un hombre muy perturbado. Pero ese hombre estaba investigando su propia alma, revelándole sus sentimientos y su vida. Estaba obligada a escucharlo, a tratar de ayudarlo.

—Te mentí con respecto al Mono —dijo—. La razón por la cual huyó de la isla fue porque era el responsable de la muerte de una criada. Ella se llamaba Maluhia. Era una mujer joven y bonita. Él la violó, y entonces ella se arrojó al mar desde un peñasco. Pero el Mono se las arregló para escapar en el botecito de Jack. Mi padre nunca creyó que se hubiese ahogado. Siempre decía que un día volvería para perseguirlo.

»A esas alturas, Archer ya bebía mucho, y la responsabilidad de la administración de Kanoi recaía sobre los hombros de Jack. Descubrió que los asuntos financieros se encontraban en un estado caótico y que el rancho necesitaba con urgencia un aporte de capital. Archer gastaba el dinero como si no existiese el futuro. Pero Jack era distinto.

Los ojos de Brad encontraron la mirada de Phyl. La contenida desesperación que vio en ellos la conmovió.

—Mira, para Jack el Rancho Kanoi era su identidad, su razón de ser. Lo apreciaba por encima de todo. Más allá de la moral, más allá de su propia vida. Incluso lo apreciaba más que a la vida de su padre.

»Jack estaba en Honolulu el día en que los japoneses bombardearon Pearl Harbor. Dijo que cuando vio lo que habían hecho se sintió presa de una cólera asesina. Solo deseaba ir a la guerra y matar a los canallas con sus propias manos. Estados Unidos

estaba en guerra y los suministros eran prioritarios. El rancho recibió una moratoria financiera gracias al gobierno, y Jack se unió a la infantería de marina.

Brad se echó a reír, y su actitud cambió cuando dijo:

—Dios mío, era un luchador duro —afirmó con expresión de orgullo—. Recibió un par de medallas al valor y las ganó según me dijo gracias a su odio total y absoluto al enemigo. Sus colegas de la infantería de marina solían decir: «Nadie odia a los japoneses como Jack Kane. Lo único que quiere es matar».

»Habían asignado a Archer el rango de mayor en el ejército y la tarea administrativa de supervisar a los japoneses internados en la isla, lo cual le permitía disponer de mucho tiempo para administrar el rancho.

»Y de pronto terminó la guerra, y la necesidad de conseguir dinero asomó de nuevo su fea cabeza. Archer concibió un plan. Europa era un caos; habían pasado muchos años desde la muerte de su esposa francesa, y ahora el Mono seguramente había alcanzado la edad que le permitía heredar. Pero Archer no tenía la prueba de que el Mono hubiese muerto; de todos modos sabía que le sería demasiado difícil obtener que accedieran a su demanda en los tribunales franceses. De modo que fue con Jack a Francia y lo presentó como el hijo de Marie.

»Dijo que fue fácil. Los viejos abogados y banqueros que conocían a la *célibataire* estaban todos muertos, y los documentos legales se habían extraviado. Él les mostró la partida de nacimiento. Jack firmó con el nombre de su medio hermano, y así les entregaron la herencia.

»Ya lo ves, dijo Brad, mirando con expresión seductora a Phyl, para ellos, el rancho era la principal prioridad. Tal vez lo que habían hecho no era rigurosamente legal, pero Jack decía que habían adoptado la actitud más apropiada.

—¿Y estás de acuerdo con esa afirmación? —preguntó Phyl.

—Por supuesto. Yo habría hecho lo mismo. —Desechó impaciente el interrogante, como si el asunto apenas importase—. De todos modos, el dinero le correspondía a Archer, y el único obstáculo era el sistema legal francés.

De nuevo comenzó a pasearse nervioso de un extremo al otro de la habitación. El perro se acostó cerca de la puerta, observándolo, y esperando una orden; pero esta vez Brad no le prestó atención.

—Estaban en París —dijo de pronto—, y Jack me explicó que Archer gozaba con su triunfo.

«La fortuna de la *célibataire* finalmente es nuestra», dijo. «Nadie podrá arrebatarlos jamás ese dinero. Jack, ahora tenemos suficiente para todo. Para Diamond Head, para el rancho. Lo que deseas es tuyo».

»Jack tenía entonces alrededor de veinticuatro años, pero sabía que tenía que asumir el control del rancho antes de que Archer despilfarrara todo el dinero en bebidas, mujeres y en una vida lujosa, exactamente como había hecho antes.

»Estaban en el bar del Ritz, bebiendo champaña y felicitándose, cuando Jack advirtió la presencia de una rubia vestida con mucho lujo, que desde el fondo del

salón los miraba. Sonreía, con una sonrisita extraña y misteriosa. Era una mujer mayor, pero todavía aparecía muy atractiva y elegante, y había en ella algo extrañamente conocido. Atrajo la atención de Jack, y de pronto se puso de pie y se acercó a ellos.

«Sorpresa, sorpresa», dijo, y besó a Archer en la mejilla. Él la miró fijamente, con una expresión de asombro en la cara. Ella se volvió a Jack y dijo: «La última vez que te vi, eras un infante flacucho, de cara rojiza. Debo reconocer que has mejorado mucho desde entonces». Le envió un beso, echó hacia atrás la cabeza y se rio.

«¿No me conoces?», preguntó, sin dejar de reír. «Soy tu madre. Chantal O'Higgins».

»Jack dijo que experimentó hacia Chantal el mismo impulso de odio que había sentido con respecto a los japoneses después de Pearl Harbor. Habría podido matarla con sus propias manos desnudas, allí mismo, en el bar del Ritz. Antes nunca la había visto, pero había leído muchas referencias negativas hacia la mujer, en las secciones de chismes de los diarios.

Brad miró a Phyl con expresión hostil y dijo con amargura:

—¿No te dije nunca que los varones Kane realmente sabían elegir a sus mujeres? Bien, Chantal era una auténtica canalla.

»Les dijo que había ido a Francia a inspeccionar sus propiedades en el Charante. Explicó que afortunadamente a los alemanes les agradaba el coñac y que habían dejado las instalaciones en buen estado. Dijo además que por suerte para ella la fortuna de la familia estaba en Suiza y que ahora se disponía a recuperarlo todo.

»Permaneció allí, entre los dos, con una expresión burlona en la mirada. Después dijo: "Oí decir que tu tercera esposa dejó varios millones, y que la mayor parte de ese dinero correspondió a tu hijo. A propósito", agregó como de pasada, arrojando la bomba en el momento que le pareció más oportuno, "¿les dije que conocí a Johnny? Por supuesto, no es tan apuesto como tú, pero deseo decirte que *es bastante interesante en la cama*". Su risa burlona resonó en los oídos de los dos hombres cuando se volvió y comenzó a alejarse.

»Jack quiso seguirla, pero Archer lo retuvo. "Siéntate, estúpido", dijo enojado. "No le concedas la satisfacción de pensar que crees en lo que te dijo".

»Pero Jack en efecto le creía. Sabía que no era el tipo de cosa que Chantal pudiese haber inventado en el último momento, solo para molestarlos. *Su maldito medio hermano continuaba vivo. Y se había acostado con la madre de Jack.* Ardía de humillación y dijo a Archer: "Un día encontraré a ese Mono canalla. Y entonces lo mataré".

«Será mejor que lo hagas», replicó Archer, y pidió otro *whisky*. «Porque de lo contrario volverá para reclamar el dinero. ¿Y dónde quedará el Rancho Kanoi en ese caso?».

Brad se sirvió un *brandy*. Hizo un movimiento rotativo con el líquido ámbar y contempló con expresión sombría la copa. Phyl pensó que era casi como si hubiese olvidado que su amiga estaba allí, tan absorto estaba en la historia del pasado...

Por fin, bebió el licor y dijo:

—Jack sabía que Archer era capaz de liquidar la segunda fortuna con mayor rapidez todavía que la primera. Pero esta vez el dinero estaba a nombre de Jack. Lo único que interesaba a Jack era el rancho. Entregó a Archer dinero suficiente para que viviese como un hombre acomodado y después comenzó a reconstruir la empresa.

»Consagró al rancho todo lo que poseía. El rancho absorbía su vida entera. Y además hizo cuanto estuvo a su alcance para convertirlo de nuevo en un éxito. Pero me dijo que nunca olvidaba que el Mono estaba en algún lugar y que un día quizá regresara para reclamar su fortuna.

»Jack trabajó de firme todos esos años y se arriesgó mucho. Hubo muchas mujeres en su vida; en efecto, él les agradaba. Siempre había sido así. Y entonces conoció a Rebecca Bradley en una fiesta en San Francisco. Incluso después, cuando la odió, siempre dijo que era la mujer más hermosa que había visto nunca.

»Rebecca era una mujer rica y malcriada, muy sociable, y miró con menosprecio al joven ranchero. Lo llamó burlescamente "el salvaje" cuando los presentaron. Jack dijo que él se echó a reír, porque recordó al Mono y pensó que era una auténtica ironía que ahora alguien le pusiese el mote de salvaje.

»Dijo que Rebecca era una mujer elegante y de buenos modales, pero bajo la superficie él percibía un espíritu semejante al del propio Jack. Era tan desordenada y perversa como él, y eso le encantó a Jack. Me dijo que la primera vez que ella le permitió que le hiciera el amor fue en la parte trasera de la limusina con chófer de su padre.

»Volvían a casa de una fiesta en algún lugar de las colinas y estaba oscuro. El chófer desviaba discretamente la mirada, pero Rebecca sabía que él tenía conciencia de lo que estaba sucediendo, y a ella le agradaba. Siempre le complacía la sensación de peligro, según me dijo Jack. Gozaba con la sensación de que pudieran descubrirla. Le agradaba hacerlo en los ascensores de los hoteles, en los cuartos de baño durante una fiesta con mucho público, o en un callejón en penumbra, como una prostituta barata.

Brad volvió los ojos desorbitados hacia Phyl.

—Así era Rebecca —dijo con amargura—. Y jamás cambió.

Su mano tembló cuando se sirvió otro *brandy*.

—Pero Jack le daba lo que ella necesitaba, y Rebecca llegó a la conclusión de que no podía vivir sin él, de modo que dos meses después se casaron. Fue la boda del año en San Francisco. El padre de Rebecca era un potentado de la industria azucarera en Hawái, y en algún lugar de la estirpe había sangre mestiza; uno podía percibirlo en

los largos cabellos negros y la forma de los ojos de Rebecca; pero su madre era una antigua figura de la sociedad, de modo que la crema de los altos círculos asistió a la boda.

Brad interrumpió sus paseos por la habitación y miró a Phyl.

—Espera aquí —ordenó de pronto, alzando una mano. Pasó al pasillo, y el perro trotó de prisa en pos de su amo con sus garras resonando en el suelo de madera.

Phyl se estremeció, pensando en lo que él acababa de decirle. Comprendió que por fin estaba llegando al centro de la verdad respecto de Brad y temió lo que él le iba a decir después. Deseaba encontrarse en su consultorio, en condiciones de que Brad fuese simplemente un paciente y ella su analista. Lo miró nerviosa cuando regresó a la habitación, sosteniendo en la mano una fotografía en su marco de plata.

—Aquí —dijo, señalando con un dedo tembloroso a la pareja de pie frente a una iglesia, ambos vestidos para la ceremonia matrimonial, mientras sonreían a la cámara—. Este es mi padre. Y esta, maldita sea, es Rebecca. —Gimió como un hombre que sufre y de pronto arrojó la fotografía al otro extremo de la habitación.

Phyl contuvo una exclamación cuando la foto golpeó contra la pared y el vidrio se partió en mil pedazos. El perro corrió hacia el objeto, olfateando y gruñendo suavemente.

—Dios mío —exclamó Brad, angustiado—. Se arrodilló junto a los restos y recogió la fotografía maltratada.

—¿Por qué hice eso? —preguntó, mientras movía la fotografía bajo la nariz de Phyl. Ella retrocedió alarmada—. Sé por qué —exclamó Brad con expresión colérica—. Mi madre no era una buena persona. Era una puta barata. Insaciable. Se interesaba por cualquier hombre: los amigos de su marido, sus propios amigos, un conocido casual. Incluso después de que yo naciera continuó haciéndolo, tomando lo que se le antojaba.

Se hundió en un sillón y puso la cabeza entre las manos.

—Yo era el señuelo de sus citas —murmuró—. Solía llevarme con ella. Después de todo, ¿quién podía sospechar que una mujer se dedicara a copular cuando tenía cerca a su hijo? Pero era lo que ella hacía. Me convirtió en testigo, en cómplice de su jueguito sucio.

»Mi padre permanecía mucho tiempo en el rancho, y ella me llevaba a San Francisco. Iniciábamos el viaje, y yo pensaba: "Quizás esta vez sea divertido, estaremos los dos solos. Quizás esta vez todo suceda como es debido". Pero rara vez la veía, excepto cuando me arrastraba a sus "acontecimientos sociales", como ella los denominaba. Me regalaba juguetes y libros y me decía que fuese un muchacho bueno. Afirmaba que ella y su amigo estarían en la habitación contigua y que yo no debía molestarlos. Tenían mucho de qué hablar.

Brad alzó la cabeza y miró a Phyl con expresión sombría.

—Y yo jamás los molesté —dijo—. Yo era el chico bueno, el hijo modelo. Deseaba complacerla y hacía lo que ella me pedía. Hasta el día en que me tuvo

esperando tanto tiempo —dos horas, o incluso tres o cuatro— que me asusté. Puse el oído en la puerta de la habitación, pero no se escuchaba el más mínimo sonido. Temí que se hubiese olvidado de mí, que se hubiera ido sin avisarme. Tal vez había muerto... Empujé la puerta y espí el interior de la habitación. Las cortinas estaban corridas y había una lámpara encendida al lado de la cama. Vi las ropas de mi madre distribuidas en el suelo, y respiré aliviado. Sabía que no podía haberme abandonado y partido sin sus ropas.

»Entré en el cuarto, espiando en la oscuridad. Y entonces los vi. Ella yacía desnuda con los cabellos negros extendidos sobre las almohadas. La cabeza del hombre estaba sobre el pecho de mi madre, y él dormía. Mi madre se volvió y me miró. Nuestras miradas se cruzaron, y entonces, siempre mirándome, con una sonrisa de terrible complicidad, se apoderó de los genitales del hombre y comenzó a acariciarlos.

»Oí que él gemía y comenzaba a agitarse; hui de la habitación, aterrorizado. La risa burlona de mi madre me siguió mientras yo cerraba la puerta.

Brad estaba mirando a Phyl, pero esta dudaba de que la viera.

—Su risa siempre me persiguió. La oigo en mis sueños, despierto y dormido. Y esa sonrisa. No era la sonrisa de una madre dirigida a su hijo. —Meneó la cabeza, con desesperación—. Ella era tan hermosa.

»Después salimos de compras, y ella adquirió un sombrero nuevo, rojo y adornado con plumitas. Y luego fuimos a tomar el té en un gran hotel que a ella le agradaba. Allí se reunió con sus amigos. "Miren qué buena madre soy", decía, riendo con ellos, "llevo a mi hijo a tomar el té". Y de nuevo me dirigía esa sonrisa de complicidad. "Es un niño que sabe guardar los secretos de una mujer", decía, y todos reían.

Brad se sumió en un silencio profundo, apoyando la cabeza entre las manos. Phyl esperó, casi temiendo respirar, no fuese que su gesto desencadenase otro recuerdo peligroso.

Él suspiró profundamente.

—Varios años después, cuando ya se habían divorciado, pregunté a mi padre por qué la había soportado. Se encogió de hombros y dijo que él obtenía su propio placer donde podía. Además, ella era parte de la gran imagen de la familia Kane: la hermosa heredera de la alta sociedad, la esposa resplandeciente y la madre. Creo que de un modo extraño armonizaban bien. Ella tomaba lo que deseaba, y él hacía lo mismo. Mi padre me dijo que las mujeres nada significaban para él. Me recordó que lo único que importaba en nuestra vida era el Rancho Kanoi. «Nunca lo olvides, hijo», dijo. Y yo nunca lo olvidé.

»Mi padre me relató la historia del rancho, cómo había comenzado Archer y cuáles habían sido sus dificultades financieras en el curso de los años, mientras trataba de impulsar el progreso de la explotación. Y me habló de la fortuna que hubiera debido pertenecerles varios años antes, de no haber sido por la actitud de ese

medio hermano.

«Brad», dijo mi padre, «ese maldito Mono trató de robarnos nuestra herencia. Si no hubiera sido por la astucia de tu abuelo Archer, lo habría conseguido y tú y yo no estaríamos sentados aquí, en uno de los más grandes ranchos dedicados en Estados Unidos a la cría de ganado vacuno. Sé que hubiera debido matar al Mono cuando se me ofreció la oportunidad, porque en el fondo del corazón estoy convencido de que continúa allí cerca, como una serpiente cascabel enroscada que espera el momento de atacar. Intentará un día arrebatarnos esa fortuna. Querrá llevarse todo lo que la familia Kane ha obtenido en el curso de estos años, nuestro sudor y nuestro trabajo, nuestra herencia. *Nuestro nombre*. No te equivoques, vendrá a reclamar su fortuna, y, cuando lo haga, debemos estar preparados para actuar. De prisa y sin compasión».

Brad miró tranquilamente a Phyl y dijo con voz serena:

—Toda mi vida estuve esperando ese momento.

Phyl enderezó el cuerpo sobre el borde de su sillón. Los cambios de humor de Brad, que pasaba de la cólera y la violencia a la calma helada, presagiaban dificultades; de eso estaba segura.

—¿Y tú crees que volverá alguna vez? —preguntó en voz baja.

—Él se puso de pie, se sirvió más *brandy* y lo bebió de un solo sorbo.

—Ahora no —dijo con frialdad—. Eso ya no sucederá.

El escalofrío helado recorrió de nuevo la columna vertebral de Phyl. ¿Él quería decir que el Mono ya había regresado? ¿Y que Brad lo había liquidado? Phyl temió preguntar. De pronto, temió incluso estar allí sola con él.

—Sabes, Jack casi mató a Rebecca antes de que ella se marchase —dijo Brad como de pasada—. Me dijo que se había vanagloriado una vez más de sus aventuras, y que en él algo se había roto. Se apoderó de un rifle y amenazó disparar sobre ella; pero Rebecca se limitó a reír y se alejó. Conocía todo el pasado de Jack, y también el de la familia Kane. «De tal padre, tal hijo», dijo despectivamente, desafiándolo a oprimir el gatillo.

—¡Dios mío! —murmuró Phyl, temerosa de preguntar lo que había sucedido.

—Hubiera debido matarla, pero no lo hizo —dijo malhumorado Brad—. Se limitó a golpearla un poco. Era lo que ella merecía. Yo observaba desde la puerta y me alegraba. Me alegré cuando ella se marchó y mi padre y yo quedamos solos. Se divorciaron, nosotros continuamos con nuestra vida y la administración del rancho. Mi padre me envió primero a la escuela y después al colegio, pero yo no veía el momento de regresar.

De nuevo comenzó a pasearse, de un extremo al otro con las manos en los bolsillos y la cabeza inclinada.

—Nunca volví a ver a mi madre. Archer había muerto varios años antes, y después supimos que Rebecca tuvo un ataque. Resistió un tiempo, pero nadie volvió a verla. Decían que se le había paralizado un lado de la cara, pero que la otra mitad era casi normal, casi bella. Pero no podía hablar ni caminar. Falleció un par de años

después.

»Jack se ahogó en un accidente marítimo, un año después de que yo saliera de la universidad. Dijeron que estaba borracho, pero yo no les creí. Era buen marinero, y lo sorprendió una de esas tormentas súbitas. Yo sabía que quizás hubiera podido salvarse... Seguramente no habría deseado dejarme solo.

«Heredé todo. El rancho, las casas, la isla». Rio con amargura. «Y la permanente amenaza del Mono. La serpiente de cascabel en el seno de la familia Kane, esperando el momento oportuno para atacar».

Phyl lo miró, dudando si debía formular la pregunta fatídica. Pero tenía que saberlo.

—¿Qué hiciste al respecto? —murmuró.

Brad vino a detenerse frente a Phyl. Clavó la mirada en los ojos asustados de Phyl. Se inclinó hacia adelante, con ternura acarició sus abundantes cabellos negros y los apartó de la cara de expresión asustada.

—Vaya, por supuesto, me ocupé de resolver ese problema —dijo con expresión gentil.

Phyl clavó los ojos en la cara bien formada y sonriente, en los ojos hermosos pero enloquecidos. Pensó en Mahoney cuando había dicho: «Uno llega al punto en que siente quiénes son los villanos, incluso si están envueltos en una apariencia de normalidad, si se presentan como personas rectas y decentes, exactamente como usted y yo. Pero la famosa doctora Foster debe saber mejor que nadie lo que sucede en la mente de los individuos. En esos recovecos profundos y oscuros. Las cosas que se ocultan detrás de las actitudes positivas, el encanto y las ropas costosas. Los que golpean a las esposas, los que abusan de los niños, los asesinos. Son nada más que seres humanos, como usted y como yo».

Él había estado describiendo al hombre a quien ella miraba. Brad era un psicópata de libro de texto, y ella, la psiquiatra inteligente, no había atinado a comprenderlo.

Phyl se estremeció cuando sintió las manos de Brad sobre sus hombros. Por temor a que él viese el pánico en sus ojos, inclinó de prisa la cabeza. Necesitaba permanecer serena, seguirle la corriente. Tenía que salir de allí.

Brad dijo con esa voz gentil y considerada que ella conocía tan bien:

—Mi pobre Phyl, estuvimos conversando la noche entera. Mira, ya salió el sol. Ve a acostarte, amor mío. Descansa un poco. —Miró su reloj y agregó de pasada, como si la larga noche marcada por las confesiones y las indagaciones psicológicas no hubiese existido—: Casi lo olvidé. Debo participar en una reunión en el rancho a primera hora de mañana. Ahora iré en mi avión.

Ella cerró los ojos, evitando estremecerse cuando él depositó un rápido beso sobre su frente.

—Regresaré más tarde —prometió Brad, que ahora había recuperado su antigua personalidad—. Deseo que me esperes aquí. No salgas. No abandones esta casa. ¿Me lo prometes?

Ella asintió sordamente.

—Lo prometo.

—Magnífico. —Sonrió, satisfecho—. Entonces confió en que cumplas tu palabra.

Phyl lo miró caminar hasta la puerta. Silbó para llamar al perro. La larga noche y las bebidas no habían dejado huellas en él. Tenía la cara lisa y sonriente. Con su camisa cara y los vaqueros bien planchados parecía de la cabeza a los pies un auténtico hombre de mundo.

Se volvió para despedirse de ella con una sonrisa.

—Espérame, Rebecca —dijo, mientras cerraba la puerta.

Capítulo 33

Phyl oyó el ruido del automóvil que salía de la casa antes de correr a su habitación y comenzar a preparar frenéticamente su maleta. Telefoneó al aeropuerto y reservó asiento en el primer vuelo. Después llamó a un taxi y se paseó nerviosa por la habitación hasta que el vehículo llegó. Un silencioso criado chino apareció de pronto, para llevarle la maleta, y Phyl se preguntó sorprendida cómo sabía que ella se marchaba. Sin duda había escuchado mientras ella hablaba por teléfono; en ese momento se preguntó si los criados escuchaban otras cosas en esa mansión cargada de secretos.

Vaciló en la puerta y pensó lo que haría Brad cuando descubriese que ella se había marchado sin explicaciones. Decidió escribirle una nota. «Brad, es mejor que no nos veamos más. No puedo hacer nada para ayudarte».

Entregó la nota al criado y ascendió de prisa al taxi; al hacerlo miró por encima del hombro, a través de la ventanilla trasera, casi esperando que él descendiese por el camino, para perseguirla con la ayuda del maligno Doberman.

El avión ya estaba recibiendo a los pasajeros, y ella ocupó su asiento. Respiró aliviada cuando al fin cerraron las puertas. Casi lloró y comprendió hasta qué punto se había sentido atemorizada. Ni siquiera deseaba pensar en las consecuencias del hecho de que Brad la confundiese con Rebecca. Lo único que deseaba era dormir y despertar cinco horas después en San Francisco. Y después deseaba ver a Mahoney. Temblaba de miedo. *Dios mío, pensó, realmente necesito a Mahoney.*

Era una lenta noche de domingo, en el turno de las cuatro a la medianoche. Mahoney imaginó que el reloj seguramente se había detenido un par de horas antes. Supuso que debía alegrarse de que los narcotraficantes y los criminales que practicaban el robo a mano armada y las disputas domésticas le concedieran una pausa. De todos modos, el tiempo parecía arrastrarse.

Pulsó el teclado de la computadora hasta que reapareció el nombre de Brad Kane. Había repetido hasta hartarse los detalles, porque aún había algo en el señor Hawái que le molestaba, y aquí tenía la confirmación de que el hombre era un individuo de carácter violento.

El primer incidente había sobrevenido en la universidad. Brad había atacado a otro tipo en un bar. Habría podido decirse que en el incidente no había nada inusual por tratarse de universitarios que habían bebido demasiada cerveza. Excepto que este había sido un ataque especialmente maligno: un vaso roto descargado sobre la cara de otro hombre. El señor Hawái se había salvado esa vez, porque su padre le había contratado un buen abogado. Se había pagado a la víctima una cifra no revelada por

daños y perjuicios, y Brad Kane había recibido una sentencia de dos meses en libertad condicional.

Un par de años después, lo habían arrestado por posesión de un arma ofensiva... es decir, un cuchillo. No la había usado, pero la víctima había dicho que había amenazado hacerlo, y esta vez la víctima era una mujer. En realidad, una prostituta. En Honolulu. De nuevo hubo un pago de dinero, se formuló una advertencia y nadie dijo una palabra más.

El tercer episodio era más reciente. Pocos meses antes había muerto un criado de la servidumbre de Kane. El informe decía que uno de los perros de Brad Kane, un Doberman, de pronto había enloquecido y atacado al criado. Brad Kane había liquidado personalmente al perro, y después llamó a la policía. Dijo que se sentía abrumado. La víctima era un anciano que había servido en la familia durante más de cincuenta años. Afirmó que tenía que marcharse por asuntos de negocios urgentes, pero que respondería a las preguntas a su regreso. Y lo había hecho... un mes después, cuando volvió de París. A esas alturas, el anciano estaba enterrado, con los gastos pagados por Kane, y la encuesta fue una mera formalidad. Una declaración jurada, una expresión de pesar, y eso fue todo.

Mahoney suspiró al apagar la computadora. Podía desecharse un incidente de violencia juvenil después de beber; dos ciertamente representaban algo distinto. Un tercer caso, además inexplicable, ya era demasiado en la vida de un hombre.

Contempló la posibilidad de llamar a Phyl, que estaba en Hawái, de decirle lo que había descubierto, que no le agradaba que estuviese allí y que se marchara cuanto antes. En ese momento sonó el teléfono.

Era Phyl. Oyó un sonido resonante.

—Llamo desde el avión —dijo—. Necesito verlo, Mahoney.

—¿Qué pasa? —preguntó Mahoney con rapidez—. ¿La lastimó?

—No. Estoy bien. Mi vuelo llega después de medianoche.

—¿Por qué no viene a mi apartamento? Dejaré un mensaje en su contestador automático si me veo obligado a permanecer aquí.

—Lo necesito, Mahoney.

—Me alegra saberlo, doctora. Después de todo, estamos aquí para servir.

Mahoney adivinó que ella hablaba en serio.

El teléfono volvió a sonar casi inmediatamente. Cuando Mahoney descolgó, una voz de acento inglés dijo:

—Habla Nick Lascelles. Soy amigo de Bea French y Phyl Foster.

—¿Cómo le va, Nick? —replicó Mahoney—. Bea me habló mucho de usted. Y le aseguro que todas sus palabras fueron elogiosas.

—No puedo comunicarme con Phyl —dijo Nick—, de modo que me pareció que era mejor llamarlo. Estuvimos realizando algunas investigaciones y profundizando la historia de la Villa. Creo que Bea le explicó el asunto. Bien, descubrimos la conexión. Ella recordó que el niño de su sueño era su padre. Vivió en esa casa hasta que tenía

cinco años. La llevó a visitarla cuando ella había cumplido catorce y le relató toda la historia. Está realmente conmovida, detective Mahoney, porque también recordó que sus padres murieron en un accidente automovilístico el año pasado. Su padre era el artista John Jones.

Mahoney emitió un silbido de asombro. Conocía y admiraba el trabajo de Jones.

—Recuerdo que leí algo sobre el episodio en los diarios —dijo—. Fue una cosa muy difícil. Pero ¿qué sabe del resto de su familia?

—No existe. Quedó sola.

Mahoney se preguntó si esa era una de las razones por las cuales ella había perdido la memoria. Seguramente el trauma había sido muy grave.

—¿Y qué hay del Barranco de Mitchell?

—Se trata precisamente de eso. Aún no sabe quién intentó matarla. O por qué. La incógnita está enloqueciéndola. Estaba terriblemente conmovida, pero los niños la ayudaron a sobrellevar la situación, y ahora parece que está mejor. De todos modos, me pareció mejor llamarlo e informarle. Bea dice que usted es un amigo.

—Sí. Somos buenos amigos. Al parecer, Bea no contaba con muchas relaciones cuando sucedió esto. Y parece como si también escasearan incluso ahora. Qué demonios, la muchacha es hija de un artista famoso. Sin duda alguien debió de notar su ausencia.

—Ella dijo que se había ausentado un tiempo después del funeral. Vino aquí, a la granja de Provenza. Deseaba estar sola. Supongo que la gente respetó esa actitud, y nadie la molestó. Más tarde, viajó a Estados Unidos, a la casa de las Berkshires, y después de eso no recuerda nada más.

—Muy bien. Deme el nombre completo de Bea, y yo me pondré a trabajar en eso.

—Se llama Marie-Laure Leconte Jones. Nació en 1968 y la casa principal de la familia estaba en Oíd Mill, Faversham, Massachusetts. Pasaban los veranos en su granja, Les Cerisiers, cerca de Bonnieux, en Provenza.

Mahoney asintió.

—Le agradezco que haya estado acompañándola, Nick. Continúe con ella; necesita toda la ayuda que podamos prestarle.

Depositó el auricular, encendió la computadora e incorporó la larga lista de nombres de mujeres que habían viajado desde países de clima cálido hasta el Aeropuerto Internacional de San Francisco la semana que Bea fue atacada. Repasó la nómina con rapidez. Todas tenían alguna explicación. Examinó de nuevo la extensa lista. Y entonces lo descubrió. El nombre había sido omitido. Las malditas computadoras no eran infalibles. Cometían errores, exactamente como la gente.

«M. L. L. Jones», decía, «Vuelo 511 de United, proveniente de Honolulu. Salida: 18.00 horas. Llegada: 23.00 horas».

¡Hawái! De nuevo el mismo lugar. Emitió un nuevo sonido de sorpresa. Quizá después de todo el rayo caía dos veces en el mismo lugar. Mientras se comunicaba con el Departamento de Policía de Honolulu, se preguntó qué había estado haciendo

en Hawái Marie-Laure, que había sufrido poco antes la pérdida de sus padres. Se dijo que era probable que hubiera necesitado unas vacaciones. De todos modos, valía la pena seguir la pista, de modo que pidió a sus colegas de Honolulu que averiguasen cuándo había llegado la joven, en qué hotel se había alojado, y todo lo que considerasen pertinente. Después se puso la chaqueta, firmó la salida y fue a su casa para reunirse con Phyl.

Ella estaba esperándolo frente al edificio. No se había maquillado y tenía profundas ojeras.

—Tiene un aspecto lamentable —le dijo Mahoney.

—Es así como me siento.

Abrazó a Mahoney, y él la retuvo.

—Eh, doctora, ¿qué sucede? —preguntó con amabilidad—. Sé que soy un hombre muy apuesto, pero no creía que estuviese ni siquiera a un nivel cercano al señor Hawái.

Los brazos de Phyl se cerraron sobre el cuello de Mahoney.

—Ni siquiera mencione su nombre —dijo con voz ahogada, hundiendo la cara en el pecho de Mahoney.

—¿Tan grave es la cosa?

—Tan grave.

—No deseo ser la persona que le recuerde que ya se lo había dicho. De todos modos, ya le expresé mi opinión.

—Lo sé. Y me dijo que no volviese a verlo. Habría debido creerle —dijo Phyl, mientras ascendía con él la escalera que llevaba al apartamento.

—Debió creer en usted misma. Su instinto y su cerebro le decían que algo iba mal. Pero usted no estaba dispuesta a reconocerlo.

Phyl se hundió en un sillón.

—Lo reconozco —dijo, mirando a Mahoney con expresión pesarosa—. ¿Cómo es posible que precisamente yo fuese tan estúpida, Mahoney?

Él se encogió de hombros.

—Es fácil comprenderlo. Usted se limitó a creer lo que Brad quería que creyese. Ese es el arte del estafador.

—Es algo más grave que eso. Es un hombre que padece una seria deformación mental.

—¿De veras? —Mahoney entró en la cocina y comenzó a preparar café—. Tal vez le interese saber que estuve realizando una pequeña investigación acerca de Brad Kane. No diré que me sorprendió mucho comprobar que tenía antecedentes. —Ella lo miro alarmada—. Oh, nada demasiado grave —dijo Mahoney—. Solo que lastimó a un muchacho con un vaso roto en la universidad y amenazó a una prostituta con un cuchillo. Nada realmente grave. Todavía.

—Mahoney, él me asustó —dijo Phyl.

—¿Qué sucedió? —Mahoney sirvió el café expreso en tacitas y depositó estas en una bandeja, con un cuenco de azúcar negra.

—Me llamó Rebecca.

Él le clavó los ojos. Después sonrió.

—¿La madre?

—No es divertido —dijo Phyl en actitud defensiva.

—Tiene mucha razón, no es divertido. Es algo enfermizo... de eso se trata.

—Me aterrorizó. Habló la noche entera paseándose por la habitación como... un animal enjaulado. Me relató todo lo relacionado con su perverso abuelo y con Jack y Rebecca.

«Dios mío, Mahoney», gimió Phyl, «creo que mató a alguien».

El policía le entregó la taza de café.

—¿Azúcar? —preguntó con cortesía. Ella se sirvió un poco y miró aturdida a Mahoney—. Está bien —dijo él—. Primero beba el café. Después me lo contará todo. Desde el comienzo.

Ella obedeció, y por una vez Mahoney escuchó en silencio.

—¿De modo que usted cree que mató a ese hombre, el individuo a quien llamaba Mono? —preguntó Mahoney.

Phyl asintió.

—¿Acaso puedo pensar otra cosa?

—¿Y temió que quizá decidiera continuar con usted?

—No sé —dijo ella con expresión de impotencia—. Oscilaba entre la cólera y la gentileza. Tuve miedo. Ya sabe, ese sentimiento instintivo, el aviso al que yo debía escuchar, de acuerdo con su recomendación. Me parecía increíble. Lo miré, tan simpático, con tanto éxito y... oh, no sé. Imagino que es un hombre que tiene todo lo que, puede desearse. Y después recordé todo lo que usted me había dicho. Acerca de los asesinos y los que abusan de los niños pero parecen personas comunes y corrientes, que ocultan sus pecados detrás de las ropas caras y una fachada de normalidad.

»Como psiquiatra, comprendía lo que le había perjudicado. Comprendía la relación con Rebecca. Y sabía que Jack era un hombre prepotente, un hombre desprovisto del más mínimo sentido moral. Durante un momento casi lo compadecí. Y después comprendí que era demasiado tarde. Había pasado el límite para sumergirse en sus propias fantasías. Oh, podía mantener una fachada perfecta. Nadie lo habría descubierto jamás. Y por eso sentí miedo, porque sabía que era capaz de cualquier cosa.

—¿Usted cree que en su mente la confundió con Rebecca?

—En efecto —dijo ella en voz baja—. Oscila entre el amor y el odio a esa mujer. Pero sé que el odio está prevaleciendo.

—Tenemos un problema —declaró Mahoney—. ¿Dónde está ahora el señor

Hawái?

—Después de esa noche de locura —dijo asombrada Phyl—, después de revelarlo todo... algo que estoy segura él no hizo nunca... afirma con serenidad que tiene una reunión en el rancho. Volará hasta allí y volverá más tarde en el mismo avión. ¡El rancho ocupa el primer lugar, no importa lo que suceda! —Se estremeció—. Gracias a Dios, lo recordó, porque de lo contrario... no sé qué podría haber hecho...

—¿De modo que todavía está en Hawái?

—Sí.

Mahoney sonrió.

—¡Qué lástima! Pensé que podía invitarla aquí a pasar la noche. Por supuesto, por su seguridad, ante la posibilidad de que él reaparezca.

Ella se rio a pesar de todo.

—Ni siquiera usted puede practicar esa treta.

Mahoney fue de nuevo a la cocina. Retiró un pollo del refrigerador y comenzó a despedazarlo con un cuchillo. Phyl esbozó una mueca, y él le sonrió.

—No se preocupe. Me limitaré a prepararle un poco de sopa. Entretanto no piense que las cosas están tan mal. Hay buenas noticias. Bea recuperó la memoria.

Phyl abrió la boca, sorprendida.

—Dios mío —exclamó—. Y de nuevo no estuve allí para ayudarla.

—No la necesitó —dijo Mahoney, mientras rehogaba el pollo en una cacerola y le agregaba un puñado de verduras cortadas—. Estuvo Nick. —Le explicó lo que Nick había dicho.

—De modo que así están las cosas —dijo por fin Mahoney—. Bea es Marie-Laure Leconte Jones. Y gracias a un extraño golpe del destino, voló de Honolulu a San Francisco la noche que la atacaron. Phyl lo miró con los ojos muy grandes.

—Por supuesto, es una coincidencia —dijo ella.

—Usted sabe que creo profundamente en las coincidencias. Sobre todo cuando se trata de delitos.

Entregó a Phyl un vaso de vino tinto.

—Pobre Bea. Es decir, Marie-Laure —dijo Phyl con tristeza—. Pierde a sus padres y después la ataca un loco. No es extraño que se le hayan borrado todos los recuerdos.

—No es extraño —coincidió Mahoney, mientras continuaba con su cocina.

—Iré a Francia —dijo Phyl, yendo decidida hacia el teléfono—. Llamaré a las líneas aéreas y conseguiré el primer vuelo a París mañana mismo.

—Por supuesto, doctora —dijo Mahoney con tranquilidad—. Pero primero coma, y después llame a las compañías aéreas. La sopa estará preparada en diez minutos, y apuesto a que usted no ha comido nada en veinticuatro horas.

Tenía razón. Mahoney le encontró lugar en un vuelo a Washington, con conexión a Niza. Ella advirtió aliviada que el viaje que le permitiría ir al encuentro de Bea

pondría millares de kilómetros entre ella y Brad.

Phyl miró a Mahoney. Él se apoyaba en el marco de la ventana. Detrás se abría un panorama de navíos brillantemente iluminados, que se desplazaban a través de la bahía y las luces parpadeantes de los puentes que colgaban como guirnaldas en el cielo. El detective tenía los brazos cruzados y tarareaba, mientras un aria de Mozart se oía de fondo. Parecía relajado, cómodo consigo mismo y su entorno; Phyl pensó en el contraste con Brad, que se paseaba por el apartamento como un animal enjaulado.

—¿Qué hará con él? —preguntó Mahoney, que adivinó lo que ella pensaba.

—Mañana me marcharé —dijo Phyl con voz firme—. Le enviaré una carta y le diré que no puedo volver a verlo. Le recomendaré un psicoterapeuta en Hawái. Quizá cuando regrese, él ya se haya reconciliado consigo mismo.

Mahoney la miró escéptico.

—¿Lo cree realmente?

Con expresión fatigada, ella extendió la mano hacia su chaqueta.

—Esperemos que así sea —dijo.

Él la llevó a su casa en un silencio cargado de fatiga.

—Ojalá viajara con usted mañana —dijo, cuando Phyl descendió del vehículo.

—Lo mismo digo.

Ella lo miró con expresión anhelante.

—Recuerde que tiene que cuidarse tanto como lo necesita Bea Marie-Laure. No sé cuál de las dos exige mayores precauciones.

La besó levemente en cada mejilla y esperó hasta que ella desapareció a través de las puertas. Después se alejó con el Mustang por la calle vacía.

Mientras subía en el ascensor, Phyl deseó que la gata la acompañase. Detestaba la idea del apartamento vacío, pero Coco se encontraba en casa de Mahoney y allí continuaría hasta que ella regresara de Francia. Mientras abría la puerta, recordó que antes ella solía apreciar su propia intimidad. Ahora advertía que era únicamente soledad.

El apartamento estaba sumido en sombras, y Phyl vaciló. Hubiera podido jurar que había dejado una lámpara encendida. Siempre lo hacía. Sintió que se le erizaba la piel cuando se introdujo en el interior del vestíbulo en sombras y deslizó la mano sobre la pared para alcanzar la llave de la luz. Y entonces su mano tocó la carne tibia de otra persona.

Los brazos del hombre se cerraron sobre ella y una mano le cubrió la boca, mientras él cerraba la puerta con un puntapié.

—De nuevo me abandonaste, Rebecca —murmuró Brad con voz dura—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Si sabes cuánto te amo?

Él encendió la luz. Phyl giró en redondo y miró horrorizada al hombre.

—¿Cómo entraste aquí?

Él sonrió con frialdad y le mostró una llave.

—Ordené copiar la tuya cuando estabas en Hawái —dijo con calma—. Deseaba

tener la certeza de que podría llegar a ti cuando se me antojara. De día o de noche.

Sus ojos se clavaron en ella, como los de una serpiente que hipnotiza a un conejo. Se le veía immaculado con un suéter de cachemira azul, pantalones y mocasines con borlas: el perfecto caballero. Pero detrás de las gafas con marco dorado los ojos claros no sonreían. Eran fríos y retraídos; Phyl sabía que Brad estaba viviendo la fantasía en su mente.

—Lamento haberte asustado —dijo Brad—. Caramba, estás temblando. — Avanzó hacia ella con los brazos extendidos. Obedeciendo al instinto, Phyl retrocedió —. Vamos, Rebecca. Sabes que no acostumbro a disculparme. Vine aquí para llevarte a casa, eso es todo. Tú sabes que siempre te sientes más feliz en Diamond Head. Y quiero que estés conmigo. No quiero que vuelvas a abandonarme.

Phyl se acercó al dormitorio. Su mirada aterrorizada estaba clavada en los ojos de Brad.

—No te alejes de mí —dijo él con una sonrisa de desconcierto—. Sabes que me amas. Quiero oír que lo dices.

Ahora ella estaba casi en la puerta del dormitorio. El corazón le latía como si fuese un corredor de la maratón. Si tenía rapidez suficiente, podría cerrar la puerta y dejarlo afuera. Pensó con añoranza en el teléfono que estaba al lado de la cama y en Mahoney.

—Dilo, Rebecca —insistió Brad, caminando hacia ella—. Dilo, querida. Di que me amas. Di que jamás me abandonarás.

Las piernas de Phyl parecían paralizadas. La dominó el miedo mientras él se acercaba. La sonrisa había desaparecido y tenía los ojos fríos.

—Brad —dijo ella, desesperada—. Esto de nada sirve. Por supuesto, tú me preocupas. Eres mi amigo.

Retrocedió un paso con rapidez y levantó las manos para rechazarlo. A él se le veía tan tenso como el Doberman, y Phyl temía cometer una equivocación y desencadenar la locura de este hombre.

—Somos más que amigos —dijo Brad, mientras ella retrocedía cautelosa otro paso en dirección al dormitorio—. Un amor como el nuestro es eterno, Rebecca. Bien lo sabes.

Ella alcanzó a ver el picaporte por el rabillo del ojo. *Un paso más, pensó, un solo paso más y estaré a salvo. Y después llamaré a Mahoney.* De pronto dio un salto hacia la puerta y la empujó para cerrarla, sollozando de temor. Pero la puerta no quiso cerrarse. Phyl bajó los ojos y vio el pie de Brad, calzado con el caro mocasín, y lo oyó reír cuando su mano, y después el hombro, aparecieron en el hueco.

La puerta se abrió bruscamente, y ella cayó al suelo. Se llevó las manos a la cabeza y emitió profundos sollozos.

Sentía que él le había clavado los ojos, pero Brad no dijo nada. Finalmente lo miró entre los dedos. Él estaba observándola; tenía los brazos cruzados y la cara inexpresiva. De pronto, él dobló una rodilla al lado de Phyl y le tomó la mano.

—No permitiré que me rechaces de nuevo, Rebecca —dijo amablemente—. Otra vez no.

La obligó a incorporarse y la miró con tristeza.

—Pobre muchacha —dijo en voz baja—, pobre y hermosa muchacha.

Suavemente le apartó los cabellos de la cara y la miró a los ojos. Después le sostuvo las manos.

—Brad —dijo Phyl desesperada—, no debes llamarme Rebecca. Soy Phyl. ¿Me recuerdas? Soy la doctora. La persona con quien te agradaba hablar.

—La médica bruja —dijo Brad—. Lo recuerdo.

—Rebecca fue tu madre, Brad. Tú me contaste su historia.

—No *toda* su historia —dijo Brad con voz neutra, y su voz provocó escalofrío en la columna vertebral de Phyl.

Él continuaba reteniéndole las manos. La apretaba con mucha fuerza, y ella imaginó esas manos en su propia garganta, quitándole la vida. *Matando a Rebecca*. Rechazó la oleada de terror, tratando de mantener la sensatez. El único modo de que ella pudiera vencer era tratar de persuadir a Brad.

—Tenemos que hablar de esto, Brad —dijo Phyl, hablando lentamente, tratando de evitar que la voz le temblase. Tenía que demostrarle que ella controlaba la situación, que era la persona que adoptaba las decisiones. Era su única posibilidad.

—Me dijiste que yo era tu confesora, y ahora deseo que me reveles todo lo que sabes de Rebecca. Estoy aquí para ayudarte, Brad. Bien lo sabes.

—Me traicionaste —dijo Brad, apretándola con más fuerza—. Me prometiste que te quedarías. Sabes que no debías hacer eso, Rebecca.

Inclinó la cabeza y la besó en los labios, atrayéndola apasionadamente hacia él.

Phyl se inmovilizó en los brazos de Brad; tembló con el ansia de gritar, de rechazarlo. Separó un poco la cara de Brad y lo miró a los ojos.

—Brad, por favor. Tengo que hablar contigo —dijo con mucha prisa—. Estoy tan cansada... me siento tan mal...

Él la alzó en brazos y la llevó hasta la cama. La depositó suavemente en el lecho y se sentó al lado. Tenía arrugas en la frente, en un gesto de extrañeza, y en ese momento se apoderó de la almohada y se volvió hacia ella.

Phyl miró la almohada en las manos de Brad y comprendió lo que él se proponía hacer. Ella tenía los ojos ensombrecidos por el terror.

—Phyl, ¿por qué se te ve tan asustada?

Ella contuvo una exclamación cuando comprendió que él la había llamado por su propio nombre; había recordado quién era. Busco frenéticamente un modo de que se fuera del apartamento.

—Brad, tengo tanto apetito —se apresuró a decir—. ¿Por qué no sales a comprar comida? Seguramente tú también estás hambriento. Podríamos ir a Il Fornaio. A ti te agrada el «tiramisú» que ellos sirven. Podríamos conversar y mostrarnos razonables. Deseo ayudarte, Brad. Te prometo que haré todo lo que pueda.

Percibió la duda en los ojos de Brad.

—¿Prometes que no me abandonarás de nuevo? —dijo, dando palmadas rítmicas en el brazo de Phyl.

—Sí, sí, lo prometo. —Ella lo miró casi sin aliento, esperando, rogando que él contestase con una afirmación.

El teléfono sonó de pronto, quebrando el silencio. Los ojos de Phyl se clavaron en el teléfono. Era su salvación.

—Será mejor que atienda —se apresuró a mentir—. Estaba esperando una llamada. De un colega. Si no contesto, se preguntará qué sucede.

Brad sostuvo la mano de Phyl. Meneó la cabeza mientras miraba el teléfono que continuaba sonando sobre la mesita de noche. Ella se sintió abrumada por la frustración y el miedo. Casi lo había convencido, casi había logrado que saliese de allí... Dios mío, ¿quién demonios estaba llamándola?

El sonido del teléfono cesó, y los dos permanecieron inmóviles en un silencio cada vez más denso. Brad continuaba mirando la mesa de noche, y ella se preguntó si él estaba dispuesto a arrancar el teléfono de la pared. En cambio, Brad se apoderó de la fotografía de Marie-Laure. Era la que Phyl había tomado antes de que la joven partiese para Nueva York; en esa instantánea se la veía simpática y bonita, con los cabellos cortos, los ojos grandes y un poco asustados.

Brad sostuvo la fotografía bajo la luz y la examinó durante un rato.

—¿Cómo la conociste? —preguntó en esa voz, típica del «otro».

—Fue mi paciente. Ya te hablé de ella... perdió la memoria. Y te dije también que se había convertido en amiga.

—¿Cómo se llama?

Tenía los párpados entornados, y Phyl percibió el temblor en la mano que sostenía la foto. Dijo desconcertada:

—Se llama Bea French.

—¿French? —Miró a la joven de la foto y después de nuevo a Phyl—. ¿Estás segura?

—Bien... no. Olvidé que acaba de recuperar la memoria. En realidad, es Marie-Laure Leconte Jones.

Phyl empezó a reír histéricamente. Comprendió que lo que decía era insensato. Brad se puso de pie. Guardó la fotografía en el bolsillo y después miró a Phyl, acostada en la cama, sollozando y riendo simultáneamente.

Esa mirada distante había retornado a los ojos de Brad.

—Pobrecita. Estás muy fatigada. ¿Por qué no duermes un poco?

Ella permaneció acostada, helada de miedo, mientras él se dirigía a la puerta. Volvió los ojos hacia Phyl y sonrió, con su antigua sonrisa segura de sí misma.

—Tengo que hacer algo. Después te prometo que todo quedará arreglado. Volveré en un par de días. ¿Por qué no vienes conmigo a Kalani este fin de semana? Podemos continuar allí nuestra conversación. Después de todo, Kalani es el centro de mi vida,

el alma de la familia Kane. Y deseo compartirla contigo, Phyl. Quiero compartir contigo toda mi vida.

Él continuaba sonriendo cuando salió. Phyl oyó los pasos firmes y después el chasquido del cerrojo de la puerta. Y más tarde nada.

Phyl permaneció inmóvil, temiendo moverse. Aguzó el oído. Quizás él intentaba engañarla. Tal vez estaba esperándola detrás de la puerta, listo para agarrarla por el cuello cuando apareciese... Apoyó cautelosamente los pies en el suelo. Volvió a escuchar.

Atravesó la habitación descalza y de puntillas y después aplastó el cuerpo contra la pared espionando por el hueco de la puerta. Pasó con cuidado, mirando nerviosamente alrededor. Era muy posible que aún estuviese escondido, esperando para agarrarla, para matarla finalmente. Su audacia de pronto se rompió, y Phyl gritó, y empezó a correr como una loca de una habitación a otra, abriendo bruscamente las puertas.

—Canalla loco —aulló—, sal de una vez, sal de una vez...

Finalmente echó el cerrojo de la puerta principal y se desplomó en el suelo, sollozando.

—Dios mío —lloró—, ayúdame, ayúdame... —Marcó el número de Mahoney, acercando el teléfono al oído. Llamó varias veces—. Maldición, Mahoney, atiende el teléfono —gimió—, por favor, atiende, por favor, atiende...

Mahoney dobló la esquina de la calle de Phyl con el Mustang; sus neumáticos chillaron; el detective maldijo cuando vio el Porsche negro que aceleraba por el centro de la calle y se acercaba. Se apresuró a tirar con el Mustang hacia la derecha, trepando a la acera y metiéndose por poco en una boca de incendios.

—Dio mío, hombre —rezongó, mirando por encima del hombro las luces traseras del Porsche que desaparecían. Y de pronto gimió, porque comprendió que estaba mirando el automóvil de Brad Kane.

Descendió del Mustang y cruzó corriendo la calle en dirección al edificio de Phyl. Puso el pulgar en el botón del timbre y lo dejó allí hasta que el portero, con la cara roja de indignación, vino a enfrentarse a él.

Le mostró su insignia y dijo:

—La doctora Foster. ¿Está en casa?

—Está —replicó el portero—. Y una llamada habría sido suficiente.

—Esta noche no —dijo Mahoney, avanzando hacia el ascensor sobre la alfombra suave.

—Espere. Tengo que informarle que usted ha llegado —gritó el portero—. Así es la norma.

—Amigo, esta noche la norma no vale —dijo Mahoney—. No intente usar ese teléfono.

Pulsó el botón del ascensor y después esperó impaciente que se cerrasen las puertas. Cuando llamó a Phyl y ella no contestó, Mahoney se sintió preocupado. Sabía que ella estaba en casa e insistió en la llamada. Pero, como ella no atendía, Mahoney se preguntó inquieto qué estaba sucediendo. Algo funcionaba mal y él lo sabía. Se preguntó si Brad Kane habría aparecido en el apartamento, pero Phyl le había dicho que iba camino del rancho. Seguramente se encontraba de regreso en Diamond Head. Después recordó que Brad Kane tenía un Gulfstream IV. Podía estar donde se le antojase antes de que otros tuviesen tiempo siquiera de comprar el pasaje aéreo.

Salió del ascensor y tocó el timbre de Phyl. Acercó la cabeza a la puerta, escuchando. No oyó ningún ruido y golpeó varias veces la puerta.

—Phyl —aulló—. Soy yo, Mahoney. Abra.

Ella abrió con fuerza la puerta y se arrojó sollozando en los brazos del policía.

—Mahoney, oh, gracias a Dios. Oh, Franco —exclamó.

—Está bien, está bien. Cálmese, muchacha —la condujo amablemente al interior—. ¿Fue Brad? ¿La lastimó?

Los ojos azules conmovidos de Phyl se encontraron con los de Mahoney.

—*Quería matar Rebecca* —dijo Phyl.

—¿Qué se lo impidió?

—Sonó el teléfono. En cierto modo rompió el encanto. Creo que eso le ayudó a recuperar el control.

Las piernas de Phyl de pronto parecieron de gelatina, y ella se hundió impotente en el sofá. Mahoney miró el rostro pálido. Después inspeccionó la escasa existencia de licor de Phyl y le sirvió un vaso de *whisky*.

—Parece que lo necesita —dijo—. Y yo deseo que responda a ciertas preguntas.

Ella asintió y sorbió el *bourbon*, mirando confiadamente a Mahoney.

—¿La agredió?

Phyl meneó la cabeza.

—Me agarró los brazos y puso la mano sobre mi boca, pero no me golpeó.

—¿Usted le permitió entrar en el apartamento?

—Estaba aquí cuando regresé. Me sorprendió.

—Entonces ¿cómo demonios entró?

—Ordenó copiar mis llaves. Dijo que lo hizo cuando yo estaba en Hawái.

—¿Y el portero?

Ella se encogió de hombros.

—No sé. Sí, lo sé. Ya sabe cómo es Brad. Se comporta como si fuese el dueño de la casa. Antes había estado aquí, y supongo que el portero sabía que era un amigo. Probablemente le dijo que yo le había pedido que esperase mi llegada, que le había facilitado las llaves... Imagino todo eso.

Ella lo miró con expresión de ruego.

—¿Qué haremos?

—No estamos en condiciones de hacer mucho. Entró ilegalmente en su apartamento, pero siempre puede afirmar que usted le entregó las llaves. Después de todo, ustedes eran amigos. Puede afirmar que todo lo que pasó fue nada más que un malentendido de enamorados. Vemos a cada rato situaciones parecidas, aunque no suelen desarrollarse en apartamentos tan elegantes como este.

—Pero, Mahoney, él está loco. Cree que yo soy su madre. Está enamorado de ella... no de mí.

Mahoney lo sabía, y eso era lo que le preocupaba. Los locos son imprevisibles. No había modo de saber cuál sería el movimiento siguiente de Brad Kane.

—¿Usted dijo que él se marchó cuando sonó el teléfono? ¿Quiere decir que simplemente se puso de pie y partió?

Phyl meneó la cabeza.

—Yo estaba acostada. Él se apoderó de la almohada. Pensé que se proponía asfixiarme... Yo intentaba conversar con él, tranquilizarlo. De pronto pareció que recobraba el sentido; recordó quién era yo. Quise que saliese del apartamento. Propuse que fuésemos a comer algo y a comentar la situación. Entonces sonó el teléfono, y los dos nos sobresaltamos. Miramos el aparato, escuchando las sucesivas llamadas... y de pronto se detuvo. Brad estaba mirando la mesita de noche y yo pensé que se proponía arrancar el teléfono de la pared. En cambio se apoderó de la fotografía de Bea.

Phyl miró desconcertada a Mahoney.

—Me preguntó quién era. Yo se la había mencionado antes, y le hablé del problema de la muchacha, que había perdido la memoria. Dije que su nombre era Bea French. Y entonces me confundí, porque ella ya no es más Bea French. Y entonces, Brad hizo algo realmente extraño. Se metió la foto en el bolsillo. Dijo que tenía algo que hacer y que regresaría más tarde. Propuso que yo fuese a Kalani con él este fin de semana, porque allí podríamos continuar conversando. Luego se marchó.

—Pero ¿por qué se llevó la fotografía de Bea? ¿La conoció aquí?

—Jamás. Nunca vio a Bea. Eso puedo jurarlo.

Mahoney se paseó por la habitación con las manos unidas tras la espalda, mientras se preguntaba qué tenía que ver Bea French o Marie-Laure con un loco que estaba enamorado de su propia madre y había transferido a Phyl su fijación. Suspiró y la miró, sentada sobre el borde del sofá, sosteniendo el vaso vacío de *whisky*, con las rodillas unidas y los tobillos enganchados como un niño. Le pareció que ella tenía un aspecto terrible. La cara carecía por completo de color, a menos que uno considerase las sombras que se dibujaban bajo sus ojos.

—Vamos, querida —dijo, retirándole el vaso—. Vendrá a casa conmigo.

Ella lo miró con una sonrisa temblorosa.

—¿Para garantizar mi seguridad? —preguntó, recordando cómo se habían reído antes cuando hablaron del asunto.

—En efecto, nena —dijo Mahoney, y le puso la chaqueta sobre los hombros—.

Usted puede usar mi cama. Coco se acomodará detrás de sus rodillas como compañía, y yo estaré en la habitación contigua, para garantizar que nadie la moleste.

—Oh, Mahoney —dijo Phyl, apoyándose en él mientras descendían en el ascensor—. ¿Qué haría sin usted?

Cuatro horas después Mahoney continuaba levantado. Estaba en su lugar favorito, apoyado en el marco de la ventana, mirando cómo la bruma se desplazaba en grandes y suaves oleadas sobre el horizonte, hasta que llegó a cubrir casi totalmente los puentes y el paisaje. Los ojos amarillos del gato lo seguían mientras él volvía a caminar de un extremo al otro de la habitación. Sintió deseos de escuchar un poco de música, algo melancólico e inquietante, un poco *kitsch*, un área de Puccini o de Verdi. Pero Phyl dormía el sueño de los muertos. O de los casi muertos, se corrigió Mahoney. Gracias a su oportuna llamada telefónica.

Lo que no alcanzaba a percibir era la relación con Marie-Laure Leconte. ¿Por qué Brad se había apoderado de la fotografía? Quizás había otra fijación. Quizá tenía múltiples fijaciones. En este caso no estaban lidiando con un hombre «normal». Sin embargo, sabía que Marie-Laure había llegado en avión desde Hawái esa noche. Pero ese era el único nexo.

Decidió despreocuparse por el momento de Marie-Laure. Lo importante que debía hacer era proteger a Phyl. Brad Kane volvería y entonces no aceptaría como respuesta una negativa.

Suspiró cuando finalmente se acomodó en el sofá y cerró los ojos. Había sido una noche larga. Pensaría en el asunto más tarde, cuando su cerebro funcionase de nuevo. En pocas horas más, llevaría a Phyl al avión que debía llevarla a Francia. Por lo menos, allí estaría a salvo; eso le daría tiempo para reunir más información acerca del señor Hawái.

Capítulo 34

Era una hermosa mañana en Cannes. Una brisa suave acariciaba las palmeras y desordenaba los cabellos cortos de Marie-Laure, mientras Nick conducía el descapotable Alpha de color rojo a lo largo de la Croisette y después se metía en un laberinto de calles de una sola dirección.

—¿Adónde vamos? —preguntó la joven.

Él se limitó a sonreír y dijo:

—Es una sorpresa.

Estacionó frente a la Galería Municipal de Arte.

—Creo que sé en qué consiste la sorpresa —dijo la joven.

—Estoy seguro de que no es así —dijo él.

La tomó de la mano y ascendió los peldaños que llevaban a la entrada. Caminó con ella de prisa por las galerías.

—Cierra los ojos —ordenó finalmente.

—Será uno de los cuadros de mi padre, ¿no es verdad? —sonrió—. Apuesto a que un cuadro de la niñera Beale.

—Te dije que era una sorpresa. Muy bien, ahora puedes abrirlos —dijo en voz baja.

Marie-Laure miró el retrato de cuerpo entero de la mujer no muy bonita, de cabello oscuros, con su vestido de seda amarillo poco elegante. Los rasgos eran acentuados, pero exhibían una expresión agradable, y los cabellos largos estaban recogidos y sujetos con una cinta, aunque la mujer ya no era joven. Sin que el pincel del artista hubiese suavizado los perfiles, toda la incertidumbre del modelo se reflejaba en los ojos castaños hundidos profundamente.

—Marie-Antoinette Leconte —dijo Marie-Laure en voz baja—. Mi abuela.

—La descubrí casi por casualidad —dijo Nick—. Estaba buscando fotografías en los archivos periodísticos, cuando me enteré de la existencia de este cuadro. ¿No es exactamente así como la imaginabas? Fue pintado pocos años antes de que ella conociera a Archer Kane. Antes de que él intentase convertirla en una versión de una jovencita de los años veinte, con un moño y las faldas cortas.

—Seguramente fue lamentable que él le arrebatase la dignidad —suspiró Marie-Laure—. Me alegro de que la hayan pintado así, como ella era realmente.

Salieron de la galería y regresaron al automóvil abrazados, todavía pensando en Marie-Antoinette Leconte. Después fueron a su café favorito próximo al mercado, para almorzar, y más tarde se dirigieron a la joyería para comprar un anillo de compromiso.

—Quiero que Phyl sea la primera en saberlo —dijo Marie-Laure con expresión feliz, mientras contemplaba el diamante en su engaste antiguo—. Guardemos el

secreto hasta su llegada.

Brad Kane se acercó con su Ferrari negro siguiendo el sendero curvo cubierto de grava de la Villa Mimosa. Sabía que Marie-Laure, o Bea, como se la conocía, no estaba en la casa. La había visto partir. Y poco después él había telefonado al ama de llaves.

—Mi nombre es Johnny Leconte —mintió—. Soy un antiguo amigo norteamericano de la señorita French. Me reuniré con ella en Antibes, para almorzar. Me pidió que fuese a buscar a los niños y los llevase conmigo. —El ama de llaves vaciló, pero él se echó a reír con un encanto convincente—. Dijo que será una ocasión especial, la primera vez que saboreen la famosa *bouillabaisse*.

Sintió que ella se mostraba aliviada cuando aceptó preparar a los niños, de modo que él pudiera recogerlos en diez minutos.

Estaban esperándolo en la escalinata, y Brad vio que al niño se le agrandaban los ojos cuando observó el automóvil.

—¡Caramba! —gritó Scotty—, caramba, ¡una auténtica Ferrari! ¡Dios santo!

Casi se cae por la escalera en su prisa por inspeccionar el reluciente monstruo negro. Pasó la mano sobre el metal pintado, espió el elegante interior de cuero y madera y el reluciente panel de instrumentos.

Brad lo miró con una sonrisa.

—Sube, muchacho —dijo con expresión desenvuelta—. Te mostraré qué bien se desplaza.

Jacinta se acercó, sosteniendo de la mano a Julie.

—Hola —dijo amablemente Brad—. Soy Johnny. Y sé que tú eres Julie porque Bea me habló de ti.

Sin sonreír, ella lo miró.

—¿Dónde está Bea? —preguntó con suspicacia.

—¿No te lo dije? Está esperándote en el restaurante —dijo Jacinta, mirando con aprobación a Brad y su automóvil tan caro—. Ahora ustedes irán con el señor Johnny y se divertirán.

Scott subió entusiasmado al Ferrari, y Julie lo imitó.

—No se preocupe, no aceleraré —dijo Brad, dirigiendo a Jacinta una sonrisa amable—. Los cuidaré bien —prometió, mientras aceleraba el poderoso motor y se alejaba despidiendo una lluvia de grava.

Después de un almuerzo tranquilo, Nick dejó a Marie-Laure frente a la villa. Sabía que ella aún temía lo que podía recordar acerca de esa noche en el Barranco de Mitchell y detestaba la idea de dejarla sola; pero tenía cosas que hacer. Le dijo que regresaría en una hora y que irían juntos a recibir a Phyl en el aeropuerto de Niza.

—Me alegro de haberte conocido, Nick Lascelles —dijo Marie-Laure, cuando él comenzó a alejarse. Él tocó alegremente la bocina, mientras tomaba la curva del sendero y desaparecía.

Marie-Laure se sentía bien cuando ascendió los peldaños que llevaban a la puerta de la villa. De su villa, recordó, con una sonrisa mientras pensaba en Millie. No pasaba un solo día en que no la recordara. La Villa Mimosa era el mejor monumento que Millie podría haber tenido jamás.

—Julie —llamó, atravesando el vestíbulo silencioso—. Scott. —Pero nadie vino corriendo a saludarla. Salió a la terraza del fondo. Protegiéndose los ojos con la palma de la mano, miró a través del jardín la piscina, pero también esta se encontraba vacía. Regresó a la cocina y preguntó a Jacinta dónde estaban.

—Pero si su amigo se los has llevado, tal como usted se lo pidió —dijo Jacinta.

Marie-Laure la miró fijamente.

—Pero Nick estaba conmigo.

—No el señor Nick. Su amigo *monsieur* Leconte vino a buscarlos en su gran Ferrari negro —sonrió Jacinta—. A los niños les encantó. Él dijo que usted lo había enviado para recogerlos y que se reunirían para almorzar en un café de Antibes.

—¿*Monsieur Leconte*? —A Bea se le aflojaron las rodillas y se desplomó en un sillón, sintiendo que le fallaban las fuerzas.

—Dijo que su nombre era Johnny Leconte —dijo Jacinta, que se mostró preocupada—. ¿Algo está mal, *mademoiselle*?

—Es él —murmuró Marie-Laure para sí misma—. *Finalmente vino para apoderarse de mí.*

Las imágenes de pánico cruzaron su mente, mientras recordaba con súbita y terrible claridad al hombre que decía ser Johnny Leconte y lo que había sucedido. El corazón se le encogió cuando comprendió que el pasado finalmente la había atrapado. Brad Kane había deseado matarla, y ahora se había apoderado de Scott y Julie. Sabía demasiado bien que él era capaz de asesinar y que estaba usando a los niños para apoderarse de la propia Marie-Laure.

Sonó el teléfono y Marie-Laure corrió a atenderlo, rogando que fuese Nick. Le revelaría todo. Él sabría qué hacer. Podría ayudarla. Jacinta la miró ansiosamente mientras Marie-Laure descolgaba el auricular.

—Marie-Laure, los niños desean saludarte —dijo Brad con su voz despreocupada—. ¿O prefieres que ahora te llame Bea?

Una cólera violenta la dominó cuando comprendió lo que él había hecho.

—¿Dónde están? —gritó—. ¿Por qué se los ha llevado?

Oyó la risa de Brad y después Scotty apareció en el teléfono.

—Hola, Bea —gritó—. Tu amigo tiene un automóvil maravilloso, incluso me ha permitido arrancarlo. ¿Cuándo vendrás a encontrarte con nosotros?

—Enseguida, Scotty —replicó Marie-Laure, y la voz le tembló de alivio, porque la del niño sonaba perfectamente normal.

Entonces Brad dijo:

—Aquí está Julie. —Y Marie-Laure casi pudo ver que él sonreía. Pero percibió el acento de incertidumbre en la vocecita de Julie, cuando la niña dijo:

—Bea, ¿por qué no has venido a almorzar con nosotros, como dijiste?

—Yo... Julie, Nick y yo nos retrasamos. De todos modos, muy pronto te veré.

Brad se puso de nuevo al teléfono.

—Dije a la niña que con toda seguridad estaría aquí a la hora de la cena. —Rio despreocupadamente—. Por supuesto, no mencioné lo que podía suceder si usted no venía.

La voz de Brad tenía un lejano acento de frialdad, que ella reconoció inmediatamente, y de pronto Bea comprendió sin la más mínima duda que estaba hablando con el auténtico Brad Kane. El hombre dominado por una obsesión. El hombre tan loco que podía matar.

Sintió en el pecho que el corazón le pesaba como una piedra.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Se lo diré. Tome una lapicera y anote —dijo bruscamente—. Siga la Ruta del Sol A-siete, del lado oeste, que pasa frente al Salón de Provenza. Salga en Cavaillon, retome la D-dos y después la N-uno hasta la parada del Café Sainton. Tres kilómetros después del recodo de Gordes. Llegue allí a las seis. Espere mi llamada.

Marie-Laure anotó las instrucciones.

—¿Qué piensa hacer con los niños? —preguntó inquieta.

—Mi estimada Marie-Laure, usted sabe que no tengo interés en los niños. No significan nada para mí. No son parte de esto. Evidentemente usted no hablará a nadie de ellos... o de nuestro acuerdo. No acudirá a la policía. Eso es parte de nuestro trato. Porque en ese caso reconozco que sería una lástima que sus niños tan pequeños no gocen de una vida larga y feliz. —Se echó a reír suavemente—. La decisión es suya, Marie-Laure.

—Iré allí —se apresuró a decir la joven.

—Espere mi llamada en el café. Y no cometa errores: si usted habla con alguien o viene con otra persona, yo lo sabré.

El teléfono enmudeció, y Marie-Laure permaneció mirándolo, impotente, preguntándose qué podía hacer. Pensó en que Nick regresaría a buscarla y que Phyl llegaría al aeropuerto en un par de horas. Recordó que Scott le había hablado feliz del hermoso Ferrari negro y también evocó el matiz de incertidumbre en la voz de Julie. Y supo que no podía hablar con nadie. Tenía que hacer lo que Brad decía. Y no había tiempo que perder.

Se puso bruscamente de pie y después comprendió que iba al encuentro de un loco, un asesino, y que no tenía un arma. En la casa no había una pistola, ni siquiera un rifle para cazar. Vio la hilera de afilados cuchillos de cocina y se apoderó de uno. Pensó: *No demasiado grande*, para ocultarlo en su bolsillo. Y entonces advirtió que estaba pensando como un criminal. *Como un asesino*.

Leyó de nuevo las instrucciones garabateadas y comprendió que no las necesitaba. Sabía exactamente dónde estaba Brad. Estrujó el papel y lo arrojó a la cesta en el instante mismo en que Poochie venía brincando del jardín. Se arrojó con entusiasmo sobre ella, pero Marie-Laure lo apartó. Guardó el cuchillo en su bolso, corrió fuera de la casa y ascendió al Mercedes. Las patas de Poochie resonaron sobre el suelo de mármol cuando corrió tras ella. Permaneció al comienzo de la escalera con su cabeza grande y peluda inclinada a un lado, mirándola con expresión de ruego. La posibilidad de que el animal la acompañara era reconfortante y quizá sería conveniente tener al perro, a causa de los niños. Porque ella no tenía idea de lo que podía sucederle. O sucederle a Scott y Julie.

Abrió la puerta, el perro saltó al lado de Marie-Laure y ladró alegremente mientras descendían en el coche por el sendero cubierto de grava. Se preguntó brevemente cómo Brad había sabido de la existencia de Les Cerisiers, y entonces recordó que los artículos periodísticos sobre la muerte de su padre habían publicado muchos detalles sobre su casa de Provenza, donde él realizaba la mayor parte de su trabajo. Para Brad seguramente había sido fácil conseguir información. Y Marie-Laure conocía los caminos de Provenza tanto como conocía su propio rostro. Era Marie-Laure Leconte, y no Bea French, la que marchaba al encuentro de su destino por segunda vez.

En el Departamento de Policía de San Francisco, Mahoney bebió su primera taza de café ese día. Se paseó por los pasillos, pensando en Bea —o Marie-Laure Leconte Jones—, todavía turbado por la idea de que se le había escapado algo. Se sirvió otra taza y después repasó de nuevo las carpetas: los horarios de los vuelos, los aviones privados. Y ahí estaba: el Gulfstream IV de Hawái a San Francisco, pilotado por Brad Kane la noche del ataque.

Mahoney se recostó sobre el respaldo de su silla, pensando en las coincidencias y diciéndose que en este caso uno más uno seguramente sumaban dos. La información demostraba que Brad había estado en San Francisco en el momento del delito. Y el hombre padecía un desequilibrio tan grave que podía inducirlo a matar. Tenía que existir una relación; Mahoney lo sentía en los huesos.

Llamó a la Villa Mimosa. Lo atendió Nick Lascelles.

—Me alegro de que sea usted, Nick, y no Bea —dijo Mahoney—. Quería formularle algunas preguntas, pero es difícil hacerlo por teléfono, porque es probable que la inquieten. Deseaba saber si conoce a un hombre llamado Brad Kane.

—¿Brad Kane? Ignoro si lo conoce personalmente, pero ciertamente sabe de la existencia de la familia Kane. —Se apresuró a informar a Mahoney sobre la historia de Johnny Leconte, Archer Kane y el Rancho Kanoi en Hawái.

Mahoney inclinó hacia atrás la silla y respiró satisfecho; finalmente tenía el motivo. Y al hombre.

Después Nick dijo:

—Pero sucede que acabo de llegar a la villa. Convine encontrarme con Bea, pero no está aquí. Tampoco los niños. El ama de llaves me dijo que un amigo de Bea se había llevado antes a los niños, en un Ferrari negro. Y lo extraño del caso es que le dijo que su nombre era Johnny. Leconte. Me explicó que cuando Bea había llegado a casa el hombre que declaraba ser Johnny Leconte le había telefoneado. Jacinta oyó a Bea hablando con los niños por teléfono y concertando un encuentro en algún lugar. Detective Mahoney, habíamos arreglado que recogeríamos a Phyl en el aeropuerto de Niza, más o menos a esta hora. Es imposible que Bea haya olvidado esa cita. La visita de Phyl era importante para ella. No veía el momento de encontrarse con la doctora. ¿Y quién es este tipo que afirma que se llama igual que el padre de Bea? Señor, estoy preocupado y no sé qué hacer.

—No haga nada —gritó Mahoney—. Absolutamente nada. Sobre todo, no llame a la policía. Yo me ocuparé de eso. Vaya a recibir a Phyl y avísele. Dígale que el tipo es Brad Kane. Y que yo estoy en camino.

Mahoney cortó la comunicación. Habló con Interpol y les explicó la situación. Después llamó al FBI. Los secuestros internacionales correspondían a su jurisdicción. Mahoney ni siquiera deseaba pensar en el asesinato. Una hora después estaba en un vuelo especial que se dirigía a Washington. Allí abordaría el Concorde con destino a París, donde otro avión lo esperaría para llevarlo a Niza. Rogaba a Dios que pudiera llegar a tiempo.

Phyl caminaba distraídamente por la terraza de Villa Mimosa. Nick le había informado sobre los últimos acontecimientos mientras regresaban del aeropuerto. El miedo y el sentimiento de culpa la abrumaban, mientras pensaba en Bea y los niños, solos con Brad Kane.

Nick estaba apoyado en un pilar y miraba sin ver los jardines. Finalmente movió nerviosamente las manos.

—No puedo soportar esta *espera* —dijo con un sentimiento de frustración.

Phyl se detuvo y lo miró. Las miradas de los dos se encontraron, y ella adivinó que los mismos pensamientos terribles cruzaban la mente del joven.

—¿Por qué Bea no dejó una nota? —exclamó—. De ese modo, por lo menos tendríamos una posibilidad.

—Porque Brad Kane tenía a los niños y le dijo que no hablase con nadie. Ese es el punto fuerte del secuestrador: la amenaza de lo que podría hacer. —Nick no lo dijo, pero ambos sabían que Brad no era un secuestrador vulgar y corriente el rescate que reclamaba era la vida de Bea.

—Pero ella sabía que la situación era peligrosa. Seguramente recordó lo que le había sucedido; en el Barranco de Mitchell. Dios mío, Nick, ¿qué podemos hacer?

—Preguntaré de nuevo a Jacinta, para comprobar si recuerda algo más —dijo el

joven dirigiéndose a la cocina.

—Jacinta, dígame de nuevo *exactamente* lo que sucedió —pidió Nick, en un tono de voz amable, porque era evidente que el ama de llaves estaba muy inquieta.

—Ahora sé que no debería haber permitido que los niños salieran con ese hombre —gimió Jacinta—. Pero se mostró tan cordial y bueno, y tan... tan amable y bondadoso con los niños. No parecía un secuestrador.

—Sí, Jacinta, lo sé —dijo Nick—. La policía llegará pronto para formularle algunas preguntas. Pero primero deseo que me diga de nuevo *exactamente* qué sucedió.

—Él telefoneó —dijo la mujer—. *Mademoiselle* Bea atendió. Habló amablemente con los niños, y todo me pareció normal. Oí que arreglaban encontrarse. Ella anotó algunas instrucciones, y yo volví a mi cocina, porque me pareció que ahora todo iba bien... y entonces ella salió en el automóvil. El perro la acompañó...

—Las instrucciones, Jacinta —se apresuró a decir Nick—, ¿dónde las escribió?

—En el cuaderno, señor. Junto al teléfono, aquí en la cocina.

Nick se apoderó del cuaderno. La primera página había sido arrancada. Por supuesto, Bea seguramente había llevado consigo las instrucciones... a menos que... Nick miró el interior del cesto de los residuos, pero estaba vacío. Después, en el suelo, detrás del cesto, vio una pelota de papel. Se arrojó sobre ella. «Ruta del Sol», leyó, «salir en Cavillon, D-dos hasta la N-100... 3 kilómetros hasta la salida G... el Café Sainton...».

—Dios mío, Phyl —gritó—. Creo que lo tenemos.

—Debemos informar inmediatamente a la policía —se apresuró a decir Phyl.

—No, Mahoney dijo que no lo hiciéramos. Dijo que no hiciéramos nada. Que lo esperásemos.

—Por lo menos, dejémosle una nota —dijo Phyl—. Tiene que saber adónde fuimos.

Redactaron la nota con las instrucciones y dijeron a Jacinta que las entregase al primer policía que llegase. Después ocuparon el Alfa rojo y siguiendo las instrucciones de Bea se dirigieron al café de la aldea de Provenza.

Capítulo 35

El Café Saintons era una típica taberna al costado del camino, a unos pocos metros de la ruta y a cierta altura sobre el nivel del suelo. Había una minúscula terraza rodeada por una barandilla de hierro, con un par de mesas y sillas de plástico y sombrillas descoloridas marcadas con el logotipo de una cerveza conocida. Dentro podía verse el acostumbrado suelo de mosaicos baratos y el mostrador recubierto de zinc, con una fuente de pasteles mustios y un par de bananas marrones.

El propietario se apoyaba en el mostrador y leía un periódico. Desvió brevemente la mirada cuando entró Bea. Ella observó de prisa a los pocos clientes, pero ninguno de ellos era Brad Kane.

Bea pidió un *brandy* y también un cuenco de agua para el perro. El patrón de expresión hosca la sirvió sin pronunciar palabra y sin molestarse en apartar de su labio inferior el cigarrillo cargado de ceniza.

Poochie bebió ruidosamente el agua y después se instaló bajo la mesa, comportándose por esta vez como un perro francés bien educado. Bea bebió de un trago el *brandy* con el ojo pendiente del teléfono que estaba cerca del mostrador, deseando que sonase. Cuando lo hizo ruidosamente un minuto después, la joven casi pega un brinco. El patrón dejó caer ceniza sobre las bananas marrones cuando lo atendió.

Bea bajó de su taburete y miró ansiosa al hombre, pero él estaba charlando animadamente, sin duda con un amigo. Bea volvió a su asiento y consultó su reloj. Eran las seis menos cinco. Miró nerviosamente al patrón; estaba gesticulando con los brazos y hablando acerca del equipo de fútbol de Marsella. La joven tuvo la sensación de que ese hombre hablaría hasta el infinito, y el límite de las seis se aproximaba de prisa. Bea lo miró, deseando en silencio que concluyese de una vez su conversación.

El patrón finalmente concluyó su conversación y comenzó a servir a otro cliente. Los ojos de Bea estaban clavados en el teléfono. Oía que los minutos se deslizaban en el gran reloj de pared: seis y uno, seis y dos, tres, cuatro. A las seis y cinco llamó. Y esta vez ella llegó antes:

—*Excusez moi, monsieur* —se apresuró a decir al patrón, apoderándose del receptor—, *mais j’attends un coup de téléphone*.

Él se encogió de hombros y la observó mientras limpiaba el zinc con un trapo viejo; después encendió otro Gauloise con la colilla del que descansaba en el cenicero amarillo.

—Llegó a tiempo —dijo Brad con voz neutra—. Y sola. Me complace ver que aceptó mis condiciones.

Ella se sentó en un taburete y agarró el teléfono con las dos manos.

—¿Dónde están los niños?

—Están aquí, conmigo. —De nuevo se adivinaba que sus labios dibujaban una sonrisa, mientras decía—: No necesito decirle dónde tiene que reunirse conmigo, ¿verdad? Es un lugar que usted conoce bien.

Bea sabía que él se refería a la granja de los Leconte.

—Les Cerisiers —dijo.

—Espéreme allí. Si usted está sola, los niños serán liberados, sin sufrir ningún daño. Dispone de media hora.

Bea cortó la comunicación. Depositó el dinero de su consumición sobre el mostrador y sin esperar el cambio bajó corriendo los peldaños y se metió en el automóvil. Poochie ladró excitado cuando de un brinco ocupó el asiento al lado de Bea. Ella aceleró el Mercedes y entró en el camino principal, metiéndose casi bajo las ruedas de un gigantesco camión. Apenas oyó el bocinazo resonante, mientras aceleraba en dirección al desvío que debía llevarla a Bonieux.

Nick no hizo caso de los límites de velocidad. Normalmente habría necesitado un par de horas para llegar a Cavaillon, pero esa noche redujo el tiempo en treinta minutos. Fue un viaje silencioso: él y Phyl estaban demasiado inquietos para conversar.

Además, pensó Phyl, mientras contemplaba la campiña, lo habían discutido hasta hartarse. ¿Qué más podían decir?

Estaban avanzando por la N-100, buscando el Café Saintons. En la semipenumbra cada vez más acentuada del atardecer, casi pasaron de largo. Después de todo, no era más que una pequeña y anónima escala al lado del camino, igual a cien semejantes. Vieron un par de camionetas estacionadas afuera y un Opel Rekord azul con licencia germana, pero el Mercedes blanco de Bea no estaba allí. Tampoco el Ferrari negro.

El patrón levantó los ojos de la sección deportiva de su diario y los miró con expresión grave.

—*Bon soir, monsieur, madame* —dijo, doblando el diario y encendiendo otro cigarrillo. Los restantes clientes los miraron interesados, mientras Nick pedía dos Kronenbourgs y preguntaba al propietario si había visto antes a una joven pelirroja.

El patrón retiró las cervezas del refrigerador y las depositó sobre el mostrador, al mismo tiempo que un par de vasos húmedos. Se encogió de hombros, con indiferencia.

—Es posible, *monsieur*. Aquí viene mucha gente, es un café conocido.

Nick lo miró exasperado.

—Una mujer joven, bonita, pelirroja. Traía un perro grande de pelaje marrón...

—Ah, el perro. Por supuesto, *monsieur*, ¿por qué no lo dijo antes? —Aplastó el cigarrillo y limpió lentamente los círculos húmedos sobre el mostrador, con un estropajo—. Estuvo aquí —dijo—. Esperaba una llamada telefónica. Después de recibirla, salió disparada.

—¿Sabe dónde fue?

—¿Cómo podría saberlo? No sé leer el pensamiento.

Nick miró a Phyl.

—Podemos intentar en un solo lugar. La residencia de verano de la familia cerca de Bonnieux. —Depositó dinero sobre el mostrador y apretó la mano de Phyl cuando salieron del café.

El patrón los miró. Contempló las dos cervezas intactas y el dinero. Miró a los restantes clientes y se encogió de hombros, en un gesto de incredulidad.

—¡Extranjeros locos! —dijo, bebiendo un trago de la Kronenbourg y volviendo a la página deportiva.

Casi confunden el desvío a Bonnieux, un camino estrecho que atravesaba los campos cubiertos de viñedos y después pasaba por la aldea encaramada en lo alto de la colina. Estaba oscuro cuando finalmente llegaron al lugar. Las empinadas calles adoquinadas estaban vacías y las casas medievales ya habían cerrado sus puertas por esa noche; pero encontraron un par de cafés abiertos y una galería que vendía las obras de los artistas y los artesanos locales. Y el propietario sabía dónde vivía Johnny Leconte Jones.

—Por supuesto, todos lo saben —dijo a Nick, mirándolo con suspicacia—. Pero era un hombre que vivía muy aislado. Necesitaba estar solo para practicar su arte, y nosotros respetábamos esa intimidad. Por aquí nadie le dirá dónde vivía *monsieur* Jones.

—Pero es urgente —dijo Phyl desesperada—. Su hija Marie-Laure es mi amiga. En realidad, es mi paciente. Necesita ayuda, y yo vine desde San Francisco para ofrecérsela... por favor, *monsieur*...

Bea estaba sentada en la terraza, esperando que llegase Brad. Llevaba allí una hora y aún no había indicios de la presencia del hombre. Ahora casi había oscurecido. Sentía una intensa opresión en el estómago y el corazón le latía veloz, mientras una docena de situaciones diferentes atravesaba su cerebro. Los chicos ensangrentados y abandonados, muertos a balazos... o quizás arrojados desde lo alto de un risco, como ella...

—Dios mío —rezó—, que libere a los niños. Haré lo que sea, pero ellos deben permanecer ilesos... Lo prometo.

Recordó la primera vez que Brad la había llamado, varios meses atrás. Ella acababa de regresar de Francia a su hogar; había ido allá para asistir al funeral de su padre. Aún no se había comunicado con amigos para informarles de su regreso y estaba abriendo sus maletas en la casa triste y silenciosa, cuando él la llamó.

—Hola, soy Brad Kane —dijo—. No sé si oyó hablar de mí, pero creo que debo explicarle algunas cosas. Y compensar de algún modo las cosas que hizo mi abuelo Archer Kane.

Por supuesto, ella reconoció instantáneamente el nombre, porque ya conocía la

historia de su padre, de modo que se puso en guardia.

—¿Cómo supo de mi existencia? —preguntó con cautela.

—Leí la nota necrológica acerca de su padre en *The New York Times* y vi una fotografía del funeral en una revista. Lo siento muchísimo.

Hablaba con tanto calor, con tal sinceridad que ella sintió auténticos deseos de creerle. De todos modos, Marie-Laure se preguntó por qué la llamaba ahora, después de tantos años. Su padre nunca había deseado tener ningún tipo de relación con los Kane. Le había advertido: «Es mejor que dejemos tranquilas las cosas».

—Vea, quizás este es un momento inoportuno —dijo vacilante Brad—. No quiero inquietarla. En realidad, todo lo contrario. Estuve conociendo muchas cosas sobre la historia de mi familia. *Nuestra* historia, Marie-Laure. Después de todo, somos parientes. Y, de hecho, es posible que usted sea mi único pariente vivo.

Ella pensó sorprendida: *Y usted el único que yo tengo.*

—Necesito aliviar mi mente, expiar los pecados de mi abuelo. Por eso quiero conversar con usted, Marie-Laure. El Rancho Kanoi es uno de los principales en Estados Unidos. Y la mitad en realidad le pertenece. Me agradecería que viajase a Hawái y lo viese. Que usted misma viese lo que el dinero de su abuela ayudó a construir. Creo, abrigo la esperanza de que ella se sentiría orgullosa, a pesar de todo. Y me agradecería pensar que la hija de Johnny Leconte también está orgullosa de la importancia de esta empresa.

—Mi padre no quería tener ninguna relación con el rancho. No deseaba saber nada acerca del pasado —dijo apasionadamente Marie-Laure—. Odiaba a Jack Kane.

—Lo sé —dijo Brad con tristeza—. Y con buenas razones. Pero yo no soy Jack. Soy su hijo y tengo que vivir con ese sentimiento de culpabilidad. Por favor, por mi bien y por el suyo, Marie-Laure, ¿me permitirá corregir la situación? No puede permitir que yo continúe sintiendo tanta culpa. Por lo menos, venga a ver el rancho. Quizás incluso se enamore de él.

Se expresaba con tanta amabilidad, como si realmente deseara conocerla... En la soledad de Marie-Laure, el pensamiento de Hawái y el rancho era algo tentador. Sería fascinante ver el lugar donde había crecido su padre. Quizá Brad tenía razón; quizás ellos pudieran compensar todo el mal que provenía del pasado. Olvidó la advertencia de su padre y fue allí.

Un esbelto Gulfstream IV estaba esperando en San Francisco para llevarla a Honolulu; después un pequeño bimotor Cessna la llevó al rancho, en el último y breve tramo. Brad la esperaba en la pista, y ella se sorprendió al ver que era un hombre muy apuesto. No había sabido qué esperar, pero recordó que su padre le había dicho que los varones Kane eran rubios y apuestos, y supuso que Brad debía parecerse a ellos. Vestía vaqueros, una camisa de trabajo y botas, y, mientras ella le estrechaba la mano, se dijo que parecía un auténtico ranchero dedicado al trabajo en su propiedad.

—Por supuesto, eso soy —dijo él, mirándola a los ojos. Las fotografías no

reflejaron bien su belleza— agregó. —No esperaba una persona tan bonita como usted.

Él se mostraba tan tranquilo que ella se sintió muy cómoda. Recorrieron en *Jeep* la larga avenida con árboles a los lados, hasta llegar a la pequeña propiedad construida por Archer Kane. Brad le mostró los jardines floridos y los extensos terrenos con los rebaños de pura sangre del ganado vacuno. La llevó a ver la pequeña aldea construida por los Kane para los peones y sus familias, y la escuela y las instalaciones médicas, así como la iglesia construida con el dinero de los Kane.

—Así, usted no podrá creer que somos tan malos —dijo Brad Kane, sonriéndole—. Y sabrá que el dinero de su abuela fue utilizado en cosas buenas.

Al final de ese día tan largo, volvieron al aeródromo. Mientras de nuevo tomaban el Cessna, él dijo como de pasada:

—Y ahora, la llevo a Kalani.

Kalani. La hermosa y terrible isla donde su padre había vivido prisionero diez largos años. Brad adivinó lo que ella estaba pensando, se inclinó hacia adelante y le tomó la mano.

—Marie-Laure —dijo amablemente—, vamos a exorcizar nuestros fantasmas.

Brad pilotó personalmente el Cessna. Describió círculos sobre la isla, señalando los dos picos volcánicos, los grandes riscos en el extremo noreste y los barrancos cubiertos de bosques. Así como los prados con las manadas de Herefords que pastaban satisfechas. En el *Jeep* que habían usado para acercarse a la vivienda, Bea trató de imaginar al enjuto y delgado «Mono» y su vida solitaria en ese lugar. Habían sido tiempos felices, según le explicó su padre, cuando Jack y Archer estaban lejos y él se quedaba solo con Maluhia y Kahanu. Y después había descubierto la pintura y de ese modo su vida había cobrado un nuevo significado.

La residencia era una casa blanca, larga y baja, con techo de palmeras.

—Se parece mucho a lo que era cuando su padre vivía aquí —dijo Brad, mientras un criado chino descendía presuroso los peldaños para hacerse cargo de la maleta de Marie-Laure—. En realidad, le asigné la habitación que él ocupaba. Me pareció que a usted le agradaría eso.

Marie-Laure le dirigió una mirada de agradecimiento; parecía que él pensaba en todo. La antigua habitación de su padre era pequeña; tenía espacio suficiente apenas para una angosta cama de bronce y una mesita de noche. Una alfombra azul trenzada cubría el piso de madera oscura y algunas viejas fotografías de Kalani, en blanco y negro, colgaban de las paredes. Los ventanales franceses se abrían sobre la terraza y permitían una magnífica visión de los jardines y el océano.

Marie-Laure yacía en la cama. Tenía las manos tras la cabeza, contemplaba los jardines, las palmeras y el océano. Su padre seguramente descansaba allí, exactamente de ese modo, contemplando el mismo panorama y rogando que Jack Kane jamás volviera. Se preguntó cuántas mañanas el niño de cinco años había despertado en esa atmósfera tan conocida de sufrimiento y había deseado saber qué

nueva tortura le preparaba Jack. Cuántas noches había descansado allí, preguntándose cómo podía escapar. *Preguntándose si alguna vez lograría escapar.*

Sin embargo, a pesar de toda esa locura y de tanta violencia, Brad Kane había crecido inmune. Era un individuo gentil, bueno y simpático. Comprendía que lo que Archer y Jack habían hecho estaba mal. Marie-Laure sonreía mientras se duchaba, previendo la velada que se aproximaba; en ese momento pensó que no había sentido deseos de sonreír desde la muerte de sus padres. Quizá, después de todo, era conveniente que hubiese ido a Kalani. Se puso una sencilla camisa de seda color crema y una larga falda negra y calzó las nuevas sandalias rojas que había comprado en Avignon la semana anterior. Vaciló en la puerta y volvió los ojos hacia la antigua casa de su padre experimentando un súbito impulso de duda, recordando sus palabras de advertencia. Esperaba conocer Kalani, pero aún no deseaba nada que estuviese en poder de Brad Kane.

Brad estaba de pie en la terraza, con una copa en la mano, observando un par de cardenales rojos que codiciosamente picoteaban los restos depositados en una fuente. Dos enormes Doberman negros se agazapaban a cada lado de Brad y sus ojos ardientes se fijaban en las aves.

—No se preocupe —dijo Brad, al observar la expresión horrorizada de Marie-Laure—. Los perros están bien entrenados. No se acercarán a los cardenales. Por supuesto, a menos que les imparta la orden.

—Pero usted no lo hará —dijo ella, dominada por la ansiedad.

—Por supuesto, no lo haré. Los pájaros llegan todas las noches para comer, lo mismo que han hecho durante décadas. Su padre seguramente los conocía bien.

Le sirvió una copa de champaña y dijo:

—Creo que esto merece un brindis. Brindo por la reunión definitiva de los Leconte y los Kane. —Alzó la copa y tocó la de Marie-Laure—. Por nosotros, mi querida Marie-Laure. Por los sobrevivientes.

—Por nosotros —repitió la joven, mientras se preguntaba inquieta qué habría opinado su padre.

Brad fue el anfitrión perfecto. Los perros permanecían acostados dócilmente detrás de su silla, mientras los dos consumían la sencilla comida de productos de la tierra y él le hablaba de la historia del rancho y de Kalani. Le relató la historia de la primera esposa hawaiana de Archer y que la isla que ella había bautizado con el nombre de Kalani —el Paraíso— era un regalo de bodas que se convirtió después en la piedra del rancho y la fortuna de la familia Kane.

—Y la mitad de esa fortuna ahora es suya —dijo, sosteniendo la mirada de Marie-Laure.

Ella comprendió que Brad hablaba en serio y se sintió conmovida. Extendió la mano y tocó la de Brad sobre la mesa.

—No lo necesito, Brad —dijo—. No lo deseo. El pasado es el pasado. El Rancho Kanoi le pertenece. Además, veo que lo ama profundamente, y en cambio para mí no

significa nada.

—Usted es muy generosa, Marie-Laure —dijo Brad, con una sonrisita extraña.

—No es generosidad. Mi padre llegó a la conclusión de que su herencia le amargaba la vida. Era la causa de su desgracia y no quería tener nada que ver con eso. Tampoco yo. —Vaciló—. Excepto quizá la Villa Mimosa.

Brad echó hacia atrás la cabeza y rio.

—Yo le ofrezco la mitad del Rancho Kanoi y usted me dice que lo único que desea es la Villa Mimosa. ¿Sabe que yo jamás la he visto siquiera?

—Yo la conozco. Solo una vez la vi —dijo—. Es hermosa. Kalani es su propiedad, pero la villa pertenece a mi familia. Fue la casa de mi abuela, y mi padre nació allí. Fue feliz en ese lugar durante un tiempo, hasta que... —No quiso decir más. Brad Kane conocía la historia del secuestro de Johnny Leconte, arrancado de la Villa Mimosa.

—Entonces, por supuesto es suya —dijo bruscamente—. Y ahora le daré las buenas noches, Marie-Laure. Tengo que atender algunos papeles.

—Buenas noches, Brad —dijo Marie-Laure, mirando desconcertada cómo él se alejaba. Los dos enormes perros negros siguieron en silencio, como fantasmas, los pasos de Brad.

Marie-Laure durmió profundamente esa noche en la antigua habitación de su padre. El golpeteo de las olas que se rompían en la playa llenó sus sueños. Y cuando despertó y vio el alba perlada y las bandadas de aves de vivos colores gorjeando frente a su ventana, sonrió y pensó que Lahilahi había bautizado bien a su isla. En efecto, era el «paraíso».

Un criado chino trajo una bandeja con café caliente y bizcochos. Los colores tropicales de las frutas frescas recién cortadas parecían un mosaico de joyas en una fuente.

Movida por la curiosidad, Marie-Laure preguntó al criado cómo había sabido que ella estaba despierta.

Él sonrió con expresión misteriosa.

—Siempre lo sabemos, señorita —dijo, mientras distribuía los platos sobre la mesa de la terraza.

El hombre parecía frágil y delgado como un junco con su chaqueta de algodón blanco y los pantalones negros, y, aunque la cara de huesos delicados casi no tenía arrugas, Marie-Laure comprendió que debía de ser muy anciano. Le preguntó cuánto tiempo llevaba trabajando para la familia.

—Muchos años, señorita, desde que era joven —dijo el hombre uniendo las manos e inclinando cortésmente la cabeza—. Primero, trabajé mucho tiempo para el señor Jack en Diamond Head. Más tarde, después que él murió, para el señor Brad. Y ahora, que soy un anciano, permanezco aquí, casi siempre en Kalani. El señor Brad dice que mis tareas aquí me permiten llevar una vida más tranquila. —Sonrió con cierta picardía—. Él quiere que me jubile, pero yo me niego. No quiero la jubilación.

Como su padre, trabajo hasta morir.

Marie-Laure se echó a reír y le preguntó su nombre. Dijo que se llamaba Wong.

—Pero no es mi verdadero nombre chino. Me lo asignó el señor Jack. Él decía que no podía pronunciar mi verdadero nombre. Por eso ahora soy Wong.

Marie-Laure de pronto comprendió que estaba con una persona que había conocido a Jack Kane en carne y hueso. Alguien diferente de su hijo. ¿No decía la gente que los criados siempre lo sabían todo? Si alguien estaba enterado del asunto, debía de ser este anciano chino, que sin duda sabía la verdad acerca del torturador del padre de la joven.

Preguntó:

—Wong, ¿cómo era el señor Jack? ¿Era un mal hombre?

El anciano chino vaciló, con la cabeza inclinada.

—El señor Jack era hombre orgulloso, señorita —dijo al fin—. Muy orgulloso del apellido Kane. A veces buen hombre, a veces malo. —Suspiró—. A veces muy malo. Pero yo soy solamente su criado. Lo veo todo, pero no digo nada. —La miró y dijo—: No hablar mal de un muerto.

Se inclinó nuevamente, y ella lo vio mientras se alejaba con pasos lentos.

—Wong —lo llamó. El anciano se volvió y la miró, con las manos unidas en un gesto de paciencia—. ¿Conoció al muchacho a quien llamaban el Mono?

El hombre meneó la cabeza.

—No, señorita. Nunca lo vi.

Brad se acercó a ellos, como siempre seguido por los perros.

—Marie-Laure, buenos días —dijo alegremente—. Ojalá haya dormido bien.

Los perros se echaron obedientes sobre el vientre, mientras él sonreía a la joven.

—Lo siento, pero sucedió algo. Debo regresar a Honolulu. Había abrigado la esperanza de que podríamos pasar un par de días aquí, pero me temo que tendremos que salir esta mañana.

Se encogió de hombros, irritado.

—Son asuntos de trabajo. Si no fuera así, no le impondría esto. Después de todo, apenas acaba de llegar a Kalani. No importa. Por lo menos consiguió conocerlo. Y quizá llegue a la conclusión de que Diamond Head le agrada todavía más.

Wong y uno de los perros, llamado Makana, los acompañó a Honolulu. El perro se echó silenciosamente a los pies de Wong, hasta que el avión comenzó a descender en Honolulu, y entonces comenzó a aullar ruidosamente.

—Quieto, Makana —gritó Brad desde la cabina—. Wong, haz callar a ese perro.

Wong dio una palmada en la cabeza del animal, le dijo algo en chino y el perro cesó de aullar, aunque continuó temblando nerviosamente.

—No importa cuántas veces este animal vuele conmigo, siempre aúlla cuando aterrizamos —dijo impaciente Brad—. Wong pasó con los Doberman tanto tiempo como yo. De hecho los crio. Es la única persona a quien obedecen, aparte de mí.

Marie-Laure pensó que el minúsculo chino debía de tener la mitad del peso del

Doberman. Un salto y el animal habría arrojado al suelo al ser humano.

—No se puede controlar a un perro como este mediante la fuerza —dijo Brad, que le adivinó el pensamiento—. El secreto está en el entrenamiento. Se los domina mediante órdenes.

Marie-Laure pensó en los exuberantes y alegres perdigueros que habían sido los animales mimados de su propia familia y experimentó un impulso de simpatía hacia Makana.

El helicóptero de Kane esperaba en Honolulu para llevarlos a Diamond Head, mientras Brad se dirigía a la ciudad para asistir a su reunión.

—Wong se encargará de que usted tenga todo lo que necesita —le aseguró, despidiéndose de ella—. Póngase cómoda.

Marie-Laure miró hacia abajo, desconcertada, mientras el helicóptero revoloteaba sobre la residencia de Diamond Head. Era una mansión de ensueño, envuelta en verdor tropical, con fuentes y flores coloridas y una piscina de aguas azules que parecía prolongarse hasta el borde de los grandes riscos negros que descendían en pico sobre las olas bañadas por el Pacífico.

Wong la acompañó a su habitación, pero se le veía tan anciano y fatigado que ella no quiso permitir que el chino le llevase el viejo bolso de lienzo verde. Lo siguió y al pasar contempló admirada los cuadros y otras obras de arte.

—Esta era la habitación de la señora Kane —le dijo Wong, después de abrir una puerta. Era una habitación espaciosa, bella y luminosa, con vista a los prados arbolados que descendían hacia el mar. Wong se apoderó del bolso de Marie-Laure y lo depositó sobre el armario más grande que la joven hubiese visto jamás.

—A *madame* seguramente le agradaban las ropas —dijo sobrecogida—. Wóng, ¿usted se refiere a la madre de Brad?

—Sí, señorita. Se llamaba Rebecca. Era muy hermosa. Hay uno de sus retratos en el comedor. Y están todos los restantes. El señor Archer y su segunda esposa, y el señor Jack.

Marie-Laure ansiaba verlos. Wong la guio, señalando orgullosamente los retratos de la familia; pero no necesitó decirle quiénes eran. El padre de Marie-Laure le había descrito esa cara de expresión cruel, arrogante y de helada indiferencia, y lo había hecho con tanta eficacia que ella habría conocido por doquier a Archer Kane. No alcanzaba a comprender por qué la pobre y vulnerable *celibataire* se había enamorado de ese hombre, aunque ciertamente era un canalla apuesto, de apariencia viril.

Los ojos azules de Jack Kane la miraban burlones, exactamente como seguramente habían mirado a su padre.

—Creíste que, como eras un Kane, podías actuar como el rey de todo lo que existe —le murmuró Marie-Laure al cuadro—. Pero en definitiva, Jack, no conseguiste imponerte. Lo único que lograste fue el dinero.

Rebecca era todavía más hermosa de lo que ella había imaginado. Esplendorosa y reluciente gracias a sus esmeraldas y su arrogancia. Seguramente había sido un rasgo

de familia, pensó sorprendida Marie-Laure; incluso las esposas lo demostraban. Chantal también tenía esa actitud. El artista había reflejado la curva de sus labios, la altivez impaciente de sus ojos, aunque Marie-Laure creía que había un cierto atisbo de burla de sí misma.

Marie-Laure se sintió mejor cuando se apartó de esas caras muertas hacía mucho tiempo. Le parecía bien haber llegado allí y haberse enfrentado a los fantasmas de la vida de su padre. Creía que él habría aprobado esa actitud.

Regresó a su habitación y encontró a una doncella vaciando su maleta; se sintió obligada a sonreír cuando vio sus propias camisetas, un vestido, una falda y un par de camisas colgando solitarias en el armario. Sus prendas sencillas no armonizaban con la grandeza del ambiente. El armario de Rebecca necesitaba alta costura, sombrereras y grandes baúles, no un viejo bolso de lienzo comprado en L. L. Bean.

Se puso el traje de baño y nadó un rato en la magnífica piscina. Después se recostó en un hermoso sillón de bambú, bajo una ancha sombrilla, bebiendo té helado traído por otro criado chino y pensando en Brad.

Se dijo que estaba comportándose muy bien con ella. Era imposible mostrarse más hospitalario. Prodigaba simpatía y generosidad, hasta el extremo de que estaba ofreciéndole la mitad del rancho Kane. Pero ¿por qué persistía en ella ese sentimiento subrepticio de que algo estaba mal? ¿Por qué él se mostraba tan amable? Continuó recordándole todo lo que su padre le había dicho sobre todos los Kane: que lo único que importaba en la vida de esa gente era el Rancho Kane y su nombre. Nada más contaba. Incluso habían asesinado para conseguir sus objetivos.

Entonces ¿por qué Brad Kane había llegado a ofrecerle la mitad del rancho Kane? Era como ofrecerle la mitad de la posesión de su corazón.

De pronto se sintió inquieta y sorbió el té helado. Brad Kane era un empresario de carácter fuerte. No era un filántropo, ni un ingenuo cristiano, ni un loco. Esa oferta no correspondía a su carácter. Sabía exactamente lo que estaba haciendo. Si estaba dispuesto a cederle una parte del rancho, seguramente quería algo a cambio.

Las palabras de advertencia de su padre resonaron constantemente en su cabeza; alcanzaba a oír su voz que le decía: «Deja dormir el pasado, porque puede suceder que salgas perjudicada». Algo estaba mal. Y de pronto no quiso permanecer allí y averiguar qué era. Tenía que salir de esa casa.

Atravesó corriendo los jardines paradisíacos en dirección a la habitación de Rebecca. Volvió a preparar su maleta, se dio una ducha y después se puso una camiseta blanca y vaqueros y calzó sus sandalias rojas, para salir finalmente a la terraza y esperar a Brad.

Eran las doce y media cuando él regresó.

—Es agradable ver que una bonita joven me espera cuando vuelvo a casa —dijo Brad con cierto entusiasmo, mientras se servía un *whisky*.

Le ofreció una copa, y ella meneó la cabeza, preguntándose si después de todo no estaría equivocada. Se le veía tan sereno, apuesto, bronceado por el sol, y... rico.

Parecía que era el dueño del mundo. *Entonces por qué, seguía insistiendo esa vocecilla, ¿por qué quiere entregarme la mitad de todo lo que tiene?*

—Parece muy silenciosa, Marie-Laure —dijo él, observándola.

—Estoy cansada. Nadé mucho... varios largos —replicó en actitud evasiva.

—Pensé que almorzaríamos en la glorieta —dijo él. Marie-Laure alcanzó a ver una bonita estructura de madera blanca, sobre el borde del risco. Él le tomó la mano para ayudarla a ponerse de pie y le pasó un brazo cordial sobre los hombros, mientras caminaban hacia ese lugar acompañados por el Doberman.

La glorieta estaba construida como un pabellón hawaiano, un octógono de madera blanca, abierto por todos los costados, con un techo curvo formado por ramas de palmeras que culminaba en la cima. Había gruesas cortinas de lienzo entre los postes, preparadas para impedir el paso del viento; el panorama era extraordinario, llegaba hasta las rocas del promontorio, y las grandes olas del Pacífico avanzaban majestuosas hacia tierra.

Wong estaba disponiendo los platos sobre una mesa auxiliar, pero Brad lo despidió y dijo que ellos mismos se servirían.

Durante un momento, al contemplar la belleza que había alrededor, Marie-Laure se sintió tentada de creer en su ofrecimiento. Esos hermosos jardines, cargados de flores tropicales y perfumadas, los prados color esmeralda, la visión de las olas del océano. Lo único que ella tenía que hacer era decir la palabra adecuada y la mitad de ese mundo podía ser suyo. Pero, cuando miró a Brad, percibió una extraña expresión en su cara, una lejanía y una frialdad que le provocó un escalofrío en la espina dorsal.

—Vamos, sentémonos a comer —dijo él, con una sonrisa pronta. Su expresión de nuevo tenía un carácter neutro, y Marie-Laure se dijo que ella misma estaba adoptando una actitud tonta, que sencillamente había imaginado esa mirada fría.

Probó la ensalada; Brad, al parecer, ni siquiera tenía apetito. Estaba sentado, en silencio, bebiendo su *whisky* y observándola.

Aparecieron nubarrones sobre el mar, tapando la luz del sol, y de pronto un viento fuerte convirtió el oleaje en una sucesión de promontorios oscuros y espumosos. Ella se estremeció y miró nerviosamente a Brad en ese ambiente penumbroso cada vez más tormentoso y oscuro, preguntándose por qué estaba tan silencioso.

—Brad, creo que debería marcharme por la mañana —se apresuró a decir—. Usted ha sido un anfitrión maravilloso. Le agradezco haberme mostrado el Rancho Kanoi y Kalani, y su generosa oferta. Pero no puedo aceptar. Sencillamente no quiero tener nada que ver con eso.

Él la miró con el rostro inexpresivo. Tampoco ahora formuló comentarios, y Marie-Laure sintió de nuevo esos escalofríos de advertencia. Pensó aprensiva que, incluso aunque Brad estaba mirándola, en el fondo parecía que no la veía.

Se puso de pie y caminó nerviosamente hasta el borde de la glorieta. Se apoyó en la barandilla y contempló el océano, sintiendo deseos de hallar algo que decir para romper ese extraño silencio. Se volvió para hablar a Brad, para disculparse de nuevo

por su súbita partida. Y entonces vio la escopeta apoyada en la silla, detrás del hombre. Era un arma hermosa, bien trabajada, con un gatillo de madera lustrada, adornado con plata.

—Es una hermosa arma —dijo, sorprendida porque no la había visto antes—. Pero ¿a qué le va a disparar aquí?

—A los *depredadores* —dijo él con expresión cruel—. Siéntese, Marie-Laure Leconte.

Hubo un súbito relente de peligro en el aire, perceptible como el aroma del *whisky*. Ella se sintió paralizada y miró al hombre.

—*Dije que se sentara.*

En su voz había un filo que la indujo a obedecer. Se le aflojaron las rodillas y se dejó caer en el sillón, frente a él.

—Lamento decirle que no puedo continuar aquí, —dijo ella, asustada—, pero es mejor así. Mi padre tenía razón. No debí venir...

—Cállese —rezongó él, impaciente— y escúcheme, muchacha tonta. —Los ojos de Marie-Laure se agrandaron a causa de la impresión causada por las palabras de Brad—. Por supuesto, tiene razón —dijo con voz distante—. No debió venir aquí. Y su padre tampoco debió llegar a esta isla. Archer Kane debió matarlo en la Villa Mimosa, cuando mató a su madre. Habría sido lo mejor para todos. —Sonrió fríamente mientras bebía otro trago de *whisky*—. Y me habría ahorrado muchas dificultades.

—¿Qué quiere decir? —Marie-Laure empujó hacia atrás su silla, se puso de pie y se apartó nerviosamente de él. El Doberman emitió un gruñido sordo, que tenía una reverberación amenazadora.

—Usted fue estúpida y tonta si creyó que yo le regalaría ni siquiera la más mínima fracción del Rancho Kanoi. Usted ya lo vio. Usted sabe que pertenece a la familia Kane. Que fue nuestro trabajo esforzado, nuestra inteligencia, nuestra consagración, *nuestra superioridad* lo que transformó este lugar. Lo único con que Marie-Antoinette y su hijo contribuyeron fue con el dinero. Nada más que eso. Ni siquiera construyeron esta casa, no crearon a Kalani, no plantaron la arboleda ni construyeron la casita ni la instalación hospitalaria, ni la iglesia ni las casas para los trabajadores. No hicieron nada, Marie-Laure.

Ella calló de nuevo y lo miró con expresión apaciguadora.

—Sé todo eso, Brad —se apresuró a decir—. Ustedes hicieron maravillas...

—Jack tenía razón —dijo él, como si ella jamás hubiese hablado—. Dijo que debía haber liquidado al Mono esa noche en la isla, cuando pelearon. Hubiera debido clavarle ese cuchillo en el corazón, y así habría resuelto el problema. Lamentó toda su vida no haberlo hecho. Me dijo: «Sé muy bien que todavía está por allí, como una cascabel enroscada, esperando para atacar. Un día intentará arrebatarlos la fortuna. Aún quiere apoderarse de todo lo que la familia Kane ha creado durante estos años; nuestro sudor y nuestros esfuerzos, nuestra tierra, nuestra herencia. *Nuestro nombre.*

No te confundas, vendrá a reclamar su fortuna, y cuando lo haga, tienes que estar preparado para actuar. Rápido y sin compasión».

Marie-Laure respiró hondo cuando Brad depositó sobre la mesa el vaso vacío. Él se puso de pie y la miró fijamente.

—Mi padre está muerto —exclamó ella—. Nunca quiso tener nada que ver con Kalani y el Rancho Kanoi. Nunca quiso volver aquí. No quiso recibir nada de la familia Kane.

—Pero usted no ha muerto, Marie-Laure. Y un día *usted* comenzará a pensar en todas estas cosas, en este rancho tan valioso, en esta hermosa casa, en Kalani y en todo ese dinero. E irá a un abogado astuto con su historia y su demanda. En ese momento querrá más de la mitad, Marie-Laure. Lo querrá todo. Y, como comprenderá, no puedo permitir que suceda tal cosa.

—Usted está loco —exclamó ella, mientras retrocedía un paso—. Ya le dije que no quería nada de usted. No quiero que el apellido Leconte se asocie jamás con los Kane. Mi padre tenía razón con respecto a ustedes. Viven al margen de la ley; no tienen moral; su abuelo mató a su esposa para apoderarse de su dinero, y habría asesinado también a Johnny cuando alcanzara los dieciocho años. Jamás debí volver aquí. No debí haberlo escuchado. Tendría que haber confiado en mi padre.

El relámpago morado zigzagueó súbitamente en el cielo nocturno.

—Ahora es demasiado tarde —dijo Brad. Se inclinó sobre la barandilla con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándola con los ojos entornados.

—Pensaba marcharme mañana —dijo ella, acercándose poco a poco a los peldaños—. Pero creo que es mejor que lo haga ahora.

La risa fría y amarga de Brad la siguió cuando ella descendió de prisa los peldaños, helándole la sangre en las venas. Echó a correr. Oyó la orden de Brad y miró por encima del hombro.

—Mata —gritó Brad. Y entonces vio al Doberman, una especie de fugaz flecha negra en la oscuridad tormentosa, corriendo hacia ella. Emitió un grito y se cubrió con los brazos cuando el poderoso animal se arrojó sobre su cuerpo. Sintió un dolor desgarrador porque los dientes del Doberman se cerraron sobre su brazo. Después oyó los gritos de Wong.

—Quieto, Makana —gritó y corrió hacia ella—. Al suelo. Al suelo, canalla.

El perro soltó a Marie-Laure al recibir la orden y Wong se colocó entre ella y el animal.

—¡Mata! —gritó de nuevo Brad, corriendo hacia ellos a través de la oscuridad y la lluvia, con la escopeta en la mano.

El Doberman clavó los dientes en el cuello del anciano chino y apretó con fuerza.

—Dios mío, Dios mío —gritó Marie-Laure. El anciano estaba tendido en el suelo, y el perro le destrozaba la cara. Había sangre por doquier, que manaba de la arteria principal del cuello. Resonó un tiro y el perro retiró del anciano la boca ensangrentada. La miró un momento y después emitió un sonido agudo y

sobrecogedor. Los ardientes ojos marrones se pusieron vidriosos, se le doblaron las piernas y se deslizó al suelo en un movimiento lento, al lado del cuerpo de Wong.

El miedo puso alas en los pies de Marie-Laure y la joven huyó por el camino resbaladizo, esperando el disparo que como bien sabía podía enviarla al seno de la eternidad. No sucedió nada, y ella miró por encima del hombro. Brad estaba de pie bajo la lluvia, sobre los dos cuerpos. Lo vio arrojar la escopeta y arrodillarse al lado de los cadáveres.

—Dios mío —oyó la voz angustiada del hombre—, mira lo que han hecho ahora. —Elevó la cabeza al cielo y gimió dolorosamente.

Ella descendió por el sendero en dirección a la casa. Tenía que llegar allí con la mayor rapidez posible... iría a la policía... relataría su historia... les diría que Brad estaba loco... En el momento mismo de pensarlo comprendió que eso no serviría. Mirarían a Brad Kane, el rancharo aristocrático que era dueño de buena parte de las islas, cuya familia había vivido allí durante generaciones. Y mirarían a Marie-Laure, una joven histérica con una historia increíble acerca de un ataque; y sabía a quién creerían.

Echó a correr por el sendero en dirección a los portones; después recordó que su dinero y las tarjetas de crédito estaban en su habitación. Se detuvo, impotente; no podía llegar muy lejos si carecía de recursos.

Volvió los ojos hacia la casa y vio a los criados que corrían, oyó sus exclamaciones de angustia y supuso que aún disponía de unos pocos minutos. Corrió hacia su habitación, se apoderó del talonario y volvió corriendo en dirección a la salida. El guardián había escuchado el disparo. Había corrido a ver qué pasaba, dejando sin vigilancia las puertas. Marie-Laure accionó el artefacto electrónico que las abría y salió de la propiedad. Después comenzó a descender corriendo la pendiente, moviéndose ágil bajo la lluvia con el corazón latándole con fuerza en el pecho.

Le pareció que pasaba mucho tiempo antes de que apareciese una estación de servicio, y ese fue el momento en que ella comenzó a caminar más pausadamente. Consultó su reloj. Había estado corriendo durante veinte minutos. Se dijo que Brad no podía atreverse a perseguirla en un lugar público y ahora comenzó a buscar una moneda en su bolso.

Fue al teléfono público y llamó un taxi. Después entró en el cuarto de baño y se lavó. Tenía el brazo sangrando y se limpió; después se quitó la camiseta y la envolvió alrededor de la herida. Se puso un suéter liviano para mantener en su lugar el vendaje improvisado. Se lavó la cara con agua fría y se peinó los cabellos húmedos; luego regresó fuera a esperar la llegada del taxi.

Tenía la garganta reseca a causa de la carrera, de modo que retiró una Coca de la máquina y la bebió, todavía temblando. Pensó en la expresión dolorida de Brad cuando vio a Wong y su grito salvaje y torturado. Y recordó al perro moribundo con los ojos vidriosos, desplomándose lentamente en el suelo. Sabía que Wong le había

salvado la vida y que a causa del anciano chino Brad no estaba persiguiéndola. Todavía.

El taxi se detuvo frente a la entrada de la estación de servicio, y Marie-Laure corrió hacia el vehículo. Subió con un sentimiento de alegría y se recostó en el asiento trasero.

El siguiente vuelo de United salía dos horas después. ¡Dos horas! Le parecieron una eternidad. Adquirió un pasaje y se retiró presurosa del mostrador, ocultándose entre la multitud, observando y esperando. Pero aún no había signos de Brad Kane cuando finalmente llamaron a los pasajeros de su vuelo.

Marie-Laure emitió un suspiro de alivio cuando por fin se subió a la máquina y ocupó su asiento. Ahora, estaba a salvo.

Después llegó a San Francisco, y Brad estaba allí, esperándola.

Ahora, sentada en la terraza de la hermosa y vieja granja de su familia en Provenza, Bea se preguntó cómo podría haber creído que jamás volvería a sentirse seguro. Brad Kane estaba obsesionado por los Leconte. Estaba loco. La joven no había comprendido que él podía actuar con mucha rapidez. Y silenciosamente. Ella ignoraba que él estaba al mando del Gulfstream y de camino a San Francisco antes de que hubiese tomado siquiera el vuelo de United. No podía saber que él era un hombre que estaba en condiciones de comprar lo que se le antojara y que sabía dónde podía conseguir lo que necesitaba —la jeringuilla con el anestésico de acción rápida que la había desmayado durante varias horas, entre otras cosas—, de manera que podía matarla y conseguir que la cosa pareciera un accidente. Y así el Rancho Kanoi sería en definitiva suyo.

Percibió su presencia antes de verlo. No oyó ningún sonido; de pronto estuvo allí, una sombra más densa contrapuesta en la oscuridad. Vio la brasa de su cigarrillo cuando lo llevó a los labios.

—Bien, Marie-Laure —dijo con esa voz tranquila y neutra—. Volvemos a encontrarnos.

Poochie se erizó y se incorporó. Gruñó y mostró los dientes en señal de advertencia.

Brad se echó a reír.

—Supongo que no habrá traído a ese perrucho para que la defienda. En realidad, no creo que sea el animal apropiado.

—¿Dónde están los niños? —se apresuró a preguntar Bea. La asombraba que su propia voz conservara la calma. Ahora que estaba viendo a su asesino cara a cara, sentía un odio tan intenso que le impresionaba a ella misma. Pero tenía que mantener una apariencia de calma si deseaba triunfar. Tenía que saber que él había cumplido su

palabra y que todo estaba bien.

—Hice lo que prometí —dijo Brad—. Llamé a un taxi para que los condujera a la Villa Mimosa.

Ella lo espió con cautela en la oscuridad, siguiendo el movimiento de la mano que sostenía un cigarrillo.

—¿Cómo sé que eso es cierto?

Él se encogió de hombros en un gesto de indiferencia.

—Marie-Laure, creo que simplemente tendrá que confiar en mí.

Ella lo vio aplastar el cigarrillo y después caminar para acercarse a la joven. Marie-Laure metió la mano en el bolsillo y agarró el afilado cuchillito de cocina. La transpiración del miedo le empapaba los cabellos; ahora la joven tembló a causa del odio que ese hombre le inspiraba, el odio que le inspiraban Jack y Archer. Habían conseguido cometer sus crímenes sin ser castigados, pero ella no permitiría que Brad se saliera con la suya. Eso no volvería a repetirse. Primero lo mataría. Sollozó cuando advirtió lo que estaba pensando. Brad Kane estaba convirtiéndola en una asesina, una criminal. No era mejor que todos los Kane.

Entonces vio el arma en la mano de Brad. Poochie emitió otro gruñido muy grave. Ella pudo ver los relucientes colmillos del perro y lo agarró con más fuerza del collar.

—Vamos a dar un corto paseo, Marie-Laure —dijo Brad, sin hacer caso del perro—. Vamos a conocer algunos paisajes. Lástima que esté tan oscuro, pero por otra parte usted sin duda conoce estos caminos como la palma de su mano.

La tomó del brazo y la obligó a caminar hacia el automóvil. Mantuvo abierta la puerta y le ordenó con un movimiento del arma que ocupase el lugar del conductor. Poochie se acomodó al lado de su ama, gimiendo, sin comprender lo que sucedía.

Brad pasó atrás y dijo:

—Muy bien, empiece a conducir. Doble a la izquierda en la intersección. Ya sabe, donde el camino comienza a elevarse bruscamente.

Marie-Laure sintió que el arma le apuntaba a la cabeza. Puso en marcha el automóvil e hizo lo que él decía. Por supuesto, conocía el lugar al cual se refería. Era una especie de lugar elevado donde ella había pasado muchas tardes ociosas, explorando con la mirada el valle tan pacífico a centenares de metros más abajo, observando a los automóviles que subían como hormigas por los caminos empinados hasta llegar a la hermosa *village perché* del lado contrario, escuchando los cantos estivales de los pájaros y los grillos, sintiendo el calor de las piedras bañadas por el sol bajo su propio cuerpo, mientras permanecía recostada allí, admirando los campos de amapolas extendidos como una alfombra roja que cambiaba al correr de los meses para convertirse en hectáreas de flores de lavanda y girasoles, y con enredaderas que maduraban bajo el sol muy cálido, listas para la cosecha de otoño. Ese punto de mira era un lugar todavía más peligroso que el Barranco de Mitchell.

Le temblaron las manos mientras subía lentamente la colina, dirigiendo miradas

desordenadas a los lados en busca de una vía de fuga. Aún tenía el cuchillo, pero el arma no era rival para la pistola de Brad. Dios mío, se dijo desesperada, esta vez no estaba drogada; lucharía para salvar la vida... No iba a permitir que él la empujase de nuevo al fondo del precipicio... Tendría que pegarle un tiro primero.

De pronto, pensó que Brad hubiera podido dispararle ahora mismo, en la terraza, si lo hubiese deseado. Ella estaba allí como un blanco perfecto. Podía haberse ahorrado tantas dificultades. Pero no había hecho eso. No deseaba dispararle. Por eso había ordenado al Doberman que la atacase, y también por eso la había empujado desde el borde del Barranco de Mitchell. Porque no quería que la cosa pareciese un asesinato. Aún necesitaba que la gente lo interpretase como un accidente.

Bea detuvo el automóvil al final del camino.

—Llévelo hasta el borde —ordenó Brad. Ella obedeció y después apagó el motor y esperó. Brad no hizo ningún movimiento, no pronunció una palabra. Ese silencio era terrible. Marie-Laure imaginó el arma apuntándole en la cabeza, pero ahora estaba segura de que él no quería usarla. Los conocidos ruidos nocturnos comenzaron a penetrar en su conciencia: el canto de las ranas, los movimientos furtivos de los animales nocturnos, el aleteo sobresaltado de los pájaros inquietos. En algún lugar, allá en el fondo del valle, vio las luces de un automóvil. Observó esperanzada cuando parpadearon; pero finalmente desaparecieron. Y después nada. Estaba a solas con Brad Kane.

Oyó gemir a Poochie cuando Brad bajó del automóvil. En esa semipenumbra alcanzó a distinguir el perfil de la pistola que le apuntaba.

—¿Por qué hace esto? —gritó, porque de pronto sintió la necesidad de entender—. Le dije que no deseo el rancho. No quiero el dinero. No quiero nada de lo que le pertenece.

—Usted todavía no comprende, ¿verdad? —dijo Brad—. Toda su vida Jack estuvo esperando que el Mono regresara para robarle la tierra, para arrebatarse su herencia. No solo estoy protegiendo mis intereses, manteniendo a Kanoi en manos de los Kane. No puedo permitir que usted o ningún Leconte futuro amenace con esto. Mi querida Marie-Laure, es hora de restablecer el equilibrio.

«Creo que este es el mejor modo» —dijo, y ella advirtió que Brad estaba sonriéndole. «Esta vez tenemos que asegurarnos, ¿verdad?».

Abrió la puerta del automóvil. Se inclinó hacia adelante y soltó el freno de mano, encendió el motor y metió una marcha. Brad sostuvo a Marie-Laure con un brazo mientras buscaba el acelerador. Con un grito de terror, Marie-Laure de pronto se desprendió de la mano de Brad. Se arrojó hacia la puerta contraria y Poochie saltó tras ella, ladrando frenéticamente. La joven cayó aturdida sobre el pasto áspero y pedregoso, mientras el automóvil avanzaba hacia el precipicio, vacilaba unos segundos en el borde y después se deslizaba con suavidad. Ella oyó el terrible estrépito de los vidrios y los grandes desgarramientos del acero mientras el vehículo saltaba de roca en roca y se dirigía al fondo y después, la enorme explosión cuando el

coche estalló en llamas. Habría estado en ese infierno si Brad se hubiese salido con la suya.

El miedo la llevó a incorporarse, pero Brad la agarró por detrás. Cerró los brazos alrededor del cuerpo de Marie-Laure y la obligó a acercarse al borde del precipicio. Ella gritó, un grito interminable y desgarrador, mientras clavaba los tacones en el suelo, se agarraba a las ramas espinosas que crecían en el camino y trataba de afirmarse en las piedras sueltas. Necesitaba usar el cuchillo, era su única posibilidad. Tenía que matarlo antes de que él la liquidase. Oyó el gruñido salvaje de Poochie y vio su silueta negra contrapuesta al resplandor rojo del infierno de llamas, mientras el corpulento perro se arrojaba gruñendo sobre su atacante y tomaba a Brad por sorpresa mientras derribaba a los dos.

Marie-Laure rodó sobre sí misma y se incorporó de prisa. Vio que Brad apuntaba el arma al costado del perro y con un puntapié ella lo obligó a soltar la pistola. Se inclinó para recogerla, pero él fue más rápido. La tomó y la descargó sobre la cabeza del perro de manera salvaje. Poochie emitió un alarido agudo y cayó hacia atrás. Marie-Laure gritó de miedo y cólera cuando Brad la tomó del pie para arrastrarla hacia el borde del precipicio.

Se desprendió de él con un puntapié y rodó para alejarse, pero Brad se le echó encima en un segundo. Después comenzó a golpearle la cabeza contra las piedras. El dolor era intenso, y ella comprendió que no cesaría fácilmente. Estaba desmayándose y luchó para evitar la inconsciencia. No podía permitirle que triunfase; no lo permitiría... En algún lugar del fondo de su cerebro, por encima del sonido de sus propios gritos, cobró conciencia de un sonido distinto. Y de pronto vio luces y a más personas.

Brad se incorporó en un minuto, obligando a Marie-Laure a ponerse de pie y sosteniéndola frente a él como un escudo. Aturdida, la joven vio el semicírculo de gendarmes. Sus armas apuntaban a Brad y a Marie-Laure, y de modo confuso oyó la voz de Nick que le gritaba que «aguantase». Entonces se hundió en el conocido túnel oscuro y en la inconsciencia.

—Brad —dijo Phyl en voz suave—. Brad, soy yo.

Brad miró hacia la oscuridad, desconcertado.

—Rebecca —dijo con un murmullo áspero—. ¿Qué estás haciendo aquí? Creí que me estabas esperando en San Francisco. Teníamos que ir a Kalani, ¿recuerdas?

El corazón dolorido de Phyl sintió que ya no era parte de su propio cuerpo cuando miró a Brad. Este no era el amante encantador que ella había conocido. No era el cortés hombre de mundo, el ranchero rico y apuesto que lo tenía todo. Estaba mirando a un extraño.

Con una respiración profunda, entró en el círculo de luz creado por el faro de los automóviles. Brad continuaba sosteniendo el cuerpo inerte de Bea, y Phyl no sabía si la joven estaba muerta o viva.

—Suéltala, Brad —dijo con voz suave, cerca del hombre.

Los ojos claros de Brad buscaron los de Phyl cuando dijo:

—Tenía que hacerlo. Sabías eso, ¿verdad? Precisamente tú tienes que comprenderlo.

—Lo comprendo, Brad. Lo comprendo. Pero creo que conozco un modo mejor.

Phyl temblaba de terror. Solo se necesitaba un empujón y Bea caería por el borde del precipicio. Brad miró a los gendarmes que lo rodeaban. De pronto pareció reconocer la realidad.

—Ahora es demasiado tarde, ¿verdad? —preguntó, mientras miraba inquieto a Phyl.

Ella asintió, porque ya no podía hablar. Estaba cambiando frente a sus ojos y pasaba del cazador enloquecido, de sangre fría, que había dominado a su presa, al hombre desenvuelto y encantador que ella había conocido.

—Y demasiado tarde para nosotros —agregó él en voz baja—. Si te lastimé, lo siento, Phyl. Fuiste la única mujer a quien podría haber amado.

Empujó hacia Phyl a Marie-Laure. Después aplicó el cañón de la pistola sobre su cabeza. Sus ojos desorbitados y enloquecidos encontraron los de Phyl durante una fracción de segundo.

—Rebecca, me traicionaste —dijo con expresión rencorosa, mientras oprimía el gatillo.

Los gritos de Phyl resonaron en sus propios oídos mientras la hermosa cabeza rubia de Brad estallaba en mil fragmentos ensangrentados y su cuerpo caía al abismo.

Capítulo 36

Mahoney llegó a la Villa Mimosa a la mañana siguiente, temprano. Estaban sentados en la terraza, bebiendo limonada, contemplando los jardines en pendiente, los altos cedros y los cipreses que apuntaban al cielo celeste, y también el sereno paisaje del Mediterráneo, cuyo color cierta vez había inducido a Johnny Leconte a redefinir la palabra «azul».

Encontraron a Scotty y a Julie asustados pero ilesos, encerrados en el baúl del automóvil de Brad, aunque Mahoney no dudaba de que también los habría liquidado. Brad no habría querido testigos.

Bea —o Marie-Laure, como debían aprender a llamarla— de nuevo tenía la cabeza vendada y decía con sequedad que estaba comenzando a gustarle el *look* «de la afeitada». Tenía muchas heridas y cardenales, pero eso no era nada con el alivio que experimentaba en su corazón, ahora que sabía quién era y que el temor había desaparecido por completo.

Se alegraba porque no necesitaba usar el collar rígido de plástico blanco que Poochie tenía que soportar para evitar que se rascase la hilera de puntadas sobre la piel de su pobre cabeza afeitada. Yacía feliz a los pies de su ama y estaba atiborrado con toda la carne que un perro podía ingerir. Y Nick sostenía la mano de Marie-Laure, mientras ella les relataba la historia de lo que le había sucedido aquel día en Diamond Head y cómo Brad la había alcanzado en el Aeropuerto de San Francisco.

—Ahora todo ha terminado —afirmó Phyl, en una actitud reconfortante, mientras observaban a los niños que corrían con alegría en el jardín en dirección a la piscina—. Tienes que aprender a olvidar, a continuar tu propia vida.

Marie-Laure le sonrió con afecto.

—Si aún vivo es gracias a todos ustedes. Y me propongo permanecer así. —Paseó la mirada sobre la casa, los niños, Nick, sus amigos—. Después de todo —dijo—, tengo muchas cosas por las cuales vivir.

Phyl se acomodó mejor en su asiento. Aún tenía los ojos hinchados por las lágrimas que había derramado y se la veía pálida y agotada.

—Podría usar un poco de ese lápiz labial rojo —dijo Mahoney con una sonrisa, mientras acercaba un sillón a su amiga y se servía un vaso de limonada.

Ella lo miró hostil, pero a Mahoney le pareció que era una hostilidad no muy definida, nada parecido a sus habituales estallidos de cólera.

—La caballería norteamericana llegó a salvarnos —dijo Phyl con sarcasmo—. Solo que un poco tarde.

—Sí. Incluso el Concorde no es suficientemente rápido. Pero el FBI e Interpol tienen esas computadoras mágicas que nos mantienen comunicados. De modo que después de todo, la caballería llegó a tiempo. —Dirigió una mirada grave a los

presentes y agregó en voz baja—: Gracias a Dios.

—Pero ¿cómo supo que era Brad?

—Sumando dos más dos. Habría debido descubrirlo antes, cuando oí mencionar a Hawái. Un avión privado pilotado por Brad Kane llegó de Hawái esa noche. —Se encogió de hombros—. Habría debido saberlo.

—Ningún hombre es infalible —dijo Phyl con amabilidad, porque, no deseaba que Mahoney se sintiese culpable.

—Y tampoco las mujeres —replicó él, mirándola en los ojos—. Quizás usted debería recordar eso.

Se miraron durante un momento prolongado. Ella sabía que Mahoney se refería a lo que le había sucedido a su hija, a Marie-Laure, a Brad. Ya no podía representar todas las cosas para todas las personas. Ella no era perfecta. Tenía que ser sencillamente Phyl Foster, la mujer que realizaba el mejor trabajo posible. Y que continuaba haciendo su propia vida.

Mahoney se inclinó hacia adelante y murmuró al oído de Phyl:

—¿Sabe una cosa?

Ella se apartó un poco y lo miró.

—¿Qué?

—Esta noche reservé una mesa en el Moulin de Mougins. Recuerde que prometí llevarla a comer allí: así comprobaremos si el pollo que preparan es tan bueno como el mío.

Ella echó hacia atrás la cabeza, se rio y después lo besó. Un beso de felicidad.

—El señor de la vista aguda —dijo Phyl, recordando un episodio del pasado.

Mahoney entrecerró los ojos y se le formaron arrugas en las comisuras, mientras miraba a Phyl con esa sonrisa amplia y burlona.

—Ese soy yo —dijo, mientras le tomaba la mano y la besaba a su vez.

Fin.



Elizabeth Adler. Es el seudónimo de Ariana Scott nació en Yorkshire (Inglaterra). Se define como una niña rubia, flacucha, con unas redondas gafas, y tremendamente tímida. Conoció a su marido Richard cuando vivía en Londres y él se trasladó a vivir al apartamento de al lado del que compartía ella con unas amigas. Richard era abogado y trabajaba para una empresa de Televisión. Se enamoraron y tres meses más tarde su empresa lo envió a Brasil. Se escribieron y semanas después Richard le envió un billete de avión para que se reunieran en Río. Y han estado juntos desde entonces, más de treinta y tres años. Tienen una hija.

Han vivido en Brasil, USA, Inglaterra, Francia e Irlanda. Gran aficionada a la cocina, especialmente la italiana. Su otra gran afición, además de escribir, es viajar.

Escribió su primer relato en la escuela primaria, con ocho años, una serie de misterio sobre una colegiala. No volvió a escribir hasta que su hija fue a la escuela. Entonces se sentó y escribió la que sería su primera novela, *Leonie*. Ambienta sus novelas en lugares que ha conocido en sus viajes y sus personajes, aunque son ficticios, están basados su caracteres en personas reales.